NUMEN III

EL SUEÑO DE MIA



ENRIQUE ANDÚJAR

NUMEN III

EL SUEÑO DEMIA



Copyright © 2025 by Enrique Andújar

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

NUMEN III

EL SUEÑO DEMIA

ENRIQUE ANDÚJAR

Contents

1. 1
2. 2
3. 3
4. 4
5. 5
6. 6
7. 7
8. 8
9. 9
10. 10
11. 11
12. 12
13. 13
14. 14
15. 15
16. 16

17. 17
18. 18
19. 19
20. 20
21. 21
22. 22
23. 23
24. 24
25. 25
26. 26
27. 27
28. 28
29. 29
30. 30
31. 31
32. 32
33. 33
34. 34
35. 35
36. 36
37. 37
38. 38
39. 39
40. 40
41. 41
42. 42
43. 43

44. 44
45. 45
46. 46
47. 47
48. 48
49. 49
50. 50
51. 51
52. 52
53. 53
54. 54
55. 55
56. 56
57. 57
58. 58
59. 59
60. 60
61. 61
62. 62
63. 63
64. TU OPINIÓN ES MUY IMPORTANTE PARA MÍ
65. ¿QUIERES SABER MÁS SOBRE EL MUNDO DE LOS NUMEN?
66. Y AHORA QUE YA TE HAS LEÍDO “EL SUEÑO DE MIA”
67. 1
68. 2
69. CONTINÚA CON LA LECTURA DE "EL JUICIO DE LOS DIOSES"

1

18 de Octubre de 2025
21:25h
Nueva York
Apartamento de Nick Johnson

Nick Johnson contempla la pared de su pequeño apartamento en Brooklyn, repleta de fotografías, recortes de periódicos y notas escritas por él mismo. Ahí hay dos años de investigación condensados en ese caótico mosaico que solo él entiende. Sus gafas de pasta resbalan por su nariz mientras se pasa una mano por el pelo moreno y cada vez más ralo y escaso.

El estrés no ha ayudado…

En ese momento el teléfono suena y Nick lo mira con recelo antes de contestar.

—¿Diga?

—Señor Johnson, soy Pedro Martínez. Nos conocimos en México el mes pasado.

Nick se endereza de golpe. Martínez es el testigo que vio a una mujer detener un autobús con las manos desnudas para salvar a un niño.

—Claro, lo recuerdo. ¿Qué necesita?

—Hay otro caso. Es una niña que puede mover objetos sin tocarlos.

Nick garabatea la información en una libreta mientras sujeta el teléfono entre la oreja y el hombro. Su corazón late más rápido. Otro caso, otra pieza del rompecabezas.

—¿Hay testigos?

—Media docena. Pero no nada grabado.

Como siempre.

Y si lo hubiera, habría desaparecido.

Nick suspira. La historia de su vida: testimonios pero ninguna prueba concreta. Los editores le rechazan los artículos y los periódicos no quieren historias de "fenómenos" sin una evidencia sólida. Freelance y obsesionado, se ha gastado sus ahorros persiguiendo rumores por todo el mundo.

—Estaré allí mañana —decide, mirando su pasaporte sobre la mesa.

Cuelga y vuelve a contemplar su pared. Añade una nota sobre México y conecta un nuevo hilo rojo. La red se expande. Está cerca de algo, lo siente. Aunque no sabe ni él mismo lo que es.

Contempla una fotografía en particular, oculta bajo otras en la esquina inferior de su mural. La saca con cuidado y se sienta en el borde de la cama. El papel está arrugado y gastado de tanto manipularlo. Es la única prueba tangible que tiene, aunque no sirve como evidencia para nadie más que para él.

La imagen muestra un edificio abandonado en las afueras de Detroit. Nada especial a simple vista, pero Nick recuerda ese día con claridad.

Hace dos años en un frío amanecer de noviembre, Nick investigaba rumores sobre extrañas luces en una fábrica abandonada y se había escondido tras unos contenedores oxidados con la cámara en la mano.

Había acudido desde Nueva York el día anterior aunque no tenía demasiadas esperanzas en dar con nada. La típica noticia que le mandaban desde el periódico de relleno. Algo que acabaría siendo un sin techo o un grupo de chavales que entraban a hacer a saber qué tonterías.

Pero se equivocó.

Porque entonces apareció un hombre que caminaba con determinación hacia el muro de hormigón. Nick ajustó el zoom, preparado para captar cualquier cosa inusual, pero nada lo preparó para lo que vio a continuación.

Porque el hombre no se detuvo, no señor.

Tampoco abrió ninguna puerta oculta. Simplemente… atravesó el sólido muro de hormigón como si fuera aire. Como si las leyes de la física no existieran para él.

Nick presionó el obturador instintivamente, pero sabía que la fotografía no mostraría lo que sus ojos acababan de presenciar. Solo captó el edificio vacío, justo el momento posterior. Una mano difuminada es solo lo que se ve en la fotografía que ahora mantiene entre sus dedos. Algo que solo él se cree.

El café que sostiene ahora se ha quedado frío. Vuelve a colocar la fotografía en su lugar en el mural con la mente puesta en cómo ese día cambió su vida. Dejó su trabajo en el New York Times, vendió su apartamento en Manhattan por este cuchitril en Brooklyn, y dedicó cada minuto a buscar respuestas.

A tres mil ochocientos veinticinco kilómetros de distancia de Nick, Pedro Martínez acaba de colgar su teléfono ante la atenta mirada de dos personas.

Coloca el teléfono sobre la mesa con cuidado, como quien deposita una bomba que acaba de activar. Frente a él, un hombre y una mujer permanecen de pie.

El hombre, de piel negra y complexión atlética, asiente con aprobación. La mujer, rubia y de ojos azules tan claros que parecen casi transparentes, esboza una sonrisa perfecta.

—Buen trabajo, señor Martínez —dice el hombre con un acento norteamericano que lucha contra las palabras en español—. Ha sido muy convincente.

La mujer se acerca y coloca sobre la mesa un sobre manila. Sus uñas, perfectamente pintadas, contrastan con el amarillo sucio del papel.

—Tal como acordamos —añade ella, también en español, aunque con mejor pronunciación que su compañero—. El señor Johnson es…

predecible.

Pedro mira el sobre pero no lo toca. Siente un nudo en el estómago.

—¿Qué van a hacerle? —pregunta, arrepintiéndose inmediatamente de su curiosidad.

La pareja intercambia una mirada rápida.

—Nada que deba preocuparle —responde el hombre—. Solo necesitamos hablar con él.

—Johnson lleva demasiado tiempo haciendo las preguntas equivocadas —añade la mujer, ajustándose el puño de su chaqueta —. O quizás, las preguntas correctas a las personas equivocadas.

Pedro traga saliva. No sabe quiénes son realmente estas personas, pero desde luego no trabajan para ningún periódico como le habían dicho inicialmente.

—La niña… la historia que le conté… —balbucea Pedro.

—No haga como el señor Johnson —dice negando con la cabeza —. No pregunte más de lo que debe preguntar. Ahora váyase a casa y descanse hasta mañana.

2

19 de Octubre de 2025
17:25h
Montana
Bosque

Mia aparta las ramas bajas que le obstruyen el paso entre los matorrales. Tiene los dedos manchados de tierra y las rodillas raspadas, pero no le importa. De hecho, hasta le gusta.

Estar manchada y en medio del bosque le da una sensación de libertad que solo ha sentido desde que vive en la casa de sus abuelos con el tío Tom.

Ha visto las huellas del ciervo hace apenas unos minutos y está decidida a seguirlas hasta encontrarlo.

El bosque huele a musgo húmedo y a corteza de pino. El tío le ha enseñado a reconocer las pisadas de los animales, aunque nunca le permite alejarse demasiado si lo hace sola. Sin embargo, hoy es diferente. El tío está ocupado en el pueblo vendiendo las pieles y la carne, y comprando con lo que saca todo lo que necesitan para vivir.

Seguramente se enfadará, pero bueno, el tío siempre está enfadado.

Así que, ¿qué más da?

Se agacha para examinar otra huella en el suelo blando. Esta es fresca, así que el ciervo ha pasado por allí hace poco.

Si pisas donde ellos pisan, no te oirán venir.

Avanza con cuidado, colocando sus pequeños pies exactamente sobre las marcas dejadas por el animal. Sus botas son demasiado grandes porque son las viejas del tío y hacen demasiado ruido contra la tierra.

Suerte que todavía no pesa demasiado y que es realmente buena tratando de no hacer ruido.

Contiene la respiración cada vez que una rama cruje bajo su peso.

Mia avanza despacio, calculando cada paso con la precisión de un gato. El bosque se vuelve más denso a medida que se aleja del camino principal, pero eso no la detiene. Las huellas del ciervo forman un rastro sutil pero claro.

El tío Tom le ha enseñado a moverse así, silenciosa como una sombra. «Cuando camines por el bosque, conviértete en parte de él», le dice siempre. Y eso intenta hacer.

Un arroyo pequeño corta el camino. Las huellas desaparecen en el agua y reaparecen al otro lado. Mia observa la corriente, calculando si puede cruzar sin mojarse demasiado. Encuentra unas piedras que sobresalen y las usa como puente improvisado, extendiendo los brazos para mantener el equilibrio.

Ya en la otra orilla, las huellas se vuelven más profundas.

Está cansado. Va más lento.

El sol se filtra entre las ramas, creando patrones de luz sobre el suelo del bosque.

Contiene la respiración cuando escucha un crujido entre los árboles. Agacha su cuerpo instintivamente, como le ha enseñado el tío Tom y sus ojos se entrecierran, buscando cualquier movimiento entre la maleza.

Y ahí está.

A unos veinte metros, parcialmente oculto por un grupo de pinos jóvenes, el ciervo baja su cabeza para beber agua. Es más grande de lo que imaginaba, con astas que se ramifican como los brazos de un árbol viejo.

Es precioso.

Mia no se mueve. Ni siquiera parpadea. El animal levanta la cabeza cada pocos segundos, alerta, con las orejas moviéndose en distintas direcciones. No la ha visto todavía.

Si te quedas quieta el tiempo suficiente, te vuelves invisible.

Fueron las palabras que le dijo una vez el tío Tom. Y ahora mismo, Mia es invisible.

El ciervo termina de beber y da unos pasos hacia su derecha. Mia calcula que si se mueve muy despacio, podrá acercarse un poco más.

Da un paso, colocando el pie exactamente donde no hay hojas secas. Luego otro. El ciervo sigue comiendo tranquilo, arrancando hierba.

Tres pasos más y estará a una distancia perfecta. Contiene el aliento mientras avanza. El mundo entero parece haberse detenido. Solo existe ella, el ciervo y el bosque que los rodea.

Saca con cuidado el rifle y lo comienza a llevar hacia delante.

Está muy cerca.

Pero entonces, una rama se quiebra bajo su bota demasiado grande. Y ese sonido, aunque pequeño, resuena como un disparo en el silencio del bosque.

El ciervo levanta la cabeza de golpe con esos ojos negros fijos directamente en ella.

Cachis.

El ciervo da un respingo y sale disparado entre los árboles. Mia aprieta los dientes tan frustrada como enfadada. No puede dejarlo escapar.

No si quiero comer esta noche.

Y al día siguiente.

Y al otro…

Lleva los dedos a la boca y emite un silbido agudo que corta el aire del bosque.

—¡Kiara! —grita después, sin importarle ya el sigilo.

El sonido de cascos golpeando la tierra no tarda en llegar. Entre los árboles aparece su preciosa yegua color canela, con su crin clara ondeando como una bandera mientras galopa hacia ella. La preciosa

yegua que le regalo la señora Luna hace ya dos años, cuando vivía en ese castillo en España.

Ella echa de menos una parte de aquella vida, pero sobre todo echa de menos a la señora Luna y lo buena que fue con ella.

Sin embargo, no lo cambiaría por la vida que tiene con el tío.

Ella nunca ha sido tan feliz como ahora.

Ni con la señora Luna, ni con su anterior mamá.

Y con la de verdad ya casi ni se acuerda, porque claro… era muy pequeñita.

Kiara se detiene junto a Mia, resoplando suavemente. La niña no pierde tiempo y, agarrándose a las crines, se impulsa de un salto sobre el lomo del animal.

—¡Vamos! —ordena, apretando ligeramente las rodillas contra los flancos de la yegua.

Kiara arranca a la carrera, siguiendo la dirección por donde ha huido el ciervo. Mia se inclina sobre su cuello, dejando que el viento le golpee la cara mientras esquivan árboles y saltan sobre troncos caídos.

A lo lejos, entre el follaje, distingue el pelaje marrón del ciervo que huye despavorido. Están ganando terreno. Mia siente la adrenalina recorriéndole el cuerpo. Necesitan esa carne. Necesitan esa piel. El invierno se acerca y el tío Tom le ha explicado que este año será duro.

—¡Más rápido, Kiara! —susurra al oído de la yegua, que parece entenderla perfectamente y aumenta el ritmo.

El ciervo salta un arroyo y Mia siente cómo Kiara tensa los músculos bajo ella, preparándose para el salto. Por un instante, parecen volar sobre el agua. Al aterrizar al otro lado, Mia suelta una pequeña risa de emoción. La distancia entre ellas y el ciervo se acorta cada vez más.

Mia agarra las crines con fuerza mientras Kiara acelera. El viento le azota la cara, pero mantiene los ojos entrecerrados, fijos en el ciervo que huye delante de ellas. Puede ver sus patas traseras impulsándolo a través del bosque.

Un poco más cerca.

El ciervo es rápido, pero Kiara es más rápida y tiene más resistencia.

Ya no es la misma que hace dos años, la que se cansaba siguiendo el ritmo de Lancelot.

La distancia entre ellos se acorta metro a metro. Mia siente el corazón latiéndole en los oídos, mezclándose con el ritmo de los cascos de Kiara contra el suelo del bosque.

El animal gira bruscamente hacia la izquierda, adentrándose en un claro. Es su oportunidad. Entrar a campo abierto significa que pueden alcanzar mayor velocidad.

—¡Vamos, Kiara! —susurra, inclinándose más sobre el cuello de la yegua.

Mientras cabalgan a toda velocidad, Mia desliza lentamente una mano hacia su cintura y sus dedos encuentran la culata de la pistola. No es un arma grande; está adaptada para sus manos pequeñas, pero es letal en la distancia correcta.

Mia saca la pistola mientras mantiene las piernas firmemente apretadas contra los flancos de Kiara para no perder el equilibrio.

Está a veinte metros.

Levanta el arma, entrecerrando un ojo para apuntar mejor. El ciervo corre en línea recta ahora, exhausto e incapaz de hacer más giros bruscos.

Diez metros.

Mia contiene la respiración. Recuerda las palabras del tío "A la cabeza. Limpio y rápido. Respeta al animal no haciéndolo sufrir. Y conservas la piel intacta."

Aprieta el gatillo.

El disparo rompe la quietud del bosque. El ciervo da dos pasos más por pura inercia y luego se desploma sobre la hierba sin un solo sonido.

Ya eres mío.

3

19 de Octubre de 2025
08:57h
Barrio a las afueras
Madrid

El inspector David Alonso avanza por las calles desiertas del polígono industrial. El dolor en la pierna derecha le atormenta con cada paso, pero las dos pastillas de codeína que se ha tomado antes de salir mantienen la agonía a raya. Al menos por ahora.

Ha estado casi dos años sin tomarlas, pero el dolor todavía lo acompaña y en ocasiones no tiene más cojones que volver a la química.

Se ajusta el auricular y comprueba que la transmisión sigue activa.

—¿Me recibís? —murmura, fingiendo hablar por teléfono para cualquiera que pudiera estar observando.

—Alto y claro, machote —responde la voz de Marcos Garrido en su oído—. Nuestros amigos están en posición.

David sabe que Heredia se encuentra apostado en la azotea del edificio de enfrente, con su rifle de francotirador montado y listo. Y que Héctor Gutiérrez, alias Bourne y su compañero Paco Resines, también conocido como Bond, permanecen ocultos tras unos contenedores a menos de cincuenta metros, esperando su señal.

—¿Cómo están nuestra novata? —pregunta David, refiriéndose a Clara Losada.

En la furgoneta blanca estacionada tres calles más allá, Marcos Garrido desvía la mirada hacia Clara.

A ojos del inspector Garrido está como una regadera. Aunque cuando recuerda lo que es capaz de hacer esa chiquilla se le pasa.

—Tensa pero concentrada —responde Marcos—. Igual que los otros dos cachorros.

Clara Losada no aparta la mirada de los monitores mientras sus compañeros, Lucía Noriega y Hugo Ponce, comprueban sus equipos con un nerviosismo más que evidente. Es su primera operación real, pero Clara parece la única que mantiene la calma.

Con lo bien que estabas en la universidad, ¿quién te manda meterte en esto, bonita?

David dobla la esquina y se adentra en la calle principal del polígono. Las naves industriales se alzan a ambos lados con cientos de metros de hormigón destrozado. Decenas de ventanas rotas, grafitis y carteles de "se alquila" decoran las fachadas desconchadas.

—Dos sujetos en la entrada. Van armados —informa Heredia desde la nave de enfrente.

David ve a los dos hombres corpulentos que flanquean la entrada de una nave aparentemente abandonada.

—Carallo, ese de la izquierda es un armario —murmura Héctor desde su escondite—. ¿Seguro que no necesita que nos acerquemos más, inspector Alonso?

David sigue caminando a paso constante y su mano derecha roza ligeramente la pistola oculta bajo la chaqueta mientras se prepara mentalmente.

—Quietos todos —ordena con voz serena—. Que nadie se mueva hasta mi señal.

En la furgoneta, Clara observa la pantalla.

Entonces cierra los ojos con fuerza mientras el caos de la operación se disuelve a su alrededor. Los murmullos de Lucía y Hugo, el tecleo frenético del inspector Marcos Garrido, incluso el olor a café rancio y sudor nervioso que impregna la furgoneta… todo desaparece. Busca ese estado mental que ha aprendido a reconocer:

ese punto exacto donde el presente se deshilacha y el futuro se revela junto a los latidos de su corazón.

Pero lo que ve la desconcierta.

No hay tiroteos ni persecuciones. Tampoco hay gritos ni sangre.

Solo está ella misma, sentada exactamente donde está ahora, observando las pantallas. Pasan minutos, quizás horas en esa visión, y ella sigue ahí, inmóvil, mientras David y los demás ejecutan la operación.

Abre los ojos de golpe. El subinspector Bellido la mira con curiosidad desde el otro extremo de la furgoneta, mordisqueando distraídamente un donut mientras revisa unos papeles. Su rostro bonachón muestra una mezcla de concentración y preocupación.

—¿No voy a entrar? —pregunta Clara, desconcertada.

Bellido levanta la mirada, sorprendido por la pregunta y se limpia las migajas de la camisa con torpeza.

—¿Entrar? No, no, claro que no… Tú eres observadora en esta operación, Clara —responde con voz amable.

Clara observa a ese hombre mientras se acomoda en su asiento. El subinspector es una mole humana que hace que la silla de metal parezca frágil bajo su peso.

Es hasta cómico.

—En realidad —comienza Bellido, sacando otro donut de una bolsa arrugada—, las estadísticas sobre bajas en primeras operaciones son bastante interesantes.

Habla con la boca medio llena, salpicando migajas sobre los informes que tiene delante.

—En los últimos cinco años, hemos registrado un índice de mortalidad del 4,7% entre agentes novatos durante su primera intervención.

Clara lo mira fijamente. El hombre parece una enciclopedia andante de datos macabros.

—Eso significa —continúa Bellido mientras se limpia el azúcar de los dedos con una servilleta— que aproximadamente uno de cada veinte no regresa. Aunque el porcentaje baja significativamente después de la tercera operación, hasta un 1,2%. Curioso, ¿verdad?

—Fascinante —murmura Clara, sintiendo un nudo en el estómago mientras vuelve a mirar la pantalla donde David avanza hacia los dos hombres armados.

—Oh, pero eso es solo el promedio general —añade Bellido con entusiasmo, como si estuviera hablando del tiempo—. En operaciones de infiltración, la tasa sube hasta el 8,3%. Casi uno de cada doce.

Toma un sorbo de café y señala los monitores.

—Por eso el inspector Garrido no quiere que entres. Estadísticamente hablando, estás más segura aquí.

Clara siente un escalofrío. La forma en que el subinspector Bellido enumera estas cifras con total naturalidad, como quien recita la lista de la compra, hace que los números resulten aún más perturbadores.

—Deja a la chiquilla, grandullón, que si sigues así no entra ninguno en diez años, mira la cara de estos dos —interviene el inspector Garrido señalando a Hugo y a Lucía, que chorrea sudor por la frente.

—Perdón, inspector Garrido.

—Cuanto cuestas de criar, alma de Dios —dice sin mirarlo, acto seguido vuelve la vista a la pantalla en la que aparece lo que ve David Alonso, ya acercándose a esos dos hombres.

Vamos campeón, que hoy quiero acabar pronto, que Laura hace arroz al horno y ya sabes lo bueno que le sale.

4

19 de Octubre de 2025
17:25h
Montana
Pueblo de Riverdale

Tom conduce su camioneta por un camino de tierra, dejando atrás la cabaña que ha sido su casa durante los últimos dos años. La suspensión protesta con cada bache mientras las pieles curtidas y los trozos de carne envueltos en plástico rebotan en la parte trasera.

A través del espejo retrovisor, el bosque se convierte en una mancha verde oscura. Tom siente el peso del rifle apoyado contra su asiento. Sus manos aferran el volante con la misma firmeza con que sostiene el arma cuando rastrea. El sudor se acumula bajo su barba espesa y rojiza mientras el sol comienza a calentar la cabina.

Cuarenta minutos después, las primeras casas de Riverdale aparecen entre los árboles. Un pueblo diminuto, apenas una calle principal con una docena de edificios destartalados que sobreviven gracias a la carretera comarcal y los cazadores que, como él, bajan de las montañas para comerciar.

Tom estaciona frente al matadero local, un edificio de hormigón gris con manchas de óxido que se deslizan desde el techo metálico. El olor a sangre y desinfectante industrial impregna el aire. No

necesita llamar; cuando llega, Donovan, el encargado, ya está en la puerta trasera fumando un cigarrillo.

—Morgan —saluda Donovan con un movimiento de cabeza mientras arroja la colilla al suelo—. ¿Qué me traes hoy?

Tom abre las puertas traseras sin responder. Los paquetes de carne, perfectamente cortados y limpios, están dispuestos encima, perfectamente colocados.

—Buen corte —comenta Donovan examinando la carne—. Ciento cincuenta por todo.

—Doscientos.

Donovan suelta una risa seca.

—Ciento setenta y cinco.

Tom asiente secamente mientras Donovan cuenta los billetes. Ciento setenta y cinco dólares por tres días de trabajo. El dinero cambia de manos y Tom lo guarda en el bolsillo interior de su chaqueta negra sin molestarse en contarlo.

Hubo un tiempo en que nadie se atrevía a regatearle. Cuando el nombre de el cazador provocaba que los hombres más duros bajaran la mirada. Cuando su sola presencia en una habitación alteraba el aire.

Tom aprieta los dientes mientras regresa a la furgoneta. Sus dedos acarician instintivamente el bulto de la Beretta bajo la chaqueta, un gesto mecánico, residuo de otra vida.

Ese hombre habría agarrado a Donovan por el cuello y le habría exigido respeto. Habría obtenido sus doscientos dólares y posiblemente una vida.

Arranca el motor y sale del estacionamiento, conduciendo lentamente por la calle principal. La radio suena con interferencias, una canción country que habla de redención y segundas oportunidades. Tom la apaga de un manotazo.

A veces lo echa de menos. No el trabajo en sí mismo, aunque a veces también. Lo que mas extraña es la sensación de que cada movimiento, decisión o muerte, formaba parte de algo más grande que él mismo. Incluso si ese algo más grande resultó ser una mentira.

Una farsa de una mujer que quería convertirse en una maldita diosa.

Ojalá Landa no se hubiera llevado nunca a Mia. Lo ha pensado muchas veces durante los últimos dos años. Si no hubiera sido el caso, juntos habrían gobernado a los Numen. Y estos se habrían impuesto a la humanidad.

Cinco minutos después, la furgoneta se detiene frente a una pequeña tienda en el extremo norte del pueblo. El letrero desgastado anuncia "Artesanías Marta". Tom recoge las pieles del asiento del copiloto y entra sin llamar.

El interior huele a cuero curtido y a hierbas secas. Marta, una mujer de sesenta años con manos nudosas, levanta la vista de su mesa de trabajo.

—Pensé que no vendrías esta semana —dice mientras examina las pieles que Tom coloca sobre el mostrador.

Marta examina las pieles, pasando sus dedos nudosos por cada una de ellas. A diferencia de Donovan, no intenta regatear. Conoce demasiado bien a Tom como para intentarlo. Respeta a ese hombre pelirrojo de barba espesa y mirada firme que llegó dos años atrás y se instaló en esa cabaña que otrora perteneció a esa comunidad de pirados.

—Doscientos ochenta —dice finalmente, sacando un fajo de billetes de un cajón bajo el mostrador—. Son buenas pieles, Morgan. Limpias y sin agujeros.

Tom asiente mientras toma el dinero y lo guarda junto al resto. No dice nada, pero aprecia el comentario.

Marta cuenta los billetes uno por uno y los coloca en la mano de Tom. Cuando termina, señala hacia un rincón de la tienda donde cuelgan bolsos y carteras de piel.

—Necesito más conejos —dice mientras regresa a su mesa de trabajo—. Los turistas los compran como locos. Dicen que es "auténtico", como si eso significara algo. Nada es auténtico para esos parásitos de ciudad.

Tom la observa trabajar. Sus manos, deformadas por la artritis, siguen siendo ágiles con la aguja y el hilo. Le recuerdan vagamente a las manos de su hermana cuando cosía la ropa de Mia.

—Para el martes —responde él con voz ronca.

No es una pregunta, sino una afirmación, así que Marta asiente sin levantar la vista de su trabajo. Sabe que Tom cumplirá con su palabra. Siempre lo hace.

El cazador se dirige hacia la puerta, deteniéndose un momento para observar un pequeño muñeco de trapo que cuelga junto a la entrada. Tiene el pelo de lana castaña, ojos grandes bordados.

—¿Cuánto? —pregunta, señalando el muñeco con un movimiento de cabeza.

Marta levanta la vista, sorprendida.

—No está a la venta —responde—. Lo hice para mi nieta.

Tom asiente, sale de la tienda sin decir nada más, arranca la furgoneta y se aleja lentamente de la tienda de Marta. El polvo se levanta tras las ruedas mientras recorre la calle principal de Riverdale. El pueblo parece más vacío que de costumbre. Solo algunos lugareños se asoman por las ventanas para observar al cazador pasar.

Al doblar la esquina hacia la gasolinera, Tom divisa el coche del sheriff estacionado junto a los surtidores. El trabajador de la gasolinera está hablando con el sheriff Carson y sus dos ayudantes.

Reduce la velocidad, considerando dar la vuelta, pero ya es tarde. El sheriff levanta la mano al verlo y hace un gesto para que se detenga. Aprieta la mandíbula y estaciona la furgoneta a unos metros de distancia.

Ojalá pudiera matarlos a todos.

—Morgan —saluda Carson acercándose a la ventanilla. Es un hombre corpulento con un bigote canoso que contrasta con su uniforme impecable—. Justo hablábamos de ti.

Odio que me llamen Morgan, ese era mi padre. Yo soy Tom.

Los dos ayudantes permanecen detrás, con las manos apoyadas en sus cinturones cerca de las pistolas. Tom reconoce a Ramírez y Wilson, ambos demasiado jóvenes para el trabajo que desempeñan.

Y a un mundo de distancia de poder hacer algo contra el pelirrojo.

—Sheriff —responde Tom secamente.

—Tenemos problemas con el ganado de los Pearson —dice Carson sin rodeos—. Alguien se llevó tres cabezas la otra noche.

Tom mantiene la mirada fija en el parabrisas. Sabe que no es una simple conversación.

—No sé nada de eso.

—Claro —Carson se apoya en la puerta de la furgoneta—. Pero tú estás arriba, en las montañas y seguro que ves y escuchas cosas.

—Yo solo cazo animales y ellos no suelen hablar demasiado.

Carson suelta una risa seca.

—Mira, Morgan, no te hacía gracioso. Pero bueno, yo solo necesito saber si has visto alguna cosa fuera de lo normal.

Tom niega con la cabeza y el sheriff lo observa durante unos segundos, en busca de algún indicio de mentira en su rostro.

—Si recuerdas algo, háznoslo saber —dice finalmente, dando un paso atrás—. El pueblo es pequeño y todos nos cuidamos entre nosotros.

Tom asiente brevemente y arranca el motor. Los tres policías se apartan mientras la furgoneta se aleja lentamente por la carretera principal.

El sheriff Carson observa la furgoneta de Tom alejándose mientras el polvo se levanta a su paso. Cuando el vehículo desaparece en la distancia, se vuelve hacia sus ayudantes y el empleado de la gasolinera.

—Ese tipo me pone los pelos de punta —comenta Wilson, frotándose la nuca.

El sheriff Carson se acomoda el cinturón sin perder de vista la carretera.

—Morgan no es un problema mientras se mantenga en su cabaña y lejos del pueblo.

Ramírez, el otro ayudante, se cruza de brazos. Este es un hombre hispano, de los pocos que hay tan al norte en ese pueblucho.

—¿Saben que él vivía aquí antes? Mi padre me contó que esa cabaña pertenecía a una especie de secta.

El empleado de la gasolinera, Pete, un hombre flaco con la cara marcada por el acné juvenil, asiente con entusiasmo.

—Mi tío trabajaba en la tienda de suministros cuando ellos aún estaban aquí. Eran raros, muy raros. Venían al pueblo una vez al

mes, compraban lo necesario y volvían a desaparecer en las montañas. Solo vendían lo que cultivaban y cazaban.

—¿Y Tom Morgan era uno de ellos? —pregunta Wilson con curiosidad.

Carson escupe al suelo antes de responder.

—Su padre era el líder. Un fanático de derechas que predicaba acerca de que el pueblo debía enfrentarse al gobierno. Que estos solo quieren robar a los hombres de bien. Pero no eran más que unos locos que apoyaban a la milicia de Montana. Un pequeño ejército en las montañas.

—¿Y qué pasó con ellos? —Wilson parece genuinamente interesado.

—Los federales. Parece que ser que habían matado a decenas de personas y las habían tirado a un lago. Uno de ellos habló de más para hacer un trato y el FBI entró y acabó con todos. Pero creo que este Morgan ya no estaba. Llevaba años en el ejército.

Ramírez mira en la dirección por donde Tom se ha marchado.

—¿Y luego regresó?

—Hace un par de años —confirma Carson—. Apareció un día con una niña pequeña y se instaló en la vieja cabaña de sus padres. Desde entonces vive de la caza y no baja demasiado al pueblo.

—¿Una niña? —Wilson frunce el ceño—. Nunca he visto a ninguna niña con él.

El sheriff se queda callado un momento.

—No suele bajar demasiado. La tiene ahí arriba. Solo Dios sabe lo que harán en esa cabaña en el interior de esos muros de madera.

—¿Muros?, ¿qué muros?

—Todo el pueblo estaba vallado y vigilado día y noche. Ahora solo queda esa muralla de madera abandonada y las casas en su interior. Yo fui varias veces hace unos años. Son decenas de cabañas, espaciadas por kilómetros. Todas en el interior de un bosque repleto de animales. Si quiere quedarse allí, que lo haga. A mí no se me ha perdido nada en ese lugar.

—¿Y crees que tiene algo que ver con los robos? —pregunta Pete de improvisto.

—No, no lo creo, pero no creo que haya sido nadie del pueblo. Y ese hombre es lo más parecido a un extraño.

5

19 de Octubre de 2025
09:18h
Barrio a las afueras
Madrid

David mira su reloj por tercera vez en los últimos cinco minutos.

Después de dar una vuelta por la entrada y confirmar con sus propios ojos que el lugar es el correcto, se ha alejado hacia dónde está el equipo de asalto que el inspector jefe les ha confiado para la misión a él y a Marcos.

La tensión se acumula en su nuca como un peso físico. El chaleco antibalas le aprieta el pecho y el sudor le recorre la espalda bajo el uniforme táctico. A su alrededor, el equipo de asalto espera atento a sus palabras.

—¿Alguna novedad? —pregunta por el micrófono adherido a su solapa.

—Negativo —responde la voz de Heredia desde lo alto del edificio de enfrente—. El perímetro sigue despejado. Mis hombres tienen cobertura completa del área.

David asiente aunque nadie puede verlo. Los cinco francotiradores están distribuidos alrededor del edificio, cada uno con un ángulo

distinto para neutralizar cualquier amenaza. Heredia controla la entrada principal desde la azotea del edificio opuesto.

Desde la muerte del inspector López, el agente Heredia pasó bajo el mando de Marcos y se ha vuelto un hombre en el que pueden confiar.

El equipo de asalto, doce hombres armados hasta los dientes, permanece en posición, con la mirada fija en él, esperando la señal. David siente el peso de esas miradas. No son su equipo habitual, pero la operación es demasiado grande para manejarse con los recursos normales.

—¿Tiempo estimado? —pregunta uno de los agentes.

—Cuando el objetivo entre en el edificio —responde David secamente.

El dolor en su pierna derecha comienza a manifestarse de nuevo. Las pastillas están perdiendo efecto y no puede tomar más. Necesita tener la mente clara.

Aguanta, joder.

Un movimiento en la esquina llama su atención cuando un vehículo negro se aproxima lentamente por la calle.

—Posible contacto a las tres —murmura en el micrófono—. ¿Confirmación visual?

—Afirmativo —responde Heredia—. Es un Audi A8 negro.

David siente cómo su pulso se acelera. Después de meses de investigación, finalmente está aquí.

El objetivo es uno de los hombres más buscados por la INTERPOL. Uno de los narcotraficantes más importantes del mundo que, tras escapar de dos cárceles colombianas y una americana, ha decidido hacer de España su vivienda habitual.

Desde hace más de veinte años que un hombre relacionado con la droga no tiene un poder similar en Colombia. Desde que el mismísimo Pablo Escobar puso en jaque a todo el país, nadie había hecho nada ni remotamente similar.

Pero desde hace dos años, cuando apareció el nombre de Salazar, todo cambió. De la noche a la mañana, un camello del tres al cuarto se transformó en el nuevo rey de la coca.

¿Causalidad?

David Alonso no cree en las casualidades.

—Todos en posición —ordena mientras desenfunda su arma—. Esperamos a que entre y aseguramos las salidas. Que nadie se mueva hasta mi señal.

En el interior de la furgoneta, el inspector Marcos Garrido siente la vibración del aire acondicionado contra su frente sudorosa y su negra calva. El interior de la furgoneta huele a café frío y a los bocadillos que Bellido ha traído para todos.

Aunque se los ha acabado comiendo él todos.

La pantalla frente a él muestra seis imágenes diferentes con cada entrada del edificio, el vestíbulo principal y las dos salidas de emergencia.

Marcos entrecierra los ojos. El Audi negro avanza con parsimonia por la calle, como un tiburón en aguas poco profundas.

—Grandullón, acércame esa imagen —ordena sin apartar la mirada.

Armando Bellido teclea con sus enormes y gruesos dedos, moviéndose con sorprendente agilidad para un hombre de su tamaño. La imagen del vehículo se amplía hasta ocupar la pantalla central.

—Lleva los cristales tintados —murmura Bellido—. No podemos confirmar a los ocupantes.

—Es él —afirma el inspector Garrido con una seguridad basada en el instinto—. Por mis santos cojones que lo es.

Los tres novatos se miran entre sí. Para ellos, esta es su primera gran operación, y la tensión se palpa en el aire como electricidad estática.

—Campeón, tenemos al objetivo acercándose a la entrada principal —comunica Marcos por el micrófono—. Audi A8 negro, cristales tintados. Dos hombres en el asiento delantero, posiblemente armados.

Bellido ajusta el enfoque de otra cámara, captando el reflejo del conductor en el retrovisor lateral. Acto seguido se pone a buscar entre los papeles.

—Inspector Garrido, el conductor es Quezada —confirma Bellido, acercándose tanto a la pantalla que casi la toca con la nariz—. Y eso

significa que…

—Salazar va detrás —completa el inspector Garrido, sintiendo ese hormigueo familiar en la boca del estómago—. Chaval, es nuestro hombre. Repito, objetivo confirmado.

El vehículo se detiene frente al edificio y un hombre totalmente tatuado baja primero, mira a ambos lados de la calle y abre la puerta trasera.

—Movimiento en la entrada —avisa Marcos, ajustándose el auricular—. David, están entrando. Repito, objetivo entrando al edificio.

6

19 de Octubre de 2025
09:26h
Barrio a las afueras
Madrid

Clara trata de no prestar atención a la conversación que el inspector está teniendo con el subinspector. Ella quiere saber qué es lo que va a pasar a continuación.

Aprieta los párpados con más fuerza y la taquicardia comienza a manifestarse con ese familiar latido acelerado que precede a las visiones.

Pero entonces llega la voz de Hugo.

—¿Tú qué opinas, Clara? ¿crees que es él?

—Claro que es él. El inspector Alonso no fallaría. Él nunca lo hace.

Para Clara, el evidente interés de Lucía por David le resulta molesto.

No porque esté celosa. En absoluto. Eso implicaría sentimientos que ni siquiera se ha planteado tener.

Es simplemente porque le recuerda a su antigua compañera de piso, y eso le resulta insoportable. Con una María en su vida ya tiene más que suficiente.

—Claro que no, así es el Súperpoli —interviene el inspector Garrido con el walkie en la mano.

—Inspector, todo esto me recuerda al caso Medusa, ¿a usted no? —pregunta Bellido de pronto.

—Bueno, si acaba con un montón de coca requisada y con el malo sin cabeza, yo firmo. Aunque en este caso no creo que David se lo esté cepillando.

—No, no creo que ese sea el caso esta vez… no.

Clara siente que el aire se vuelve denso a su alrededor.

¿David se acostó con un objetivo? ¿Y acabó muerto?

—¿Medusa? —murmura Clara, incapaz de contener la pregunta entre sus labios.

El subinspector Bellido la mira con esa expresión bonachona suya, con la misma maldad que en un osito de peluche.

—Un caso de hace tres años. Fue… complicado —responde Bellido, ajustándose la corbata mal anudada—. El inspector Alonso estuvo infiltrado, y bueno… las cosas se salieron de control. Por decirlo de alguna manera.

Clara aprieta los labios.

—¿Murió durante la operación? —pregunta.

—La mujer que controlaba los bajos fondos de Madrid, la persona que ponía en contacto a peces gordos con peces más gordos, llamada Medusa, acabó con la cabeza cortada, ¿irónico no? —interviene el inspector Garrido—. Pero eso sí, dimos con una cantidad ingente de kilos de coca ahí dentro.

—Y usted perdió una apuesta con el inspector López.

El inspector Garrido hace una mueca al escuchar hablar acerca de su compañero fallecido, pero no dice nada. Bellido no se da cuenta, pero cuando va a hablar de nuevo, el inspector Alonso les habla por el walkie.

—Vamos a entrar.

—Muy bien, a por ellos, machote.

David siente un escalofrío que le recorre la espalda mientras la adrenalina comienza a sustituir el efecto menguante de la codeína.

—Equipo, luz verde. Repito, luz verde —da la orden mientras desenfunda su arma—. Heredia, mantén la posición. Si alguien intenta salir por el tejado, es tuyo.

El grupo sigue avanzando acercándose al edificio. Gutiérrez y Resines toman posiciones a ambos lados de la puerta principal mientras David se coloca detrás, listo para entrar en cuanto caiga la barrera.

—A mi señal —dice, levantando la mano—. Tres, dos, uno…

El ariete impacta contra la cerradura y la puerta cede de inmediato, abriéndose hacia un pasillo oscuro que huele a humedad y a química.

—¡Policía! ¡Al suelo, carallo! —grita Gutiérrez mientras entra primero, seguido por Resines, que cubre el flanco izquierdo.

David avanza cojeando ligeramente, pero con el arma firme. El dolor queda relegado a un segundo plano mientras la adrenalina toma el control.

—Despejado a la derecha —informa mientras avanzan por el un pasillo repleto de puertas.

Hay demasiados sitios por donde podrían emboscarnos.

—Marcos, el plano, ¿Dónde estoy?

—Sigue recto sin miedo, estas puertas dan a almacenes así que no debería haber nadie allí.

Ese debería no le gusta demasiado, pero no dice nada.

Desde el fondo del pasillo se escuchan gritos y el sonido inconfundible de sillas arrastrándose.

—Se mueven hacia el fondo —comunica David por el micrófono—. Marcos, ¿tenemos cobertura trasera?

—Sí, machote, el equipo dos está en posición. Van a cubrir ese culito tuyo.

David aprieta el paso, ignorando la punzada que le recorre la pierna y el comentario de Marcos. Ahora no hay tiempo para el dolor.

¿Pero cuándo ha vuelto de forma tan fuerte?

Ha estado casi dos años aguantando sin demasiado esfuerzo, ¿por qué ahora?

El dolor en su pierna late al ritmo de su corazón, pero lo ignora. La adrenalina es mejor analgésico que cualquier pastilla. O al menos

eso se dice a sí mismo mientras avanza.

—Movimiento por la derecha —susurra Resines, apuntando hacia una puerta entreabierta.

David levanta el puño para detener al grupo.

—Heredia, ¿ves algo desde arriba? —pregunta al micrófono.

—Negativo. El tejado está despejado, pero hay movimiento en el patio trasero. Parece que preparan los vehículos. Se marchan.

David hace una señal a Gutiérrez, que asiente y avanza pegado a la pared.

La puerta del fondo se abre de golpe y dos hombres emergen con subfusiles en las manos.

—¡Abajo! —grita David, lanzándose contra la pared mientras las balas silban por el pasillo.

El agente Paco Resines dispara dos veces, cubriendo a su compañero que rueda hasta ponerse a cubierto tras un pilar. El veterano responde al fuego sin demasiado acierto.

Treinta años sin disparar una sola vez y conozco a estos dos inspectores y es un no parar, carallo. ¿Quien me manda a mí…?

—¡Carallo! —exclama cuando una bala astilla el muro junto a su cabeza.

David se arrastra hasta una posición mejor. Respira hondo, cuenta hasta tres y se asoma para disparar. Uno de los hombres cae y el otro retrocede, gritando algo en español con acento sudamericano.

—¡Marcos, tenemos contacto! —informa David mientras avanza en cuclillas—. Al menos dos hostiles armados. Dile al equipo dos que se prepare, van a intentar salir por detrás.

Entonces llegan más disparos desde otra puerta, esta vez desde su izquierda. David siente que algo caliente le roza el hombro, pero no es momento de comprobar si es sangre.

—¡Tres más a las nueve! —grita Resines, disparando en ráfagas cortas.

El pasillo se llena de humo y olor a pólvora.

—Marcos, cubrid la salida de atrás.

—A sus órdenes —contesta este con mofa—. Grandullón, nos movemos. Avisa al equipo, salimos, vamos, espabila.

—Sí, inspector.

El enorme subinspector sale a la carrera de la furgoneta seguido por el inspector que va a paso lento hablando por el walkie.

Clara y sus dos compañeros se quedan en el interior sin apartar la vista de las cámaras.

La imagen de los tres agentes abandonando la furgoneta deja a Clara, Lucía y Hugo solos frente a las pantallas. El silencio dura apenas unos segundos antes de que Lucía se incline hacia adelante, con los ojos fijos en el monitor donde aparece la cámara del inspector Alonso.

—¿Habéis visto lo bueno que está? —suspira Lucía, mordiéndose el labio inferior—. Madre mía, con ese uniforme táctico está para comérselo. No me lo quiero ni imaginar sin él.

Clara mantiene la mirada fija en la pantalla, fingiendo que no ha oído nada. Pero Lucía no se detiene.

—Me han contado que está soltero —continúa, girándose hacia Hugo y Clara con una sonrisa traviesa—. Y que después de lo de su pierna estuvo un tiempo sin… ya sabéis. Igual necesita ponerse al día.

Hugo suelta una risita incómoda mientras ajusta su auricular.

—Lucía, por favor, estamos en una operación —murmura, aunque su tono delata cierta complicidad.

—¿Qué? Es verdad. —insiste Lucía, señalando otra pantalla donde se ve a David de perfil—. Te juro que este año me lo ligo como sea.

Clara aprieta los labios hasta formar una fina línea. No es que le importe. Para nada. Pero hay algo profundamente inapropiado en esta conversación mientras sus compañeros se juegan la vida.

¿O quizás sí le importe?

No, no me importa nada de nada.

—Cuando salga de esta operación, voy a invitarlo a tomar algo —continúa Lucía, ignorando la tensión—. Y no me voy a conformar con un café.

Clara respira hondo, intentando concentrarse en las pantallas. La voz de Lucía se mezcla con los sonidos de la operación, creando una cacofonía irritante que le impide pensar con claridad.

Cómo me recuerda a María.

Clara no puede apartar la mirada de las pantallas mientras los comentarios de Lucía se convierten en un zumbido que le taladra la mente. El avance de David por el pasillo ocupa toda su atención.

Necesito ver más allá. Necesito adelantarme.

Cierra los ojos un instante, concentrándose en su respiración. La taquicardia comienza de inmediato, ese tambor acelerado que siempre precede a las visiones. El mundo a su alrededor se desdibuja mientras su don se activa.

Entonces las imágenes llegan en fragmentos. David avanzando hacia una puerta metálica al final del pasillo. Gutiérrez y Resines flanqueándolo y la puerta abriéndose de golpe.

Su corazón retumba con tanta fuerza que siente náuseas.

Lo que ve la paraliza.

Hay una sala amplia y ocho hombres armados. Puede ver varias mesas metálicas cubiertas de paquetes blancos.

—¡Mierda! —grita Clara, abriendo los ojos de golpe—. ¡Hay ocho hombres armados esperando detrás de esa puerta!

Lucía y Hugo la miran boquiabiertos mientras ella agarra frenéticamente el walkie.

—¡David! ¡No abras esa puerta! ¡Hay ocho hombres armados dentro, os están esperando!

En la pantalla, David se detiene abruptamente, levantando el puño para que el equipo se detenga. Se lleva la mano al oído para escuchar el mensaje.

Pero es demasiado tarde y la puerta se abre desde dentro.

El primer disparo rompe el silencio y David se lanza al suelo mientras Gutiérrez y Resines tratan de encontrar un lugar donde cubrirse. Las balas atraviesan el aire donde estaban sus cabezas hace apenas un segundo.

Se escuchan varios gritos ahogados y un “carallo”

Y entonces comienza el tiroteo.

Clara observa horrorizada cómo la sala estalla en un caos de disparos y gritos. Las imágenes en la pantalla se vuelven frenéticas.

David rueda hasta ponerse a cubierto tras un pilar.

—¡Marcos, entra cagando leches!

7

19 de Octubre de 2025
18:09h
Montana
Bosque

Mia desmonta de Kiara y sus enormes y desproporcionadas botas levantan una pequeña nube de polvo al aterrizar. La yegua resopla, inquieta todavía por el estruendo del disparo.

El ciervo yace inmóvil sobre la tierra. Es un macho adulto, con una cornamenta imponente que se extiende como ramas retorcidas hacia el cielo. Mia se acerca con pasos cautelosos y la pistola todavía en su mano.

—Tranquila, pequeña —susurra sin apartar la mirada del animal caído.

A medida que reduce la distancia, Mia aprecia mejor la magnitud de su presa. Es enorme, mucho más grande de lo que parecía desde lejos. Su pelaje marrón rojizo brilla bajo los rayos del sol que se filtran entre los pinos. La bala ha impactado justo donde el tío Tom le enseñó.

Se arrodilla junto al animal y pasa la mano por su lomo, sintiendo la textura áspera del pelo. Sus pequeños dedos recorren el contorno del animal.

Es un ejemplar magnífico, quizás el más grande que he cazado hasta ahora. El tío va a estar súper súper contento.

Cuenta ocho puntas en cada lado de la enorme cornamenta. Es un trofeo excepcional que, además de carne para el invierno, les dará mucho dinero. En el pueblo pagan bien por piezas así. Marta, la mujer de la tienda de artesanías, siempre les dice que los turistas se vuelven locos por los productos hechos con astas de ciervo. Dicen que son idiotas por hacerlo, pero que lo hacen.

Mia saca el cuchillo de caza de su cinturón y lo sostiene con firmeza, tal como le enseñó el tío. Entonces repasa mentalmente lo que debe hacer ahora.

Primero hay que desangrarlo y luego atarlo a Kiara para llevarlo de vuelta a la cabaña. No será fácil, pero ha practicado lo suficiente. Aunque nunca sola.

La sangre es caliente y espesa cuando comienza a fluir. No hay asco ni duda en sus gestos, solo la concentración de quien ha aprendido a sobrevivir. Una digna heredera de su sangre. Familia del cazador.

El motor de la furgoneta emite un quejido final antes de que Tom corte el contacto cuando llega junto a la cabaña. Permanece un momento quieto, con las manos aún en el volante, escuchando. No hay nada. Ningún movimiento en la cabaña.

Así que baja del vehículo y cierra la puerta con un golpe seco. Sus botas de montaña crujen sobre la gravilla mientras rodea la furgoneta para sacar las bolsas con las provisiones. El dinero de las pieles y la carne ha rendido bien esta vez. Tiene suficiente para un mes, quizás más si lo racionan adecuadamente.

—¿Mia? —llama mientras sube los tres escalones del porche.

Nada.

Deja las bolsas en el suelo y saca la Beretta de su funda. Un movimiento automático, como respirar. Sus ojos recorren el perímetro visible de la propiedad mientras gira el picaporte.

Las reses robadas en los alrededores le pasan por la mente al instante.

La cabaña está vacía. Limpia, ordenada, pero sin rastro de la niña. Avanza por la sala principal y comprueba cada rincón. La cama de Mia está hecha y su chaqueta no está en el perchero.

Sale al porche y observa el sendero que se interna en el bosque. El corral está cerrado, pero Kiara no está. Sus ojos se entrecierran mientras analiza las huellas en el suelo húmedo.

Tom suspira. No es la primera vez que la niña sale a cazar sola, aunque le ha prohibido alejarse demasiado. Pero Mia es terca e independiente como lo era su madre.

Es igual que yo, y eso es lo que me preocupa.

Porque lo último que quiere para ella es una vida como la suya.

Llega junto al corral de Lancelot y coloca su mano derecha sobre el barro. Entonces cierra los ojos y respira hondo mientras se concentra en encontrarla. Su cara, su olor, y el sonido de sus pasos.

Da con ella a unos pocos kilómetros hacia el sur. Está junto a Kiara y al cadáver de un ciervo enorme.

Niega con la cabeza con un evidente gesto de desaprobación, aunque, al mismo tiempo, siente un latigazo de orgullo. Aunque este le dura poco. Muy poco. Justo hasta el momento en el que se da cuenta de que no está sola.

Levanta la mano de la tierra, prepara a Lancelot con su silla y su bocado y se lanza al galope hacia el interior del bosque.

Mia clava la punta del cuchillo bajo la piel del ciervo y presiona con firmeza. La hoja resbala sobre el tejido mientras ella tira hacia arriba, abriendo un surco limpio por el vientre del animal. El vapor escapa de la incisión como una pequeña nube en el aire frío del bosque.

El tío Tom siempre dice que un buen cazador respeta a su presa, y eso significa aprovechar cada parte del animal. La sangre tiñe sus dedos mientras separa la piel de la carne. Es un trabajo duro para una niña de su edad, pero está más que acostumbrada y le encanta la vida en la montaña.

De repente, un crujido rompe el silencio del bosque. Kiara levanta la cabeza de golpe, con las orejas erguidas y los ojos muy abiertos.

Mia se detiene y mira a su alrededor, pero no logra ver nada entre los árboles.

—Tranquila, chica —susurra, pero la yegua resopla nerviosa, golpeando el suelo con sus cascos.

Otro crujido y este es más cercano. Kiara relincha, asustada, y antes de que Mia pueda reaccionar, la yegua se gira y sale galopando entre los árboles.

—¡Kiara! —grita Mia poniéndose de pie—. ¡Vuelve!

Pero el animal no lo hace, la yegua desaparece entre la espesura, dejando solo el eco de sus cascos contra el suelo del bosque. Mia deja caer el cuchillo y corre unos metros tras ella, pero es inútil. No hay manera de alcanzarla.

—¡Kiara! —vuelve a llamar, más fuerte esta vez, pero su voz rebota entre los troncos sin respuesta.

Se queda inmóvil, con la respiración agitada y las manos ensangrentadas. Está sola en medio del bosque, junto al cadáver a medio desollar de un ciervo enorme, sin caballo para transportarlo y sin manera de avisar al tío Tom.

Y en ese momento, sus ojos comienzan a llenarse de humedad. Ha pasado lo peor que podía pasarle. O al menos eso pensaba, hasta que un rugido atrona en el interior del bosque y un enorme oso grizzly asoma su enorme cabeza atraído por el olor de la sangre.

Oh, no, esto sí que es lo peor que podía pasarme.

8

19 de Octubre de 2025
09:52h
Barrio a las afueras
Madrid

El sudor resbala por la desierta y negra frente del inspector Garrido mientras escucha la respiración agitada de David a través del auricular. El equipo dos permanece agazapado tras los contenedores, con las armas listas y a la espera de su orden. El grandullón, a su lado, no para de contarle chorradas y estadísticas con su aguda e insufrible voz.

—Inspector Garrido, no sé si lo sabe, pero… —murmura Bellido, pasándose un pañuelo por la frente—, las estadísticas de bajas en este tipo de operaciones…

—Cierra el pico, grandullón. Guárdate los números para después…

O para cuando yo no esté.

O nunca…

Necesito un maldito cigarrillo.

A través del auricular, la voz de David interrumpe sus pensamientos.

—¡Marcos, entra cagando leches!

Marcos no vacila ni un segundo, aunque su cuerpo va a su ritmo. Ya no tiene veinte años…

—¡Equipo dos, adelante! ¡Ahora, ahora, ahora!

Los hombres se mueven hacia la entrada trasera.

—Garrido a Central. Paco, entramos por la puerta trasera. Necesito cobertura aérea y equipo médico en espera —dice Marcos mientras se coloca a un lado para que otro agente patee la puerta. Ya no está para esos trotes.

Ya no estoy para esos trotes.

El interior es un caos de sombras y destellos. El inspector Garrido distingue siluetas moviéndose entre las columnas y el polvo levantado por los disparos. El grandullón se pega a su espalda como una segunda y inmensa piel, cubriendo sus dos flancos con su enorme espalda.

No lo hace a propósito, pero como escudo el grandullón es un diez.

—¡Interpol! ¡Tiren las armas! —grita el inspector Marcos Garrido, avanzando en la oscuridad.

Una ráfaga de disparos responde a su advertencia y los proyectiles silban sobre sus cabezas mientras el equipo se despliega. El inspector Garrido localiza a dos tiradores tras unas cajas y señala su posición al resto del equipo.

—Grandullón, cúbreme —ordena, y este asiente no demasiado convencido.

O nada convencido más bien.

El inspector Garrido avanza agachado, sintiendo cada latido de su corazón como un tambor de guerra en sus oídos.

Hoy no es día para morir. Hoy es día de arroz al horno.

Y no se lo va a perder por nada del mundo.

Ni de coña.

El tiempo se ralentiza mientras David se parapeta tras una columna de hormigón y las balas silban por todas partes, rebotando contra el metal y el cemento. A su derecha, el agente Torres cae con un grito ahogado y la sangre mancha su chaleco antibalas. A la

izquierda, otro agente que no ubica se desploma sin emitir sonido alguno con un impacto que, por suerte, también golpea el chaleco.

—¡Joder! —escupe David, cambiando el cargador con dedos que no tiemblan pese a la adrenalina—. ¡Nos han tendido una puta emboscada!

El dolor en su pierna vuelve con fuerza, recordándole que la codeína está perdiendo su efecto. David aprieta los dientes y se asoma para disparar tres veces, forzando a uno de los tiradores a cubrirse. Héctor Gutiérrez avanza en cuclillas hasta situarse junto a una caja metálica con su maduro rostro contorsionado en una mueca de terror.

—¡Carallo! —grita el veterano—. ¡Son al menos ocho, inspector! ¡Nos superan!

Paco Resines mantiene una posición defensiva detrás de un montacargas volcado.

—¡Aguanta! —le grita David, notando cómo el sudor le empapa la camisa—. ¡Marcos, necesitamos refuerzos ya!

A través del auricular, la voz de Garrido llega entrecortada: "Estamos… dentro… aguanta…"

David localiza a dos tiradores moviéndose entre las sombras hacia su flanco izquierdo. Intenta advertir a Resines, pero el estruendo de las balas ahoga su voz y el joven agente no ve la amenaza que se cierne sobre él.

Entonces David abandona su cobertura y corre hacia la posición de Resines. El dolor es insoportable, pero el instinto supera cualquier limitación física. Dispara mientras avanza, acertando a uno de los atacantes en el hombro.

—¡A tu izquierda! —consigue gritar finalmente.

Resines reacciona justo a tiempo, girándose para enfrentar la amenaza y sus disparos encuentran el blanco y el segundo atacante cae.

—¡Por el amor de la madre de Dios! —jadea Resines, con los ojos desorbitados por la tensión.

David asiente brevemente mientras vuelve a cubrirse. La situación es crítica.

Dos agentes caídos y ellos tres atrapados en un fuego cruzado que parece no tener fin.

Clara observa las pantallas mientras la operación se desmorona ante ella. Su respiración se acelera cuando ve a David parapetado tras una columna, intercambiando disparos con sombras que se mueven entre el polvo y los destellos.

Todo lo que ve lo hace desde las cámaras que llevan puestas en el pecho tanto David como el resto de los agentes. Parece que dos han caído, pues solo es capaz de ver suelo y techo en dos de ellas. Y en las otras dos, las de los agentes Resines y Gutiérrez, puede ver a David devolviendo el fuego de los disparos.

—Esto no debería estar pasando —murmura, apretando los puños.

En la furgoneta solo quedan ella, Lucía y Hugo, mirando impotentes cómo sus compañeros se adentran en la trampa. Pero entonces, algo cambia en su percepción. El aire se espesa y los sonidos se distorsionan. Su don se está activando sin que ella pueda controlarlo.

Las imágenes parpadean ante sus ojos y aparece David abandonando su cobertura y corriendo hacia Resines. Pero esta vez, algo más aparece en su visión. Un tercer tirador, oculto entre las sombras del techo, apuntando directamente a la espalda desprotegida de David.

Clara ve la trayectoria de la bala antes de que sea disparada. Ve el impacto, ve la sangre y ve a David desplomándose sobre el cemento.

—¡NO! —grita con todas sus fuerzas, levantándose de un salto y golpeando el panel de control.

Lucía la mira estupefacta y Hugo se gira hacia las pantallas en busca de lo que todavía no ha llegado a suceder.

—¿Qué demonios…? —comienza Lucía.

Pero Clara ya se ha puesto en pie y salido corriendo por la puerta de la furgoneta dejando a sus dos compañeros con la boca abierta.

Corre como si la vida dependiera de ello. Aunque puede que así sea.

La suya puede que no, pero sí la de David.

Su corazón martillea contra su pecho mientras sus piernas la impulsan hacia la entrada principal del almacén. No sabe cuándo ocurrirá exactamente, pero sabe que va a suceder.

Siempre que ha visto algo, ha pasado, a no ser que ella haya hecho algo al respecto. Dos años atrás podía incluso vivirlo y luego volver al pasado e intentarlo de nuevo, pero eso se acabó cuando Tom provocó que Luna les arrebatara el poder a los dioses y se crearan más controladores del tiempo.

En el momento en el que más de uno es capaz de cambiar el tiempo, se vuelve imposible hacerlo. Como si varias personas tiraran de una cuerda con la misma fuerza. Esta siempre se queda donde está.

Así que su única opción es tratar de ver los siguiente minutos y cambiar algo del futuro de sus seres queridos.

El aire frío de la noche golpea su rostro cuando abandona la seguridad de la furgoneta. Los sonidos del tiroteo resuenan con más fuerza aquí fuera.

Tengo que llegar a tiempo.

Se repite mientras esquiva los vehículos policiales y a los agentes que mantienen el perímetro.

Entrad, cobardes.

—¡No puede entrar ahí! —grita uno de ellos, intentando detenerla.

Clara lo ignora con los ojos fijos en la entrada del almacén, donde los disparos continúan sin cesar. La imagen de David cayendo al suelo, con la sangre manchando su camisa, se repite en su mente como una película que ya ha vivido y no quiere volver a ver.

La puerta del almacén está entreabierta, custodiada por dos agentes que apuntan hacia el interior. Clara se agacha y pasa entre ellos aprovechando su confusión. Uno intenta agarrarla del brazo, pero ella se zafa con un movimiento brusco.

—Agente Losada, vuelva aquí.

Pero ella lo ignora mientras se pregunta quién esa chica que está entrando en ese edificio. No puede ser la misma que esperaba en la puerta de la clase hasta que el reloj le marcara las ocho.

Ni la que se acostaba a las once de la noche para dormir las ocho horas día sí y día también.

No puede creerse lo mucho que ha cambiado en dos años.

Todo lo que enfrentarse a lo que enfrentó la ha hecho cambiar. Y todo eso se lo debe a David y por eso no va a dejar que le pase nada malo.

María estaría orgullosa de mí.

9

19 de Octubre de 2025
10:09h
Barrio a las afueras
Madrid

Entre los destellos de los disparos, el polvo flotando y el zumbido constante en sus oídos, cada segundo le parece eterno. La pierna de David late con un dolor que le sube por la columna hasta la base del cráneo, recordándole su sufrimiento durante esos seis malditos meses de baja.

Gutiérrez dispara tres veces desde su posición, cubriendo a Resines que se mueve torpemente entre las columnas.

—¡Quedan dos, inspector! —grita Gutiérrez con voz ronca—. ¡Uno a las tres y otro a las once!

David asiente sin hablar. Las palabras son un lujo que no puede permitirse mientras cada bocanada de aire le cuesta un esfuerzo sobrehumano. La adrenalina mantiene a raya el dolor, pero no lo suficiente. Paco Resines se parapeta tras un montacargas volcado con el rostro joven cubierto de sudor y hollín. Sus ojos transmiten un terror que intenta disimular a duras penas.

—Yo me encargo del de las tres —susurra David, haciendo un gesto a Gutiérrez para que se ocupe del otro.

David se desliza por el suelo hasta alcanzar una nueva posición y localiza al tirador. Es un tipo corpulento con chaleco táctico que recarga su arma a toda prisa. Respira hondo, apunta y presiona el gatillo dos veces y el hombre cae sin un sonido.

De repente, un rugido familiar resuena desde la entrada trasera del almacén. Por fin llega Marcos, que aparece con su equipo y comienza a desplegarse. Bellido le sigue como una sombra fiel que provoca que su corpulencia ofrezca más protección de la que probablemente pretende.

—¡Interpol! ¡Tira el arma! —brama Marcos con una voz que denota su escaso fondo.

El último tirador, atrapado entre dos fuegos, vacila solo un instante antes de soltar su arma.

—¡No disparen! ¡Me rindo! —grita con las manos en alto.

—¿Dónde está tu jefe? —pregunta de nuevo, a lo que este niega con la cabeza.

Clara se detiene en seco, con el corazón martilleando contra sus costillas y el aliento escapando en bocanadas de sus pulmones. Se apoya contra una columna fría y metálica, cierra los ojos y se concentra, intentando recuperar esa sensación que precede a sus visiones.

Nada.

Frunce el ceño y lo intenta de nuevo, esta vez apretando los párpados con más fuerza. Las imágenes llegan, pero son confusas y distorsionadas, como si alguien hubiera vertido agua sobre un lienzo recién pintado.

Se queda inmóvil y totalmente confundida. Las imágenes que había visto de David recibiendo un impacto en la espalda, no han ocurrido. El inspector Alonso sigue en pie, dando órdenes mientras Marcos y su equipo aseguran el perímetro.

Un escalofrío le recorre la columna.

Mis visiones nunca fallan.

Y sin embargo, la escena que ha visto con tanta nitidez se ha desvanecido como humo entre sus dedos.

No tiene sentido.

El sudor frío le empapa la nuca y la sensación de alarma persiste en su cuerpo como un eco, aunque la amenaza haya desaparecido. Es como si hubiera corrido a apagar un incendio que nunca existió.

El inspector Bellido pasa junto a ella con expresión preocupada.

—¿Estás bien? —le pregunta, deteniéndose brevemente—. No deberías estar aquí, como te vea el inspector Garrido…

Clara asiente distraída, sin apartar la mirada de David. No puede explicarle a Bellido delante de todo el mundo que acaba de presenciar la muerte de David.

Otra vez.

—Mis visiones… —murmura, más para sí misma que para Bellido —. Nunca se equivocan.

Clara observa desde la distancia cómo Marcos y David se reúnen en el centro del almacén, rodeados por el caos de la operación fallida. Los agentes entran y salen, algunos transportando a los heridos y otros asegurando el perímetro.

—¿Cómo coño ha pasado esto? —escucha decir al inspector Garrido, quien se pasa una mano por la frente brillante de sudor—. Lo teníamos todo controlado. Es imposible que supiera que estábamos aquí.

David niega con la cabeza mientras guarda su arma. Su rostro muestra una mezcla de frustración y dolor contenido que Clara reconoce a la perfección.

—Alguien le avisó —responde David, apoyándose contra una columna para aliviar la presión en su pierna—. No hay otra explicación.

Marcos mira a su alrededor, como buscando a un fantasma entre las sombras del almacén.

—Salazar no está. No hay ni rastro de él —dice, bajando la voz—. Es como si se hubiera esfumado.

Clara se acerca un poco más, intentando captar la conversación. Su visión fallida la inquieta más que la operación en sí misma. Nunca antes había ocurrido algo parecido.

Jamás.

—¿Crees que sabía que veníamos? —pregunta David.

—Tenía que saberlo —responde Marcos—. La pregunta es cómo. Este operativo estaba de rechupete, joder. Solo lo conocíamos nosotros y los de arriba. El inspector jefe Martínez es un lerdo, pero no es un corrupto. Y el comisario no se metería en estas mierdas, ese está pensando en cómo llegar a jefe supremo. O a emperador si le dejan.

—Entonces tenemos un topo —sentencia David con un suspiro—. No hay otra explicación.

El inspector Garrido asiente lentamente.

Pero Clara que sí que puede haber otra explicación y que esta esté relacionada con sus visiones.

Sigue dándole vueltas mientras observa cómo David y Marcos terminan de hablar con los agentes que aseguran la escena.

¿Cómo es posible? Nunca antes me había ocurrido algo así.

No tiene sentido. Ella ha visto el futuro y en ese futuro David recibía un balazo.

Algo que no ha pasado.

¿Por qué?

El dolor en el rostro de David es evidente, aunque intenta disimularlo. Clara nota cómo aprieta la mandíbula con cada paso y cómo su mano derecha se cierra en un puño para contener el sufrimiento que le provoca su pierna maltrecha.

Cuando salen al exterior, el contraste entre la penumbra del almacén y la luz del día hace que Clara entrecierre los ojos. Ella espera junto a Hugo y Lucía cerca de uno de los vehículos policiales.

Entonces David llega hasta ella, seguido del inspector Garrido. Hugo se pone ligeramente firme y Lucía se sonroja de manera evidente a su lado.

—Agente Losada, ¿Qué hacía ahí dentro? —le pregunta David con tono severo—. Se suponía que debía quedarse en la furgoneta con sus compañeros.

—Pero yo…

—Lo que ha hecho está totalmente fuera de lugar y ha sido muy peligroso —insiste David acercándose a ella.

—Sí, inspector. Lo lamento.

—Que no vuelva a ocurrir… —entonces David pasa justo por su lado y añade—. Y gracias.

Acto seguido, ambos inspectores abandonan la escena en dirección a los coches y es el subinspector Bellido el que se queda al mando. Sus dos compañeros comienzan con las mofas mientras una sutil sonrisa se perfila en los labios de Clara.

10

19 de Octubre de 2025
18:22h
Montana
Bosque

El animal se alza sobre sus patas traseras, alcanzando casi tres metros de altura, abre las fauces y emite un rugido que sacude hasta la última hoja del bosque.

Mia se queda inmóvil, como una estatua. Su mano derecha aún sostiene el cuchillo ensangrentado, pero sabe que esa pequeña hoja no le servirá de nada contra semejante bestia. Y su pistola está en la funda atada a Kiara, ahora perdida en el bosque.

El oso vuelve a caer sobre sus cuatro patas y da un paso hacia ella. El olor de la sangre del ciervo lo atrae como un imán.

El corazón de Mia late tan fuerte que puede sentirlo en sus oídos. El tiempo parece detenerse mientras el enorme grizzly avanza otro paso con las garras dejando profundas marcas en la tierra. El animal olfatea el aire, confundido entre el olor del ciervo muerto y el de la niña.

Entonces Mia recuerda las palabras del tío Tom: «Si te encuentras con un oso, nunca corras. Correr es morir». Aprieta el cuchillo en su mano temblorosa, aunque sabe que es inútil contra aquella mole.

El oso gruñe, mostrando unos colmillos amarillentos manchados de sangre de alguna presa anterior. Y sus pequeños ojos negros la estudian con una mezcla de curiosidad y hambre.

Mia da un paso atrás, lentamente. Su bota cruje sobre una ramita y el sonido parece amplificarse en el silencio tenso del bosque. El grizzly responde con otro rugido, esta vez más amenazador que el anterior.

No te muevas.

Ni respires demasiado fuerte.

El animal se acerca al ciervo y lo olfatea. Por un momento, Mia piensa que quizás se conformará con esa presa ya cazada, pero entonces el oso levanta la cabeza y la mira directamente a los ojos, como si acabara de decidir que prefiere carne fresca.

Fresca y joven.

Entonces se lanza hacia adelante con un rugido que sacude el aire. Sus enormes patas delanteras aplastan el suelo mientras su cuerpo repleto de oscuro pelo se impulsa con sorprendente velocidad.

Mia reacciona por puro instinto. Sus piernas se mueven antes que su cerebro pueda procesarlo y sale disparada entre los árboles. Sus botas son demasiado grandes y golpean el suelo en una carrera desesperada.

Detrás, el crujido de las ramas y el pesado respirar del oso le confirman que la bestia la persigue. No necesita mirar atrás para confirmarlo.

Esquiva un tronco caído y salta sobre raíces retorcidas. Las ramas bajas le arañan la cara y los brazos, pero apenas las siente.

—¡Socorro! —grita con toda la fuerza que sus pequeños pulmones le permiten. Su voz suena extraña, aguda y desesperada, perdiéndose entre los árboles sin respuesta.

Sabe que es en vano. Que no hay nadie en varios kilómetros de distancia.

Aunque en ese momento, con trescientos kilos de muerte tras ella, lo que mas le preocupa es decepcionar al tío.

No sabe hacia dónde corre, solo sabe que debe alejarse del oso. Sus botas resbalan sobre el musgo y casi cae, pero logra recuperar el equilibrio sin perder velocidad.

El rugido del oso suena más cercano. De hecho, diría que es demasiado cercano. Siente el pánico crecer en su garganta mientras busca desesperadamente un árbol al que pueda trepar, una roca bajo la que pueda esconderse, o cualquier cosa que la separe de aquellas garras mortales.

Pero lo que encuentra es el río y los recuerdos vuelven a ella de golpe. A David y a la señora Luna disparando y ella cayendo al agua sin poder evitarlo.

Pero esta vez no está ese hombre para salvarla.

No…

Esta vez estoy sola.

El caballo resopla debajo de Tom mientras lo impulsa entre los árboles a toda velocidad.

Lancelot conoce estos bosques tan bien como él. El animal salta troncos caídos y esquiva ramas bajas sin que Tom tenga que guiarlo.

Tira de las riendas y Lancelot se detiene. El animal relincha, inquieto, como si compartiera la urgencia de su dueño. Entonces desmonta de un salto, apoya la palma de su mano contra el tronco rugoso de un pino y cierra los ojos.

Ve a la niña junto al agua y a la enorme bestia acechándola.

Voy a matar a esa cosa.

Vuelve a montar y espolea a Lancelot. El caballo responde lanzándose hacia adelante como una flecha y los árboles se convierten en manchas borrosas mientras avanzan. Tom mantiene una mano sobre la Beretta en su cinturón. Cada pocos minutos, detiene a Lancelot y toca otro árbol para reorientarse. El rastro cambia.

Entonces escucha que las plantas se mueven y una sombra se cierne sobre él. Kiara pasa al galope junto a ellos y, al verlos, relincha de la emoción.

Has abandonado a Mia, maldita yegua…

No pierde más tiempo y se lanza hacia el rastro de la niña.

Mia mira al río y luego al oso que se acerca. No tiene elección. El único árbol cercano es un viejo pino que se inclina sobre la orilla,

con sus raíces parcialmente expuestas por la erosión del agua.

El oso gruñe detrás de ella. Está demasiado cerca.

Corre hacia el árbol con desesperación. Sus botas demasiado grandes resbalan en el barro de la orilla, y por un momento siente que va a caer al agua. Extiende los brazos y logra agarrarse a una de las raíces.

Vamos.

El corazón le late tan fuerte que puede sentirlo en sus sienes. Se aferra a la corteza rugosa del pino y comienza a trepar. Sus pequeñas manos buscan cada grieta y cada saliente donde apoyarse.

El oso llega a la orilla justo cuando ella alcanza la primera rama gruesa. Se alza sobre sus patas traseras y ruge, mostrando unos colmillos amarillentos que podrían destrozarla con facilidad.

La niña trepa más alto y logra encontrar apoyo, pero una rama se rompe bajo su peso y cae al suelo, justo frente al oso. El animal la olfatea y luego vuelve a mirar hacia arriba, donde Mia continúa trepando.

Por favor.

Por favor, que no pueda subir.

Contestando a su pregaria, el oso comienza a trepar y sus garras se clavan en la corteza con pasmosa facilidad, arrancando trozos de madera mientras asciende. Mia sube más alto, hasta que las ramas comienzan a ser demasiado delgadas para soportar su peso.

No puede subir más. Está atrapada.

Se aferra a la última rama con desesperación y la corteza se clava en sus palmas mientras el árbol se mece bajo su peso. Debajo, el oso sigue el ascenso, rugiendo con furia.

La rama cruje y pequeñas astillas saltan bajo sus dedos.

No, no, no…

El miedo le seca la garganta y siente que la madera cede poco a poco. Sus botas, demasiado grandes, resbalan buscando apoyo en el tronco y la rama se inclina peligrosamente hacia abajo.

El oso lanza un zarpazo que corta el aire a centímetros de sus pies. Mia grita y sube las piernas, abrazándose a la rama como un koala. El movimiento hace que la madera cruja aún más.

El oso vuelve a atacar y sus garras pasan tan cerca que Mia puede sentir el aire desplazado. La bestia ruge frustrada, mostrando unos colmillos amarillentos capaces de triturar huesos.

La rama se quiebra un poco más. Mia siente el vacío bajo ella, el vértigo del abismo que la separa del suelo y de las fauces del animal.

El oso se impulsa sobre el tronco y las zarpas raspan la madera mientras intenta alcanzarla. Falla por poco, pero el árbol entero se sacude con su peso.

La rama cede otro poco. Ya no está horizontal, sino inclinada en un ángulo peligroso. Los dedos de Mia se crispan sobre la corteza mientras siente que su cuerpo comienza a deslizarse.

Por favor…

El oso lanza otro zarpazo y esta vez sus garras rozan la bota derecha de Mia, desgarrando el cuero pero sin llegar a su piel. La niña patea instintivamente y la bota se desprende, cayendo sobre el hocico del animal.

El oso retrocede, confundido por el objeto que ha golpeado su cara. Pero se sobrepone, sacude la cabeza y vuelve a la carga con furia renovada.

Tom espolea a Lancelot hasta el límite de sus fuerzas y el caballo responde con una velocidad que contradice su tamaño, saltando sobre troncos caídos y esquivando ramas bajas mientras avanzan por el bosque.

Galopa a tal velocidad que los árboles se convierten en manchas verdes y marrones a su alrededor. Mantiene sus sentidos alerta, tratando de captar cada sonido, olor y vibración del bosque.

Entonces un rugido distante rompe el silencio. Y Tom reconoce ese sonido.

Es una maldita bestia.

Aprieta la mandíbula y espolea aún más a Lancelot. El caballo resopla pero obedece, acelerando su galope a través de la maleza. Las ramas golpean el rostro de Tom, pero apenas las siente. Su mente está enfocada en un único objetivo.

Llegar hasta Mia antes de que se convierta en almuerzo de oso.

Cuando finalmente alcanza el claro junto al río, la escena se despliega ante sus ojos como una pesadilla. Mia está aferrada a una rama alta de un pino inclinado sobre el agua y sus pequeños brazos rodean la madera con desesperación mientras sus piernas cuelgan en el vacío. Y debajo, un enorme grizzly trata de subir con las garras clavadas en el tronco mientras intenta alcanzarla. El animal ruge de frustración cuando sus zarpas pasan a centímetros de los pies de la niña.

Tom desmonta de un salto sin que Lancelot se haya detenido completamente, cae sobre la hierba y rueda para amortiguar el impacto. Nada más se endereza, extrae la Beretta de su funda y apunta al animal.

La rama donde Mia se aferra cruje peligrosamente y el oso lanza otro zarpazo que pasa tan cerca que arranca un trozo de tela de su pantalón.

Tom observa cómo la madera comienza a astillarse bajo el peso de Mia.

Sabe que no tiene mucho tiempo.

Y entonces dispara.

11

19 de Octubre de 2025
19:42h
Barrio a las afueras
Madrid

La luz mortecina de la comisaría de la Interpol baña los rostros agotados del equipo mientras cruzan el vestíbulo. Clara camina con la mirada fija en el suelo, repasando mentalmente cada instante de la operación fallida.

Por primera vez en su vida, el futuro ha cambiado, y esa sensación le produce un vacío en el estómago que no logra explicar.

—Pues menuda mierda de operativo —dice Lucía dejándose caer en su silla con un suspiro exagerado—. Tanto para nada. Pero bueno, esta noche me tomo diez cervezas y como nueva.

Hugo se quita la chaqueta y la deja sobre el respaldo.

—Al menos no hubo bajas. Torres y Navarro estarán bien en unos días.

Clara permanece en silencio, abstraída en sus pensamientos mientras se sienta en su escritorio.

—¿Qué te pasa? —pregunta Lucía acercándose a ella—. Pareces un fantasma.

—Nada —responde Clara sin mirarla.

Hugo consulta su reloj y se pasa una mano por el pelo.

—Son casi las ocho. ¿Qué os parece si nos vamos a tomar algo? Conozco un sitio cerca de Malasaña que pone unas tapas que te mueres. Y así te puedes tomar esas diez cervezas.

Lucía se anima al instante.

—Me apunto.

Ambos miran a Clara, que niega con la cabeza mientras ordena unos papeles.

—Yo paso. Tengo que terminar el informe.

—Venga ya, Clara —insiste Lucía apoyándose en su escritorio—. El informe puede esperar hasta mañana. No seas tan… tú.

Clara levanta la mirada, con un destello de irritación en sus ojos, pero Hugo interviene antes de que Lucía empeore las cosas.

—Lo que quiere decir es que llevas dos años sin salir con nosotros después del trabajo.

Clara suspira. Tiene razón. Desde que se unió a la unidad ha mantenido las distancias. La gente la incomoda, los bares la agobian, y las conversaciones triviales le parecen un desperdicio de tiempo. Ha cambiado mucho durante estos dos años, sí, pero no tanto…

Además tengo cosas que hacer.

—De verdad, prefiero quedarme —responde finalmente—. Id vosotros.

Sus compañeros no insisten. Conocen a la perfección cómo es su rarita compañera de trabajo.

Los pasos cansados de David y Marcos resuenan por el pasillo mientras entran a la central de la Interpol. La expresión sombría en sus rostros delata el fracaso de la operación. El grandullón los espera junto a Resines y Gutiérrez, reunidos alrededor de una mesa repleta de papeles y vasos de café a medio terminar.

—Ahí están —dice Gutiérrez levantando la mirada—. ¿Qué cojones ha pasado, carallo?

David se deja caer en una silla mientras Marcos permanece de pie, cruzando los brazos.

—Salazar se nos ha escapado —responde el inspector Alonso secamente.

—¿Cómo es posible? Teníamos confirmación visual.

—Alguien le avisó —interviene Marcos Garrido—. No hay otra explicación. Cuando entramos, ya habían montado la emboscada. Por poco no la palma aquí el súperpoli, y tenemos a dos de los tácticos en el hospital.

Paco Resines se rasca la cabeza confundido.

—Pero… ¿quién podría haberle avisado? El operativo era secreto.

—Tenemos un topo —sentencia David mientras saca un frasco de pastillas de su bolsillo y se traga una sin agua—. Alguien filtró la información.

Gutiérrez suelta una risa amarga.

—¿Un topo? No me joda, inspector. Ya bastante tuvimos con Castro y López. ¿Ahora dice que hay alguien trabajando justamente con Salazar?

—¿Y cómo explicas que supieran exactamente dónde íbamos a entrar?

—Puede haber otra explicación, pero no es el momento ni el lugar —dice David de inmediato.

Todos asienten. Desde que llegó el nuevo comisario no se habla acerca de los Numen en comisaría. Por si las moscas.

—Por el momento mantenemos la idea del topo, y eso es lo que Paco debe decir al comisario.

—¿Yo? —pregunta Paco Resines al borde del colapso.

—Tú no, merluzo, el inspector se refiere al inspector jefe, ¿cómo vas a ser tú, si eres un merluzo? —intervine Héctor Gutiérrez entre risas.

—¿Saben por qué se utiliza el termino merluzo? —pregunta el subinspector Bellido. Ya todos saben que lo va a contar quieran o no —. El término "merluzo", usado como insulto en español, especialmente en España, proviene del nombre del pez "merluza", y su uso despectivo tiene una evolución curiosa y popular. "Merluza" es un pescado blanco bastante común y conocido por su sabor suave y por ser un animal "soso" y poco activo. A partir de esto, "merluzo" surgió como una forma aumentativa o derivada del

nombre del pez, y comenzó a usarse coloquialmente para referirse a alguien considerado tonto, bobo o inútil. El término ganó fuerza sobre todo en el siglo XX, y es muy típico en zonas como Madrid y otras partes de España, a menudo con un tono cómico o sarcástico. Puede compararse con otros insultos suaves como *"memo"*, *"bobalicón"* o *"cenutrio"*. Aunque, a veces también se usa con cierto matiz afectuoso o burlón, no necesariamente muy ofensivo, aunque depende del contexto.

Marcos suspira con desesperación.

A veces mataría al grandullón.

—¿Ves lo que haces, cenutrio? ahora por tu culpa el subinspector nos ha soltado el sermón, carallo —dice Gutiérrez muy serio, a lo que su compañero reacciona bajando la mirada y su rostro repleto de pecas se vuelve rojizo.

Entonces, el inspector Garrido corta de raíz la charla banal.

—Ahora, por cansino, te toca a ti informar al inspector jefe.

La cara del grandullón refleja las pocas ganas que tiene de que eso ocurra.

—Pero inspector…

—Ni peros ni peras, anda tira. Y tú también por pesao —dije señalando al veterano agente.

—Carallo.

Unas horas más tarde, el Volkswagen negro del inspector Garrido sale del parking de la comisaría en dirección a su casa. David contempla la ciudad a través de la ventanilla, con el ceño fruncido y la mente todavía en el operativo fallido.

—No te he dicho antes nada, pero te he visto, chaval, ¿Otra vez con estás eso? tienes que dejar de tomar esa mierda —dice Marcos sin apartar la vista de la carretera, refiriéndose a las pastillas que David ha consumido antes.

—Y tú tienes que dejar de comer como un cerdo, pero aquí estamos —responde David con una media sonrisa—. Me dijiste que ibas a por el maratón, y lo máximo que has hecho es alguno de Netflix.

Marcos suelta una carcajada que llena el habitáculo.

—Vete a la mierda. Mi mujer dice que estoy más guapo con unos kilitos de más.

—Laura no te ha dicho eso en tu puta vida.

—No, la verdad es que no…

El tráfico se aligera al abandonar el centro mientras David se masajea la pierna derecha, donde el dolor nunca desaparece del todo. Marcos lo observa de reojo pero no dice nada. Conoce demasiado bien a su compañero para saber cuándo no presionar.

Ya he dicho lo que tenía que decir.

—Menos mal que la rarita te ha avisado por el walkie, eh, machote, si no la tenías liada.

—Pues sí, pero sigo sin saber qué coño es lo que ha pasado, Marcos. Nadie conocía este operativo más que los que estábamos allí. Pero eso no es lo más raro de todo.

—No te sigo —dije Marcos mirándolo de reojo.

—Si sabía que íbamos a por él, ¿por qué ha venido? O le gusta mucho la adrenalina de esperar hasta el último momento o su topo le avisó ya cuando estaba allí. Pero lo mire como lo mire no tiene ningún sentido.

—No lo había pensado, pero tienes toda la razón.

—Llevamos como un mes vigilando ese lugar y con las escuchas puestas. Ese cabrón no para quieto un segundo, no para de moverse por toda Europa y decide venir aquí y lo confirmamos con un audio, viene, y desaparece. El muy cabrón se deja ver mil veces, pero nunca con nada que lo pueda relacionar con sus negocios, y por una vez que viene…

—Bueno, puede que el merluzo tenga razón con lo que quería decir pero no le has dejado. Puede que sea un Numen que tenga un poder que desconocemos —opina Marcos sin apartar la mirada de la carretera.

—Sí, eso explicaría que haya pasado de sicario a semidiós en tan poco tiempo.

El Volkswagen de Marcos gira en la última esquina y se adentra en la urbanización donde vive desde hace poco más de un año. Las farolas iluminan casas unifamiliares idénticas, todas con sus

pequeños jardines delanteros y sus coches aparcados. Al llegar frente a su casa, apaga el motor y suspira.

—Llegamos —dice Marcos, observando las luces encendidas en el interior de su hogar—. Laura debe estar terminando la cena.

Y ya me he perdido el arroz al horno de la comida…

Atraviesan el jardín y Marcos introduce la llave en la cerradura. Nada más abrir la puerta, el aroma a comida casera inunda sus sentidos.

Qué bueno debía estar ese maldito arroz.

—¡Ya estamos en casa! —anuncia Marcos, dejando las llaves en el cuenco de la entrada.

Laura aparece secándose las manos con un trapo de cocina. Su rostro se ilumina al ver a David. De hecho, pasa en absoluto de su marido.

—¡David! Qué alegría verte. Pasa, pasa, estamos a punto de cenar.

Antes de que pueda responder, un tornado de energía con trenzas aparece corriendo por el pasillo y se lanza directamente a los brazos de David.

—¡David! —exclama Laura, la pequeña de ya diez años, mientras él la levanta en el aire.

—Laura, por Dios, no seas pesada —la reprende su madre, pero sin poder evitar una sonrisa.

En la cocina, Siena, la mediana de dieciséis años, sigue con el uniforme del colegio, concentrada en su teléfono. Apenas levanta la vista cuando entran, pero murmura un "hola" distraído. Su pelo planchado cae perfectamente sobre sus hombros mientras teclea mensajes a toda velocidad.

—Deja eso y pon la mesa —le ordena Laura.

Lydia, la mayor, está terminando de colocar los platos. A sus diecinueve años, ya tiene el cuerpo de una mujer. Sus ojos se clavan en David y sonríe de una forma que hace que Marcos frunza el ceño imperceptiblemente.

—Hola, David —saluda con una voz melosa, acercándose para darle dos besos—. ¿Te quedas a cenar?

—Sí, se queda —responde Marcos rápidamente, interponiendo un brazo entre ambos—. Y yo también estoy aquí, no sé si alguna se ha

dado cuenta.

—Sí, pero a ti te tenemos muy visto —contesta su mujer antes de soltar una carcajada que siguen sus tres hijas. Hasta la mediana aparta su mirada del móvil durante casi tres segundos. Algo que debe ser un récord en los últimos tiempos.

Tras el comentario de su mujer, Marcos se sienta en su sitio habitual, en la cabecera, mientras sus tres hijas ocupan sus lugares con un entusiasmo que varía según la edad: la pequeña Laura prácticamente rebota en su silla. Siena mantiene el móvil escondido bajo la mesa, y Lydia no aparta la mirada de David, quien se sienta frente a ella.

—Espero que tengas hambre —dice Laura sirviéndole una porción generosa—. Siempre cocino de más cuando viene Marcos, por si aparece algún invitado sorpresa.

—Ya… por si viene alguien de visita, como si no fuera suficiente con alimentar a este —bromea David señalando a su compañero, que ya está devorando su plato y tiene la boca llena.

—Eh —dice mientras un trozo de lasaña le sale por la boca—. No puede uno comer tranquilo.

David sonríe y contesta a la mujer.

—Está buenísimo, Laura.

—Entonces, David —dice Laura mientras sirve ensalada—, cuéntanos algo de ti. Que este nunca habla de tu vida privada. ¿Hay alguna novia por ahí?

Marcos casi se atraganta con la comida.

—Laura, por Dios.

—¿Qué? Es una pregunta normal —se defiende ella, encogiéndose de hombros—. El pobre viene a cenar y ni siquiera sabemos si tiene a alguien esperándole en casa.

David deja el tenedor sobre el plato y toma un sorbo de agua.

—Bueno, es que básicamente no tengo vida privada —responde con una sonrisa—. Solo trabajo. Al menos ahora me llevo mejor con mis padres.

—Pero eso está muy mal —insiste Laura—. Lo de no tener vida privada, eh, lo de los padres está genial.

Entonces llega un silencio únicamente opacado por Marcos masticando. Un silencio que se rompe cuando Lydia suelta…

—Bueno, seguro que eso de la vida privada cambia antes de que te des ni cuenta. Será porque no hay opciones ahí fuera. O dentro.

El rostro de Marcos es todo un poema en ese momento.

12

19 de Octubre de 2025
18:36h
Montana
Bosque

El disparo impacta en el pecho del grizzly, arrancándole un rugido que mezcla sorpresa y furia. La bala ha penetrado, pero no lo suficiente para detenerlo.

El oso se vuelve, directo hacia Tom.

Mierda.

Entonces trescientos kilos de músculo y furia se lanzan contra él. De hecho, Tom apenas tiene tiempo de prepararse. El oso carga como una locomotora descarrilada, con las fauces abiertas mostrando colmillos capaces de triturar huesos.

Tom dispara nuevamente y el impacto sacude al animal, pero no lo detiene. Luego apunta a la cabeza, pero el oso se mueve demasiado rápido y le roza la oreja.

Ahora esta más enfadado.

En ese momento se acuerda de Jimmy, el enorme sudafricano resistente a las balas al que se enfrentó en esa maldita cabaña en la Rusia profunda.

Pero esta vez no tiene a Stan para salvarlo por la espalda.

No, esta vez estoy solo. Y tú eres solo un puto oso, no una mole con piel de acero.

El cazador se aparta en el último segundo, rodando sobre la tierra mientras el oso pasa a su lado como una obús y sus garras rasgan el aire donde Tom estaba un instante antes. El roce del pelaje contra su brazo le confirma lo cerca que ha estado.

Eso ha estado muy cerca.

Demasiado.

El grizzly frena, derrapa sobre la tierra y se gira con una agilidad sorprendente para su tamaño. Su respiración es pesada y sale en nubes de vapor por su hocico ensangrentado. La herida en su costado supura, pero el animal parece ignorarla completamente. O puede que todavía lo cabree más.

Tom se incorpora con la Beretta firme en su mano. El oso se alza sobre sus patas traseras, alcanzando casi los tres metros de altura. Su sombra cubre a Tom por completo y el rugido que emite hace temblar las hojas de los árboles.

Esto no va a ser suficiente. Podría vaciar el cargador que a esta distancia no le hará nada.

Desenfunda la Smith & Wesson que lleva en el tobillo mientras retrocede dos pasos. El oso se abalanza de nuevo, pero esta vez Tom está preparado y dispara dos veces al pecho de la bestia, que ruge de dolor pero sigue avanzando como si las balas fueran simples picaduras de abeja.

—¡Mia! —grita Tom sin apartar la mirada del grizzly—. ¡Cógela!

Entonces lanza la pistola hacia el árbol. La niña extiende la mano y atrapa el arma al vuelo con una precisión que haría enorgullecer a cualquier entrenador.

—Dispara a su espalda —Tom se posiciona, calculando los movimientos del animal.

El oso se yergue nuevamente, amenazante con las garras abiertas como cuchillos de carnicero. Tom se mantiene inmóvil, atrayendo toda la atención de la bestia hacia él.

Mia no duda y sostiene la pistola con ambas manos, tal como su tío le ha enseñado durante incontables sesiones de práctica. Sus pequeños dedos se ajustan al gatillo mientras apunta.

El grizzly carga contra Tom, quien dispara nuevamente para mantener la atención del animal. La bestia ruge, enfurecida, acortando la distancia entre ellos con cada pesada zancada.

—¡Ahora! —grita Tom.

La niña presiona el gatillo y el disparo resuena por todo el bosque. El animal ruge y se vuelve contra ella, momento en el que Tom aprovecha para correr y lanzarse contra él. Se sube a su espalda y, con un movimiento perfecto, coloca el arma contra su cabeza, a medio centímetro de su piel.

Y entonces es cuando manda a esa bestia al inframundo de un disparo a bocajarro.

Tom cae sobre el cadáver del oso con un golpe sordo que expulsa el aire de sus pulmones. El peso de la bestia amortigua su caída pero también lo inmoviliza parcialmente.

Por un momento no se mueve. Su cuerpo reacciona al impacto con una descarga de adrenalina que mantiene sus sentidos alerta a pesar del dolor que comienza a manifestarse en su hombro derecho. Puede sentir el calor que aún emana del cuerpo del animal como recordatorio de que hace apenas unos segundos estaba vivo y dispuesto a destrozarlo.

La Beretta sigue en su mano con el cañón todavía humeante. Tom respira profundamente mientras intenta incorporarse, pero el peso del grizzly lo mantiene atrapado y sus botas resbalan en la tierra cuando intenta hacer palanca.

—¡Tío Tom! —grita Mia desde lo alto del árbol.

Tom gira la cabeza para verla. La niña sigue aferrada a la rama, sosteniendo la Smith & Wesson con ambas manos.

Gruñe mientras empuja con todas sus fuerzas para liberarse del peso muerto del animal

—Baja.

Con un último esfuerzo, logra deslizarse desde debajo del oso y se pone de pie. Su ropa está empapada de sangre, tanto del animal como suya propia. Examina rápidamente sus heridas

Solo son un corte en el antebrazo izquierdo, y una contusión en el hombro que comenzará a amoratarse en unas horas.

Nada grave.

Mia baja del árbol con cuidado, apoyando sus pequeños pies en las rugosidades de la corteza. La Smith & Wesson parece demasiado grande en sus manos mientras desciende, pero la sostiene con firmeza, tal como el tío le ha enseñado. Cuando sus botas —bueno, la única que le queda— tocan el suelo, corre hacia su tío.

—Lo siento —murmura, con la mirada fija en las manchas de sangre que cubren su ropa—. No debí alejarme tanto. Y tampoco debí correr cuando apareció el oso.

Tom no contesta. Examina la pistola que Mia le devuelve, comprueba el seguro y la guarda en su tobillera. Su rostro permanece impasible mientras recorre con la mirada el cuerpo del oso muerto, luego el de su sobrina y finalmente el bosque que los rodea. Cualquier otro adulto habría estallado en reproches o la habría abrazado aliviado.

Tom no.

—Sígueme —dice al fin, dándole la espalda y caminando hacia donde habían dejado el ciervo.

El animal yace donde Mia lo había abandonado, con su imponente cornamenta reflejando la luz que se filtra entre los árboles. Tom lo examina brevemente para asegurarse de que ningún carroñero haya comenzado a dañar la presa. Silba y Lancelot se acerca trotando seguido de Kiara.

Entonces Tom ata el cuerpo del ciervo al lomo del caballo y se da la vuelta hacia el oso.

Después se arrodilla frente al enorme cuerpo del grizzly y, sin decir palabra, hunde la punta en el pelaje del animal y comienza a trabajar. El primer corte es profundo y decisivo, abriendo el vientre desde la garganta hasta la entrepierna. La sangre brota tibia y oscura, manchando sus manos y empapando la tierra bajo el cadáver. Una vez abierto, comienza a separar la piel del músculo, introduciendo los dedos entre ambas capas y tirando mientras el cuchillo corta las fibras que las mantienen unidas.

La piel del lomo y el cuello se desprende en grandes secciones. Las aparta con cuidado, sabiendo que son las que mayor protección ofrecen contra el frío. Luego se concentra en las patas delanteras, donde el pelaje es especialmente denso.

Mia observa en silencio, de pie a pocos metros. Sabe que si el tío no dice nada es que está enfadado de verdad.

Tom corta trozos de carne de los muslos y el lomo, seleccionando las partes más gruesas y nutritivas. Los apila sobre un trozo de piel limpia, calculando mentalmente el peso y valor de cada pieza.

Cuando termina, ata lo que puede a los lomos de los dos caballos, se sube en su montura y se interna en el bosque seguido de Mia, que ha tenido que darse prisa para no quedarse sola de nuevo.

Lo siento mucho tío. No volveré a hacerlo nunca más.

Lo prometo.

13

19 de Octubre de 2025
21:03h
Barrio de Lavapiés
Madrid

Clara empuja la puerta de su piso con el hombro mientras equilibra las llaves, el móvil y una bolsa de la compra. El caso Salazar y los acontecimientos del día pesan sobre ella como una enorme losa que se hunde en un pantano. No puede dejar de pensar en lo que ha visto y en la razón de que no se haya cumplido.

Deja caer las llaves en el cuenco de cerámica junto a la entrada y avanza por el reducido espacio. Su antiguo palomar reconvertido en vivienda apenas tiene treinta metros cuadrados, pero los techos altos y la luz que entra por las ventanas lo hacen parecer más amplio de lo que es. Y el orden. Porque otra cosa no, pero Clara sigue siendo ordenada hasta la exageración.

Subir los cinco pisos sin ascensor ha sido un suplicio después de la tensión acumulada. Sus piernas protestan mientras se desploma en el único sillón, colocado estratégicamente frente a la ventana que da al pequeño balcón. Desde allí contempla el laberinto de tejados de Lavapiés, un mar de tejas rojizas y antenas que se extiende hasta donde alcanza la vista.

El apartamento es austero, casi monacal, tal como es su personalidad. Una cama pegada a la pared, una pequeña cocina americana, un escritorio con su portátil y poco más. No hay fotos familiares ni adornos innecesarios. Clara prefiere los espacios limpios y ordenados, donde cada cosa tiene su función.

Se levanta y abre la puerta del balcón. El aire fresco de la tarde madrileña le golpea el rostro. Se apoya en la barandilla y observa el bullicio de las calles estrechas cinco pisos más abajo. Gente que va y viene, ajenos a los peligros que hay en el mundo. Un planeta repleto de personas con dones increíbles.

Poderes que si se utilizan para el mal podrían ser terribles. Ella lo sabe bien.

Respira hondo. En este pequeño refugio en las alturas, alejada del ruido, puede pensar con claridad. Puede intentar entender por qué su visión falló hoy por primera vez.

Tiene una teoría que necesita compartir, pero debe estar segura de ella antes decir una palabra.

Abandona el balcón y cierra la ventana. La idea de una ducha caliente se convierte en su única prioridad. Necesita lavar la tensión acumulada durante el operativo, como si el agua pudiera arrastrar también las dudas que se acumulan en su mente.

Se desnuda dejando la ropa en el cesto junto al minúsculo baño ordenada de fuera a dentro y de abajo arriba. Primero el pantalón, luego la camiseta, las braguitas y el sujetador.

Necesita ese orden para su salud mental. Un orden que no la acompaña en su trabajo y es algo que todavía le cuesta mucho asimilar.

El agua cae sobre su cuerpo, primero fría y luego gradualmente más caliente. Cierra los ojos y deja que el chorro golpee su nuca, aflojando los músculos tensos. Bajo el agua, las imágenes de David esquivando la muerte se repiten una y otra vez en su cabeza.

El pitido de su móvil interrumpe sus pensamientos. Lo ignora, pero vuelve a sonar insistentemente. Cuando finalmente sale de la ducha, envuelta en una toalla, revisa la pantalla.

Tres mensajes de Lucía: “Estamos en el Lola, ¿te vienes?”, seguido de “Venga, no seas aburrida” y “está lleno de tíos buenos”

Clara suspira y teclea una respuesta rápida: "Paso. Estoy cansada y necesito pensar".

Apenas envía el mensaje cuando aparece otro, esta vez de María: "¡Hola! No te olvides que llego mañana por la tarde. Tengo muchas ganas de verte, hace siglos que no hablamos en persona. Te he comprado algo que te va a encantar. Bss".

Observa el mensaje de su antigua compañera de piso con una mezcla de culpa y nostalgia. María sigue siendo la única persona que insiste en mantener el contacto a pesar de su evidente falta de habilidades sociales.

"Claro que me acuerdo", responde, aunque lo cierto es que lo había olvidado por completo. "Te espero. Avísame cuando llegues a Atocha".

Deja el móvil sobre la mesita y se sienta en el borde de la cama. La visita de María significa tener que socializar, algo que nunca se le ha dado bien, ni mucho ni poco, nada. Pero quizás sea lo que necesita ahora mismo: una conexión con su vida anterior, cuando todo era más simple y su don no la atormentaba.

Mira el reloj digital sobre la mesilla y suelta una maldición.

Una maldición contenida, ella no dice palabrotas.

Va a llegar tarde.

Y yo nunca llego tarde.

Se levanta de un salto, aún con el pelo húmedo pegado a la nuca. Abre el armario y saca lo primero que encuentra: unos vaqueros gastados, una camiseta negra básica y una chaqueta fina. Todo práctico y funcional, sin concesiones a la estética.

Calza sus botas sin molestarse en atarlas del todo y mete en una pequeña mochila su cartera, las llaves y el móvil. Antes de salir, echa un último vistazo a su refugio. El orden inmaculado le da cierta tranquilidad, como si al menos pudiera controlar una parte de su vida.

Baja los cinco pisos a toda prisa, saltando los escalones de dos en dos. El portal chirría al abrirse y el aire fresco de la noche madrileña le golpea la cara. Las calles de Lavapiés bullen de actividad: grupos de jóvenes que entran y salen de bares, parejas que pasean de la mano y turistas desorientados con mapas en sus móviles.

Clara avanza, esquivando a la gente sin mirarla a los ojos. Cruza la plaza de Tirso de Molina y sigue hacia el norte, dejando atrás el bullicio para adentrarse en calles más tranquilas. El barrio de Chamberí aparece ante ella como un remanso de paz en comparación con el caos de Lavapiés.

Quince minutos después, se detiene frente a un edificio señorial de ladrillo rojo. Las ventanas del quinto piso están iluminadas.

Toca el timbre y espera, cambiando el peso de un pie a otro. El zumbido del portero automático suena inmediatamente sin que nadie pregunte quién es. Empuja la pesada puerta de madera y entra al portal señorial, con sus molduras y su escalera de mármol gastado por décadas de pisadas.

Cuando llega al quinto, la puerta ya está entreabierta y Clara la empuja y entra.

En el recibidor, David Alonso la espera con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Pensaba que ya no venías —dice mientras se aparta para dejarla pasar.

En el salón, sentados alrededor de una mesa cubierta de papeles, están el inspector Marcos Garrido y los agentes Heredia y Paco Resines. Los tres levantan la mirada simultáneamente cuando ella entra. Heredia asiente con la cabeza. Marcos le dedica una sonrisa, mientras Resines se levanta torpemente, derramando parte de su café sobre los documentos.

—¡Joder! —exclama mientras intenta secar los papeles con la manga de su camisa.

—Déjalo, Paco, que lo estás empeorando, carallo —le reprende Héctor Gutiérrez con tono paternal entrando en la habitación.

Clara permanece en el umbral, observando la escena. El apartamento es amplio, mucho más que el suyo, pero igualmente austero. Parece más un centro de operaciones que una vivienda.

—Llegas justo a tiempo —comenta David, cerrando la puerta tras ella—. Estábamos a punto de empezar.

14

19 de Octubre de 2025
23:08h
Barrio de chamberi
Madrid

Clara se sienta en una de las sillas más apartadas mientras David coloca un mapa de Madrid sobre la mesa y Marcos Garrido reparte carpetas con documentos.

—Salazar tiene propiedades en cinco puntos estratégicos de la ciudad —señala David, marcando ubicaciones con un rotulador rojo.

Clara observa en silencio. Los fluorescentes parpadean sobre sus cabezas, proyectando sombras inquietas sobre el mapa. El agente Heredia se inclina hacia adelante para ver bien los puntos marcados.

—¿Y cómo sabemos que no nos están tendiendo otra trampa? —pregunta, cruzando los brazos sobre su pecho.

—No lo sabemos —contesta Marcos con franqueza—. Por eso estamos aquí.

Resines mordisquea el extremo de un bolígrafo mientras estudia las fotografías de vigilancia.

—El problema es que tiene demasiados contactos. Policía, jueces, políticos…

—Y un topo entre nosotros —añade Marcos con la voz cortante.

Un silencio pesado se instala en la habitación. Clara siente las miradas furtivas de sus compañeros, evaluándose unos a otros.

—Necesitamos entrar en su círculo íntimo —continúa Marcos, desplegando más fotografías—. Estos son sus hombres de confianza: Suárez, Olivares, Quintero y López.

Clara examina los rostros que ha mostrado el inspector. Hombres duros, con miradas vacías y sonrisas falsas. Criminales de traje que se mueven entre la alta sociedad y los bajos fondos con la misma tranquilidad.

—¿Y qué propones? —pregunta Heredia, inclinándose hacia el mapa.

Entonces la puerta se abre de nuevo y aparece una enorme mole comiendo un kit kat. En sus manos lleva dos bolsas repletas de comida que deja sobre la mesa. Tras este aparecen dos hombres más a quienes Marcos apodó en su momento como "el Lobuno" y "el Pelota". Son los dos agentes de la policía local que le vejaron dos años atrás y que casi acaba todo en una paliza. Tras todo lo acontecido durante la entrada al castillo de Landa, unieron unos vínculos que nunca se cerrarán.

—¿Habéis empezado sin nosotros? —dice Fran Martínez, sobrino del inspector Jefe Paco Martínez y apodado "el pelota" por su mal estado de forma y su forma de pelota.

El inspector Garrido es súper original con los motes.

—Hemos traído kebabs —añade el lobuno, también conocido como Nico Pérez.

—Bien, sentaros que acabamos de empezar —dice David al instante.

—El inspector Alonso estaba diciendo que tenemos un topo en comisaría —dice Heredia muy serio.

—No jodas —replica el Pelota al instante.

—El objetivo se ha escapado justo delante de nuestras narices.

—Oye pero, una cosa, ¿desde cuando se habla aquí de los casos de la Interpol? —pregunta el Lobuno sentándose en una silla algo apartada con los brazos en cruz.

—Pues porque hay otra posible razón aparte de la del topo y es que ese hombre sea un Numen. Uno poderoso, aunque no podemos

saber su poder. O eso o tiene a algunos bajo su mando.

Entonces Clara siente un escalofrió que le recorre la espalda. Es justo lo que pensó y es la única explicación para lo que ha ocurrido con su visión.

De pronto los recuerdos del castillo de Landa se agolpan en su mente como olas rompiendo contra un acantilado. Han pasado dos años desde aquella noche en la que cientos de Numen fueron creados por Luna usando el Libro de los Ritos engañada por Tom.

Al principio David propuso crear una unidad especializada dentro de la Interpol, un equipo que pudiera identificar y monitorear a los Numen sin alertar al público general. La idea era utilizar al inspector jefe como marioneta, pero entonces llegó el nuevo comisario y no hubo manera de continuar. Tampoco hubo demasiadas preguntas. Castro había fallecido en el operativo como una heroína y nada de lo que pasó en ese castillo fue más que un operativo perfectamente orquestado por los dos inspectores y la misma comisaria.

Y por esa razón están aquí ahora, en este apartamento convertido en cuartel improvisado. Un equipo no oficial, operando al margen de la ley. Utilizando sus días libres, vacaciones acumuladas y bajas por enfermedad para seguir la pista de aquellos que, como ella, pueden doblar las reglas de la realidad.

—Si Clara no me llega a avisar de que había hombres esperándonos, posiblemente nosotros tres no estaríamos aquí —dice, señalando a Resines y Gutiérrez, que asienten con la cabeza—. Pero tienes que tener cuidado con eso, Clara. No hay forma de explicar a la gente que estaba escuchando cómo podías saberlo. Y menos todavía a tus compañeros.

Ella asiente con la cabeza. Tiene toda la razón.

Pero si estuviera otra vez en la misma situación, haría exactamente lo mismo.

—La cosa es que no hay forma de que supiera que íbamos a intervenir, ni razón para que acudiera si lo sabía. Lo único que tiene sentido es que si había un topo le avisara en ese mismo momento o que lo supiera de alguna forma una vez fuéramos a entrar.

—Osea que él o alguno de sus hombres tuviera algún don que le ayudara a ello.

—Uno como el de Tom, por ejemplo —añade el inspector Garrido de pronto.

—O que pueda transformarse en otra persona y saliera con nosotros como agente de policía. O que pueda atravesar paredes, hacerse invisible o teletransportarse. Hay muchos dones que podrían explicar lo que ocurrió. Lo que sí que os puedo decir es que será imposible atraparlo desde la central sin decir lo que nosotros sabemos.

—Y por eso lo has traído aquí, para que seamos nosotros los que lo hagamos.

—Al menos como apoyo. Utilizaremos los recursos de la Interpol, pero también trabajaremos por nuestra cuenta.

Todos asienten mientras el grandullón de Bellido va repartiendo los kebabs.

—Nosotros ya hemos cenado, Bellido, pero gracias —dice David mientras Marcos le coge uno de las manos.

—Gracias, grandullón —le dice con una sonrisa ante la atónita mirada de su compañero—. ¿Qué?, estoy creciendo.

—La madre que te parió.

Mientras cenan, el grupo sigue desmenuzando la información sobre Salazar. Clara observa cómo Marcos devora su kebab con el entusiasmo de un niño pequeño.

—Según los informes, Salazar frecuenta tres restaurantes de lujo —señala David, limpiando con una servilleta las manchas de salsa que Marcos ha dejado sobre una fotografía—. El Zalacaín, el Santceloni y un local exclusivo en La Moraleja llamado Ébano.

Bellido levanta la mano como un escolar pidiendo permiso para hablar.

—También tengo información sobre sus movimientos nocturnos —dice mientras mastica—. Cada jueves visita un club privado en Castellana. Se llama Ónix y solo entran miembros con invitación.

—¿Y cómo sabes tú eso, grandullón? —pregunta Marcos con una sonrisa burlona.

—Porque hice la investigación que me pidió, inspector —responde Bellido con orgullo—. Tengo un primo que trabaja de seguridad allí.

Héctor Gutiérrez despliega un mapa de empresas vinculadas a Salazar sobre la mesa.

—Tiene participaciones en siete constructoras, tres cadenas hoteleras y una naviera que opera desde Algeciras —explica señalando con el dedo manchado de grasa—. Pero lo interesante es esta empresa de importación, Ceres Global. Mueve contenedores desde Sudamérica con supuestos productos agrícolas.

—La típica tapadera —añade Paco Resines.

Clara observa los documentos mientras los demás hablan.

—¿Sabemos algo de su círculo familiar? —pregunta el Lobuno mientras abre una lata de refresco.

Marcos niega con la cabeza.

—Oficialmente no tiene familia. Ni esposa, ni hijos, ni padres vivos. Es como si hubiera aparecido de la nada hace dos años. Antes solo sabemos que ya pertenecía al cártel pero como sicario o vendedor de poca monta.

—Osea que lo que cree es que recibió su don y se reveló contra los suyos, ¿no, inspector? —pregunta Bellido con la boca llena.

—Algo así.

—¿Sabe que hay un porcentaje muy grande de narcos que llegaron a ser los líderes partiendo desde muy abajo? Se lo cuento…

—No, por el amor de Dios.

—No, no.

—Por favor, no.

—Mátame.

Una sucesión de negativas se escuchan junto al sonido de dientes masticando, pero al subinspector no le importa lo más mínimo.

Ignora por completo las súplicas de sus compañeros y se lanza a su disertación con entusiasmo desbordante. Sus ojos brillan mientras mastica el último trozo de kebab y lo traga apresuradamente.

—Como les decía, este caso me recuerda muchísimo al de Pablo Escobar, que empezó robando lápidas en cementerios y vendiendo cigarrillos de contrabando —explica, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. O Joaquín Guzmán Loera, el Chapo, que comenzó recogiendo naranjas en Sinaloa antes de convertirse en el narcotraficante más buscado del mundo.

Marcos Garrido deja caer la cabeza entre las manos mientras David finge revisar unos documentos. Clara observa la escena con una mezcla de diversión y compasión.

—Y no olvidemos a Frank Lucas, que pasó de limpiar zapatos en las calles de Nueva York a controlar todo el tráfico de heroína en Harlem durante los setenta —continúa Bellido, ajeno a los gestos de desesperación—. Importaba la droga en los ataúdes de soldados caídos en Vietnam. ¡Ataúdes! ¿Se lo pueden creer? Y luego tenemos a Griselda Blanco, la 'Madrina de la Cocaína', que comenzó como prostituta en Medellín y terminó controlando el mercado de Miami —prosigue Bellido, sacando ahora una libreta donde tiene anotados más datos—. O Amado Carrillo Fuentes, el 'Señor de los Cielos', que empezó lavando coches para su tío antes de crear una flota aérea para transportar cocaína.

—¡Grandullón! —interrumpe finalmente Marcos, incapaz de soportarlo más—. Suficiente.

—El problema con este hombre es que no hay orden de captura contra él, y aunque sabemos que estaba en esa nave no lo podemos probar. Tenemos que seguir tras él hasta que cometa otro error —dice David muy serio mientras se levanta de su asiento y camina por la estancia.

—Ya, campeón, pero ha tardado meses en acudir a una reunión. Nunca va en persona, ¿crees que después de esto lo hará?

—No… —acepta David con resignación. La pierna le está ardiendo y siente que su estado de ánimo decrece a un ritmo alarmante.

Necesito una maldita pastilla.

—Creo que tiene el mismo don que yo —dice entonces Clara de pronto, atrayendo todas las miradas.

David se vuelve hacia ella con los brazos cruzados por encima del pecho.

—¿Por qué piensas eso?

—La visión en la que os emboscaban no fue la única que vi. Poco después, cuando estábais en pleno tiroteo, vi cómo te disparaban.

El silencio inunda el lugar.

—¿A Alonso? Carallo.

—Pensaba que cuando tienes una visió siempre se cumple, a no ser que tú intervengas —dice Heredia con mirada inquisitiva. No llegaste a decir nada, ¿no?

Ella niega con la cabeza.

—No, salí de la furgoneta y fui directa a donde estaba David para…

—Hiciste mal, Clara. No debes saltarte una orden directa así como así.

—Pero…

—Si lo que dices es cierto, lo que has hecho es demasiado peligroso.

Ella asiente con la cabeza, entre poco y nada de acuerdo con lo mentado por David.

¿Pero qué le pasa?

Ella no se ha saltado una norma en toda su vida, pero sabe que si fuera por David lo haría otra vez sin pensarlo.

¿Por qué?

—De todas maneras, ¿cómo es posible que no pasara lo que viste? —continúa el inspector David Alonso.

—Llevo haciéndome la misma pregunta todo el día, y solo se me ocurre una posible respuesta y es que ese hombre haya visto lo mismo que yo y sus acciones sean las que hayan cambiado el futuro.

—¿Y por qué ese hombre iba a cambiar el futuro para salvar al inspector Alonso? —pregunta el Lobuno tras limpiarse la boca de kebab.

—A eso todavía no le he encontrado una respuesta válida.

—No sé, Clara, no me convence demasiado. Puede que alguien lo viera entrar y…

—No, si la visión de Clara mostraba que me disparaban, nada que no fuera un cambio en el tiempo podía haberlo modificado. Si clara no llegó a intervenir, eso es que Salazar, o alguno de sus hombres, puede controlar el tiempo.

—Eso no responde a la pregunta de por qué ese hombre iba a salvarte a ti, machote, ¿por tu culo bonito? —añade Marcos con una mirada picantona.

—Clara solo vio lo que aparecía en pantalla porque es lo que concierne a su propio futuro, pero es posible que el cambio que realizó Salazar fuera por el suyo propio y eso implicara variantes que desconocemos. Pero bueno, creo que es suficiente por hoy —dice David, recogiendo algunos papeles dispersos sobre la mesa—. Vosotros dos empezáis mañana con la vigilancia de Salazar.

—¿Mañana? —protesta el Pelota, limpiándose restos de salsa de kebab de la comisura de los labios—. Tengo turno de mañana.

—Cuando salgáis del trabajo —aclara David con un tono que no admite réplica—. Os quiero en ese club de Castellana en cuanto salgáis. Documentad todo lo que veáis, pero sin acercaros demasiado.

El Lobuno asiente mientras recoge su chaqueta del respaldo de la silla.

—¿Y qué hacemos si vemos algo raro?

—Llamadme inmediatamente —interviene Marcos—. No hagáis nada por vuestra cuenta. Observad y registrad, nada más.

Bellido se levanta con dificultad, recogiendo los envoltorios de comida en una bolsa.

—¿Puedo acompañarles?

—No, grandullón —lo corta Marcos—. Te necesito revisando los informes financieros de Ceres Global.

Uno a uno van saliendo de la habitación. Heredia y Resines comentan algo sobre un partido mientras bajan las escaleras y Gutiérrez se despide con un gesto cansado.

—Hasta mañana —dice, cerrando la cremallera de su cazadora—. No hagáis ninguna locura sin mí, carallo.

El Lobuno y el Pelota salen discutiendo sobre qué ropa ponerse para pasar desapercibidos en un club de lujo.

—¿Crees que mi chaqueta de cuero es demasiado obvia? —pregunta el Pelota.

—Más que obvia, es fea de cojones—responde el Lobuno.

Sus voces se desvanecen por el pasillo, dejando un silencio que solo rompe el sonido de papeles al guardarse en carpetas.

Cuando todos salen, solo quedan David, Clara y Marcos en el interior del apartamento.

15

19 de Octubre de 2025
19:46h
Montana
Bosque

El sol se desvanece entre las montañas mientras Tom y Mia cabalgan en silencio por el bosque. El olor a sangre los acompaña, impregnado en sus ropas y en los sacos de carne que transportan. Tom lleva el peso del oso sobre Lancelot, cuyo pelaje oscuro brilla con los últimos rayos de sol que se filtran entre los pinos. Mia, montada sobre Kiara, mantiene la mirada fija en el camino, evitando encontrarse con los ojos de su tío.

El silencio entre ellos pesa más que la carne que transportan.

De pronto, Lancelot se detiene en seco con las orejas moviéndose nerviosamente y sus músculos tensos bajo la silla. Kiara relincha, inquieta.

—Quieta —susurra Mia, acariciando el cuello de la yegua.

Tom levanta una mano, indicándole que no se mueva. Desmonta y posa la palma sobre el suelo húmedo. Sus dedos se hunden ligeramente en la tierra mientras cierra los ojos.

Un rugido grave rompe el silencio del bosque. No es el bramido de un oso, sino algo diferente, más agudo y hambriento.

—Lobos —murmura Tom, levantándose y sacando su Beretta—. El olor de la carne los ha atraído.

Mia traga saliva, pero no dice nada. Sus pequeñas manos buscan instintivamente la Smith & Wesson que Tom le había dejado usar contra el oso.

El primer lobo aparece entre los arbustos. Es grande, de pelaje gris oscuro y ojos amarillentos. Detrás de él, otros tres lobos emergen, rodeándolos en un semicírculo perfecto.

—No te muevas —ordena Tom sin apartar la mirada de los animales—. Y no saques el arma.

El lobo alfa avanza un paso con la mirada fija en los sacos de carne. El olor a sangre fresca hace que salive visiblemente.

Tom permanece inmóvil, con la mano en la pistola pero sin desenfundarla. Sus ojos se encuentran con los del lobo en un duelo silencioso de voluntades. Mia observa la escena desde el lomo de Kiara, conteniendo la respiración.

Da un paso más, hijo de puta, y te reviento como una piñata.

El resto de la manada emerge entre los árboles como sombras. Uno, dos, cinco… hasta veinte lobos rodean a Tom y Mia en un círculo cada vez más estrecho. Son bestias enormes, hambrientas, con pelajes que varían del gris oscuro al negro, todos con los mismos ojos amarillos brillando en la penumbra del bosque.

Tom maldice por lo bajo mientras su mano se cierra con más fuerza alrededor de la Beretta y calcula rápidamente sus posibilidades. Quince balas en la pistola, más las de repuesto. No serán suficientes.

—Cuando te diga, galopa hacia la cabaña.

Mia no contesta y, cuando Tom gira ligeramente la cabeza, se percata de que Mia ha desmontado y avanza hacia los lobos.

—¡Mia! —El grito de Tom queda suspendido en el aire, pero ella no se detiene.

La niña camina con una calma desconcertante. Sus pequeñas botas crujen sobre las hojas secas mientras se acerca al lobo alfa. Sus ojos no muestran miedo, sino una extraña determinación.

Tom apunta con su arma, dividiendo su atención entre los diferentes lobos, preparado para disparar al primero que se abalance

sobre Mia. El sudor frío le recorre la espalda mientras observa a su sobrina detenerse a escasos metros del enorme lobo alfa.

—Mia, vuelve aquí ahora mismo —susurra Tom con voz tensa, pero ella no parece escucharlo. No está acostumbrado a que nadie le desobedezca sin llevarse una bala en la cabeza.

La manada permanece inmóvil, como si también estuviera desconcertada por la conducta de la pequeña. El alfa inclina la cabeza ligeramente, estudiándola con sus ojos amarillos.

Mia levanta la mano hacia el lobo alfa con un gesto cercano, casi como si lo conociera.

—Tranquilo, chico. No voy a hacerte nada —susurra la niña con una voz tan suave que apenas perturba el silencio del bosque.

Tom mantiene la Beretta firme en su mano y el dedo rozando el gatillo, listo para disparar al primer movimiento agresivo. Sus músculos están tensos y preparados para mandar a esa bestia al abismo, pero algo en la postura de Mia lo hace dudar.

El lobo alfa baja la cabeza lentamente con lo ojos fijos en la pequeña mano extendida de la niña. Un gruñido bajo emerge de su garganta, pero no es amenazante. Parece más bien una forma de comunicarse con ella.

Entonces Mia da otro paso adelante, acortando aún más la distancia entre ella y el animal. Tom siente que el corazón se le detiene por un instante.

—Está bien, tío —dice Mia sin volverse—. No van a hacernos daño.

El lobo inclina la cabeza aún más, hasta que el hocico toca la palma extendida de la niña. El contacto es breve, pero puede sentir el calor de su hocico. Entonces el animal se aparta ligeramente y se sienta sobre sus patas traseras, manteniendo la mirada fija en Mia.

Tom observa la escena con incredulidad. Los demás lobos, siguiendo el ejemplo de su líder, retroceden unos pasos y se sientan también, formando un semicírculo respetuoso alrededor de la niña.

—¿Qué demonios…? —murmura Tom, bajando ligeramente el arma pero sin guardarla.

Esto es imposible.

16

20 de Octubre de 2025
10:36h
México DC
Residencia de Pedro Martínez

El sol cae implacable sobre las calles de México cuando Samantha y Will llegan a la modesta vivienda de Pedro Martínez. La casa está ubicada en un barrio de clase media y destaca por sus paredes de un amarillo descolorido y una pequeña verja metálica que protege un diminuto jardín frontal.

Will se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano mientras Samantha comprueba la dirección en su teléfono.

—Es aquí —confirma ella, guardando el móvil en el bolsillo de su pantalón negro.

Will observa la calle en ambas direcciones, un hábito adquirido tras años en el ejército. Sus ojos se detienen en cada vehículo estacionado y en cada transeúnte que pasa.

—Todavía tenemos tiempo antes de que llegue el periodista —murmura mientras se acerca a la puerta—. Martínez debe estar nervioso.

Samantha golpea tres veces la madera desgastada. Sus nudillos apenas producen sonido, pero la puerta se abre casi de inmediato,

como si alguien hubiera estado esperando justo detrás.

Martínez aparece con expresión tensa y ojeras profundas bajo unos ojos que se mueven inquietos.

—Pasen —susurra, echando un vistazo a la calle antes de cerrar.

El interior es fresco comparado con el calor exterior. Los muebles son sencillos y las paredes están decoradas con fotografías familiares y un televisor encendido con el volumen bajo.

—¿Todo listo? —pregunta Will, rechazando con un gesto el asiento que Martínez le ofrece.

—Sí, Johnson viene de camino. Hay que salir a por él al aeropuerto.

Samantha camina por la sala y se detiene frente a las fotografías. Sus dedos rozan el marco de una donde Martínez aparece sonriente junto a una mujer y dos niños pequeños.

—¿Tu familia? —pregunta con voz suave.

Martínez asiente con la tensión visible en su mandíbula.

—Están con mi hermana en Puebla. Les dije que se fueran por unos días.

Will se acerca a la ventana y separa ligeramente la cortina.

—Hiciste bien. Cuando esto termine podrás reunirte con ellos.

Martínez traga saliva y sus manos tiemblan ligeramente mientras sirve agua en tres vasos.

—¿Entonces, vienen conmigo? —pregunta Martínez con cara de circunstancias.

—¿Entonces, vienen conmigo? —repite la mujer con exactamente la misma voz que Martínez.

—Pero, ¿Qué…?

—Pero, ¿Qué…?

Su compañero de mueve hacia la ventana y mira en el exterior.

—Ha hecho bien en llevarse a su familia, Martínez, ha ido usted muy listo.

El hombre mueve la cabeza de un lado para otro hasta que está de detiene en la mujer, que está dejando de serlo. Su pelo se está volviendo negro y, en su sugerente boca, está saliendo una barba muy parecida…

A la mía.

No entiende nada, pero no le gusta lo más mínimo.

Sale disparado hacia la puerta como un loco cuando escucha un sonido a su espalda, seguido de un "Will"

Entonces una masa se genera justo frente a sus ojos. Primero una mancha negra que a los segundos se convierte en un hombre.

Imposible.

El hombre le coge la mano y le coloca una pistola entre sus dedos. Y acto seguido, siente el frío metal sobre su sien. Y luego la nada.

—Bien, hay que ir a por el periodista, su vuelo llegará en cualquier momento.

Samantha se acerca al cadáver y recoloca algunos detalles. No necesita guantes para hacerlo. Solo tiene que transformarse en ese hombre para que solo encuentren sus huellas cuando busquen. Si es que lo hacen.

Entonces mueve la fotografía familiar para que quede junto al cuerpo, a la vista pero sin mancharse con la sangre.

—Perfecto —murmura mientras examina la escena.

Will asiente mientras limpia cualquier superficie que pudiera haber tocado.

Samantha se incorpora y da un último vistazo a la escena. La fotografía familiar muestra rostros sonrientes que ahora parecen burlarse de la tragedia. El contraste entre la felicidad congelada en el papel y la muerte reciente resulta escalofriante.

O al menos lo sería para alguien que no fuera ella.

Salen de la casa con normalidad, cerrando la puerta tras ellos.

El coche en el que han llegado está estacionado frente a la vivienda. Will se sienta al volante mientras Samantha camina hacia el coche de Martínez con las llaves en la mano.

—Tenemos una hora hasta que aterrice el avión —dice Will mirando su reloj a través de la ventanilla.

Nick juega con los dedos sobre el reposabrazos mientras el avión comienza su descenso hacia Ciudad de México. La fotografía de Detroit, guardada en el bolsillo interior de su chaqueta, parece pesar más de lo normal. Dos años persiguiendo fantasmas, siguiendo

rumores y pistas que siempre se desvanecen. Pero esta vez es diferente.

O, al menos, eso espero.

El avión toca tierra con una sacudida que Nick apenas nota, sumergido en sus pensamientos. Martínez le ha hablado de una niña que mueve objetos sin tocarlos.

—Pasajeros con destino a Ciudad de México, bienvenidos —anuncia una voz metálica por los altavoces.

Nick recoge su mochila del compartimento superior. Dentro lleva su equipo: cámara, grabadora, ordenador portátil y varios discos duros externos. No confía en almacenar información en la nube.

En la terminal, Nick enciende su teléfono y espera impaciente a que capte señal. Tiene un mensaje de Martínez: "Te espero en la salida principal. Coche gris"

El estómago de Nick se contrae con una mezcla de ansiedad y esperanza. Durante dos años ha perseguido rumores sobre personas con habilidades inexplicables. La comunidad científica lo considera un lunático y sus antiguos colegas del New York Times lo tratan como a un paria. Pero él sabe lo que vio en Detroit. Ese hombre atravesó un muro sólido como si fuera aire.

Camina rápido entre la multitud, esquivando turistas y familias que se reencuentran. Sus gafas de pasta se deslizan por su nariz debido al sudor. Las recoloca con un gesto nervioso mientras busca la salida principal.

El sol cae a plomo sobre el aeropuerto internacional de Ciudad de México mientras Will Tatum estaciona el coche en el garaje. Nada más entrar, el militar ajusta las gafas de sol sobre su rostro y observa las pantallas que anuncian los vuelos.

—Ya ha aterrizado —comenta mientras señala la información del vuelo procedente de Nueva York.

Samantha asiente y saca el teléfono para enviar un mensaje usando el número de Martínez.

"Estoy en la entrada principal. Coche gris."

—Enviado —dice guardando el dispositivo—. Ahora solo hay que esperar a que salga.

Will consulta su reloj y hace un gesto hacia la terminal.

—Entremos. Quiero echarle un vistazo antes de que nos vea.

Caminan con naturalidad entre la multitud. Will mantiene la espalda recta, un hábito militar imposible de disimular.

—Ahí está —murmura señalando discretamente hacia un hombre delgado con gafas de pasta que avanza entre los pasajeros con una mochila al hombro—. Es él.

Samantha observa a Nick Johnson mientras éste consulta su teléfono, probablemente leyendo el mensaje que acaban de enviarle.

—Perfecto —dice ella—. Voy al baño. Salgo en cinco minutos.

Will asiente mientras Samantha se dirige hacia los servicios. La mujer empuja la puerta del baño femenino y entra. El lugar está casi vacío, solo una mujer lavándose las manos y una adolescente retocándose el maquillaje frente al espejo.

Elige el último cubículo, cierra la puerta y espera. Sus ojos permanecen fijos en el reloj. Afuera, Nick Johnson camina hacia la salida principal, siguiendo las indicaciones del mensaje, sin saber que Martínez nunca llegará a recogerlo.

Bueno, no el mismo Martínez al menos.

Samantha cierra la puerta del cubículo y respira profundamente. Apoya la espalda contra la pared fría y cierra los ojos. Su mente se concentra en Martínez. En la manera en que arrastraba ligeramente las palabras al final de cada frase, ese olor a loción de afeitar mezclada con tabaco, la voz ronca y grave que subía de tono cuando se ponía nervioso. Recuerda su forma de caminar, ligeramente encorvada, con pasos cortos pero decididos, y cómo movía constantemente las manos al hablar.

Un hormigueo recorre su piel y sus células comienzan a reorganizarse. El dolor es intenso pero breve, como miles de agujas atravesando cada centímetro de su cuerpo. Su cabello rubio se retrae hasta desaparecer, reemplazado por pelo negro y corto. Sus rasgos faciales se reconfiguran. La mandíbula se ensancha, la nariz se vuelve más prominente y aparecen líneas de expresión alrededor de los ojos. Su cuerpo entero se transforma, ganando altura y volumen en ciertas áreas y perdiendo curvas en otras.

Cuando abre los ojos es Martínez quien mira desde el espejo. La transformación es perfecta, desde la pequeña cicatriz en la barbilla hasta la mirada ligeramente inquieta.

Sale del cubículo ajustándose la ropa y agradece que las dos mujeres que estaban en el baño ya se han marchado. Se lava las manos y practica un par de expresiones frente al espejo, asegurándose de que el gesto nervioso de Martínez al fruncir el ceño quede exactamente igual.

Satisfecha con el resultado, sale del baño de mujeres con la confianza de quien sabe que nadie cuestionará su presencia allí y camina por el pasillo adoptando el paso característico de Martínez, ligeramente apresurado, como si siempre llegara tarde a algún sitio.

Localiza a Nick Johnson cerca de la salida principal, mirando ansiosamente su teléfono. Se acerca a él y lo saluda con total normalidad.

Vamos a dar una vuelta.

17

20 de Octubre de 2025
00:25h
Barrio de Chamberí
Madrid

Clara sale a la calle después de la reunión, respirando el aire fresco de la noche madrileña. Al sacar el móvil, la pantalla se ilumina mostrando dos llamadas perdidas. Una es de Lucía y la otra de Hugo. Y ambas son de hace menos de veinte minutos.

¡Qué pesados!

Duda un instante, sopesando si ignorarlas, pero finalmente marca el número de Lucía y llama. No termina el primer tono cuando su compañera contesta.

—¡Por fin! Pensábamos que te habían secuestrado los extraterrestres.

—Estaba en la ducha —miente Clara, cruzando la calle hacia la parada de metro—. ¿Qué querías? Estaba a punto de acostarme.

—Estamos en La Taberna del Capitán, a dos calles de la comisaría. Hugo ha invitado a unos amigos suyos de la academia y hay uno monísimo que te encantaría.

Clara pone los ojos en blanco.

—Lucía, no empieces. Estoy cansada y mañana tenemos que madrugar.

—Siempre estás cansada y siempre hay que madrugar —interviene Hugo, que parece haber arrebatado el teléfono a Lucía—. Venga, sólo una cerveza. Te hace falta socializar o acabarás hablando con las paredes.

Clara se detiene frente a la boca de metro. El ruido de la ciudad parece intensificarse a su alrededor, como si Madrid entero conspirara para que no se fuera a casa. Suspira profundamente.

Quizás tengan razón.

—Una cerveza —concede finalmente—. Solo una y me voy.

Los gritos de celebración al otro lado del teléfono casi la dejan sorda.

—¡Esa es mi chica! —exclama Lucía recuperando el móvil—. Te esperamos. Y ponte guapa, que ya lo estás, pero ya me entiendes.

Clara cuelga con pesadez y da media vuelta, alejándose de la estación de metro. No le apetece nada de nada, pero sí que necesita airearse.

Mientras camina hacia la taberna, no puede evitar pensar en la reunión, en David y en las visiones que no se cumplen.

Una cerveza. Solo una y me voy.

La Taberna del Capitán bulle de actividad cuando Clara empuja la puerta de madera. El olor a cerveza y frituras la recibe mientras escanea el local en busca de sus compañeros. Los encuentra al fondo, junto a dos mesas de billar donde Lucía celebra una carambola con los brazos en alto.

—¡Ahí está! —grita Hugo al verla, agitando un taco de billar en el aire—. ¡Al fin te dignas a honrarnos con tu presencia!

Clara avanza entre las mesas, sintiendo cómo las miradas de los novatos se posan sobre ella. Reconoce a varios de la comisaría. Rostros que ha visto pasar por los pasillos o en la cafetería, pero nunca se ha molestado en aprenderse sus nombres.

—Pensaba que no vendrías —Lucía la abraza, derramando parte de su cerveza—. Mira, te presento a Jaime.

Un chico alto se gira hacia ella. Tiene el pelo negro peinado con gel, mandíbula cuadrada y una sonrisa que parece sacada de un

anuncio de dentífrico. Viste una camisa azul arremangada que marca unos brazos trabajados en el gimnasio.

—Así que tú eres Clara —dice extendiendo la mano—. Lucía no ha parado de hablar de ti.

—¿Ah sí? —Clara estrecha su mano brevemente—. ¿Y qué te ha dicho exactamente?

—Te he pedido una Mahou —Hugo le pasa una cerveza fría—. Y te toca jugar, estamos haciendo equipos.

Lucía se acerca a su oído mientras los demás preparan la siguiente partida.

—¿A que está bueno? Es del grupo que entró hace tres meses. Trabaja con Santos en delitos financieros.

Clara da un sorbo a su cerveza observando cómo Jaime se inclina sobre la mesa de billar, concentrado en su tiro. Efectivamente es guapo, pero hay algo en su gesto, en esa seguridad excesiva, que le resulta irritante.

—No está mal —concede con indiferencia.

—¿No está mal? —Lucía la mira incrédula—. ¿Tienes fiebre o qué? Es como si David Alonso y Chris Hemsworth hubieran tenido un hijo español.

Clara casi se atraganta con la cerveza al escuchar el nombre de David.

—¿Juegas o qué? —pregunta Jaime ofreciéndole un taco.

Clara asiente dando un trago a la cerveza que le ha dado Hugo. El líquido amargo golpea su paladar y hace una mueca involuntaria mientras traga. El sabor le revuelve el estómago, trayendo recuerdos de aquella noche en el piso compartido con María, cuando los amigos de su compañera convirtieron el salón en un campo de batalla de chupitos y risas estridentes.

Ya recuerdo por qué me prometí no volver a beber esta porquería.

Disimula su desagrado pasando el dorso de la mano por los labios. Jaime la observa con una sonrisa ladeada, apoyado sobre el taco de billar como si posara para una revista.

—¿Todo bien? Parece que has bebido vinagre —comenta él, acercándose un poco más de lo necesario.

—Perfectamente —miente Clara, dejando la botella sobre una mesa cercana con la firme intención de no volver a tocarla—. Solo que no soy muy de cerveza.

Lucía aparece a su lado y le da un codazo nada sutil.

—Podemos pedirte otra cosa. ¿Un vino? ¿Un gin-tonic?

—Agua estará bien —responde Clara, tomando el taco que Jaime le ofrece.

El billar nunca ha sido su fuerte, pero prefiere concentrarse en las bolas de colores que en la conversación con Lucía. Se inclina sobre la mesa, calculando el ángulo para golpear la bola tres, cuando nota la presencia de Jaime a su espalda.

—Te ayudo con el tiro —susurra él, colocando sus manos sobre las de Clara para "corregir" su postura.

Clara se tensa inmediatamente. El contacto físico no solicitado siempre la incomoda, especialmente cuando viene de un desconocido con exceso de colonia.

—Gracias, pero puedo sola —dice apartándose con un movimiento seco y vuelve a concentrarse en la mesa de billar. Sus ojos recorren la superficie verde, calculando ángulos y trayectorias como si estuviera resolviendo una ecuación diferencial. Para ella, el billar no es un juego de suerte sino de física aplicada. No son más que vectores, fuerzas y geometría.

Ajusta la posición de sus dedos sobre el paño, formando un puente perfecto para el taco. Respira hondo mientras los demás la observan, algunos con sonrisas condescendientes, esperando un tiro desastroso.

—Miedo me da —susurra Hugo a Lucía, lo suficientemente alto para que todos lo escuchen.

Clara ignora el comentario y calcula el punto exacto donde debe golpear la bola blanca, la fuerza necesaria y el efecto que debe aplicar. Sus labios se mueven ligeramente, como si estuviera haciendo cálculos mentales.

El taco se desliza entre sus dedos y el impacto resuena seco en el local cuando la bola blanca avanza directa hacia la tres, golpeándola con un ángulo perfecto. La tres rueda hacia la tronera central, cayendo limpiamente mientras la blanca continúa su trayectoria,

rebota en la banda y golpea la cinco, que también cae en la esquina opuesta.

Un silencio sepulcral invade el grupo. Lucía tiene la boca abierta y Hugo parpadea incrédulo. Jaime, que segundos antes presumía de su técnica, ahora mira la mesa como si hubiera presenciado un truco de magia que no fuera capaz de comprender.

—La física nunca falla.

A los pocos segundos, se prepara para su segundo tiro. Inclina el cuerpo sobre la mesa, alineando el taco mientras calcula el ángulo necesario para la siguiente bola. Sus compañeros guardan silencio, ahora expectantes ante lo que pueda hacer.

Es entonces cuando la puerta de La Taberna del Capitán se abre. Clara levanta la vista por puro reflejo y su concentración se evapora al instante.

David Alonso acaba de entrar y no viene solo. A su lado camina una mujer realmente guapa que le susurra algo al oído mientras él sonríe. Tienen una complicidad que hace que Clara sienta un nudo en el estómago.

La mano de Clara se tensa sobre el taco.

David no la ha visto.

—¿Clara? Es tu turno —la voz de Hugo suena lejana, como si viniera de otro mundo.

Clara parpadea, intentando volver a concentrarse en el juego. Pero sus ojos se desvían una y otra vez hacia la barra, donde David pide dos copas mientras su acompañante se acomoda en un taburete.

—¿Vas a tirar o qué? —insiste Jaime con tono burlón.

Clara asiente y vuelve a inclinarse sobre la mesa, pero su mente está en la barra, no en el juego. El taco se desliza entre sus dedos con demasiada fuerza y golpea la bola blanca que sale disparada como un proyectil. En lugar de impactar contra la bola roja que había elegido, la blanca atraviesa la mesa en línea recta y golpea directamente la negra, que cae limpiamente en la tronera central con un ruido sordo.

—¡Joder! —exclama Lucía—. Acabas de perder la partida.

18

20 de Octubre de 2025
00:52h
Taberna del Capitán
Madrid

Clara observa el taco de billar entre sus manos con una mezcla de frustración y vergüenza. Jaime sonríe satisfecho mientras Hugo y Lucía intercambian miradas de extrañeza ante el súbito cambio en el juego de Clara.

—¿Estás bien? —pregunta Lucía acercándose—. Hace un momento parecías Messi con el taco y ahora…

Clara asiente, pero sus ojos siguen fijos en la barra donde David charla animadamente con la mujer.

—¿Quieres otra partida? —insiste Jaime, interpretando su silencio como decepción por haber perdido.

—No, gracias. Creo que no tardaré en irme.

En la barra, David Alonso juguetea con el hielo de su coca cola mientras Maribel, su hermana, le observa con una mezcla de cariño y preocupación. El rostro de David muestra signos de agotamiento que ni siquiera la tenue iluminación del local logra disimular.

—Bueno, ¿me vas a decir qué era tan urgente? —pregunta David sin rodeos.

Maribel suspira y da un sorbo a su copa de vino antes de responder.

—Es papá.

El rostro de David se tensa instantáneamente y sus dedos se cierran con más fuerza alrededor del vaso.

—¿Qué pasa con él?

—Está enfermo, David —Maribel mantiene la voz baja, como si las palabras fueran demasiado pesadas para pronunciarlas en voz alta —. El cáncer ha vuelto.

David apura su bebida de un trago y hace una seña al camarero para que le sirva otra. Sus ojos, normalmente alerta y perspicaces, ahora parecen perdidos en algún punto indeterminado de la barra.

—¿Cuándo lo habéis sabido?

—Hace una semana —Maribel coloca su mano sobre la de su hermano—. Pero dice que no quiere tratamiento esta vez.

David cierra los ojos un instante. El dolor en su pierna parece intensificarse, como si su cuerpo respondiera a la noticia con una punzada de solidaridad.

El camarero coloca una segunda cola frente a David. Él lo observa sin tocarlo, como si dudara entre cambiarlo por un whisky o mantener la cabeza fría.

—No puedo creer que no me lo haya dicho él mismo —murmura David, pasándose una mano por el rostro—. Después de todo lo que pasó… después de que volviéramos a hablarnos…

Maribel aprieta los labios en un gesto que comparte con su hermano cuando están preocupados.

—No quería preocuparte. Dice que estás en medio de un caso importante.

—Siempre estoy en medio de un caso importante —replica David con amargura—. Es la excusa perfecta para mantenerme alejado.

—No es así —Maribel se inclina hacia él—. Papá está orgulloso de ti, David. Más de lo que nunca admitirá.

David suelta una risa seca, carente de humor.

—Hace dos años apenas podía mirarme a la cara. Yo no soy lo que él quiere y lo sabes. Tú has seguido los pasos que se supone que hay que dar. Has estudiado medicina, trabajas en su hospital, te has casado con un cirujano y tienes dos preciosos hijos. Yo solo soy un poli que a sus ojos, eso es una vergüenza.

—Eso fue antes de lo que pasó en ese banco, David. Después de eso fuiste tú el que se aisló de nosotros. Hicimos todo lo que pudimos para acercarnos a ti, pero no nos lo permitiste.

Clara observa desde la mesa de billar cómo la mujer coloca su mano sobre la de David en la barra. Hay algo íntimo en ese gesto que le provoca una punzada en el estómago. La mujer es atractiva, con un rostro que combina belleza y madurez, y sonríe a David con una familiaridad que Clara no ha visto antes en él.

—¿Estás bien? —pregunta Lucía acercándose a ella con su copa en la mano.

Clara aparta la mirada rápidamente, fingiendo interés en ordenar las bolas sobre el tapete verde.

—Sí, claro. Solo estaba pensando en la partida.

Lucía sigue la dirección de la mirada anterior de Clara y suelta una risita cuando ve a David con la mujer.

—Ah, qué pena —dice Lucía con un tono que contradice sus palabras—. Parece que el inspector tiene compañía esta noche.

Clara intenta mantener una expresión neutral, pero siente que sus mejillas se calientan.

—No sé por qué me lo dices.

—Tranquila —Lucía le da un ligero codazo—. Aunque, bueno, yo no soy celosa. Si quieres ir a saludar, no me molesta compartir.

—No estoy celosa —responde Clara con más brusquedad de la que pretende—. Ni siquiera lo conozco fuera del trabajo.

—Ya, claro —Lucía sonríe con picardía.

Clara agarra su chaqueta del respaldo de la silla.

—Creo que me voy a ir ya. Mañana tengo que madrugar.

David no dice nada a las palabras de su hermana y el silencio entre ambos se espesa mientras contempla el hielo que se derrite

lentamente en su vaso. Sabe que Maribel tiene razón. Durante ese tiempo, tras el incidente en el banco, la vergüenza le consumió. No quería que nadie le viera así, roto, vulnerable. Solo deseaba volver al trabajo y sumergirse en casos y expedientes hasta olvidar.

—Yo solo quería volver al trabajo —admite finalmente, con la voz ronca—. Cada día en casa era una tortura. Las paredes se me venían encima.

Maribel aprieta suavemente su mano.

—Lo sé. Pero papá también lo sabe. Por eso nunca te presionó.

David suelta un suspiro cansado. La pierna le duele, un recordatorio constante de aquel día. Instintivamente, su mano busca el bolsillo donde guarda las pastillas, pero se detiene.

—¿Cuánto tiempo le dan? —pregunta, cambiando de tema.

—No lo sabemos con certeza. Meses, quizás.

David asiente mecánicamente, como si procesara información de un caso en lugar de la inminente muerte de su padre.

—Iré a verlo mañana —dice finalmente.

Clara sale a la calle y el aire frío de Madrid le golpea la cara como una bofetada. Camina rápido, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta y la cabeza gacha. El ruido de La Taberna del Capitán se va apagando a sus espaldas, pero la imagen de David con aquella mujer sigue nítida en su mente.

Se detiene en un semáforo y suspira, observando cómo su aliento forma pequeñas nubes en el aire nocturno. No entiende por qué le molesta tanto.

Es absurdo.

¿Por qué debería importarme con quién pasa su tiempo libre?

O con quien… eso.

El semáforo cambia y Clara cruza la calle hacia la boca de metro, pero la sensación de malestar no desaparece.

Es ridículo.

No tiene ningún sentido que le afecte ver a David con otra persona. No hay nada entre ellos. Ni siquiera son amigos.

¿O sí?

Vale que pasaron por mucho juntos y que todo lo que pasó con su madre y ese castillo los unió.

Pero aun así no tiene ningún sentido que le preocupe su vida privada.

Clara se detiene frente al panel de horarios. El último metro está a punto de salir. Debería apresurarse, pero sus pies parecen clavados al suelo. Piensa en Lucía, en Hugo, en Jaime y su partida de billar. Y luego piensa en David y en esa mujer que le tocaba la mano con tanta familiaridad.

¿Por qué le importa? ¿Por qué no puede simplemente ignorarlo como hace con todo lo demás?

El sonido del metro acercándose la saca de sus pensamientos y sacude la cabeza, como si pudiera desprenderse físicamente de estas ideas, y avanza hacia el andén.

Por mucho que lo intenta, no consigue pensar en otra cosa en todo el viaje hasta casa.

19

20 de Octubre de 2025
23:41h
Montana
Rancho O´Briant

Ya es noche cerrada cuando, tras un duro día de trabajo en la granja, Michael O´Briant recorre la casa con paso cansado, arrastrando las botas sobre el suelo de madera que cruje bajo su peso. Sus hombros caídos reflejan el agotamiento de un día entero con el ganado.

—Vamos, todos a la cama —ordena con voz ronca mientras apaga la lámpara de aceite del comedor.

Sarah, su esposa, recoge los últimos platos de la mesa. Las arrugas prematuras en su rostro se acentúan bajo la tenue luz que aún queda. Lleva el cabello recogido en un moño deshecho del que escapan algunos mechones castaños y blancos.

—Tommy, deja de molestar a tu hermana —dice Michael al pequeño de seis años que tira del pelo de Emily.

La niña de ocho años le saca la lengua a su hermano antes de subir corriendo las escaleras. El mayor, Robert, de doce años, ya está en el piso superior, probablemente metido en la cama con algún libro que ha conseguido en el pueblo.

Michael se detiene frente a la chimenea casi apagada. Las brasas aún emiten un leve resplandor rojizo que apenas ilumina la estancia. Doggi, el viejo pastor alemán, se acerca cojeando ligeramente. El animal apoya su hocico en la mano de Michael, buscando una última caricia antes de dormir.

—Descansa, amigo —murmura mientras rasca detrás de las orejas del perro—. Mañana hay que vigilar las ovejas del lado norte.

Doggi emite un gruñido suave, como si entendiera las palabra de su dueño, y se tumba sobre la alfombra desgastada frente a los rescoldos de la chimenea. Sus ojos cansados siguen a Michael mientras este sube las escaleras tras comprobar que la puerta principal está bien cerrada.

En el piso superior, Michael se asoma a las habitaciones de sus hijos. Tommy y Emily comparten cuarto y ambos fingen dormir cuando su padre entra, pero sus respiraciones agitadas los delatan. Robert, en cambio, realmente duerme con un libro abierto sobre su pecho.

Sarah ya está en la cama cuando Michael entra en su habitación. Se quita las botas y suspira al sentir el alivio en sus pies hinchados.

Apenas se tumba en la cama cuando los ladridos furiosos de Doggi rompen el silencio de la noche. No son los ladridos habituales para alertar sobre algún zorro o coyote. Estos son mas graves y amenazantes, señal inequívoca de intrusos.

—Maldita sea —gruñe mientras se incorpora de un salto.

Sarah se despierta sobresaltada, aferrándose a las sábanas.

—¿Qué pasa?

—Hay alguien ahí fuera —espeta Michael con los dientes apretados.

No necesita explicar nada más. Los robos de ganado se han vuelto frecuentes en la zona durante las últimas semanas. Tres ovejas la semana pasada a uno de sus vecinos, doce terneros a otro hace tres días. Michael no va a permitir ser el siguiente.

Se calza las botas sin molestarse en atarlas y agarra la escopeta que mantiene cargada en el armario. Baja las escaleras de dos en dos mientras Doggi continúa ladrando con mayor intensidad fuera de la casa.

—Quédate con los niños —ordena a Sarah, que le sigue en camisón hasta el primer escalón.

El frío de la noche le golpea cuando abre la puerta principal. Doggi sale disparado hacia el establo, donde las ovejas se agitan nerviosas.

—¡Eh! ¡Salid de ahí, malditos ladrones! —grita Michael avanzando con la escopeta en alto.

Sus pisadas resuenan sobre la tierra y el sudor frío le recorre la espalda a pesar del aire helado. Doggi bordea el establo, ladrando hacia la parte trasera donde el cercado de las ovejas se abre hacia los pastizales.

Michael ve una sombra moverse junto a la valla. No distingue cuántas personas son, pero percibe el movimiento inequívoco de alguien agachado. El ruido metálico de alicates cortando el alambre llega hasta sus oídos.

—¡Alto ahí o disparo! —brama con la voz cargada de rabia mientras levanta la escopeta y apunta.

Entonces, una voz se escucha a su espalda.

—Papá.

No, no, no, no…

Michael aprieta la mandíbula sin apartar la vista de las sombras que se mueven junto al cercado.

—Vuelve a la casa ahora mismo —ordena con voz contenida pero firme sin darse la vuelta.

Doggi se acerca a Robert, meneando la cola brevemente antes de volver a centrar su atención en los intrusos, gruñendo con el pelo del lomo erizado.

—Puedo ayudarte —insiste Robert.

Michael se gira lo justo para ver a su hijo mayor de pie a pocos metros, sosteniendo la vieja pistola que guarda en el cajón de la cocina.

—He dicho que te vayas —espeta Michael, dividiendo su atención entre su hijo y los ladrones—. Es peligroso. —susurra Michael con desesperación en la voz—. Vuelve con tu madre y tus hermanos.

Pero Robert permanece firme, sujetando la pistola con ambas manos como le enseñó su padre el verano pasado. Doggi se

adelanta, ladrando con furia al detectar el movimiento más claro de los intrusos.

—Deberías haberle hecho caso a tu padre —dice una voz de hombre entre las sombras.

Un hombre que, cuando se deja ver a la luz de la luna, es el extraño que vive en la montaña junto a esa niña. El pirado de mirada asesina y barba pelirroja.

Y entonces es cuando se desata la locura. Momento en el que alza el arma y la descarga sobre el pequeño pecho de Rober ante la atenta e impactada mirada de su padre.

20

20 de Octubre de 2025
07:27h
Barrio de Lavapies
Madrid

Clara abre los ojos antes de que suene la alarma. El reloj marca las seis y veintisiete minutos. Tres minutos antes de la hora programada. Siempre le pasa igual, como si su cuerpo tuviera un mecanismo interno que la despierta justo antes de que el pitido estridente rompa el silencio.

Apaga la alarma y permanece inmóvil, contemplando el techo. Fragmentos de sueños se desvanecen mientras su mente comienza a organizar la jornada.

Se levanta de un tirón, dejando la cama deshecha. El frío de la mañana le muerde la piel, pero lo ignora. En el baño, el espejo le devuelve una mirada cansada. Ojeras pronunciadas, el pelo revuelto y la expresión seria. Abre el grifo de la ducha y espera a que el agua se caliente.

El vapor comienza a empañar el espejo mientras se desnuda. Bajo el chorro de agua caliente, Clara cierra los ojos. El agua resbala por su cuerpo, llevándose los restos de la noche. Intenta no pensar en

David, ni en la mujer del bar, ni en las visiones que no se cumplen. Intenta no pensar en nada.

Sale de la ducha y se envuelve en una toalla. Se seca el pelo, se viste con unos pantalones negros y una camisa azul marino. Todo en su rutina está cronometrado al milímetro.

En la cocina, prepara la avena con agua y un poco de canela. Come sin prisa pero sin pausa, masticando cada bocado exactamente diez veces. Lava el plato y la cuchara, los seca y los coloca en su sitio.

Luego regresa a la habitación y deja bien hecha la cama junto al pijama bien doblado.

Después toma su mochila, las llaves, el móvil y sale del apartamento.

Siete y cuarenta y dos minutos.

El tiempo justo para llegar a la comisaría.

Camina con paso firme, esquivando a los transeúntes que, como ella, se dirigen a sus trabajos. El metro está abarrotado, pero encuentra un hueco donde apoyarse.

A las siete y cincuenta y ocho minutos cruza las puertas de la comisaría. Saluda con un gesto seco al guardia de la entrada y sube las escaleras hasta su planta. El reloj de la pared marca las ocho en punto cuando Clara se sienta en su escritorio.

Ni un minuto antes, ni un minuto después.

El murmullo de conversaciones se eleva gradualmente mientras la oficina cobra vida. Heredia entra primero, con su carpeta bajo el brazo y el rostro serio. Saluda a Clara con un movimiento de cabeza y se dirige directamente a su puesto.

El subinspector Bellido aparece minutos después, sosteniendo un donut glaseado en una mano y un café humeante en la otra. Su camisa mal abotonada y el pelo revuelto delatan que ha salido con prisa de casa.

—Buenos días a todos —exclama con la boca llena—. ¿Alguien quiere un trozo? Tengo un paquete de ocho.

Nadie acepta su oferta. Bellido se encoge de hombros y se sienta, dejando un rastro de azúcar sobre los informes que tiene en su escritorio.

Lucía y Hugo entran juntos, riendo por algo que Clara no alcanza a escuchar. Lucía le guiña un ojo al pasar junto a ella.

Resines y Gutiérrez llegan discutiendo sobre fútbol. Gutiérrez gesticula exageradamente mientras Resines niega con la cabeza.

—Te digo que ese penalti fue un regalo, carallo —insiste Gutiérrez.

—Fue más claro que el agua —replica Resines.

Finalmente entra el inspector Marcos Garrido seguido por el inspector jefe Martínez y el bullicio se apaga instantáneamente. Martínez recorre la sala con la mirada, deteniéndose brevemente en cada uno de los presentes.

—Podemos empezar —anuncia el inspector Garrido, dejando caer una carpeta sobre la mesa central—. El súper poli llegará más tarde.

El subinspector Bellido se apresura a terminar su donut, limpiándose las manos en los pantalones antes de sacar su libreta.

Clara mantiene la mirada fija en la carpeta que el inspector Garrido ha dejado sobre la mesa, pero su mente está en otra parte. El asiento vacío de David evidencia su ausencia y que todos están aquí menos él. No es coincidencia que falte justo después del operativo fallido y justo después de haberlo visto con aquella mujer en el bar.

¿Puede tener algo que ver con alguna de las dos cosas?

¿Con las dos a la vez?

El inspector Garrido se aclara la garganta y empieza a ordenar documentos mientras el inspector Martínez lo observa con impaciencia. Clara nota que el subinspector Bellido la mira de reojo, como si intentara adivinar sus pensamientos.

A pocos kilómetros de la comisaría, el hospital Alonso se alza imponente entre edificios de oficinas y comercios. Su fachada de cristal refleja la luz de la mañana mientras David Alonso cruza las puertas automáticas.

El vestíbulo es amplio y luminoso, con suelos de mármol y luces blancas que golpean las paredes. David avanza hacia el mostrador de recepción donde una mujer de mediana edad está frente al

ordenador. Lleva el pelo recogido en un moño perfecto y una placa identificativa con el nombre de Teresa Mendoza.

David se detiene frente a ella y espera a que termine de atender una llamada. Cuando la mujer cuelga, alza la mirada.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —pregunta con un tono que evoca profesionalidad.

—Necesito ver al director —responde David, apoyando las manos sobre el mostrador.

La recepcionista lo examina antes de preguntar…

—¿Tiene cita previa?

—No.

—Lo siento, pero el doctor Alonso solo recibe con cita programada. Si quiere puedo agendarle para la próxima semana.

David respira hondo, controlando su impaciencia.

—Es urgente.

—Comprendo, pero son las normas —insiste ella, adoptando ese tono condescendiente reservado para quienes no entienden los protocolos—. ¿Puede decirme su nombre para anotarlo en la agenda?

—David Alonso.

La recepcionista detiene sus dedos sobre el teclado y sus ojos se abren ligeramente mientras procesa la información. Levanta la mirada y observa con más atención el rostro de David, reconociendo ahora los rasgos familiares.

—¿Es usted…?

—Sí, su hijo —confirma David con sequedad.

Teresa parpadea varias veces, visiblemente incómoda. Su actitud cambia por completo.

—Disculpe, no le había reconocido. Por supuesto que puede pasar —dice, descolgando el teléfono al instante—. Avisaré al doctor Alonso inmediatamente.

—Se lo agradezco —dice David visiblemente incómodo. No le gustan estas cosas en absoluto.

A los pocos minutos la secretaria de su padre le indica que puede pasar directamente, pero aun así golpea la puerta con los nudillos antes de entrar.

—Adelante —responde una voz grave desde el interior.

David gira el pomo y empuja la puerta. El despacho es amplio, con estanterías repletas de libros médicos y diplomas enmarcados en las paredes. Su padre, el doctor Juan Alonso, está sentado tras un escritorio de caoba, con gafas de lectura y varios informes desplegados frente a él. Apenas levanta la mirada cuando David entra.

—Estoy muy ocupado, David —dice sin preámbulos, pasando una página del expediente que tiene entre manos—. ¿Qué necesitas?

David cierra la puerta tras de sí y se queda de pie, con las manos en los bolsillos.

—¿Por qué no me dijiste que el cáncer había vuelto? —suelta sin rodeos.

El doctor Alonso detiene su lectura. Se quita las gafas y las deja sobre la mesa. Finalmente levanta la mirada hacia su hijo.

—Veo que tu hermana ha hablado de más —responde con voz tensa—. No era asunto suyo comentártelo.

—No, era tuyo, ¿Cuándo pensabas decírmelo tú? —pregunta David, acercándose al escritorio—. ¿Cuándo estuvieras en el tanatorio?

El doctor Alonso suspira, frotándose el puente de la nariz.

—No dramatices. Es un tumor localizado. Nada que no haya visto antes en mis pacientes.

—Pero te niegas a recibir tratamiento —insiste David.

—Es mi decisión —corta su padre con firmeza—. Y no he llamado a un comité familiar para discutirla.

—¿Que no has llamado a un…? pero, ¿cómo puedes ser tan hipócrita? Los Alonso no le tienen miedo a nada. Eres un Alonso y los Alonso siempre vencen. Ese es tu puto dogma, pero, ¿cómo vas a vencer si ni siquiera lo intentas?

El doctor Alonso suspira profundamente mientras observa a su hijo. Una sombra de cansancio cruza su rostro, algo que David nunca había visto en él antes.

—Saber cuándo retirarte es ganar, David —contesta con voz serena, reclinándose en su sillón de cuero—. Llevo cuarenta años

como médico. He visto a cientos de pacientes aferrarse a tratamientos que solo prolongaron su sufrimiento.

David golpea el escritorio con la palma de su mano y el sonido retumba en el silencioso despacho.

—¡Pero no es incurable! —exclama, inclinándose hacia su padre—. Es difícil, sí, pero todavía hay tiempo. ¡Joder, eres el puto dueño de un hospital lleno de especialistas!

El doctor Alonso se pone de pie lentamente. Su figura alta y erguida contrasta con la postura tensa de David. Rodea el escritorio y se sitúa frente a su hijo, mirándolo directamente a los ojos.

—¿Y qué sabes tú? —pregunta con frialdad—. No eres médico. Decidiste perseguir delincuentes en lugar de salvar vidas. Así que no me vengas ahora con lecciones sobre tratamientos oncológicos.

—Eres un cobarde —espeta David con la voz temblorosa de rabia —. Un jodido cobarde que no tiene huevos para enfrentarse a un problema y prefiere abandonar a su familia.

El doctor Alonso no responde. Su rostro permanece impasible, como una máscara perfectamente tallada para ocultar cualquier emoción. Este silencio enfurece aún más a David.

—¿Sabes qué? Haz lo que quieras —continúa David, retrocediendo hacia la puerta—. Siempre lo has hecho. ¿Por qué cambiar ahora?

El doctor Alonso ajusta su bata blanca y vuelve a sentarse tras su escritorio, como si la conversación hubiera terminado. Este gesto es la gota que colma el vaso.

David gira sobre sus talones y sale dando un portazo que retumba por todo el pasillo. El estruendo provoca que las enfermeras, médicos y pacientes que transitan por el pasillo se detengan y giren sus cabezas hacia él.

Al llegar al vestíbulo, David se detiene un momento, respirando profundamente para recuperar el control. El dolor en su pierna, que había ignorado durante la confrontación, regresa ahora con intensidad.

—Señor Alonso.

Una voz tranquila y respetuosa lo saca de sus pensamientos. David se gira y ve a Carlos, el chófer de su padre, acercándose con paso

pausado. Viste un traje oscuro impecable y su postura es recta y no puede ser más profesional.

—Buenos días, señor —saluda Carlos con una leve inclinación de cabeza—. ¿Necesita que lo lleve a algún sitio?

David observa al hombre que ha trabajado para su familia durante más de quince años. Carlos siempre ha sido correcto, discreto, casi invisible. Nunca ha tomado partido en las discusiones familiares, aunque seguramente ha presenciado suficientes.

—No, gracias, Carlos —responde David, suavizando ligeramente su tono—. Tengo mi coche.

—Lo que desee, señor.

David quiere hablar con él de la decisión de su padre, pero sabe a ciencia cierta que ese hombre no dirá nada que no deba bajo ninguna circunstancia.

Está enfadado e irritado.

Pero sobre todas las cosas…

Lo que siento es decepción.

21

20 de Octubre de 2025
17:12h
Barrio de Lavapies
Madrid

Clara gira la llave en la cerradura de su apartamento en Lavapiés mientras el cansancio le pesa en los hombros. El reloj marca las cinco y diez de la tarde. Ha sido uno de esos días en los que el tiempo se estira sin acontecimientos relevantes; informes, reuniones insustanciales y café insípido de máquina.

Deja las llaves en el pequeño cuenco de cerámica junto a la entrada, exactamente en el mismo lugar de siempre y sus zapatos encuentran su sitio en la zapatera, perfectamente alineados con los demás pares.

El teléfono parpadea con la luz de notificación. Clara presiona el botón de reproducir mientras se quita la chaqueta y la cuelga en el perchero.

"¡Hola, Clara! Soy María. Solo te recuerdo que llego esta noche sobre las nueve. ¡No te olvides! Tengo muchas ganas de verte. Un beso."

Clara mira el calendario en la pared de la cocina donde tiene marcada la visita con un círculo rojo. Imposible olvidarlo. Sin

embargo, se da cuenta de que no ha preparado nada para la cena ni ha acondicionado la habitación para si llegada.

Abre la nevera y hace un inventario mental. Saca los ingredientes para preparar una tortilla de patatas y las pela formando un montón perfectamente ordenado de cáscaras sobre el papel de periódico que ha extendido previamente.

Mientras el aceite se calienta, se dirige al armario del pasillo. Extrae sábanas limpias, las desdobla y estira cada esquina de la cama. Coloca la almohada y el edredón, alisando cualquier arruga con la palma de su mano.

Vuelve a la cocina justo a tiempo para añadir las patatas al aceite. El aroma comienza a inundar el apartamento mientras limpia meticulosamente cada superficie que ha utilizado.

El teléfono vibra sobre la mesa y Clara lo toma y desliza el dedo por la pantalla. Es un mensaje del grupo de vigilancia: "Salazar avistado en La Maruca. En posición."

Su corazón se acelera. La Maruca es un restaurante de marisco en Castellana donde los ricos juegan a ser discretos. Clara mira el reloj: las seis y veinte. Tiempo suficiente para llegar, observar y volver antes de que María aparezca.

No debería ir. No es su turno de vigilancia. Pero la imagen de David cayendo por un disparo que nunca llegó sigue atormentándola. Nunca una de sus visiones había fallado. Necesita ver a Salazar en persona y sentir su presencia. Tiene que entender qué tipo de poder tiene este hombre para alterar el futuro que ella percibe.

Se cambia rápidamente. Se pone unos vaqueros, una blusa sencilla y una chaqueta ligera. Nada llamativo.

Antes de salir, envía un mensaje a María: "Cena lista. Tengo que hacer un recado, pero llegaré a por ti a la estación"

En el taxi, Clara repasa mentalmente la fotografía de Salazar que ha visto decenas de veces en los informes. Un hombre de unos cuarenta años, cabello negro peinado hacia atrás, mandíbula cuadrada y ojos pequeños pero intensos. Un narcotraficante con contactos en las altas esferas y, posiblemente, un Numen con la capacidad de alterar el futuro.

El taxi se detiene frente al elegante edificio de La Maruca. Clara paga y sale, sintiendo el fresco aire de Madrid en su rostro mientras se prepara para enfrentarse al hombre que parece haber modificado sus visiones.

Nico Perez alias "el Lobuno" se lleva la cerveza a los labios mientras mantiene la mirada fija en Mario Salazar. El narcotraficante lleva tres horas sentado solo en una mesa del rincón, revisando documentos y bebiendo whisky sin hielo.

—Tres putas horas y el tío solo ha comido marisco, bebido whisky y mirado papeles —murmura el Pelota, jugueteando con una aceituna—. Para ser el Dios de los narcos este tío es un coñazo.

El Lobuno hace un gesto para que baje la voz. La Maruca está llena de gente adinerada y camareros discretos que caminan entre las mesas como sombras. El lugar huele a mar y dinero. Sobre todo, dinero.

Salazar levanta la mano y un camarero acude de inmediato. Pide algo más y vuelve a sus papeles. Nada en él sugiere que sea consciente de estar bajo vigilancia.

—¿Tú crees que es un Numen?, como piensa Alonso —pregunta el Pelota, inclinándose sobre la mesa.

El Lobuno observa al narcotraficante con los ojos entrecerrados.

—No tengo ni idea.

En ese momento un hombre trajeado entra al restaurante y se dirige directamente a la mesa de Salazar. El narcotraficante sonríe, se levanta y lo saluda con un abrazo que parece genuino. Intercambian palabras que no alcanzan a escuchar.

—¿Quién coño es ese? —El Pelota saca disimuladamente su teléfono y toma una foto.

—Envíasela al subinspector Bellido y que la compare con la base de datos.

El recién llegado se sienta frente a Salazar y ambos hombres hablan con familiaridad mientras el camarero les sirve más bebidas. Salazar hace un gesto y el camarero se retira con una inclinación de cabeza.

—Parecen viejos amigos —comenta el Lobuno—. O socios.

El Pelota recibe un mensaje en su teléfono.

—Bellido dice que el tipo es Ricardo Mendoza, empresario inmobiliario, sin antecedentes. Aparentemente limpio.

—Nadie que se junta con Salazar está limpio —sentencia el Lobuno sin apartar la mirada de la mesa vigilada.

Mario Salazar deja a un lado los documentos que estaba revisando y entrelaza sus dedos sobre la mesa. Hay algo en su mirada que cambia sutilmente mientras observa a Mendoza hablar sobre los últimos movimientos inmobiliarios en la costa. Un destello calculador, como si estuviera viendo algo más allá del presente.

Entonces toma el cuchillo de carne que descansa junto a su plato.

—¿Me está escuchando, señor Salazar? —pregunta Mendoza, interrumpiendo su monólogo sobre licencias urbanísticas.

Salazar no responde. En cambio, su mirada recorre el restaurante.

Sin mediar palabra, Salazar se inclina hacia adelante y clava el cuchillo en el pecho de Mendoza con un movimiento certero y brutal. La hoja penetra entre las costillas del empresario, quien abre los ojos con incredulidad. Un jadeo ahogado escapa de sus labios mientras la sangre comienza a empapar su camisa blanca.

El restaurante se congela por un instante y luego llega el caos.

Gritos, sillas que caen y gente que corre hacia la salida.

El Lobuno y el Pelota saltan de sus asientos, desenfundando sus armas. Clara se queda paralizada, con la visión del asesinato grabándose a fuego en su retina.

Pero Salazar permanece inmóvil, observando. No a Mendoza desangrándose, sino las reacciones a su alrededor.

Clara observa cómo Nico y Fran se levantan y apuntan sus armas contra Salazar.

—¡Alto!

—¡No se mueva!

Pero ese hombre no contesta, simplemente ha confirmado sus dudas.

Y entonces, como una cinta rebobinándose, todo retrocede.

El cuchillo vuelve a la mesa y la sangre regresa al cuerpo de Mendoza. Los gritos se apagan. Las sillas vuelven a su posición. Los comensales retoman sus conversaciones como si nada hubiera ocurrido.

Salazar simplemente está sentado frente a Mendoza, escuchando sobre licencias urbanísticas, con el cuchillo de carne intacto junto a su plato.

Clara parpadea, aturdida. Su corazón late con fuerza contra sus costillas mientras comprende lo que acaba de presenciar.

Salazar levanta su copa de whisky y bebe un sorbo, mientras sus ojos recorren el restaurante con cautela. Está anticipando problemas, evaluando posibilidades, viendo futuros alternativos antes de que sucedan. Como ella.

El narcotraficante coloca suavemente su mano sobre el antebrazo de Mendoza, interrumpiéndolo.

—Deberíamos continuar esta conversación en otro momento —dice con voz tranquila pero firme.

Mendoza asiente, confundido por el repentino cambio. Salazar deja unos billetes sobre la mesa y ambos se levantan para marcharse.

El Lobuno y el Pelota siguen en sus asientos, ajenos a lo que Clara acaba de presenciar. Para ellos, Salazar simplemente está terminando su reunión.

Clara comprende ahora por qué su visión sobre David falló. Ese hombre puede ver el futuro igual que ella.

Ha confirmado su suposición.

Pero ahora ella tiene una ventaja.

No sabe de mi existencia.

Permanece sentada en la barra mientras observa cómo Salazar y su acompañante abandonan el restaurante.

El Lobuno y el Pelota dejan unos billetes sobre la mesa y siguen a la pareja con disimulo, manteniendo una distancia prudente

La revelación la golpea con fuerza. Si Salazar puede ver el futuro como ella, cada vez que la policía lo sigue, él anticipa todas las posibilidades. Si en alguna de esas líneas temporales detecta que podría ser detenido, simplemente toma otro camino. Si en otra ve

que alguien podría traicionarlo, elimina la amenaza antes de que ocurra. Y luego, como si nada hubiera pasado, retoma la línea temporal donde todo está a su favor.

Clara deja escapar un suspiro.

Por eso nunca han podido relacionarlo con ningún delito.

No es que sea inocente o extremadamente cuidadoso. Es que literalmente borra cualquier evidencia antes de que exista, modificando sus acciones para evitar consecuencias negativas.

Una idea comienza a formarse en su mente. Si Salazar puede ver el futuro como ella, entonces ambos están jugando al mismo juego. Pero hay una diferencia crucial: él no sabe que ella existe. No sabe que hay alguien más que puede anticipar sus movimientos.

El camarero se acerca y le pregunta si desea algo más. Clara niega con la cabeza y paga su cuenta. Necesita hablar con David y los demás. Por primera vez desde que comenzaron a perseguir a Salazar, tienen una ventaja.

Mira el reloj en su móvil.

Son las 20:37.

Apenas quedan veintidós minutos para que llegue el tren de María a Atocha. Guarda su teléfono en el bolsillo trasero del pantalón y sale del restaurante dejando atrás La Maruca.

La revelación sobre Salazar tendrá que esperar. Ahora mismo tiene que aguantar sin matar a María.

Me va a costar.

Llega a la estación a las 20:52, paga el taxi y corre hacia los andenes. La pantalla de llegadas muestra que el tren de Valencia viene con tres minutos de retraso. Respira aliviada.

Se detiene junto a la zona de espera, entre familias con maletas y ejecutivos con maletines.

El altavoz anuncia la llegada del tren. Clara se endereza y avanza hacia el borde del andén. La masa metálica del convoy aparece en la distancia, reduciendo su velocidad hasta detenerse con un chirrido de frenos.

Las puertas se abren y los pasajeros comienzan a descender. Clara busca entre la multitud la figura familiar de María, su cabello largo, su sonrisa de un millón de dólares, y esos hoyuelos que provocan un

“Oiss” en el corazón de todos los que lo ven. La ve bajar del tercer vagón, arrastrando una maleta rosa chillón y con una bolsa colgada al hombro. María mira a su alrededor, buscándola.

Clara levanta la mano y la agita. Sus miradas se encuentran y María sonríe ampliamente, acelerando el paso hacia ella.

Dios, sé que no existes, pero si estás ahí, dame paciencia. La voy a necesitar.

22

20 de Octubre de 2025
21:00h
Estación de Atocha
Madrid

María se lanza a los brazos de Clara con la fuerza de un huracán, casi derribándola en medio del andén. El impacto envía una onda expansiva por todo el cuerpo de Clara, que permanece rígida mientras su compañera de piso la estruja sin piedad.

—¡Claraaaaa! ¡Cuánto tiempo! —exclama María sin aflojar el abrazo—. ¡Dios, te he echado tanto de menos! La casa está tan vacía sin ti. Bueno, vacía no está porque ahora está Sara, pero es un poco zorra. Te prefiero mil veces a ti.

Me prefieres a mí porque Sara es exactamente igual que tú y eres difícil de soportar, hasta para ti misma.

Clara aguanta el asalto afectivo sin decir nada, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo. Su rostro es una máscara perfecta de neutralidad que contrasta con la explosión emocional de María.

—¿Te has quedado muda? —pregunta María separándose por fin y examinándola con ojos entrecerrados—. Vaya cara traes.

María enlaza su brazo con el de Clara mientras avanzan por la estación, parloteando sin pausa sobre el viaje, el retraso del tren y lo

incómodo que ha sido el asiento. Clara camina mecánicamente con la mente todavía procesando lo de Salazar mientras asiente en los momentos apropiados.

—Me muero de hambre —declara María de repente, frenando en seco—. Literal. No he comido nada desde Valencia. ¿Podemos cenar algo por aquí antes de ir a casa?

Clara consulta su reloj. Las diez menos cuarto. Su estómago también reclama atención.

—Hay un sitio cerca —señala hacia una calle lateral—. Hacen unas tapas decentes.

El bar está medio vacío. Se sientan en una mesa junto a la ventana y piden varias raciones para compartir. María devora las patatas bravas mientras Clara picotea sin mucho entusiasmo una ensalada.

—¡Tengo tanto que contarte! —exclama María con la boca medio llena—. He conocido a un chico monísimo en Valencia. Se llama Sergio y es arquitecto.

Clara bebe un sorbo de agua, preparándose para el inevitable monólogo romántico.

—Es alto, moreno, con unos ojos verdes que quitan el sentido —continúa María gesticulando con el tenedor—. Y tiene un culo… Dios mío, Clara, qué culo. Para ponerle un marco.

María saca su móvil y muestra una foto de un hombre sonriente en una playa. Clara asiente cortésmente mientras su mente viaja hacia David.

—Quedamos para tomar algo y acabamos en su apartamento —María baja la voz, inclinándose sobre la mesa—. Tres veces, Clara. ¡Tres! Y me ha dicho que vendrá a Madrid este fin de semana. ¿Me dejas la casa no?

Clara asiente sin escuchar las palabras de su antigua compañera de piso.

Porque si lo llega a hacer se hubiera negado en rotundo.

¿Por qué he pensado en David?

El plato de patatas bravas queda vacío mientras María sorbe la última gota de su cerveza. Clara observa el reloj de pared sobre la

barra: las once y cuarto. Su mente sigue dando vueltas a Salazar y su don, pero el parloteo incesante de María le impide concentrarse.

—¿Pagamos? —pregunta Clara sacando la cartera.

María asiente, estirándose como un gato satisfecho. —Ha sido genial. Nada como Madrid para tapear.

En el trayecto hacia el piso, María no deja de hablar sobre Valencia, sus clases, sus amigas y el misterioso Sergio del culo perfecto. Clara camina a su lado, respondiendo con monosílabos.

Al entrar al apartamento, María deja caer su maleta en medio del pasillo y mira alrededor.

—Voy a darme una ducha rápida, estoy pegajosa del viaje.

Clara asiente, recogiendo la maleta abandonada y llevándola a la habitación. Se sienta en el sofá y enciende su portátil, intentando aprovechar los minutos de silencio.

El sonido del agua corriendo se detiene quince minutos después. Clara espera ver aparecer a María en pijama, pero cuando ésta emerge del baño, lleva un vestido negro ajustado, tacones de aguja y un maquillaje que no estaba allí durante la cena.

—¿Qué haces? —pregunta Clara, frunciendo el ceño.

María se aplica perfume en el cuello con un gesto teatral. —¿Cómo que qué hago? Prepararme, obviamente.

—¿Prepararte para qué?

—¡Para salir! —María la mira como si acabara de decir la mayor obviedad del mundo—. Es viernes por la noche, Clara. ¿No pretenderás que nos quedemos en casa como dos abuelitas? No me seas sosaina.

Clara cierra el portátil despacio. —Tengo que trabajar mañana.

—Venga ya —María se acerca y le quita el ordenador de las manos —. Son las doce. La noche es joven y nosotras también. Además, hace siglos que no nos vemos. ¡Vamos a celebrarlo!

—María, de verdad, no puedo…

—No me vengas con excusas —María se dirige al armario de Clara y lo abre de par en par—. Vamos a encontrarte algo decente que ponerte. Tiene que haber algo que no sea gris o negro en este funeral de ropa. Um, vale… no lo hay, pero bueno, ponte lo que sea y ya está. Venga, espabila.

Clara duda ante la insistencia de María. Nunca ha salido de fiesta por Madrid y sus escasas salidas nocturnas siempre fueron guiadas por otros.

—No conozco ningún sitio —admite finalmente.

María pone los ojos en blanco, exasperada.

—¿Me estás diciendo que llevas meses en Madrid y no has salido ni una vez? Por Dios, Clara, ¿qué haces con tu vida?

Clara ignora la pregunta, desbloquea el móvil y busca el contacto de Lucía. Si alguien sabe dónde ir, sin duda es ella.

Lucía contesta al segundo tono.

—¿Clara? ¿Ha pasado algo? —su voz suena sorprendida.

—No, solo… —Clara traga saliva— Mi amiga María está en Madrid y quiere salir. No sé dónde ir.

Un silencio breve precede a un chillido de emoción que obliga a Clara a apartar el teléfono de su oreja.

—¡Por fin! ¡La ermitaña quiere salir! —exclama Lucía—. Espera que me siento, esto es histórico.

María, que escucha la conversación pegada al teléfono, suelta una risita.

—¿Dónde podemos ir? —insiste Clara, ignorando las burlas.

—Estoy en Malasaña ahora mismo. Hay un sitio nuevo en la calle Pez que está petado pero genial. Puedo reservaros un hueco en la lista. ¿En media hora?

Clara mira a María, quien asiente entusiasmada.

—Bien —acepta Clara sin entusiasmo.

—¡Perfecto! —Lucía parece no caber en sí de gozo—. ¡Ponte guapa!

La llamada termina y Clara suspira, resignada. En ese momento, María ya está rebuscando en su maleta, sacando vestidos y accesorios y dejándolos por todas partes.

—Tu amiga suena divertida —comenta mientras examina dos pares de pendientes—. Me cae bien.

Porque sois tal para cual.

Clara asiente distraída.

—Vístete ya, que nos vamos en quince minutos —ordena—. Y quita esa cara de oler caca, que vamos a divertirnos, no a un

entierro.

David Alonso contempla el techo de su habitación. El reloj marca las doce y media de la noche. La codeína ya no hace efecto y el dolor en la pierna ha regresado como un viejo enemigo que nunca termina de marcharse.

Se incorpora con un gruñido, camina hasta la ventana y descorre las cortinas. Madrid duerme, o al menos finge hacerlo. Las luces de la ciudad parpadean como estrellas caídas.

—Mierda —murmura mientras se frota la pierna.

Camina hasta la cocina y abre el grifo. El agua fría despeja momentáneamente la niebla de su mente. Su reflejo en la ventana le devuelve una mirada hueca. Tres años.

Tres malditos años desde aquel día en el banco.

El diagnóstico de su padre ha sido como un segundo disparo, esta vez directo al pecho.

Cáncer.

De nuevo.

Y el muy cabrón rechaza el tratamiento como si tuviera prisa por irse.

Cobarde.

Sus dedos rozan inconscientemente la cicatriz. Esa herida física sanó hace tiempo, pero la otra, la invisible, sigue supurando.

Acto seguido, se levanta y camina hasta su despacho. Abre el cajón inferior de su escritorio y extrae una carpeta negra gastada por el uso. Las páginas amarillentas y las fotografías desgastadas contienen dos años de investigación sobre un solo objetivo.

El Libro de los Ritos.

Extiende los documentos sobre la mesa. Fotos del castillo de Landa antes y después del incendio. Algunos testimonios contradictorios y fragmentos de información dispersos como piezas de un rompecabezas imposible.

¿Dónde estás?

El libro que dio origen a los Numen. El libro que encerró a los dioses y que Nalún utilizó para otorgarles su poder a la humanidad.

Nadie sabe dónde acabó después de que el castillo se quemara hasta los cimientos. Las posibilidades no son muchas. O se consumió con el fuego o alguien se lo llevó.

¿Pero quién?

¿Tom?

David Alonso estuvo junto a él cuando Luna murió y no vio el libro por ninguna parte, pero entonces, ¿quien?

David toma un sorbo de agua y examina un mapa marcado con posibles ubicaciones. Dos años de búsqueda infructuosa.

Si el libro vuelve a caer en malas manos, todo podría repetirse. O podría ser incluso peor.

Observa la pizarra donde ha trazado conexiones entre supervivientes conocidos del incidente del castillo.

Suspira y se frota los ojos cansados. El libro no puede haber desaparecido sin más. Algo tan poderoso deja rastro, como una herida que nunca cicatriza del todo.

David se frota la sien mientras contempla la fotografía del castillo de Landa reducido a cenizas. Dos años después, el misterio del Libro de los Ritos sigue atormentándolo como una espina clavada bajo la piel.

Hay demasiadas posibilidades.

Sus dedos recorren los nombres garabateados en la pizarra. Vidal, la mujer que se mete en los sueños de la gente y que ayudó a Mia a escapar enfrentándose a Luna. Stan, el cambiaformas que desapareció sin dejar rastro y David no sabe donde estaba puesta su lealtad.

Bogdan Hanescu, el primo de Ionut que ahora dirige la mafia rumana desde la muerte de este último.

Toma un rotulador y dibuja una línea entre el nombre de Vidal y una fotografía borrosa del libro. La mujer conocía su contenido mejor que nadie. Si alguien podía valorar su importancia, era ella.

Pero Stan la rescató…

David traza otra línea hacia el nombre del cambiaformas. Y ese chico podía convertirse en cualquiera.

La perfecta herramienta para un robo. Stan podría haber adoptado la apariencia de un bombero, un policía o cualquier persona con

acceso al perímetro durante el caos posterior al incendio.

David se detiene frente a la posibilidad de que se lo llevara alguno de los Numen encerrados. Decenas de ellos estaban cautivos en las mazmorras cuando el fuego comenzó. En la confusión, cualquiera podría haber tomado el libro antes de huir.

El inspector se desploma en su silla. El dolor en la pierna pulsa con cada latido de su corazón mientras contempla el mapa de posibilidades que se extiende ante él como un laberinto sin salida.

Mierda, solo sé que no sé una puta mierda.

Y que quiero una copa, pero que no debo tomarla.

Eso también lo tengo muy claro.

La música retumba contra las paredes del local mientras Clara y María esperan en la puerta. El portero, un hombre con cara de pocos amigos y brazos del tamaño de troncos, mantiene a raya a una fila de jóvenes impacientes que serpentea calle abajo.

Lucía las divisa desde lejos y agita los brazos como si estuviera dirigiendo un avión hacia la pista de aterrizaje. Lleva un vestido rojo que parece pintado sobre su cuerpo y unos tacones imposibles que la elevan diez centímetros por encima del suelo.

—¡Clara! ¡Por fin! —exclama mientras se abalanza para darle dos besos—. Pensaba que tendría que ir a sacarte de casa con una orden judicial.

Clara se encoge de hombros, incómoda en su camisa negra y vaqueros oscuros. María, a su lado, resplandece en su vestido ajustado y su maquillaje perfecto.

Lucía examina a Clara de arriba abajo y tuerce el gesto.

—¿Esto es lo que tú llamas ponerse guapa? —pregunta señalando su atuendo con un dedo acusador—. Parece que vas a un funeral, no a una discoteca.

—Es lo que tenía —se defiende Clara.

—Eso le he dicho yo —dice María con una sonrisa.

Lucía pone los ojos en blanco y señala a María.

—Esto sí es ponerse guapa —declara con admiración—. El negro le sienta bien a todo el mundo, pero hay negro y negro. Y tú llevas el negro de "voy a hacer la compra".

María suelta una carcajada y se lanza a darle dos besos.

—Soy María, por cierto. La antigua compañera de piso de la ermitaña.

—Lucía —responde estrechando su mano—. La que intenta sacarla de su cueva en Madrid.

Las dos se miran y algo parece conectar entre ellas, como si acabaran de firmar un pacto secreto para torturar a Clara durante toda la noche.

Menuda noche me espera.

—Vamos, tengo mesa reservada dentro —anuncia Lucía guiñándole un ojo al portero, quien levanta la cuerda de terciopelo sin decir palabra.

El interior del local es un laberinto de luces estroboscópicas y cuerpos en movimiento. La música envuelve cada rincón haciendo imposible cualquier conversación que no sea a gritos.

Lucía las guía a través de la multitud hasta una zona elevada donde un grupo de personas charla alrededor de una mesa repleta de copas.

—¡Chicos! —grita Lucía para hacerse oír—. Esta es Clara, mi compañera de trabajo, y su amiga María.

Cinco rostros se vuelven hacia ellas con sonrisas de bienvenida. Clara reconoce a Hugo entre ellos, quien levanta su copa a modo de saludo.

—Hombre, dos noches seguidas, eso debe ser alguna clase de récord.

Sin embargo, Clara casi ni lo escucha.

Lo único en lo que puedo pensar es en Salazar y en contarle a David todo lo que se sobre él.

De hecho y a pesar de la hora que es, se plantea hasta llamarlo.

Aunque lo descarta.

Eso estaría totalmente alejado de su personalidad.

23

21 de Octubre de 2025
09:32h
Montana
Pueblo de Riverdale

Apenas unas horas después de lo sucedido en su rancho en plena noche, Michael O´Briant aparca su furgoneta frente a la comisaría con las manos temblando sobre el volante. Tiene los ojos enrojecidos, las mejillas cubiertas de una barba incipiente y la ropa manchada de sangre seca. En la parte trasera del vehículo, envuelto en una manta, yace el cuerpo de Robert.

Michael baja de un salto y cierra la puerta de un golpe que hace volverse a los transeúntes. Sus botas levantan polvo con cada pisada mientras avanza hacia la entrada. No ha dormido. No ha llorado. Solo ha esperado a que amaneciera con el cadáver de su hijo en brazos, meciéndolo como cuando era un bebé mientras su mujer trataba de que el resto de sus hijos no se enteraran de nada.

Empuja la puerta de la comisaría y entra sin pensárselo dos veces. El ayudante Ramírez levanta la vista de su escritorio y se queda paralizado al ver el aspecto de Michael.

—¿Dónde está Carson? —pregunta con voz ronca.

—En su despacho, pero…

Michael no espera. Avanza por el pasillo y abre la puerta de golpe. El sheriff Carson, con una taza de café en la mano, se sobresalta y derrama parte del líquido sobre unos papeles.

—¡O´Briant! ¿Qué demonios…?

—Ha matado a mi hijo —interrumpe Michael, plantándose frente al escritorio—. Ese pirado de la montaña ha matado a Robert. Te dijimos que era ese hombre el que nos estaba robando y no nos hiciste caso… y ahora mi hijo está muerto…

—Tranquilízate, Michael. Siéntate y cuéntame qué ha pasado.

—¿Que me tranquilice? —Michael golpea el escritorio con ambos puños—. ¡Tengo a mi hijo muerto en la furgoneta! ¡Le disparó anoche frente a mis ojos!

Ramírez aparece en la puerta, con la mano sobre la pistolera, pero Carson le hace un gesto para que se mantenga al margen.

—¿Morgan te atacó en tu propiedad?

—Vino a robar ganado. Robert y yo salimos a ver qué pasaba y ese hijo de puta lo mató.

Carson se frota la barbilla.

—¿Tienes alguna prueba de que fue él?

Michael suelta una carcajada amarga.

—¿Pruebas? Lo vi con mis propios ojos. Estaba oscuro, pero era él. Seguro. Disparó y se volvió hacia la oscuridad. Yo no fui detrás de él porque me quedé con mi hijo, tratando de salvarlo.

—Iré a hablar con él.

—Si no lo detienes tú, lo haré yo —sentencia Michael, inclinándose sobre el escritorio—. Mataré a ese cabrón con mis propias manos.

Cuando el sheriff Carson y Michael O´Briant salen a la calle, un grupo de curiosos forma un semicírculo a su alrededor.

—Apártense —ordena Carson con voz firme mientras avanza hacia el vehículo.

Michael camina unos pasos por detrás, con los hombros caídos y la mirada fija en el suelo. Cuando levanta la vista, observa cómo la noticia se propaga como fuego entre la gente del pueblo.

Carson abre la puerta trasera de la furgoneta y retira parcialmente la manta. El rostro de Robert, pálido y sereno, queda expuesto por un instante antes de que el sheriff vuelva a cubrirlo con cuidado.

—Wilson —llama Carson a uno de sus ayudantes que acaba de llegar—. Prepárate, nos vamos a ver a Morgan.

—No quiero que lo asusten —interviene Michael con voz ronca—. Quiero que pague por lo que le ha hecho a mi hijo.

A la media hora, el polvo se levanta en una nube espesa tras las tres camionetas que avanzan a toda velocidad por el camino de tierra. Michael O´Briant conduce la primera y detrás de él van cuatro vecinos del pueblo con la misma cantidad de escopetas apoyadas en sus rodillas. Tras este van dos vehículos más con más hombres, todos armados y preparados para lo que viene.

Carson todavía estaba en la comisaría organizando un operativo oficial cuando Michael decidió que no podía esperar.

O, más bien, no quería hacerlo.

—Está en esa colina —señala Pete Donovan desde el asiento del copiloto—. Tras esos árboles.

La antigua propiedad de la secta aparece ante ellos. Un muro de madera medio derruido protege decenas de cabañas desperdigadas por el bosque. La que les interesa, donde vive Tom Morgan, se alza al fondo del claro, oculta entre el follaje.

Michael detiene la camioneta y baja de un salto. Los demás lo imitan y forman un semicírculo a su espalda.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta Donovan con voz baja—. Carson dijo que…

—Mi hijo está muerto —corta Michael—. Y ese cabrón sigue respirando.

Avanzan hacia la cabaña principal uno detrás de otro.

La puerta está entreabierta. Michael la empuja con el cañón de su escopeta y entra, seguido por los demás. El interior está en penumbra. Solo hay una mesa con restos de comida, algunas pieles colgadas en la pared y una chimenea apagada.

—¡Morgan! —grita Michael—. ¡Sal de donde estés, cobarde!

No hay respuesta. Donovan señala hacia una habitación lateral. Michael asiente y avanza con cautela. Empuja la puerta y encuentra una cama deshecha, pero vacía.

—No está —murmura uno de los hombres.

En ese momento, escuchan un ruido fuera y todos se vuelven hacia la entrada, con las armas preparadas.

Tom y Mia cabalgan por el sendero que serpentea entre los pinos con seis conejos colgando del costado de Lancelot, balanceándose con cada paso del caballo. Mia tararea una melodía inventada mientras Kiara avanza a paso lento, con las riendas flojas entre sus pequeñas manos. Después de lo que pasó dos dos días atrás con el oso y la manada de lobos, el tío ha estado bastante silencioso. Más que de costumbre. Y Mía está algo preocupada y nerviosa.

Y cuando está nerviosa no puede evitar tararear.

De pronto, Tom levanta el brazo y detiene la marcha.

—Quédate aquí —ordena con voz baja.

Desmonta de Lancelot y ata las riendas a una rama baja. Mia observa en silencio cómo su tío se acerca al borde del camino, se agacha y apoya la palma de la mano sobre la tierra con los ojos cerrados.

Las sensaciones llegan como descargas eléctricas a su sistema nervioso. Percibe movimientos en su propiedad. Botas pesadas que aplastan hojas secas. Respiraciones agitadas.

—¡Morgan! ¡Sal de donde estés, cobarde!

Reconoce la voz de Michael O´Briant, uno de los ganaderos de Riverdale. Y no está solo. Tom percibe al menos diez personas más rodeando su cabaña.

Se incorpora lentamente, con el rostro endurecido. Su mano derecha se desliza instintivamente hacia la Beretta que lleva en la cintura.

—¿Qué pasa, tío Tom? —pregunta Mia, aún sobre Kiara.

Tom vuelve hacia los caballos mientras su mente evalúa rutas, opciones y posibles amenazas.

—Tenemos visita —responde con voz neutra mientras desata a Lancelot.

Su instinto lo incita a matarlos a todos sin previo aviso. A sacar su arma y destrozarlos sin miramientos.

Pero no puede hacerlo o, al menos, no debe. Si lo hace tendrán que irse de la casa de su familia y eso es algo que no se plantea

hacer.

—Quédate aquí con los caballos —ordena a Mia—. Y no te muevas hasta que yo regrese.

La niña asiente, pero Tom nota cómo sus pequeñas manos se aferran con más fuerza a las riendas de Kiara.

—¿Vas a matar a esos hombres? —pregunta Mia con la voz apenas audible.

Tom no responde. Se limita a acariciar brevemente la cabeza de la niña antes de darse la vuelta y comenzar a avanzar hacia el claro donde se encuentra su cabaña.

Camina con pasos silenciosos a través del bosque, moviéndose como una sombra entre los árboles. Su mano derecha descansa sobre la culata de su Beretta, pero no la desenfunda. Todavía no.

Al llegar al borde del claro, se detiene un instante. Desde su posición, observa a los hombres que rodean su propiedad. Reconoce a Michael O´Briant y a varios vecinos de Riverdale. Todos armados, nerviosos y todo lo peligrosos que pueden ser una panda de pueblerinos.

Tom sale de entre los árboles y avanza hacia ellos con paso firme. No se esconde, ni se apresura. Camina directo hacia su casa.

—¡Está ahí! —grita uno de los hombres, señalándolo.

En un instante, todas las armas se dirigen hacia él. Escopetas, rifles y pistolas apuntan a su cuerpo mientras avanza sin inmutarse. Tom mantiene las manos visibles, pero su postura indica que está listo para moverse en cualquier dirección si es necesario.

—¿Qué hacéis en mi propiedad?

Michael O´Briant da un paso al frente, con su escopeta firmemente apuntada al pecho de Tom. Su rostro está contorsionado por el odio y el dolor.

—Tú entraste en la mía ayer y mataste a mi hijo, he venido a devolverte el favor.

Tom no tiene ni idea de lo que está hablando, pero si lo que tiene en mente es hacerle algo a Mia, el autocontrol con el que se ha planteado presentarse se irá al garete antes de empezar.

Tom mantiene su postura, inmóvil mientras los cañones de las armas lo apuntan desde todas direcciones. Su rostro permanece

impasible, pero sus ojos evalúan cada movimiento de los hombres que lo rodean. Calcula posibilidades.

No me gusta el resultado.

—Yo no he matado a tu hijo —dice con voz grave—. No sé de qué me estás hablando.

Michael O´Briant suelta una carcajada amarga que resuena en el claro. Sus ojos, inyectados en sangre por el llanto y la falta de sueño, no se apartan de Tom ni un segundo.

—¡Mentiroso! —grita mientras avanza un paso, acortando la distancia entre ellos—. Te vi con mis propios ojos. Entraste en mi propiedad para robar ganado y cuando Robert salió a defenderme, le disparaste a sangre fría.

Tom percibe el temblor en las manos de Michael y la forma en que su dedo acaricia peligrosamente el gatillo de la escopeta. Los otros hombres se mueven nerviosos, intercambiando miradas inquietas.

—Anoche estuve aquí, como siempre —responde Tom con gesto serio—. No he salido de mi propiedad desde que fui al pueblo a vender carne y pieles.

—¡Más mentiras! —Michael levanta la escopeta hasta que el cañón apunta directamente a la cabeza de Tom—. Mi hijo está muerto por tu culpa. Y ahora vas a pagar por ello.

—Dice la verdad —dice una voz aguda que sale del bosque sobre una yegua dorada—. El tío ha estado conmigo y no ha salido.

Entonces todas las miradas se vuelven hacia ella. Y no solo las miradas, pues el cañón de ese hombre va directo hacia ella.

Maldita sea Mia, ¿cuando vas a aprender a obedecer?

No me obligues a matarlos a todos.

No nos obligues a tener que huir.

24

21 de Octubre de 2025
02:35h
Discoteca en Malasaña
Madrid

María bebe su tercer gin-tonic mientras baila al ritmo de la música. Sus movimientos son fluidos, liberados por el alcohol que recorre sus venas. Luce radiante bajo las luces que transforman su rostro en una sucesión de expresiones efímeras y remarcan su precioso hoyuelo.

—¡Esta canción me encanta! —grita por encima del estruendo, arrastrando las palabras ligeramente.

Hugo la observa con una sonrisa cómplice mientras choca su copa contra la de ella. A su lado, un chico llamado Alberto cuenta anécdotas que arrancan carcajadas del grupo. Clara permanece en un rincón de la mesa, bebiendo agua con limón, observando la escena como quien contempla un documental sobre una especie desconocida.

La figura de Jaime emerge entre la multitud. Es el mismo policía de delitos financieros que Lucía le presentó ayer. Lleva una camisa azul que resalta el color de sus ojos y una sonrisa que ilumina su rostro cuando divisa al grupo.

Se acerca directamente a Clara.

—Hola de nuevo —dice inclinándose para hacerse oír—. ¿Me dejas invitarte a una copa esta vez?

Clara apenas levanta la mirada de su vaso.

—Tengo suficiente, gracias.

María observa la escena desde la pista y frunce el ceño. Se excusa con Alberto y Hugo, y camina tambaleante hacia la mesa. Llega justo cuando Jaime, tras un intento más de conversación, se aleja hacia la barra con expresión derrotada.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunta María dejándose caer en el asiento junto a Clara—. Ese tío está buenísimo y tú ni le miras.

Clara se encoge de hombros.

—No me interesa.

—Eres rarísima, de verdad —María sacude la cabeza—. Si ese hombre me mirara a mí como te mira a ti, no estaría aquí sentada, te lo aseguro.

—Pues ve tras él —responde Clara con indiferencia.

—No es a mí a quien busca —María da otro sorbo a su copa—. ¿Sabes? A veces pienso que te has olvidado de cómo divertirte. O que quizás nunca lo has sabido, bonita.

María observa a Clara con ojos entrecerrados, intentando descifrar qué ocurre tras esa fachada de indiferencia. Apura su gin-tonic y lo deja sobre la mesa con un golpe seco.

—¿Me vas a contar qué te pasa o vamos a seguir fingiendo que estás bien? Porque se perfectamente que eres rarita, pero hoy te estás pasando de rosca.

Clara suspira y se inclina hacia ella. La música retumba a su alrededor, creando una burbuja perfecta para confesiones.

—Ayer en un operativo tuve una visión donde David moría, pero luego no ocurrió.

—¿Y eso es malo? —María arquea una ceja.

—Es imposible. Mis visiones siempre se cumplen —Clara se acerca más—. He estado investigando a Salazar desde entonces. Esta tarde lo vi en La Maruca con otro hombre.

María parpadea, tratando de seguir el hilo.

—¿Quién es Salazar?

Solo María podría no saber quien es el narcotraficante más famoso del mundo…

—Da igual. Lo importante es que lo vi teniendo una visión, igual que yo. Salazar puede ver el futuro —Clara aprieta su vaso de agua —. Y también puede cambiarlo. Por eso David no murió. Salazar vio algo que le afectaba y lo alteró.

—Espera, espera —María levanta las manos—. ¿Me estás diciendo que hay otro como tú? ¿Un narcotraficante que ve el futuro?

Clara asiente con gravedad.

—Bueno, realmente tiene que haber once más como yo. Uno por cada uno de los dioses a los que Tom les quitó su poder. Pero bueno, la cosa es que ahora solo puedo pensar en contárselo a David. Necesito confirmarle que Salazar tiene mi mismo don y que ya sé cómo lo hace para adelantarse.

—Ya… y seguro que estás pensando en llamarle a las dos de la mañana porque esto es súper importante.

—Lo es.

—Claro… pues nada, llámalo.

—No voy a llamarlo a estas horas.

—¿Por qué no? está despierto —dice María mostrando su última conexión en whatssap.

Clara contempla el teléfono de María donde aparece el estado "en línea" de "Poli buenorro madrileño". Un aguijonazo de incomodidad le atraviesa el pecho. No es solo que María tenga su contacto, es lo que eso significa. Aquella noche en Valencia, cuando David apareció en su vida para investigarla por la extraña compra de acciones de AirMediterráneo, terminó en la habitación de María.

Claro que terminó con ella.

¿Cómo no…?

María, con su sonrisa fácil y su risa contagiosa. María, que convierte cada conversación en una oportunidad para el coqueteo. María, que no duda en abrir su cama a un desconocido atractivo sin preguntar su apellido.

La música del local se convierte en un zumbido distante mientras Clara siente cómo se le tensan los músculos de la mandíbula. No debería importarle. David no es nada suyo. Y sin embargo…

María interpreta su silencio a su manera y sonríe con malicia.

—Está despierto y siempre contesta a estas horas —dice con naturalidad, como quien habla del clima—. A veces nos escribimos.

Clara mantiene su expresión neutra, aunque siente un calor incómodo ascendiendo por su cuello. No pregunta. No quiere saber más detalles. No necesita imaginar a David respondiendo mensajes de María en la madrugada, desde su cama.

—No voy a molestarlo ahora —responde finalmente, bebiendo un largo trago de agua—. Puede esperar a mañana.

María se encoge de hombros y regresa su atención a la pista de baile, donde Alberto la llama con un gesto. Antes de marcharse, se inclina hacia Clara.

—A veces pienso que eres demasiado correcta para tu propio bien —le dice, y su aliento huele a ginebra y limón—. La vida es corta, Clara. Deberías arriesgarte más.

María se termina su copa de un trago y, con un movimiento rápido que contradice su aparente estado de embriaguez, le arrebata el teléfono a Clara.

—¡Eh! ¿Qué haces? —Clara intenta recuperarlo, pero María se escabulle con agilidad felina.

Sus dedos vuelan sobre la pantalla mientras Clara se lanza hacia ella, tropezando con una silla. María sonríe con malicia, completamente concentrada en su misión.

—¡Para! —exclama Clara, extendiendo el brazo—. ¡Devuélvemelo ahora mismo!

Pero es demasiado tarde. María pulsa "enviar" con expresión triunfal y le muestra la pantalla. Un mensaje breve y directo: "¿Puedes hablar?"

—¿Ves? No era tan difícil —dice María, satisfecha.

Clara consigue recuperar su teléfono con un tirón brusco. Está a punto de recriminarle a María cuando el teléfono vibra en su mano. La pantalla se ilumina con una respuesta.

"Claro. ¿Pasa algo?"

El corazón de Clara da un vuelco. La respuesta ha sido inmediata, como si David hubiera estado esperando con el dedo en el teléfono. O quizás solo estaba despierto, trabajando en algún caso. O tal vez…

María se asoma por encima de su hombro, con una sonrisa que le ocupa toda la cara.

—Te lo dije. Siempre contesta —canturrea en su oído—. Venga, llámalo. Es obvio que quieres hacerlo.

Clara mira fijamente la pantalla mientras el local continúa palpitando a su alrededor. La música retumba contra las paredes, las luces parpadean, y ella siente que todo se desvanece excepto esas cinco letras en su teléfono: "Claro".

—Voy a matarte —murmura Clara, pero sus dedos ya están pulsando el botón de llamada.

David pasaba las páginas del expediente con creciente frustración. Cada pista sobre el Libro de los Ritos conduce a un callejón sin salida. Las fotografías del castillo de Landa después del incendio muestran solo escombros y cenizas donde debería haber estado el libro.

Entonces fue cuando le llegó el mensaje de Clara, a lo que él contestó con un "Claro".

—Clara, ¿va todo bien? —pregunta, llevándose el teléfono al oído después de coger la llamada.

La voz de Clara suena amortiguada por el ruido de fondo, música electrónica y conversaciones.

—David, necesito contarte algo importante sobre Salazar —dice ella, elevando la voz para hacerse oír—. Esta tarde estuve en La Maruca vigilándolo.

David se tensa de inmediato. Se incorpora en la silla y aprieta el teléfono.

—¿Que hiciste qué? —Su tono es cortante—. ¿Se puede saber qué hacías siguiendo a Salazar por tu cuenta? ¿Tienes idea de lo peligroso que es ese hombre?

—Lo sé, pero escucha —insiste Clara—. Lo vi tener una visión, igual que las mías. Estaba con un hombre y lo mató, para después volver a la normalidad. Lo hizo para si lo seguían, y claro, Fran y Nico se lanzaron a por él y supo que no era momento de hacer lo que fuera que quería hacer.

David se pasa la mano por el pelo, conteniendo su enfado.

—Clara, no puedes hacer estas cosas sin respaldo. Si Salazar te hubiera visto… —Se detiene, respirando hondo—. ¿Estás segura de lo que viste?

—Completamente. Vi cómo alteraba sus acciones para saber si le seguían. Por eso tu muerte no ocurrió en el almacén. Él vio algo que le afectaba y lo cambió.

Un silencio tenso se instala entre ambos. David procesa la información mientras contempla las fotografías esparcidas sobre su escritorio. Finalmente, habla con voz más calmada.

—Mañana hablamos de esto con el equipo. Pero, Clara —añade con firmeza—, no vuelvas a hacer algo así sola. Si tienes una corazonada, me llamas primero. ¿Entendido?

Clara asiente ante las palabras de David y está a punto de colgar cuando un hombre con la cara tatuada avanza entre la multitud directamente hacia ella. Viste una chaqueta de cuero negra demasiado gruesa para el calor del local y mantiene una mano dentro del bolsillo.

Algo en su mirada hace que las alarmas internas de Clara se disparen. Un escalofrío le recorre la espalda mientras siente el pulso acelerarse.

—¿Clara? ¿Sigues ahí? —la voz de David suena distante en su oído.

Sin responder, Clara activa su don.

Sus pulsaciones aumentan y comienzan a martillear su cuerpo mientras el tiempo se ralentiza a su alrededor y las las luces estroboscópicas parecen congelarse en el aire. En su visión, apenas unos segundos en el futuro, el hombre llega hasta ella, saca una pistola con silenciador del bolsillo de su chaqueta y, sin mediar palabra, dispara directamente a su cabeza. La bala atraviesa su cráneo y su cuerpo se desploma sobre la mesa mientras María grita horrorizada.

Clara vuelve bruscamente al presente. El hombre está a menos de diez metros y sigue avanzando con determinación.

—David —susurra con voz temblorosa—, hay un hombre armado que viene hacia mí y va a dispararme en la cabeza. Está a punto de matarme. No, un hombre, no, se trata de Quezada.

Piensa Clara, piensa.

25

21 de Octubre de 2025
03:02h
Discoteca en Malasaña
Madrid

—¿Dónde estás exactamente? —pregunta David de inmediato.

—En un local de Malasaña. Se llama Lola Club —responde Clara sin apartar la mirada del hombre de la chaqueta de cuero, que avanza entre la multitud.

David se levanta de un salto, tirando varios documentos al suelo. El dolor en su pierna apenas importa ahora. Agarra su pistola de la mesa y se la coloca en la cintura mientras busca las llaves del coche con la otra mano.

—No cuelgues. Mantén la línea abierta —ordena—. Voy para allá. Intenta salir del local sin llamar la atención.

Clara mira desesperada a su alrededor. María está bailando a unos metros, ajena al peligro. La salida queda bloqueada por el hombre que se aproxima. Cuando vuelve a activar su don para ver el futuro, algo extraño sucede. La visión cambia. Ya no ve a Quezada disparándole en la cabeza, sino sacando un teléfono móvil del bolsillo interior de su chaqueta.

—David, espera —dice Clara confundida—. La visión… ha cambiado.

El hombre de la chaqueta de cuero llega hasta ella con expresión impasible. Clara se tensa, preparada para cualquier movimiento. Pero en lugar de sacar un arma, extrae un teléfono móvil del bolsillo interior y se lo extiende.

—Señorita Losada —dice con voz neutra—. Tiene una llamada.

Clara mira el teléfono con desconfianza, incapaz de comprender lo que está ocurriendo. Su propio móvil sigue pegado a su oreja, con David gritando preguntas al otro lado.

Clara mira el teléfono como si fuera una serpiente venenosa. Algo en su interior le dice que no debe tomarlo, pero otra parte más profunda sabe que es inevitable.

—¿Hola? —pregunta con entre poca y ninguna seguridad.

—Buenas noches, señorita Losada —responde una voz masculina con marcado acento colombiano—. Qué gusto finalmente escucharla.

El estómago de Clara se contrae. Es Mario Salazar. El narcotraficante que lleva meses persiguiendo junto al equipo de David.

—Tranquila, no voy a hacerle daño —continúa Salazar con tono casi amistoso—. Solo quería confirmar mis sospechas. Y su cara de terror me lo ha dicho todo. ¿Lo ha visto, cierto? Ha visto su propia muerte.

Clara siente que las rodillas le fallan. Al otro lado de su propio teléfono, David sigue gritando, pero su voz parece provenir de otro mundo.

—¿Qué quiere? —logra articular Clara.

—Por ahora, nada —responde Salazar—. Solo conocerla. Es fascinante encontrar a alguien como uno, ¿no cree? Alguien que puede ver lo que va a pasar y cambiarlo.

Quezada permanece impasible frente a ella, vigilando cada uno de sus movimientos.

—La vi entrar en ese almacén —continúa Salazar—. Corriendo para salvar a ese inspector. Muy valiente, pero también muy revelador. Su cara me decía que sabía más de lo que debía saber y ahora al fin

conozco el motivo. Su presencia en la comida también la delató. No es usted muy precavida conociendo lo que soy capaz de hacer, ¿no cree? Pero bueno, yo solo soy un hombre de negocios, señorita Losada —continúa Salazar con voz pausada—. No busco problemas con nadie.

Clara mantiene el teléfono contra su oreja, dividida entre ambas conversaciones. Su mirada se desvía hacia María, quien sigue bailando sin percatarse de nada, y luego hacia la salida. Quezada permanece imperturbable frente a ella, bloqueándole el paso. Su cara está totalmente cubierta de tatuajes. Una M junto a una S y un 13 resaltan a los lados de sus oscuros ojos.

—No tengo ningún interés en enfrentarme a usted —aclara Salazar —. No tengo nada en su contra. Pero entienda mi posición. Si interfiere en mis negocios y continúa trabajando con ese inspector para atraparme… tendré que tomar medidas.

Un escalofrío recorre la espalda de Clara.

—Sería una verdadera pena —añade Salazar con un suspiro—. Desperdiciar un don como el suyo. Hay tan pocos de nosotros.

El ruido del local parece desvanecerse. Clara siente que están solos en esa conversación, aislados del mundo.

—Solo quiero seguir con mi trabajo sin que me molesten —explica Salazar—. No soy tan diferente a cualquier otro empresario. Tengo clientes, proveedores y empleados que dependen de mí. La única diferencia es que yo puedo ver lo que viene y adaptarme.

Clara percibe un matiz de orgullo en su voz cuando habla de su don. El mismo orgullo que ella nunca ha sentido por el suyo.

—Piénselo bien, Clara —pronuncia su nombre con familiaridad—. Podríamos incluso ayudarnos mutuamente en el futuro. O podemos ser enemigos. La decisión es suya.

Quezada extiende la mano para recuperar el teléfono. En su oído, David se ha callado.

Clara devuelve el teléfono a Quezada, quien lo recibe antes de desaparecer entre la multitud como si nunca hubiera existido. Sus piernas tiemblan y la música del local retumba contra sus oídos con una intensidad insoportable mientras el mundo parece girar a su alrededor.

—¿David? —susurra al teléfono que aún mantiene pegado a su oreja.

—Estoy aquí —responde con voz tensa—. Lo he escuchado todo, Clara.

Clara cierra los ojos. El pánico inicial da paso a una sensación de náusea que sube por su garganta.

—Es peor de lo que pensábamos —continúa David—. Salazar no solo tiene tu mismo don, sino que sabe quién eres y te ha estado observando. Sabe que trabajas con nosotros. Igual que tú lo has detectado a él, él lo ha hecho contigo y la única ventaja que pensábamos tener se ha ido por el desagüe. Mañana después del trabajo tenemos que reunirnos todos en mi oficina. Necesitamos replantearlo todo de nuevo.

Clara observa a María bailando despreocupada a unos metros. La música retumba contra las paredes del local mientras ella sigue inmóvil, con el teléfono pegado a la oreja.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta, intentando que su voz no delate el miedo que le recorre el cuerpo.

—Actúa con normalidad. Vete a casa y no hagas nada que pueda parecer sospechoso.

—¿Y si me siguen?

—Si Salazar quisiera matarte, ya estarías muerta —responde David con una franqueza brutal—. Te ha contactado porque quería enviarte un mensaje.

Clara observa la puerta del local, donde hace unos instantes estaba ese hombre, pero ya no hay rastro de él.

—Yo me ocupo de avisar a los demás —continúa él—. Tú vete a casa y descansa. Mañana tenemos mucho trabajo por delante.

Clara cuelga y guarda el teléfono en su bolsillo. Respira hondo, intentando calmar los latidos desbocados de su corazón. Cuando se acerca a María, consigue dibujar una sonrisa que espera que parezca natural.

No lo consigue.

26

20 de Octubre de 2025
12:36h
México DC
Aeropuerto

El falso Martínez levanta la mano en señal de saludo y Nick Johnson ajusta sus gafas de pasta y se acerca, arrastrando la mochila sobre su hombro derecho. Sus ojos recorren la figura del mexicano con una mezcla de alivio y ansiedad.

—Pensé que no vendría —dice Nick extendiendo la mano.

—El tráfico en esta ciudad es una pesadilla —responde Samantha con la voz grave y el acento perfecto de Martínez—. Vamos, tengo el coche fuera.

Caminan hacia la salida mientras la falsa Martínez toma la mochila de Nick para cargarla. El gesto, calculado para ganar confianza, funciona perfectamente.

—¿Cómo encontró a la niña? —pregunta Nick ajustándose las gafas que resbalan por su nariz sudorosa.

Samantha mantiene la mirada al frente, recreando la expresión seria que había estudiado en Martínez.

—Fue por casualidad. Una maestra de primaria me contactó después de ver cómo la pequeña movía los lápices sin tocarlos

durante un examen.

Nick saca una libreta desgastada del bolsillo de su chaqueta y comienza a tomar notas apresuradas.

—¿Qué edad tiene?

—Ocho años. Vive con su abuela en un barrio al sur de la ciudad.

A veinte metros de distancia, Will Tatum camina con paso firme, manteniendo la distancia. Su postura militar resulta imposible de disimular, pero entre la multitud del aeropuerto pasa desapercibido. Sus ojos oscuros no pierden detalle de la interacción mientras ajusta el auricular inalámbrico en su oído.

—La niña puede mover objetos de hasta cinco kilos —continúa Samantha, inventando detalles que sabe que Nick devorará con avidez—. La semana pasada levantó una silla completa durante casi un minuto.

Nick asiente frenéticamente mientras escribe. Sus dedos tiemblan ligeramente, no por miedo sino por excitación. Después de dos años persiguiendo fantasmas, por fin tiene algo tangible.

—¿Y los padres?

—Desaparecidos. La abuela dice que se fueron una noche y nunca volvieron.

Cruzan las puertas automáticas hacia el exterior, donde el calor mexicano golpea a Nick como una bofetada. Samantha señala hacia un sedán gris estacionado en la zona de carga.

—Es por aquí.

Will se detiene junto a un puesto de revistas, fingiendo interés en una publicación deportiva mientras observa a la pareja dirigirse al vehículo. Espera el momento preciso antes de seguirlos. Cuando salen del aeropuerto, Samantha conduce mientras Nick se acomoda en el asiento del copiloto, todavía tomando notas en su libreta. El falso Martínez conduce por las calles congestionadas de Ciudad de México, esquivando taxis y motos que se cruzan como insectos nerviosos.

—¿No vamos a su casa? —pregunta Nick al notar que toman una dirección inesperada.

—Cambio de planes. La niña está teniendo episodios más intensos. Su abuela me llamó hace una hora, completamente alterada —

miente Samantha sin perder la compostura—. Creo que es mejor que la veas directamente.

Nick asiente, incapaz de ocultar su entusiasmo. Guarda la libreta y saca su teléfono para comprobar que tiene suficiente batería para documentar el encuentro.

—¿Y la mujer del autobús? ¿También la veremos?

Samantha arquea una ceja, genuinamente sorprendida. Martínez había mencionado a otra persona con habilidades, pero no habían tenido tiempo de extraerle todos los detalles antes de eliminarlo.

—Sí, después. Está en observación en una clínica privada —improvisa mientras mira por el retrovisor, confirmando que Will los sigue en un taxi a distancia prudente—. Detuvo un autobús escolar que iba a desbarrancarse. Lo sostuvo con las manos durante casi un minuto.

Nick sacude la cabeza, maravillado.

—Igual que el hombre de Detroit —murmura—. ¿Cree que hay alguna conexión?

—Eso es lo que vamos a averiguar.

El coche se desvía hacia un barrio de casas bajas y calles estrechas. El calor hace que el asfalto parezca ondular a lo lejos. Samantha reduce la velocidad mientras escanea los números de las casas buscando la dirección que Martínez le dio antes de que le obligaran a llamar a Johnson.

La verdad es que tanto la niña telequinética como la mujer del autobús existen. Martínez las había localizado semanas antes, y ahora Samantha y Will tienen órdenes de llevárselas junto con Nick Johnson. Tres Numen en una sola misión. Un golpe perfecto para quien sea que esté recolectándolos.

—Es aquí —dice Samantha, deteniendo el coche frente a una casa pequeña de paredes amarillas y una puerta de metal oxidado. Se acerca a la puerta y pulsa el timbre mientras Nick aguarda unos pasos atrás, ajustándose nerviosamente la correa de la cámara que acaba de sacar de su mochila. El sonido metálico del timbre resuena dentro de la casa, seguido por pasos apresurados.

La puerta se abre y aparece una mujer de unos sesenta años, con el pelo canoso recogido en un moño y un delantal floreado. Su

rostro se ilumina al reconocer a "Martínez".

—¡Señor Martínez! Qué bueno que ha venido —exclama la mujer con genuino alivio—. Lucía ha estado muy inquieta desde ayer.

—Doña Carmen, le presento al señor Johnson —responde Samantha manteniendo la fachada perfecta—. Es el americano del que le hablé, el que puede ayudarnos a entender qué le pasa a su nieta.

La mujer examina a Nick con una mezcla de curiosidad y recelo. Finalmente, asiente y se hace a un lado.

—Pasen, pasen. La niña está en el patio.

Nick entra tras Samantha, observando cada detalle de la modesta vivienda. Fotografías familiares adornan las paredes del estrecho pasillo. En una de ellas, una niña pequeña sonríe junto a dos adultos que deben ser sus padres.

—Señora Carmen, necesito hablar con la niña y documentar lo que puede hacer —dice Nick, activando su grabadora de voz—. Es importante mostrar al mundo estos dones extraordinarios.

La anciana cruza los brazos y frunce el ceño, evaluando al periodista.

—Lo que quieran, pero esto no es gratis —responde con franqueza —. Mi Lucía no es ningún animal de circo. Si van a sacar provecho de ella, nosotras también merecemos algo.

Nick asiente rápidamente, sacando su billetera.

—Por supuesto, entiendo perfectamente. Puedo ofrecerle un adelanto ahora mismo y acordar una compensación adicional si publicamos su historia.

Samantha, con la voz de Martínez, responde a la anciana con un español fluido y natural.

—Doña Carmen, el señor Johnson pagará bien por su tiempo. Llévenos con la niña, por favor.

La anciana los conduce a través de un pasillo estrecho hasta una puerta trasera que da a un pequeño patio de cemento rodeado por macetas con plantas marchitas. Allí, sentada en el centro, una niña de pelo negro recogido en dos trenzas juega concentrada. Nick contiene la respiración. Frente a la pequeña, cinco piedras de diferentes tamaños flotan a unos treinta centímetros del suelo,

moviéndose en círculos perfectos como si fueran planetas orbitando alrededor de un sol invisible. La niña, con los ojos entrecerrados por la concentración, mueve ligeramente los dedos y las piedras responden cambiando su velocidad y trayectoria.

—Dios mío —susurra Nick, y sus manos tiemblan mientras saca la cámara.

El obturador comienza a dispararse frenéticamente. Nick se arrodilla para conseguir un mejor ángulo, fotografiando las piedras flotantes desde diferentes posiciones. Luego activa la grabación de video.

—Esto es… increíble —balbucea en su inglés nativo antes de volver al español—. ¿Puede hacer con… objetos más grandes?

La niña levanta la mirada al notar su presencia. Por un instante, las piedras se tambalean en el aire, pero no caen. Sus ojos oscuros estudian a Nick con curiosidad infantil.

—Lucía, muéstrale al señor lo que puedes hacer con la silla —dice Doña Carmen, señalando una pequeña silla de plástico en una esquina del patio.

La niña asiente y las piedras caen suavemente al suelo mientras dirige su atención hacia la silla. Frunce el ceño, concentrándose intensamente, y el asiento comienza a temblar antes de elevarse lentamente hasta quedar suspendido a medio metro del suelo.

Los ojos de Nick brillan con una mezcla de asombro y triunfo. Su respiración se acelera mientras continúa grabando.

—Tengo que llevarla a Estados Unidos —murmura para sí mismo, aunque lo suficientemente alto para que Samantha lo escuche.

Gastaré todos mis ahorros si es necesario. Ahora sí van a creerme.

Nadie me llamará loco de nuevo.

Nunca más.

27

21 de Octubre de 2025
05:02h
Apartamento de Clara en Lavapiés
Madrid

María se tambalea contra la pared del ascensor mientras Clara sujeta la llave frente a la cerradura. Tres intentos fallidos después, consigue abrir la puerta del apartamento.

—Tienes que ver lo que pasó con el chico del pelo rizado —balbucea María apoyándose contra el marco—. Le dije… le dije que se fuera a la mierda. ¿Te lo puedes creer?

Clara empuja la puerta con el hombro mientras sostiene a María por la cintura. El pasillo se les hace interminable.

—Mañana me lo cuentas todo, ¿vale? Ahora necesitas dormir.

—No tengo sueño —protesta María con voz pastosa—. Quiero seguir bailando.

Sus pies se enredan y Clara tiene que hacer un esfuerzo para que no caigan ambas al suelo. El peso muerto de María contra su costado le dificulta mantener el equilibrio.

—Sí, sí, bailaremos mañana —miente Clara mientras la guía hacia la habitación.

María se deja caer sobre la cama como un fardo. Clara le quita los zapatos y la observa unos segundos, dudando si debería ayudarla a cambiarse de ropa. Decide que no merece la pena el esfuerzo. María se remueve sobre las sábanas, murmurando algo incomprensible sobre un chico de Valencia y una cerveza derramada.

Clara suspira y sale de la habitación. En la cocina, llena un vaso de agua y lo deja en la mesita junto a la cama. María ya ronca suavemente, con la camiseta torcida y el maquillaje corrido bajo los ojos.

Vuelve al salón y abre la ventana. El aire fresco de la madrugada madrileña le golpea la cara mientras se asoma para contemplar los tejados de Lavapiés. Las palabras de Salazar resuenan en su cabeza como un eco.

Podríamos incluso ayudarnos mutuamente en el futuro. O podemos ser enemigos.

Clara apoya los codos en el alféizar. Las tejas rojizas se extienden como un mar ondulado bajo la luz amarillenta de las farolas. En algún lugar entre esos edificios centenarios, Salazar continúa con su vida, ajeno a las consecuencias de sus actos. O quizás no tan ajeno. Quizás en este mismo momento también él contempla la ciudad, planeando su próximo movimiento.

¿Cómo se enfrenta uno a alguien que puede ver el futuro igual que tú? ¿Cómo sorprendes a quien ya ha visto lo que va a pasar?

No tiene respuesta a la pregunta y es lo que más le cabrea.

Un ronquido más fuerte que los anteriores llega desde la habitación. Clara esboza una sonrisa cansada. Al menos María duerme ajena a todo esto. Para ella, la mayor preocupación mañana será la resaca.

Cierra la ventana y mira el reloj. Con un suspiro, se dirige al baño y se lava la cara. El agua fría despeja momentáneamente su mente saturada de preguntas sin respuesta.

Se desliza entre las sábanas frías y programa la alarma. Cuatro horas de sueño. Insuficiente, pero tendrá que bastar. Calcula mentalmente: si se acuesta mañana a las diez, podría recuperar parte del déficit. Siete horas y media serían aceptables. Su cerebro continúa haciendo cálculos mientras sus ojos se cierran.

La alarma suena implacable a las nueve en punto. Se incorpora, silencia el teléfono y se levanta. No hay tiempo para dudas ni pereza. Su cuerpo protesta, pero ella lo ignora mientras se enfunda en sus mallas deportivas y camiseta técnica.

Se ata las zapatillas, bebe medio vaso de agua y come media barrita energética. La otra mitad la guarda en el bolsillo. Comprueba que María sigue durmiendo —un bulto inmóvil bajo el edredón— y sale del apartamento.

El aire fresco de la mañana la recibe en la calle. Estira sus músculos y sincroniza su respiración.

Sus pies golpean el pavimento con ritmo constante mientras avanza por las calles que despiertan. Algunos comerciantes levantan persianas. Un barrendero empuja su carrito. Madrid se despereza lentamente mientras ella mantiene su cadencia.

Tiene turno a las doce así que tiene tres horas por delante. Tiempo suficiente para correr cuarenta y cinco minutos, ducharse, desayunar, revisar el expediente Salazar y prepararse mentalmente para el día que le espera.

El reloj marca las doce en punto cuando Clara cruza las puertas de cristal de la comisaría.

Los agentes de guardia la saludan con gestos breves y Clara responde con la misma economía de movimientos, sin detenerse. No le gustan las charlas innecesarias.

Empuja la puerta de la sala de reuniones y encuentra al equipo ya instalado. David Alonso repasa unos documentos con el ceño fruncido. Las ojeras bajo sus ojos delatan otra noche de insomnio. A su lado, Marcos Garrido mastica distraídamente un bolígrafo mientras observa una pantalla de ordenador. El resto del equipo —Lucía, Hugo, Bellido, Hernandez, Resines, Heredia y los demás— forman pequeños grupos de conversación que se disuelven con su entrada.

—Buenos días —saluda Clara, ocupando una silla vacía junto a Lucía, quien le dedica una sonrisa cómplice.

—¿Cómo está María? —susurra Lucía—. ¿Sobrevivió a la noche?

—Inconsciente cuando salí de casa —responde Clara en voz baja —. Dudo que se levante antes de mediodía.

La puerta se abre de nuevo y el silencio se impone inmediatamente. El inspector jefe Martínez entra primero, con su habitual expresión cateta y un portafolios del revés bajo el brazo. Tras él, el comisario Silva hace su aparición, erguido en toda su estatura y acomodándose la corbata con un gesto que parece ensayado para las cámaras.

—Buenos días a todos —anuncia Silva con ese tono grandilocuente que reserva para las ocasiones donde puede lucirse—. Tenemos mucho que discutir hoy.

David y Marcos intercambian una mirada que Clara capta al instante. La presencia del comisario nunca es casual. Silva solo aparece cuando hay prensa involucrada o cuando quiere apropiarse del mérito de alguna operación.

El inspector jefe Martínez coloca unos documentos sobre la mesa mientras Silva pasea su mirada por la sala, deteniéndose brevemente en cada rostro como si estuviera evaluando mercancía.

El comisario Silva se acomoda en la silla principal, estirando los puños de su camisa para exhibir unos gemelos que parecen demasiado caros para un sueldo de funcionario. Su mirada se detiene en Marcos Garrido, a quien señala con un gesto imperioso.

—Inspector Garrido, póngame al día sobre la operación Salazar.

Marcos se incorpora con un suspiro apenas disimulado y desliza una mirada rápida hacia David, quien asiente imperceptiblemente.

—Claro, como sabes, realizamos una intervención en la nave industrial del polígono siguiendo información de uno de nuestros confidentes —comienza Marcos, eligiendo cada palabra con cuidado —. La información indicaba que Salazar estaría presente para supervisar una entrega importante.

—Vamos, Garrido, no tenemos todo el día. ¿Qué pasó?

—Montamos un dispositivo completo. Francotiradores, equipo de asalto y vigilancia perimetral —continúa Marcos—. Todo indicaba que Salazar estaría dentro, pero cuando entramos, solo encontramos a sus hombres. Hubo un enfrentamiento armado. Dos agentes heridos leves, ninguno de gravedad.

Silva frunce el ceño.

—¿Me está diciendo que Salazar se les escapó en sus narices?

Marcos se pasa la mano por la nuca, incómodo.

—Creemos que fue alertado minutos antes de nuestra llegada. No sabemos cómo, pero cuando entramos ya no estaba allí.

—¿Y sus hombres? —pregunta Silva con irritación creciente.

—Dos muertos en el tiroteo, tres detenidos —responde Marcos—. Pero ninguno habla. Son profesionales, entrenados para estas situaciones.

El grandullón se remueve en su asiento, como si quisiera añadir algo, pero una mirada de David lo disuade.

—Así que no tenemos nada —concluye Silva, golpeando la mesa con la palma abierta—. Absolutamente nada después de meses de investigación.

—Tenemos algunas pistas nuevas —interviene Marcos—. Hemos identificado dos propiedades más vinculadas a su organización y estamos siguiendo el rastro del dinero a través de…

El comisario levanta una mano, interrumpiéndolo.

—Ahórreme los detalles técnicos, Garrido. Lo que quiero saber es cuándo voy a poder dar una rueda de prensa anunciando la captura de ese narcotraficante. Si volvemos a hacer el ridículo no será mi nombre el que aparezca al lado de la palabra "desastre"

—Pues si quiere que la operación salga bien, ¿por qué no la supervisa usted en persona? —suelta David Alonso.

Estoy hasta los cojones de este payaso.

El comisario Silva parpadea varias veces, como si acabara de recibir un bofetón. Sus labios se entreabren pero ningún sonido sale de ellos. La sala entera contiene la respiración. Nadie, absolutamente nadie, le habla así al comisario.

Bellido baja la mirada hacia sus papeles, fingiendo buscar algo con desesperada concentración. Lucía y Hugo intercambian miradas de pánico disimulado. Incluso Marcos Garrido, acostumbrado a las salidas de tono de David, parece sorprendido por el comentario de su compañero.

Silva mira a David Alonso fijamente, con las mejillas enrojecidas y su mano derecha aprieta un bolígrafo con todas sus fuerzas. Por un instante, parece que va a estallar y va a ordenar la suspensión inmediata de David.

Pero algo en la mirada desafiante de David lo detiene. Quizás es la determinación que ve en esos ojos cansados, o tal vez el hecho de que el inspector Alonso es uno de los pocos que realmente está haciendo avances en el caso. Sea lo que sea, el comisario se traga su orgullo y desvía la mirada.

—Continúe, inspector Garrido —dice finalmente, con voz más baja de lo habitual.

Marcos carraspea, sorprendido por la repentina capitulación del comisario.

—Como decía, comisario, estamos siguiendo algunas pistas nuevas. Tenemos vigilancia en dos locales vinculados a Salazar: el club Ónix en Castellana y un restaurante en Chamberí. También estamos investigando sus finanzas a través de Ceres Global.

El comisario asiente, evitando mirar a David, quien permanece impasible en su asiento.

—¿Cuándo tendremos resultados concretos? —pregunta Silva, intentando recuperar algo de autoridad en su tono.

—Es difícil precisarlo —responde Marcos—. Salazar es extremadamente cauteloso. Pero creo que estamos cerca.

El inspector jefe Martínez, que ha permanecido callado durante todo el intercambio, golpea la mesa con la palma de la mano. Las carpetas saltan unos centímetros y el café de Bellido se derrama sobre unos documentos.

—Por favor, no puede ser tan difícil atrapar a un sudamericano —suelta Martínez con ese tono despectivo que todos conocen—. Todos los colombianos acaban cometiendo errores. Se creen muy listos, pero al final siempre caen.

El silencio que sigue a sus palabras resulta casi físico. Bellido baja la mirada, incómodo, mientras intenta limpiar el café derramado con una servilleta demasiado pequeña para el desastre.

Marcos Garrido aprieta la mandíbula y mira a David, como pidiéndole que por una vez se contenga. Clara observa cómo las venas del cuello de David se hinchan, pero contra todo pronóstico, el inspector permanece callado.

—Inspector Martínez —interviene Bellido, con voz temblorosa pero decidida—. Salazar no es un narcotraficante cualquiera. Sus

contactos llegan hasta el gobierno colombiano y tiene protección a muchos niveles. No es cuestión de nacionalidad, sino de…

—Nadie ha pedido tu opinión, Bellido —corta Martínez—. Limítate a recoger esos papeles que has manchado.

El grandullón se sonroja hasta las orejas, pero sigue limpiando en silencio. Sus dedos torpes arrugan los documentos mientras intenta secarlos.

—Continúe, inspector Garrido —dice Silva, visiblemente incómodo con el giro de la conversación.

Marcos se aclara la garganta y lanza una mirada compasiva hacia Bellido antes de pasarse la mano por la calva y retomar el control de la reunión.

—Vamos a organizarnos para cubrir todos los frentes —dice mientras despliega un mapa sobre la mesa—. Grandullón, tú te encargarás de coordinar con delitos financieros para investigar a fondo Ceres Global. Necesitamos saber de dónde viene cada euro y adónde va.

Bellido asiente con entusiasmo y sus ojos brillan ante la responsabilidad asignada. Deja los papeles manchados de café a un lado y saca su libreta.

—Me pondré en contacto con Ferrer esta misma mañana, inspector. Tengo algunos contactos en Hacienda que podrían facilitarnos el acceso a ciertos registros sin levantar sospechas.

Garrido asiente satisfecho y señala otro punto en el mapa.

—Hernández, Heredia y Resines se encargarán de la vigilancia en el club Ónix. Quiero turnos de ocho horas, documentación fotográfica de todos los que entren y salgan, especialmente después de la medianoche.

Resines se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—¿Entramos de incógnito o mantenemos distancia?

—Distancia por ahora —responde Marcos Garrido—. No queremos alertarlos. Montoya y Conrado cubrirán el restaurante en Chamberí. Misma estrategia: discretos y documentando todo, como buenos niños.

Montoya hace un gesto afirmativo con la cabeza mientras Conrado toma notas rápidamente.

—David y yo supervisaremos la operación en conjunto —continúa Marcos, lanzando una mirada a su compañero, que permanece impasible—. Cada uno de los novatos irá asignado a un equipo. Hugo, tú irás con Hernández al Ónix. Lucía, te quiero con Montoya en Chamberí. Clara, tú apoyarás al grandullón con la investigación financiera.

El comisario Silva se aclara la garganta, aparentemente satisfecho con la organización.

—Quiero informes diarios —interviene, intentando recuperar algo de autoridad—. Y nada de iniciativas personales, ¿entendido?

Su mirada se detiene brevemente en David, quien le sostiene la mirada sin pestañear.

No lo dirás por mí, ¿no?

Acto seguido, sale de la habitación y la puerta se cierra tras el comisario Silva y el inspector jefe Martínez con un golpe seco que resuena en la sala de reuniones. Durante unos segundos, nadie se atreve a romper el silencio. Todos permanecen inmóviles, como si las cámaras siguieran grabando o los micrófonos continuaran activos.

Marcos Garrido espera exactamente treinta segundos antes de soltar un suspiro profundo y pasarse ambas manos por la calva negra y reluciente.

—Vaya par de paletos —escupe finalmente, dejándose caer en la silla—. Y no sé cuál de los dos es peor.

David Alonso esboza una media sonrisa.

—Silva solo aparece cuando huele prensa —añade Marcos, sacudiendo la cabeza—. Y Martínez… joder, ese hombre no distinguiría un cártel colombiano de una postal de Cartagena.

Bellido suelta una risita nerviosa mientras continúa secando sus documentos manchados de café.

—El inspector jefe me llamó "Bellino" tres veces la semana pasada —confiesa el grandullón con una mezcla de vergüenza y resignación —. Llevo cuatro años en su unidad y le salvé la vida hace dos años.

Resines levanta la mirada de sus notas.

Marcos se levanta y camina hacia la pizarra, donde descuelga un mapa más detallado que había mantenido oculto durante la visita oficial.

—Bueno, ahora que se han ido los figurantes, vamos a hablar en serio —dice, desplegando el mapa sobre la mesa—. Esto es lo que realmente sabemos sobre Salazar.

Dicho esto, Marcos Garrido hace un repaso de la operación, omitiendo las partes que se salen de la normalidad y no deben ser escuchadas por oídos indiscretos como los de los dos novatos.

28

21 de Octubre de 2025
12:53h
Montana
Cabaña de los Morgan

La tensión en el aire se corta con cuchillo cuando Michael apunta su escopeta hacia Mia. La niña, con sus ojos muy abiertos, da un paso atrás instintivamente mientras su pequeña mano busca la empuñadura de la pistola.

—¡Baja eso, Michael! —grita uno de los hombres, un granjero de nombre Jenkins, dando un paso al frente—. Por Dios, es solo una cría.

—Ella no ha hecho nada —añade otro, bajando su rifle—. Esto es entre tú y Morgan.

Michael mantiene el arma firme, pero su mirada vacila. El dolor por la pérdida de su hijo se mezcla con la confusión al ver a la pequeña, que ahora lo mira con una mezcla de miedo y determinación.

Varios hombres del grupo comienzan a murmurar entre ellos. La presencia de la niña provoca dudas entre ellos.

Todos estaban de acuerdo en matar a un asesino, pero a una niña pequeña es otro cantar.

—Michael, piensa lo que estás haciendo —dice el viejo Peterson, poniendo una mano sobre el hombro de O´Briant.

Los ojos de Michael se llenan de lágrimas mientras mantiene el arma apuntando hacia Mia. Su mente viaje hacia los últimos momentos de su hijo y no puede evitar que sus manos tiemblen visiblemente.

—Mi Robert… mi hijo… —balbucea con la voz quebrada.

—Yo no maté a tu hijo —repite Tom con firmeza—. Y si apuntas a la niña un segundo más, será lo último que hagas.

Un silencio tenso se instala entre todos los presentes. La mano de Michael tiembla cada vez más mientras mira alternativamente a Tom y a Mia. Entonces Michael gira su cuerpo en un movimiento brusco, apartando el cañón de la escopeta de Mia y apuntando directamente a Tom. Sus ojos, inyectados en sangre y lágrimas, se entrecierran mientras su dedo se tensa sobre el gatillo.

Tom reacciona con la velocidad de un depredador. Su mano vuela hacia la Beretta que lleva en la cintura y dispara sin vacilación impactando contra el metal de la escopeta de Michael, justo donde el cañón se une a la culata. El impacto es preciso y la escopeta sale despedida de las manos de O´Briant, antes de caer sobre la tierra, a varios metros de distancia. El estruendo del disparo reverbera entre los árboles, espantando a los pájaros que alzan el vuelo en todas direcciones.

Michael queda paralizado, mirando sus manos vacías con incredulidad. La sangre brota de un corte en su palma derecha, donde el metal astillado de la escopeta le ha desgarrado la piel.

—¡Cristo bendito! —exclama Jenkins dando un paso atrás.

Los hombres que acompañan a O´Briant retroceden instintivamente, algunos dejando caer sus propias armas al suelo. La demostración de velocidad y precisión de Tom los ha dejado helados.

Mia permanece inmóvil, con los ojos muy abiertos fijos en Tom, quien mantiene su pistola apuntando ahora al pecho de Michael.

—Te dije que era la última vez que apuntabas a Mia —dice Tom con voz átona, casi casual, como si comentara el clima—. La próxima bala no irá a tu escopeta.

El polvo se levanta en la distancia cuando tres vehículos policiales se aproximan a toda velocidad. El sheriff Carson desciende del primero con su revólver ya desenfundado, seguido por Ramírez y Wilson, que salen de los otros coches con rifles de asalto en las manos.

—¡Baja el arma, Morgan! —grita Carson mientras avanza con pasos firmes—. ¡Ahora!

Como si fuera una señal, el resto de los hombres que habían permanecido escondidos entre los árboles y alrededor de la propiedad emergen uno a uno. En cuestión de segundos, Tom se encuentra rodeado por más de veinte armas apuntando hacia él desde todas direcciones.

—Todos quietos —ordena el sheriff, moviendo su revólver entre Tom y Michael—. O´Briant, aléjate de él.

Michael permanece inmóvil, con la mano sangrando y la mirada perdida. Parece un hombre roto y atrapado entre el dolor y la venganza.

—Ese hombre mató a mi hijo —murmura O´Briant, pero su voz carece de la convicción anterior.

Tom mantiene la Beretta firme con los ojos calculando distancias y ángulos. Mia se acerca lentamente a él hacia él.

—Tío Tom.

—Quédate detrás de mí —responde Tom sin apartar la mirada de Carson.

El sheriff da otro paso al frente, mientras sus ayudantes se despliegan alrededor de Tom.

—No compliques más las cosas, Morgan —dice Carson, con una voz que intenta sonar conciliadora pero que no logra ocultar su tensión—. Baja el arma y hablaremos de esto civilizadamente.

—No tengo nada de lo que hablar, Carson. Yo no he matado a nadie desde que estoy aquí y no me voy a ir a ningún sitio.

—Mira, hijo. Si no me ayudas no puedo ayudarte —dice mirando hacia todos los hombres que le apuntan con sus armas.

—Pero dice la verdad. El tío no ha salido de aquí desde hace tres días.

—Si es así, no tiene nada de lo que preocuparse, pequeña.

—Tú sabes que eso no es verdad —dice Tom desviando su mirada hacia O´Briant, que le mira desafiante.

—Morgan, no me obligues a matarte. De verdad que no quiero hacerlo.

Un aullido corta cualquier posible contestación del cazador. Todos los hombres se paralizan por un instante, con las armas aún apuntando hacia Tom. Entonces otro aullido responde al primero, esta vez más cercano.

—¿Qué demonios…? —murmura el sheriff Carson, desviando ligeramente su mirada hacia el bosque.

Entre los árboles, aparecen primero unos ojos brillantes, y luego otro par, y otro más. En cuestión de segundos, una docena de lobos emerge de la espesura. El más grande, un macho de pelaje gris oscuro, se adelanta al grupo y se detiene a unos veinte metros de los hombres.

—¡Lobos! —grita uno de los granjeros, girando su rifle hacia los animales.

La manada avanza en formación, flanqueando a los hombres por ambos lados. No son doce, sino veinte, tal vez más. Los lobos más jóvenes se mantienen en los extremos, mientras los adultos ocupan posiciones centrales.

—Que nadie dispare. —ordena Carson, aunque su voz tiembla ligeramente—. Si alguien lo hace, estamos todos muertos.

Michael O´Briant retrocede lentamente, con la mano aún sangrando mientras los demás hombres forman un círculo instintivo, apuntando sus armas hacia el exterior y olvidando momentáneamente a Tom.

—Tío Tom… —susurra la niña, dando un pequeño paso hacia adelante.

—Quieta —responde Tom en voz baja, sin bajar su arma.

El lobo alfa emite un gruñido bajo que reverbera en el pecho de todos los presentes. Uno a uno, los demás lobos se detienen y se sientan sobre sus patas traseras, formando un semicírculo alrededor del grupo humano.

—Nunca había visto algo así —murmura Ramírez, ajustando su agarre sobre el rifle—. Esto no es ni medio normal.

El sheriff Carson mira alternativamente a los lobos y a Tom, con una expresión de desconcierto.

El lobo alfa se acerca despacio hacia Mia y Tom aprieta el agarre de su Beretta, dividiendo su atención entre el sheriff y el depredador que se aproxima a su sobrina.

—Mia, no te muevas —susurra Tom, pero la niña parece no escucharlo.

Para sorpresa de todos, cuatro lobos más se desprenden del grupo principal y avanzan hacia Mia. Son ejemplares grandes, de pelaje oscuro y músculos tensos bajo su piel. Pero en lugar de atacarla, los animales se colocan entre ella y los hombres armados, formando una barrera protectora.

El primero de ellos, un macho de pelaje grisáceo con una cicatriz que le cruza el hocico, levanta el labio superior mostrando una hilera de colmillos blancos y afilados. Un gruñido grave emerge de su garganta, vibrando en el aire tenso de la mañana. Los otros tres lobos imitan el gesto, exhibiendo sus fauces amenazadoras.

—¡Santo cielo! —exclama uno de los hombres, retrocediendo instintivamente.

Como si fuera una señal, el resto de la manada se une a la amenaza y veinte pares de gargantas emiten un gruñido sincronizado que reverbera por todo el claro como un único organismo.

El mensaje es inequívoco.

Iros de aquí o morid.

El sheriff Carson baja ligeramente su arma, con los ojos muy abiertos ante el espectáculo que está presenciando.

—Esto no tiene sentido —murmura, mientras gotas de sudor resbalan por su frente—. Los lobos no actúan así.

—Vámonos, sheriff —suplica Ramírez, retrocediendo otro paso—. Por favor.

Michael O´Briant mira alternativamente a los lobos y a Tom, con una expresión donde el odio se mezcla ahora con miedo y confusión.

El grupo de hombres empieza a retroceder lentamente, sin quitar los ojos de la manada que los rodea. Los lobos mantienen su

posición, gruñendo y mostrando los colmillos mientras protegen a Mia y Tom.

—Vamos, todos a los coches —ordena Carson, haciendo gestos con la mano libre mientras mantiene su revólver apuntando al suelo —. Despacio y sin movimientos bruscos.

Michael O´Briant es el último en moverse. Todavía tiene el rostro contorsionado por una mezcla de dolor y rabia. La sangre de su mano gotea sobre la tierra mientras lanza una última mirada de odio hacia Tom.

—Esto no ha terminado —murmura antes de que Jenkins lo tome del brazo y lo arrastre hacia la camioneta.

Los hombres se alejan en grupos, cubriendo sus espaldas mientras caminan hacia los vehículos.

Los lobos no los persiguen, pero tampoco retroceden.

El sheriff Carson es el último en subir a su coche patrulla. Y antes de cerrar la puerta, mira fijamente a Tom por encima del techo del vehículo.

—Esto no queda así, Morgan —grita con voz firme—. No sé qué demonios está pasando aquí, pero te aseguro que volveré. Tú y tenemos mucho de lo que hablar.

Tom no responde, simplemente permanece con el rostro impasible mientras observa cómo los motores arrancan uno tras otro. El polvo se levanta cuando los vehículos giran y comienzan a alejarse por el camino de tierra que se aleja de la cabaña. A otro lado del muro que separa el campamento de la civilización.

Los lobos permanecen inmóviles hasta que el último coche desaparece entre los árboles. Solo entonces, el alfa se gira hacia Mia y se acerca hacia ella. La niña extiende su mano hacia el enorme animal, que roza su hocico contra la palma infantil antes de emitir un último aullido y conducir a la manada de regreso al bosque.

Tom no puede creer lo que sus ojos acaban de ver.

¿Pero, qué demonios acaba de pasar aquí?

29

21 de Octubre de 2025
20:45h
Base extraoficial del inspector Alonso
Madrid

Clara sube las escaleras del viejo edificio en Chamberí con el móvil en la mano. La pantalla parpadea con otro mensaje de María: "¡Venga ya! ¡Es sábado! Dile a David que tienes vida". El tercero en la última media hora. Clara suspira y guarda el teléfono mientras alcanza el rellano del cuarto piso.

El pasillo huele a humedad y a madera vieja. Las luces amarillentas apenas iluminan los números descoloridos de las puertas. Clara se detiene frente a la 5B y gira el pomo sin llamar. La puerta cruje al abrirse.

—¿Hola? —su voz resuena en el apartamento.

El espacio que utilizan como oficina improvisada parece diferente sin el bullicio habitual del equipo. Las persianas están a medio bajar, creando franjas de luz que cortan la penumbra. Sobre la mesa central, los mapas y documentos permanecen dispersos exactamente como los dejaron el otro día.

Clara avanza unos pasos, desconcertada por el silencio.

—¿Hay alguien?

Un ruido llega desde la cocina. Clara se gira y ve a David Alonso apoyado en el marco de la puerta con una taza humeante en la mano. Lleva una camiseta gris desgastada y vaqueros, un aspecto mucho más relajado que su habitual traje arrugado de la comisaría.

Clara entrecierra los ojos, adaptándose a la penumbra del apartamento. El silencio resulta inquietante después del bullicio habitual de las reuniones del equipo.

—¿Y los demás? —pregunta mientras deja su mochila sobre una silla.

David da un sorbo a su café antes de responder.

—No hay "demás". Solo estamos tú y yo —dice con naturalidad, como si fuera lo más normal del mundo—. Marcos está con su familia. Tenía una función escolar de su hija pequeña y luego se iban a cenar.

Clara se queda inmóvil, procesando la información.

—Pero el mensaje decía claramente que era una reunión urgente.

David esboza una media sonrisa.

—Y lo es. Urgente para nosotros dos —señala hacia la mesa donde hay un mapa de Madrid con varias ubicaciones marcadas en rojo—. Vamos a seguir a Salazar.

Clara se acerca a la mesa y examina los documentos. Reconoce las fotos de vigilancia tomadas desde un vehículo, el perfil del narcotraficante y varias anotaciones con la letra inclinada de David.

—¿Y por qué solo nosotros? —insiste Clara, cruzándose de brazos.

—Porque Salazar y tú compartís el mismo don —responde David, dejando la taza sobre la mesa—. Necesito a alguien que pueda anticipar sus movimientos. Vamos a probar algunas cosas.

Clara siente un escalofrío recorrer su espalda. La idea de compartir algo tan íntimo con un criminal como Salazar sigue resultándole perturbadora.

A los pocos minutos, el Audi negro de David se desliza por las calles de Madrid como una sombra más en la noche. Clara observa el paisaje urbano transformarse gradualmente desde el centro hasta las afueras exclusivas donde las mansiones sustituyen a los edificios de apartamentos.

—Según Nico, Salazar lleva tres horas dentro —murmura David mientras gira en una rotonda—. No ha salido ni ha recibido visitas.

Clara asiente en silencio. Su estómago se contrae con una mezcla de nerviosismo y expectación. Estar tan cerca de alguien con su mismo don, aunque sea un criminal, despierta en ella una curiosidad imposible de ignorar.

El coche se detiene a doscientos metros de una mansión blanca con enormes ventanales. Un muro de piedra de tres metros rodea la propiedad, coronado por un sofisticado sistema de seguridad. David apaga el motor, las luces y saca unos prismáticos del compartimento de la guantera.

—Fran está en la parte trasera, vigilando la salida al jardín —explica, enfocando hacia la casa—. Tenemos la propiedad cubierta, pero no podemos acercarnos más sin arriesgarnos a que sus sistemas de seguridad nos detecten.

Clara observa la mansión, tan elegante como intimidante. Detrás de esos muros, Mario Salazar planea sus movimientos, probablemente usando el mismo don que ella para anticipar consecuencias y modificar el futuro a su antojo.

—¿Y qué tal te va por Madrid? —pregunta David de repente, bajando los prismáticos—. ¿Te has adaptado bien?

Clara lo mira con incredulidad, parpadeando varias veces antes de responder.

—¿En serio? ¿Quieres mantener una charla banal conmigo?

David se encoge de hombros y vuelve a mirar hacia la mansión.

—Tenemos para rato. Según Fran, Salazar no suele salir antes de medianoche los sábados —explica con naturalidad—. Y no es una charla banal, es conocer mejor a…. bueno, no sé, después de todo lo que pasó no hemos hablado mucho que no sea acerca de los Numen. Después de que entraras en la academia y… bueno, eso.

Clara suspira y deja caer los hombros.

—Es cierto —admite mientras juega con el borde de su chaqueta —. No hemos hablado mucho de nada personal. Pero tampoco es que haga falta, ¿no? Tú me conoces mejor que mucha gente.

David arquea una ceja, sorprendido por la franqueza repentina.

—¿Yo? —pregunta con una media sonrisa.

—Sí, tú —confirma Clara, girándose para mirarlo directamente—. Sabes cómo soy. Sabes que prefiero estar sola, que no me gusta el ruido, que necesito tener control sobre las cosas. —Hace una pausa y añade—: Sabes que no me gustan las sorpresas ni el contacto humano y que el desorden me provoca dolor físico.

David sonríe y vuelve a mirar por los prismáticos hacia la mansión de Salazar, como si necesitara un momento para procesar lo que acaba de escuchar.

—Te aprecio mucho, ¿sabes? —continúa Clara, sorprendiéndose a sí misma por la confesión—. Aunque no lo demuestre. Sé que puedo parecer fría o distante, pero… te agradezco todo lo que has hecho por mí desde que empezó esta locura.

El silencio se instala entre ellos. Solo se escucha el leve zumbido del motor de un coche que pasa por la calle principal, a lo lejos. David baja los prismáticos y la mira.

—Vaya, esto no me lo esperaba —dice finalmente—. ¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo?

Clara suelta una risa breve, casi un bufido.

—No, idiota. Solo estoy siendo sincera —responde, y vuelve a mirar hacia la mansión—. No le des más importancia de la que tiene.

David continúa observando la mansión de Salazar con los prismáticos, escrutando cada movimiento detrás de las ventanas iluminadas. De pronto, se tensa y ajusta el enfoque.

—Espera —murmura, inclinándose hacia adelante en su asiento—. Salazar no está solo.

Clara gira la cabeza hacia la mansión, entrecerrando los ojos para intentar ver lo que David observa con la ayuda de los prismáticos.

—¿Quién está con él?

—Dos hombres —responde David sin apartar la mirada de los prismáticos—. Uno alto, con traje oscuro. El otro más corpulento, calvo.

Clara se muerde el labio inferior, sintiendo cómo la tensión se instala en su estómago.

—Necesito que uses tu don —dice David, bajando finalmente los prismáticos para mirarla—. Adelántate en el futuro. Necesitamos saber qué va a pasar ahí dentro.

Clara respira hondo y cierra los ojos. Concentrarse resulta más difícil que de costumbre, como si algo bloqueara su conexión con el futuro. Tras varios intentos, finalmente logra deslizarse hacia adelante en el tiempo.

Clara se sobresalta en su asiento, abriendo los ojos de golpe. Su respiración se vuelve errática mientras se aferra al borde del asiento.

—¿Qué has visto? —pregunta David, dejando caer los prismáticos sobre su regazo.

Clara parpadea varias veces, tratando de procesar las imágenes que acaba de presenciar. El sudor perla su frente y un escalofrío recorre su espalda.

—Los mata —susurra con voz quebrada—. Salazar los mata a los dos.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Ahora mismo —responde Clara, señalando hacia la mansión—. Están hablando tranquilamente en el despacho. El hombre alto le entrega un maletín a Salazar. Todo parece normal, pero entonces… —Clara traga saliva—. Salazar abre el cajón de su escritorio como si buscara algo para firmar un documento, pero saca una pistola y les dispara a ambos en la cabeza. Ni siquiera cambia su expresión mientras lo hace.

David maldice por lo bajo y busca rápidamente su teléfono.

—¿Estás completamente segura? —pregunta mientras marca un número.

Clara asiente, incapaz de borrar las imágenes de su mente.

—Sí.

David pulsa el botón de llamada, pero antes de que la conexión se establezca, Clara le agarra el brazo con fuerza.

—Espera, no lo hagas —su voz suena firme, sin rastro del nerviosismo anterior.

David la mira como si acabara de perder la razón.

—¿Qué dices? ¿Has visto lo que va a pasar? Tenemos que impedirlo.

Clara niega con la cabeza, sin soltar su brazo.

—Confía en mí —insiste, mirándolo directamente a los ojos.

David intenta zafarse, pero Clara mantiene su agarre.

—Por favor —suplica ella—. Dame cinco minutos. Si después de eso quieres intervenir, no te detendré.

David duda. Sus ojos se mueven entre el teléfono y el rostro decidido de Clara, pero finalmente, corta la llamada y baja el teléfono.

—Cinco minutos —concede con evidente tensión—. Ni uno más.

Ambos vuelven a mirar hacia la mansión. A través de los ventanales, pueden distinguir tres figuras en el despacho. Tal como Clara ha descrito, los dos hombres están de pie frente al escritorio mientras Salazar examina el contenido de un maletín.

El teléfono de David vibra. Es un mensaje de Nico: "¿Todo bien? Movimiento extraño en la parte trasera."

David teclea rápidamente: "Todo normal. Sigue vigilando."

En la mansión, Salazar cierra el maletín y sonríe. Luego, exactamente como Clara predijo, abre el cajón de su escritorio. David contiene la respiración cuando ve el brillo metálico de una pistola.

—Clara, esto es una locura —murmura, pero no hace ademán de moverse.

Salazar levanta el arma y apunta al hombre calvo. El disparo es silencioso, pero el impacto resulta evidente cuando el cuerpo se desploma sobre la alfombra. Sin pestañear, Salazar gira ligeramente y dispara al segundo hombre, que cae junto a su compañero.

El teléfono de David vuelve a vibrar. Esta vez es una llamada de Nico.

—¿Qué coño ha pasado? —pregunta Nico con urgencia—. He oído algo.

David mira a Clara, que niega imperceptiblemente con la cabeza.

—Nada —responde David, sintiendo cómo cada palabra le quema la garganta—. Todo está tranquilo aquí.

—¿Seguro? Podría jurar que…

—Estoy seguro —corta David—. Sigue en tu posición.

Corta la llamada y se vuelve hacia Clara, con una expresión que oscila entre la incredulidad y la furia.

—Acabamos de presenciar un doble asesinato y no hemos hecho nada —dice con voz contenida—. Más te vale tener una explicación

extraordinaria para esto.

Clara respira hondo, sintiendo cómo el tiempo parece ralentizarse mientras David la mira con una mezcla de incredulidad y furia contenida.

—Espera —dice ella con voz firme, levantando una mano—. Solo espera.

—¿Esperar a qué? Acabo de presenciar cómo ese hijo de puta ejecutaba a dos hombres a sangre fría. ¿Y tú quieres que me quede aquí sentado?

—Exactamente —responde Clara sin apartar la mirada de la mansión—. Necesito comprobar algo.

David suelta una maldición entre dientes y se pasa la mano por el pelo con frustración. Su pierna derecha comienza a moverse nerviosamente, golpeando el suelo del coche con un ritmo acelerado.

—Marcos me va a matar. Nico está ahí fuera esperando órdenes y estamos dejando que un asesino…

—Tres minutos —interrumpe Clara—. Dame tres minutos más.

Los segundos pasan con una lentitud exasperante. David alterna su mirada entre Clara, la mansión y su reloj. Cada tanto, su mano se mueve instintivamente hacia el teléfono, pero se detiene antes de tomarlo.

El teléfono vibra nuevamente. Otro mensaje de Nico: "¿Seguro que todo está bien?

David mira a Clara con los ojos muy abiertos.

—¿Qué demonios…?

Clara cierra los ojos una vez más, concentrándose intensamente. Su respiración se vuelve más profunda y controlada. Cuando finalmente los abre, hay un brillo de comprensión en su mirada.

—Ya entiendo lo que está haciendo —dice con voz queda.

—¿Qué está haciendo? —pregunta David, inclinándose hacia ella.

—Está comprobando si lo estamos vigilando —explica Clara, señalando hacia la mansión—. Igual que en el restaurante La Maruca cuando vio cómo intervenían Nico y a Fran. Está usando su don para ver qué pasaría si matara a esos hombres. Está comprobando nuestra reacción.

David vuelve a mirar hacia la mansión. A través de los ventanales, puede ver claramente a Salazar conversando tranquilamente con los dos hombres. No hay pistola, no hay cuerpos. Solo una reunión normal.

—¿Me estás diciendo que todo lo que viste…?

—Fue un futuro que él estaba viendo —confirma Clara—. Pero no lo ha llevado a cabo. Si hubiéramos reaccionado, habría confirmado que lo estamos vigilando.

—Eso quiere decir que ahora ha bajado la guardia.

—Sí, y que va a hacer algo ilegal.

Ya te tengo, cabronazo.

30

21 de Octubre de 2025
21:32h
Residencia de Salazar
Madrid

David extrae las llaves del contacto, abre la puerta del coche y apoya el pie en el asfalto. El dolor en la pierna derecha le recuerda que las pastillas están perdiendo efecto.

O que ya ha desaparecido por completo.

—Vamos —murmura a Clara sin mirarla—. Pero mantente detrás de mí en todo momento. A través del dispositivo escucha la respiración de Nico, expectante al otro lado.

—Escuchad los dos. Pase lo que pase, mantened vuestra posición. No intervengáis bajo ningún concepto hasta que yo lo ordene. ¿Entendido?

—Pero inspector Alonso, si hay problemas… —protesta Nico.

—Ni peros ni hostias. Manteneos donde estáis.

El Pelota confirma la orden con un gruñido apenas audible. David corta la comunicación y se vuelve hacia Clara, que camina a su lado con la mirada seria.

El corazón de Clara late con fuerza mientras observa la espalda del inspector, que se mueve hacia la valla que separa la calle del edificio.

De pronto, una imagen parpadea en su mente y aparecen alarmas sonando y guardias corriendo hacia ellos. Clara se detiene abruptamente y cierra los ojos.

—¿Qué pasa? —susurra David girándose.

—Espera.

Clara respira hondo y activa su don. Su corazón comienza a latir y ve el futuro aparecer ante ella. Si siguen por ese camino un guardia los descubrirá en la siguiente esquina. Abre los ojos y toca el brazo de David antes de decir…

—Por ahí no —señala hacia la derecha—. Hay un guardia en la siguiente intersección.

David arquea una ceja pero asiente, desviándose por su derecha. Clara vuelve a concentrarse, y se proyecta hacia adelante en el tiempo. Esta vez ve una cámara que gira en su dirección. Tira de la manga de David y lo detiene justo antes de que entre en su campo de visión.

—Cámara —murmura—. Tenemos que agacharnos y pasar por debajo.

David obedece sin cuestionar. Se deslizan bajo el ángulo de la cámara y continúan avanzando.

Clara repite el proceso varias veces: ve un futuro, lo descarta y prueba otro camino. Es como Salazar en La Maruca, saltando entre posibilidades hasta encontrar la correcta. Cada vez que percibe un peligro, cambia la ruta, evitando sistemáticamente cada posible obstáculo.

Finalmente llegan junto a unas ventanas amplias que dan al patio interior. David se apoya contra la pared y observa a Clara con una mezcla de asombro y respeto.

—Buen trabajo, echaba de menos… esto —dice en voz baja.

Salazar se recuesta en el sillón de cuero negro y examina con ojos entornados a los dos hombres sentados frente a él. Hace un gesto con la mano y Quezada sale silenciosamente, cerrando tras de sí.

—Bueno, mis amigos —dice Salazar con su marcado acento colombiano, arrastrando las palabras como si saboreara las sílabas antes de decirlas—. Ahora sí podemos hablar tranquilos.

Ramírez, el más corpulento de los dos distribuidores, se inclina hacia adelante. Sus manos están cubiertas de anillos dorados y descansan sobre sus rodillas.

—Todo marcha según lo planeado, don Mario. Los últimos cargamentos llegaron sin problema a Galicia.

Salazar sonríe, mostrando sus dientes perfectamente blancos. Toma un puro de la caja sobre la mesa y lo enciende con parsimonia.

—¿Y la distribución? ¿Cómo va eso?

El segundo hombre, Méndez, más delgado y con traje impecable, despliega un mapa sobre la mesa.

—Tenemos cubierta toda la península y estamos expandiendo hacia Francia e Italia. Las rutas nuevas funcionan mejor de lo esperado.

Salazar exhala una bocanada de humo que forma espirales en el aire acondicionado.

—Me gusta la eficiencia, muchachos. Por eso trabajo con ustedes —sus ojos se endurecen momentáneamente—. Saben que los he puesto a prueba varias veces, ¿cierto? Y siempre han respondido.

Los dos hombres intercambian miradas.

—Siempre cumplimos, don Mario —responde Ramírez—. Usted nos ha tratado bien y nosotros respondemos igual.

Salazar asiente y se levanta para servir tres copas de whisky. Las reparte y levanta la suya en un brindis silencioso.

—Ahora vamos a lo importante. Tengo planes para expandirnos. Ya no solo cocaína —da un sorbo a su bebida—. Hay nuevos productos sintéticos que están dando mucho dinero en Norteamérica. Quiero que empecemos a moverlos por España.

Méndez frunce el ceño, pero lo disimula rápidamente.

—Como usted diga, don Mario. ¿Cuándo empezamos?

Salazar deja la copa sobre la mesa y cruza las manos bajo la barbilla. Sus ojos recorren los rostros de Ramírez y Méndez, evaluando sus reacciones.

—Hay que empezar ya —sentencia con voz firme—. No podemos esperar más tiempo. La competencia no duerme y nosotros tampoco.

Ramírez se acomoda en su asiento, incómodo.

—¿Tan pronto, don Mario? Pensé que tendríamos al menos un mes para…

—¿Un mes? —Salazar corta su frase con una risa seca—. En un mes, otros ya habrán tomado el territorio. El primer cargamento llega la próxima semana.

Méndez se incorpora ligeramente con expresión calculadora.

—¿Por dónde entrará?

—Por la ruta del norte. La misma que usamos para el último envío. Nadie sospechará que repetimos tan pronto.

Apaga el puro en un cenicero de cristal y se levanta, caminando hacia la ventana. La luz dibuja su silueta contra el cristal.

—Prepárense para recibir el cargamento. Todo tiene que salir perfecto —se gira hacia ellos con expresión severa—. No hay margen para errores, señores.

Ramírez asiente, palpando disimuladamente la pistola bajo su chaqueta.

—Estaremos listos, don Mario. Como siempre.

Salazar camina alrededor de la habitación con las manos entrelazadas a su espalda y se detiene frente a un mapa mundial colgado en la pared, donde varios puntos están marcados con alfileres rojos.

—No es solo cuestión de mover la mercancía —dice, señalando con el dedo hacia Europa—. Es cuestión de territorio.

Ramírez y Méndez observan atentamente mientras Salazar recorre el mapa con su dedo.

—En Colombia no tenemos competencia —continúa Salazar con orgullo—. Yo mismo me he ocupado de ello. Distribuimos a toda Norteamérica sin problemas. Pero Europa… —su rostro se endurece — Europa es diferente, señores.

Méndez se aclara la garganta.

—¿Qué tan diferente, don Mario?

Salazar se vuelve hacia ellos, apoyándose contra la pared.

—La planta Erythroxylum coca requiere condiciones muy específicas para crecer. Altitud, humedad y temperatura que solo se dan naturalmente en los Andes, entre los 500 y 2.000 metros de

altitud —hace una pausa y sonríe—. Eso nos da ventaja en América. Pero en Europa llega coca desde otros lugares.

Ramírez frunce el ceño.

—¿Otros productores?

—Exactamente —Salazar señala varios puntos en África—. Países como Nigeria, Guinea o Ghana. Las mafias africanas están creciendo rápido. Y no solo ellos —su dedo se desplaza hacia el sudeste asiático—. Birmania, Myanmar, Laos… las mafias asiáticas también quieren su parte del pastel europeo.

Se sienta nuevamente y golpea la mesa con los nudillos.

—Esa es nuestra competencia en Europa y a ellos debemos enfrentarnos.

Méndez intercambia una mirada con Ramírez antes de preguntar:

—¿Y cómo planea hacerlo, don Mario?

Salazar sonríe.

—Con inteligencia, muchachos. Con inteligencia y sin piedad —toma un sorbo de su whisky—. Primero aseguramos las rutas. Después, eliminamos a la competencia. Una por una.

David y Clara se deslizan junto a la pared exterior del edificio, pegados a la superficie para minimizar su silueta contra las luces de la ciudad. La noche madrileña cubre sus movimientos mientras avanzan hacia la ventana iluminada donde Salazar mantiene su reunión.

—Por aquí —susurra David, señalando un punto bajo la ventana donde pueden escuchar sin ser vistos.

Clara asiente y lo sigue, sorprendida por la relativa facilidad con que han llegado hasta allí. No hay perímetro de seguridad ni guardias patrullando el exterior. Solo las cámaras que han logrado eludir gracias a su don.

—No es como pensaba —murmura Clara—. Esperaba más seguridad.

—No es Escobar —responde David en voz baja—. Salazar es inteligente y se mueve como un empresario legítimo. Si tuviera seguridad excesiva llamaría la atención.

Se posicionan bajo la ventana entreabierta. David extrae un pequeño dispositivo de grabación de su chaqueta y lo activa, colocándolo para captar la conversación. Clara se concentra, escuchando las voces que llegan desde el interior.

Salazar habla sobre rutas de distribución y nuevos productos sintéticos. Su acento colombiano resuena claramente mientras detalla planes de expansión por Europa.

—Están hablando de un cargamento para la próxima semana —murmura David—. Por la ruta del norte.

Clara cierra los ojos momentáneamente, intentando usar su don para ver si alguien los descubrirá. Ve fragmentos del futuro inmediato: siguen escondidos, la conversación continúa, nadie se acerca a las ventanas. Abre los ojos y asiente a David, confirmando que están seguros por ahora.

La voz de Salazar se vuelve más dura cuando menciona a la competencia. Habla de eliminarla "una por una" con un tono que hace que Clara sienta un escalofrío.

—Lo tenemos —susurra Clara, verificando que el dispositivo sigue grabando cada palabra de ese monstruo.

David se aparta ligeramente de la ventana y toma a Clara del brazo, alejándola unos pasos para poder hablar sin ser escuchados.

—No tenemos una orden judicial —susurra con urgencia, pasándose la mano por el pelo—. Todo esto que estamos grabando no vale una mierda en un juzgado.

Clara asiente, comprendiendo la gravedad de la situación. A pesar de tener la evidencia frente a ellos, sin el respaldo legal adecuado, todo el operativo podría desmoronarse.

David extrae su teléfono y marca rápidamente. Mantiene el dispositivo pegado a su oreja mientras vigila la ventana, asegurándose de que Salazar y sus hombres continúan su reunión sin percatarse de su presencia.

—Marcos, soy yo —murmura en cuanto la llamada conecta—. Necesito que pidas una orden cagando leches. Tengo a ese cabrón hablando de un posible cargamento y necesitamos una orden para grabarlo legalmente.

Se produce un silencio mientras escucha la respuesta de Garrido.

—Me importa una mierda la hora que sea —insiste David, controlando el volumen de su voz—. Llama al juez Morales, él nos debe una. Dile que es urgente, que tenemos localizado a Salazar discutiendo detalles sobre un cargamento que llega la próxima semana por la ruta norte.

Clara observa a David mientras habla, admirando su determinación. A pesar del dolor evidente en su pierna, se mantiene firme y enfocado en la misión.

—Perfecto —concluye David—. Espero tu llamada. Mientras tanto seguiremos aquí, pero date prisa.

Corta la comunicación y guarda el teléfono, volviéndose hacia Clara.

—Tenemos que aguantar hasta que llegue la orden. Sin ella, todo esto es inútil.

Salazar camina hacia un armario empotrado y extrae una carpeta llena de documentos. La abre sobre la mesa y despliega varias fotografías ante Ramírez y Méndez.

—La competencia está en todas partes —señala una imagen de varios hombres asiáticos descendiendo de un yate—. Estos son los hermanos Lin. Controlan el tráfico de heroína desde el Triángulo Dorado hasta Europa. Ahora quieren expandirse a la cocaína.

Méndez examina las fotografías con atención.

—¿Son una amenaza real?

Salazar sonríe enigmáticamente.

—Vengan conmigo. Quiero mostrarles algo.

Se levanta y camina hacia una puerta oculta tras una estantería. La abre con un pequeño mando a distancia y les hace un gesto para que lo sigan.

—Bajen —ordena, encendiendo las luces de una escalera que desciende hacia un sótano.

El aire se vuelve denso y húmedo mientras bajan. Salazar teclea un código en un panel electrónico y una puerta metálica se desliza con un zumbido. El olor a humedad y algo más penetrante inunda sus fosas nasales.

—Pasen, por favor.

La habitación está escasamente iluminada. En el centro, atado a una tubería vertical, un hombre asiático de unos treinta años permanece de rodillas. Su rostro está hinchado, casi irreconocible bajo la sangre seca que lo cubre. La camisa, alguna vez blanca, está teñida de rojo y rasgada en varios puntos. Sus manos están atadas por encima de su cabeza y muestran señales de quemaduras recientes.

Ramírez contiene la respiración y Méndez permanece impasible, aunque su mandíbula se tensa visiblemente.

—Les presento a la competencia —anuncia Salazar con tono jovial, como si estuviera en una reunión de negocios rutinaria—. El señor Hao Lin, representante de la familia Lin en España.

El hombre atado levanta ligeramente la cabeza al escuchar su nombre. Un ojo, el único que no está completamente hinchado, mira con odio a Salazar.

—El señor Lin tuvo la osadía de tratar de establecer una red de distribución en Barcelona —continúa Salazar, acercándose al prisionero—. Territorio que, como ustedes saben, nos pertenece.

Salazar se agacha junto al hombre y le da unas palmaditas en la mejilla, casi con afecto.

—Pero el señor Lin ha sido muy cooperativo desde que llegó a mi casa. ¿Cierto?

Jin Lin escupe sangre al suelo, sin pronunciar una palabra.

Salazar se acerca a Hao Lin y le toma el rostro con falsa ternura, obligándolo a mirar directamente a sus invitados.

—Pero hay un problema que tenemos que solucionar —anuncia Salazar con tono melodioso mientras su pulgar presiona sobre un moretón en la mejilla del prisionero—. El señor Lin me ha dicho algo muy interesante.

Ramírez se tensa visiblemente y su mano derecha se acerca instintivamente a la pistola que lleva bajo la chaqueta.

—¿Qué problema? —pregunta Méndez, manteniendo una calma artificial.

Salazar suelta el rostro de Lin y se incorpora con elegancia. La sangre seca del prisionero mancha sus dedos, pero no parece importarle en absoluto.

—Verán, nuestro amigo me ha confesado algo muy curioso —explica mientras camina en círculos alrededor de Lin—. Alguien de mi organización le ayudó a entrar la droga al país.

El silencio que sigue a sus palabras resulta asfixiante. Ramírez y Méndez intercambian miradas rápidas, evaluando la situación.

—¿Tiene algún nombre? —pregunta Ramírez.

Salazar sonríe, pero sus ojos permanecen fríos como el hielo.

—Todavía no. Pero lo tendré —responde, acercándose a una mesa metálica donde descansan diversos objetos—. Y cuando lo tenga, ese traidor va a desear no haber nacido.

Toma un alicate oxidado de la mesa y lo examina con interés. Hao Lin emite un gemido ahogado al ver el instrumento.

—Yo no tolero la traición —continúa Salazar, acercándose nuevamente al prisionero—. Ustedes lo saben. En mi organización, la lealtad es lo primero.

Méndez da un paso adelante.

—Si necesita ayuda para encontrar al traidor…

Salazar levanta una mano, interrumpiéndolo.

—Yo me encargo personalmente de este asunto —sentencia con una sonrisa—. Solo quería que supieran que tenemos una rata entre nosotros. Y las ratas… —hace una pausa mientras abre y cierra el alicate frente al rostro de Lin— …siempre acaban en la trampa.

31

21 de Octubre de 2025
23:12h
Residencia de Marcos Garrido
Madrid

Marcos Garrido se levanta de la mesa con el teléfono pegado a la oreja mientras Laura le mira con esa expresión que conoce demasiado bien: mitad resignación, mitad reproche. Las niñas continúan comiendo su postre tardío como si nada. Están acostumbradas a que papá desaparezca a mitad de la cena.

—¿Pero tú sabes qué hora es, hijo de… tu madre?—susurra mientras se aleja hacia el pasillo—. Estoy terminando de cenar con mi familia.

La voz de David al otro lado suena urgente. Le explica la situación: tienen a Salazar grabado discutiendo planes de distribución de drogas. Necesitan una orden judicial para que la grabación sea válida como prueba.

—Joder, chaval. ¿No podías haber esperado a mañana? —Marcos se frota la frente, donde una vena comienza a palpitar—. ¿Y qué coño hacías tú en la casa de Salazar?

Las explicaciones de David son atropelladas. Marcos suspira profundamente mientras abre su agenda de contactos en el móvil.

—Vale, vale. Voy a llamar a Romero. Es el único juez que nos dará una orden a estas horas sin hacernos un interrogatorio de tres días.

Laura aparece en el pasillo con los brazos cruzados. Marcos cubre el micrófono con la mano.

—Es el Súperpoli. Tienen algo gordo contra Salazar.

—Siempre tienen algo contra alguien —responde ella, pero su expresión se suaviza—. ¿Cuánto tiempo?

—Media hora, máximo —promete Marcos, sabiendo que probablemente sean dos.

Laura asiente y regresa al comedor. Marcos marca el número del juez Romero mientras busca su tablet en el cajón del recibidor. Necesitará enviar la solicitud formal mientras habla con él.

—Romero, soy Garrido. Sí, de Interpol —dice cuando el juez responde con voz adormilada—. Tenemos una situación con Mario Salazar. Mis agentes han obtenido pruebas directas de actividad criminal y necesitamos validarlas con una orden retroactiva.

El juez gruñe algo incomprensible y Marcos puede escuchar el crujido de una cama.

—¿Qué tipo de pruebas? —pregunta finalmente Romero.

—Grabación de audio donde confiesa planes de distribución.

Marcos abre la aplicación de correo mientras habla, preparando el formulario estándar para solicitudes urgentes. Sus dedos vuelan sobre la pantalla, rellenando los campos necesarios.

—Te estoy enviando la solicitud ahora mismo. Sabes que no te molestaría si no fuera importante de narices.

—No voy a preguntarle la razón de que ya estén grabando eso sin tener una orden.

—Sí, será mejor que no preguntes.

Se escucha un suspiro al otro lado de línea.

—Ya está firmada.

El mensaje de Marcos ilumina la pantalla del móvil de David mientras permanecen agachados bajo la ventana. “Orden firmada. Ya podéis grabar legalmente. No la caguéis o me cago en todo.”

—Ya tenemos la orden —susurra David, mostrándole el mensaje a Clara.

Salazar y sus hombres han desaparecido por un pasillo lateral hace apenas unos minutos y la voz del narcotraficante colombiano se ha perdido junto con el eco de sus pasos, dejándolos sin visibilidad ni audio.

—¿Y ahora qué? —pregunta Clara, con la espalda pegada a la pared—. No podemos quedarnos aquí toda la noche.

—Ahora viene lo difícil. Tenemos que seguirlos sin que nos vean.

Clara cierra los ojos un instante, concentrándose. Su respiración se ralentiza mientras activa su don. Las imágenes del futuro inmediato se forman en su mente: ve a David avanzando por el pasillo y siendo descubierto por uno de los guardias.

—Por ahí no —dice abriendo los ojos—. Hay un guardia a la vuelta de la esquina.

David asiente y señala hacia otra dirección.

—¿Y por allí?

Clara vuelve a concentrarse, buscando otro camino posible en el futuro.

—Hay una puerta de servicio a unos diez metros. Podemos usarla para acceder por otro lado.

Se desplazan agachados hasta la puerta que Clara ha mencionado. David la abre con cuidado, revelando unas escaleras que descienden hacia la oscuridad. El eco de voces llega desde abajo, amortiguado pero reconocible. El acento colombiano de Salazar resuena contra las paredes de hormigón.

—¿Escuchas eso? —susurra David—. Están en el sótano.

Descienden lentamente, evitando que los escalones crujan bajo su peso. La voz de Salazar se hace más clara con cada paso que dan.

—Señores, ustedes creen que esto es solo un asunto de territorios —dice Salazar mientras camina en círculos alrededor del prisionero —. Pero yo sé exactamente quién ayudó a los Lin a meter su mierda en el país.

Ramírez y Méndez intercambian miradas incómodas. El sótano huele a humedad y miedo, una mezcla que Salazar parece respirar con deleite.

—Por eso estamos aquí hoy —continúa Salazar, deteniendo su paseo frente a los dos hombres—. Porque alguien en esta habitación ha estado jugando a dos bandas.

Hao Lin emite un gemido ahogado. Salazar se acerca a una mesa metálica y saca una Beretta 92, comprueba las balas para que ambos vean que está cargada y la deposita sobre la superficie con un golpe seco que resuena en el espacio cerrado.

—Voy a sentarme aquí —dice mientras toma asiento en una silla al otro lado de la habitación—. Y vamos a ver qué pasa.

El silencio se espesa en el aire y Salazar cierra los ojos un instante. Sus pupilas se mueven rápidamente bajo los párpados mientras su don se activa. En el futuro que visualiza, Méndez avanza lentamente hacia la mesa, toma la pistola y dispara directamente a la cabeza de Salazar. La sangre salpica la pared y el cuerpo cae inerte al suelo.

Salazar abre los ojos y sonríe.

Antes de que Méndez pueda reaccionar, Salazar extrae otra pistola de su chaqueta y le dispara en el pecho. El segundo disparo impacta en su frente y lo derriba definitivamente.

Ramírez permanece inmóvil, con el rostro pálido y los ojos desorbitados.

—Ahora —dice Salazar guardando su arma—. Tenemos un cargamento que recibir la próxima semana.

El disparo retumba en las paredes del sótano como un latigazo. Clara se sobresalta y David la sujeta instintivamente del brazo, manteniéndola inmóvil y callada. Permanecen en las sombras de la escalera, conteniendo la respiración mientras escuchan el segundo disparo y el golpe seco de un cuerpo desplomándose contra el suelo.

Clara siente el impulso de asomarse, pero David niega con la cabeza y pone un dedo sobre sus labios. Sus ojos transmiten un mensaje claro: cualquier movimiento podría costarles la vida.

—Ahora tenemos un cargamento que recibir la próxima semana —escuchan decir a Salazar con una tranquilidad escalofriante.

El corazón de Clara late con tanta fuerza que teme que pueda delatarlos. David activa la grabadora de su teléfono, asegurándose

de que todo lo que diga quede registrado. Ahora tienen pruebas concretas contra Salazar: confesión de tráfico de drogas y un asesinato a sangre fría.

Ramírez balbucea algo ininteligible mientras Salazar continúa hablando sobre rutas y fechas. Clara observa la tensión en la mandíbula de David. Está furioso, pero también es un profesional. Sabe que intervenir ahora sería un suicidio y comprometería meses de investigación.

Un escalón cruje bajo el peso de Clara cuando cambia ligeramente de posición. David y ella se quedan petrificados. Abajo, la conversación se detiene un instante.

—¿Escuchó algo? —pregunta Ramírez.

Clara cierra los ojos y se concentra, activando su don. Ve a Salazar ordenando a uno de sus hombres subir a investigar dentro de treinta segundos. Toca el brazo de David y señala hacia arriba, comunicándole silenciosamente que deben retroceder.

Se deslizan escaleras arriba y, al llegar arriba, David cierra la puerta con cuidado mientras escuchan pasos acercándose desde abajo.

David y Clara emergen de la oscuridad. El corazón aún les late con fuerza, pero la adrenalina comienza a ceder paso al alivio de haber escapado sin ser detectados. El Lobuno y el Pelota permanecen en el coche aparcado a una manzana de distancia, ajenos a lo ocurrido en el interior de la mansión.

Al acercarse al vehículo, David golpea suavemente la ventanilla. El Lobuno da un respingo y baja el cristal con expresión interrogante.

—Nos vamos —ordena David con voz serena, como si hubieran completado una simple vigilancia rutinaria—. Podéis iros a casa. Mañana hablamos.

El Pelota frunce el ceño, intrigado por la brevedad del operativo, pero no dice nada. Sabe perfectamente lo que piensa el inspector Alonso de ellos dos tras lo ocurrido con el inspector Garrido dos años atrás.

—¿Seguro, Alonso? —pregunta el Lobuno mirando alternativamente a David y Clara.

—Seguro.

Los dos agentes intercambian una mirada fugaz, pero asienten sin más. El Lobuno arranca el motor mientras David guía a Clara hacia su propio coche estacionado unas calles más allá.

Una vez dentro del vehículo, Clara suelta el aire que parece haber estado conteniendo durante horas. Sus manos tiemblan ligeramente cuando se abrocha el cinturón.

—¿Estás bien? —pregunta David antes de arrancar.

—Sí… No. No lo sé —responde ella con honestidad—. Acabo de ver cómo mataban a un hombre a sangre fría y no hemos hecho nada. Se la razón y la entiendo, pero tengo un nudo en el estómago.

David asiente mientras pone el coche en marcha. Entiende perfectamente esa sensación. Por muchos años de servicio que lleve, nunca terminas de acostumbrarte a presenciar algo así.

—Lo has hecho bien —dice mientras se incorpora al tráfico nocturno de Madrid—. Ya no me acordaba de lo que era sobrevivir gracias a tus poderes.

Mientras conduce hacia el apartamento de Clara, David extrae su móvil y marca el número de Marcos. La llamada se conecta al segundo tono.

—Lo tenemos —anuncia sin preámbulos—. Grabación completa de la confesión y un asesinato en directo.

La voz de Marcos suena tensa al otro lado.

—¿Estáis bien?

—Sí, pero tenemos que hablar.

32

22 de Octubre de 2025
00:19h
Barrio de Lavapiés
Madrid

—Hay algo que debes saber sobre mi don —dice Clara mientras David conduce en dirección a su apartamento.

—Te escucho.

—Tiene un punto débil —Clara se acomoda en el asiento para mirarle directamente—. Antes, cuando solo existía un controlador del tiempo, era casi imposible atraparlo salvo que estuviera dormido durante los tres días en que podía volver atrás en el tiempo. Vamos, lo que hizo Landa conmigo. Porque si lo coges y sigue despierto, podría volver en el tiempo a antes de que lo cogieras.

David frena ante un semáforo en rojo y la mira con interés.

—¿Y ahora?

—Ahora que somos muchos ya no podemos retroceder en el tiempo, solo ver el futuro —explica Clara—. Lo que Salazar hace es visualizar posibles futuros cuando cree que puede ocurrir algo peligroso, pero no puede estar haciéndolo constantemente.

El semáforo cambia a verde y David arranca de nuevo.

—Es eso que decías de la cuerda que tiran desde diferentes sitios, lo que pasó para que no pudieras salvar a Lun… a tu madre.

—Exacto. Y eso es lo que tenemos que aprovechar —Clara golpea suavemente el salpicadero con determinación—. Hoy podríamos haber intervenido si hubiéramos sido más rápidos que él en activar el don. O si hubiéramos actuado en un momento en que no esperara nada.

David asiente mientras gira hacia la calle de Clara y estaciona el Audi frente a su edificio. El silencio invade el interior del vehículo mientras ambos permanecen sentados, procesando la información sobre Salazar.

—Tenemos que aprovechar esa desventaja —dice David finalmente, golpeando con los dedos el volante—. Si no puede estar constantemente activando su don, hay momentos en que es vulnerable.

Clara asiente, con la mirada fija en el parabrisas.

—El problema es que nunca sabemos cuándo lo está usando y cuándo no.

—Por eso necesitamos un plan —David se gira hacia ella—. Algo que no pueda prever y que ocurra cuando no esté mirando.

—¿Y cómo sabemos cuándo no está mirando?

David esboza una sonrisa torcida.

—Para eso está usted, señorita Losada.

Clara sonríe ante las palabras de David y abre la puerta del coche.

—Gracias por traerme.

—Descansa —responde él, esperando a que cierre la puerta.

El Audi arranca con un suave ronroneo mientras Clara cruza la calle hacia su edificio. Sube las escaleras pensando en lo que acaban de descubrir sobre Salazar. La posibilidad de tener una ventaja contra él le da un atisbo de esperanza que no había sentido en mucho tiempo.

También piensa en David y en que hacía mucho tiempo que no habían estado a solas.

Al abrir la puerta de su apartamento, se detiene en seco, totalmente desubicada.

Un hombre completamente desnudo está de pie en medio de su salón, con una expresión de sorpresa tan grande como la suya. El desconocido, de complexión atlética y pelo rubio, se cubre rápidamente sus partes íntimas con un cojín del sofá.

—Eh… hola —dice el hombre con una sonrisa incómoda.

Clara cierra la puerta de golpe y permanece inmóvil, procesando lo que acaba de ver. Respira hondo antes de volver a abrirla.

—¡María! —grita sin apartar la mirada del suelo.

La risa de María resuena desde el pasillo antes de que aparezca envuelta en una toalla, con el pelo húmedo cayendo sobre sus hombros.

—¡Clara! Has llegado pronto. Te presento a Javi.

Clara aprieta los puños y cierra los ojos.

—María, ¿podemos hablar un momento? —Su voz suena tensa, contenida—. En privado.

María suspira y sigue a Clara hasta la cocina.

—No puedes traer a tu novio de Valencia y convertir mi casa en un hotel para… eso —espeta Clara en cuanto están solas.

María suelta una carcajada y se apoya en la encimera.

—¿De Valencia? No, por Dios. A Javi lo conocí hace tres horas en el Mercado de San Miguel. Es monitor de surf en Tarifa y está de paso por Madrid.

Clara se queda boquiabierta.

—¿Me estás diciendo que has traído a un completo desconocido a MI casa?

—Vamos, no seas tan estirada. Es súper majo y solo va a quedarse esta noche —María hace un gesto despreocupado con la mano—. Además, me ha dicho que sabe hacer tortilla de patatas.

Clara respira hondo, tratando de mantener la calma que ya ha perdido por completo.

—Me da igual la tortilla, María. Quiero que se vaya, ya —dice con firmeza, mirando a su amiga directamente a los ojos.

María hace un mohín infantil y se cruza de brazos.

—Pero Clara, acabamos de…

—No quiero saberlo —la interrumpe Clara levantando una mano—. No me interesa.

Sin esperar respuesta, Clara sale de la cocina y entra en el salón donde Javi sigue de pie, ahora con los pantalones puestos pero sin camiseta, sosteniendo aún el cojín contra su pecho como si fuera un escudo.

—Lo siento mucho pero te tienes que ir, se ha acabado la fiesta —dice Clara evitando mirarlo directamente.

—Oh, vaya… —Javi mira hacia el pasillo buscando a María con la mirada—. Pensaba que…

—Sí, ya sé lo que pensabas —Clara se acerca a la puerta y la abre —. Puedes llevarte el cojín si quieres, de hecho, es todo tuyo.

Javi parpadea confundido, mirando alternativamente el cojín en sus manos y la puerta abierta.

María sale de la cocina con los brazos cruzados y cara de indignación, justo cuando Javi recoge su camiseta del suelo.

—¿En serio, Clara? ¿Lo estás echando?

Clara asiente con firmeza mientras sostiene la puerta abierta.

—Sí, en serio. Este es mi apartamento, no un hostal para tus ligues de una noche. Ya me parecía muy desagradable cuando vivíamos juntas, pero bueno, era también tu casa, y tu habitación, pero esto…

María se acerca a Javi y le susurra algo al oído. El chico asiente, confundido, y termina de vestirse mientras María se vuelve hacia Clara con expresión suplicante.

—No tiene adónde ir. Vino a Madrid solo para un día y solo se ha quedado por mí.

—No es mi problema que no haya planificado su viaje.

—Por favor, Clara —insiste María, bajando la voz—. Solo por esta noche. Porfi, Porfi, Porfi.

Clara mantiene su postura firme, pero algo en la expresión de María la hace dudar. Observa a Javi, que permanece en silencio, claramente incómodo con la situación, y luego vuelve a mirar a María.

El silencio se extiende por varios segundos mientras Clara evalúa la situación. Finalmente, exhala un largo suspiro y cierra la puerta.

—Vale —dice, levantando un dedo admonitorio—. Puede quedarse, yo dormiré en el sofá y mañana a primera hora lo quiero fuera de

aquí. ¿Entendido?

La cara de María se ilumina instantáneamente.

—¡Gracias! Eres la mejor amiga del mundo.

—Gracias, de verdad —dice él—. Te prometo que mañana me iré temprano.

Clara hace un gesto de indiferencia con la mano y desaparece en su habitación para buscar sábanas y una almohada para el sofá, preguntándose cómo es posible que siempre acabe cediendo ante María.

David sigue aparcado frente al portal de Clara, con el motor apagado.

—Marcos, soy yo —dice en cuanto Marcos contesta.

—¿Qué pasa, chaval? ¿Has dejado a la chica en casa?

—Sí, acabo de dejarla —David se acomoda en el asiento y se frota la pierna dolorida—. Escucha, Clara me ha contado algo importante sobre Salazar y su don.

—Te escucho.

—Resulta que los controladores del tiempo tienen una limitación. Antes, cuando solo existía uno, podía retroceder en el tiempo hasta tres días. Ahora que hay varios, solo pueden ver el futuro, no cambiarlo directamente.

El silencio al otro lado de la línea indica que Marcos está procesando la información.

—Bueno, eso ya lo sabíamos, ¿no? es lo que me comentaste con la muerte de Castro, o Luna, o como se llamara realmente esa mujer. Además, ¿eso cómo nos ayuda exactamente? —pregunta finalmente.

—Sí, eso ya lo sabíamos, pero no habíamos pensado en lo que implica, Salazar visualiza futuros posibles cuando cree que puede haber peligro, pero no puede estar haciéndolo constantemente —explica David mientras observa la ventana del apartamento de Clara, donde acaba de encenderse la luz.

—Así que hay momentos en que es vulnerable —concluye Marcos.

—Eso creo. Si actuamos cuando no está mirando o si somos más rápidos que él en activar su don, podríamos pillarlo.

David escucha a Marcos teclear algo al otro lado.

—¿Y cómo sabemos cuándo no está mirando?

—Para eso tenemos a Clara. Si ella hace lo mismo puede ver cuando trata de hacer algo para ver el futuro. Lo que ha hecho hoy es de locos. Ha disparado a dos hombres para ver si había reacción.

—No te sigo.

—Proyecta un futuro en el que mata a alguien y espera. Si la policía lo está vigilando, aparece y entonces sabe que no puede hacer nada ilegal. Eso lo que ese cabrón lleva haciendo dos años y por eso no hay pruebas contra él. Hoy lo ha hecho y no hemos reaccionando, lo que nos ha permitido seguirle y ver cómo torturaba a un miembro de la competencia y cómo se cargaba a uno de sus hombres. Ya no tenía miedo y, por lo tanto, no estaba mirando al futuro. En ese momento era vulnerable, Marcos, y eso es o que tenemos que repetir.

—La madre que me parió… eso tiene todo el sentido del mundo, chaval.

David acaba de colgar con Marcos cuando ve la puerta del portal abrirse. Clara sale a la calle con expresión contrariada, mirando al cielo como pidiendo paciencia. Lleva una chaqueta fina sobre los hombros y camina con paso decidido hacia la esquina.

Sin pensarlo dos veces, David sale del coche y cruza la calle.

—Ey, ¿Adónde vas? —pregunta, alcanzándola antes de que llegue a la esquina.

Clara se sobresalta y se gira bruscamente.

—¿David? ¿Qué haces todavía aquí?

—Estaba hablando con Marcos —responde él señalando el coche con un gesto—. Te he visto salir y parecías… alterada.

Clara suelta un suspiro de frustración y se frota la frente.

—María ha traído a un tío que conoció hace tres horas a mi casa —explica con evidente irritación—. Los he pillado… bueno, ya te puedes imaginar. Y ahora necesito aire.

David sonríe levemente, tratando de no reírse abiertamente de la situación. Cuando él la conoció fue exactamente igual. De hecho, a Clara la conoció oficialmente después de una noche de desenfreno con la que era su compañera de piso.

—¿Y adónde vas?

—A ningún sitio en particular —Clara se encoge de hombros—. Solo quería alejarme un rato para no estrangularla. Además es que mi piso solo tiene una habitación y está demasiado ocupada.

—Yo tengo una segunda habitación, si quieres puedes quedarte a dormir. Seguro que estás más tranquila que ahí arriba.

Clara mira a David, sorprendida por su ofrecimiento. Un leve rubor tiñe sus mejillas mientras considera la propuesta. El sonido distante de música proveniente de su apartamento parece decidir por ella.

—Vale —acepta finalmente, cruzándose de brazos—. Cualquier cosa es mejor que escuchar a María y su surfista toda la noche.

David asiente y señala su Audi con un gesto.

—Vamos entonces.

Caminan juntos hasta el coche en un silencio cómodo.

—¿No necesitas coger nada? ¿Ropa, cepillo de dientes? —pregunta mientras arranca el motor.

Clara niega con la cabeza.

—Prefiero no volver a subir. Ya me las arreglaré.

El Audi se incorpora suavemente al tráfico nocturno de Madrid. Las luces de la ciudad se reflejan en el parabrisas mientras avanzan por calles cada vez menos concurridas.

—Gracias —dice Clara tras un momento de silencio—. No tenía ganas de dormir en el sofá escuchando… bueno, ya sabes.

David sonríe sin apartar la vista de la carretera.

—No hay problema. Además, podemos aprovechar para seguir hablando sobre el caso.

Clara observa el perfil de David, iluminado intermitentemente por las farolas que pasan a su lado. Hay algo en él que la hace sentir segura, a pesar de todas las complicaciones que rodean sus vidas y en todas las aventuras y desventuras que vivieron juntos dos años atrás.

—¿Siempre estás pensando en el trabajo? —pregunta con una leve sonrisa.

—No siempre —responde él, lanzándole una mirada rápida—. Pero admito que este caso me tiene obsesionado. Especialmente desde que descubrimos lo de Salazar.

El Audi se detiene frente a un edificio de ladrillo rojo en Chamberí. David apaga el motor y guía a Clara hasta el ascensor. Suben en silencio hasta el tercer piso, donde David abre la puerta de su apartamento.

El interior sorprende a Clara. Esperaba algo desordenado y masculino, pero el espacio es amplio y está razonablemente ordenado. Una estantería repleta de libros cubre una pared entera del salón, mientras que un sofá de cuero oscuro preside el centro de la estancia.

—Bienvenida a mi humilde morada —dice David mientras enciende las luces—. No es gran cosa, pero al menos no tendrás que escuchar a María y su surfista.

Clara sonríe, recorriendo con la mirada los detalles del apartamento. Sobre una mesa auxiliar hay varias fotografías enmarcadas, algunas de David con Marcos, otras con personas que no reconoce. Y otras con su familia.

—Está bien —responde ella, dejando su chaqueta sobre el respaldo de una silla.

David la conduce por un pasillo corto hasta una puerta entreabierta.

—Esta es la habitación de invitados —explica, empujando la puerta para que Clara pueda ver el interior—. No la uso mucho, la verdad, pero las sábanas están limpias. El baño está justo enfrente.

La habitación es sencilla pero acogedora: una cama individual con una colcha azul marino, una mesita de noche con una lámpara y un pequeño armario.

—Perfecto, gracias —dice Clara, entrando en la habitación.

—Te traeré una toalla y… bueno, tengo un cepillo de dientes nuevo por ahí.

David desaparece unos minutos y regresa con una toalla blanca y un cepillo de dientes en su envoltorio original.

—Aquí tienes. Si necesitas algo más, estaré en mi despacho un rato.

Clara toma las cosas que le ofrece y asiente.

—Gracias.

—No hay de qué —responde él con una leve sonrisa—. Buenas noches, Clara.

—Buenas noches.

Cuando Clara cierra la puerta de la habitación, David se queda inmóvil en el pasillo durante unos segundos. Luego camina hasta el fondo del apartamento, donde abre una puerta que conduce a su despacho.

La habitación está dominada por una pared cubierta de fotografías, recortes de periódicos y mapas conectados por hilos de colores. En el centro, destacada con un círculo rojo, hay una imagen del Libro de los Ritos.

David se sienta frente a su ordenador y abre una carpeta llena de documentos relacionados con el paradero del libro. Repasa cada informe y cada pista que ha recopilado durante los últimos dos años.

El Libro de los Ritos desapareció durante el incendio en el castillo de Landa, pero David está convencido de que no se destruyó. Alguien lo tiene, y ese alguien podría ser la clave para entender todo el misterio de los Numen.

33

21 de Octubre de 2025
14:32h
Montana
Camino de tierra

El sheriff Carson golpea el volante de su coche patrulla mientras conduce de vuelta al pueblo. La rabia le hierve en la sangre, mezclándose con una sensación que no quiere admitir.

Miedo.

Lo que acaba de presenciar desafía cualquier explicación racional. Nada tiene ningún maldito sentido. Que veinte lobos salvajes protejan a un hombre y una niña como si fueran parte de su manada, es imposible.

Imposible.

En cuanto llega a la comisaría, entra como un vendaval.

—Aquí Carson, sheriff del condado de Riverdale. Necesito hablar con el capitán Cooper del Departamento Estatal —dice con voz tensa —. Es urgente.

Mientras espera, Michael O´Briant entra en la comisaría seguido por cinco hombres del pueblo y dos de sus ayudantes.

—Ese monstruo mató a mi hijo —dice O´Briant con voz ronca—. Y lo hemos dejado escapar.

Carson cubre el auricular con la mano.

—Estoy pidiendo refuerzos. Esto se hará por los cauces oficiales.

—¿Y mientras tanto qué? —escupe Peterson—. ¿Esperamos a que mate a otro niño?

Los murmullos de aprobación recorren el grupo mientras Carson sigue esperando que le pasen con el capitán.

De pronto la expresión de Carson se endurece mientras escucha a la operadora del otro lado de la línea.

—¿Cómo que no puede ponerse? —gruñe, apretando el auricular con todas sus fuerzas—. Es un asunto de máxima urgencia, maldita sea.

La voz femenina al otro lado le explica que el capitán Cooper está en una reunión con el gobernador y no puede ser interrumpido.

—Me importa una mierda si está con el mismísimo presidente —espeta Carson, golpeando el escritorio—. Tengo un homicidio, una turba de civiles armados y una situación que supera cualquier cosa que haya visto en mis veinte años de servicio.

O´Briant y los demás observan con atención, alimentándose de la frustración del sheriff.

—No, no puede esperar hasta mañana —insiste Carson, pasándose la mano por el pelo gris —. ¿Es que no me está escuchando? Hay lobos…

Lobos salvajes que obedecen… a una niña

Esto último está a punto de decirlo en voz alta, pero se lo replantea.

Lo último que necesita ahora es que lo tomen por un chalado.

Un minuto después, cuelga el teléfono con un golpe seco que resuena por toda la comisaría.

Está cabreado.

No.

Está muy cabreado, pero no puede permitir que la ira lo guíe. Si lo hace, liberará la furia del pueblo.

—Tendremos que esperar hasta mañana —anuncia, pasándose la mano por la frente sudorosa—. El capitán Cooper está en una reunión con el gobernador y no atenderá ninguna llamada hasta entonces.

O´Briant escupe al suelo con desprecio, manchando las baldosas desgastadas de la comisaría.

—¿Esperar? Mi hijo está muerto, sheriff. Muerto. Y usted quiere que esperemos mientras ese monstruo sigue libre.

Los hombres que lo acompañan asienten, intercambiando miradas de determinación. Peterson, el dueño de la ferretería, da un paso al frente.

—No vamos a quedarnos de brazos cruzados —declara con voz firme—. Ese tipo lleva dos semanas robando nuestro ganado. Y ahora ha matado a un niño.

—No tenemos pruebas concluyentes de que fuera Morgan —interviene Carson, aunque su voz carece de convicción.

—¿Qué más pruebas necesita? —ruge O´Briant—. Todos sabemos quién es. Ese pirado pertenecía a esa gente que vivía como en el maldito siglo diecinueve. Todos hemos oído todo lo que pasaba entre esos muros y su familia era de las importantes. La manzana no cae lejos del árbol.

Donovan, el carnicero, se ajusta la gorra antes de hablar. Lleva tiempo comprándole carne a ese hombre y nunca le ha gustado ni un pelo.

Trae buena carne, pero su mirada le aterra y su actitud le evoca desconfianza.

—Vamos a armarnos, sheriff. Y si usted no puede hacer nada, nosotros nos encargaremos. No dejaremos que ese hombre mate a nadie más.

—Ni que siga robando nuestro ganado —añade otro de los rancheros locales—. Ya estamos hartos.

Carson observa al grupo con una mezcla de impotencia y preocupación. Sabe que no puede detenerlos, no con la autoridad mermada tras lo ocurrido en la propiedad de Morgan. La imagen de los lobos rodeando protectoramente a la niña sigue grabada en su retina.

—Escuchen, todos —intenta razonar—. Tomarse la justicia por su mano solo empeorará las cosas. Mañana tendremos apoyo estatal y…

—Mañana podría ser demasiado tarde —le interrumpe O´Briant—. Mi hijo ya está muerto. No permitiré que otro niño corra la misma suerte.

Los hombres abandonan la comisaría en silencio, dejando a Carson solo con sus pensamientos y el peso de una situación que se le escapa de las manos.

Tom Morgan no es un hombre que se ponga nervioso con facilidad.

En absoluto.

De hecho, cualquier persona que lo haya conocido y siga con vida podría decir que es un hombre frío como un tempano de hielo.

Calculador.

Pragmático.

Sin embargo, después de lo que acaba de pasar con esos lobos y esos paletos de pueblo, no puede sino sentir nervios.

Podría ir casa por casa y matarlos a todos, pero ¿Qué ganaría con eso?

Se sentiría mejor, eso seguro, pero pondría en un peligro todavía mayor a la niña.

Y aunque disfruta de la presencia de Mía, siente que es un lastre a la hora de mostrar su verdadera naturaleza.

Mia permanece sentada en su pequeña cama, abrazando a un viejo oso de peluche descolorido mientras Tom recoge las cosas de ambos.

—¿Podemos llevar mis dibujos? —pregunta finalmente con voz queda.

Tom se detiene un instante y mira la carpeta desgastada donde Mia guarda sus creaciones de paisajes, animales y escenas de una vida normal que nunca ha tenido. O que al menos no recuerda.

—Solo los importantes —responde sin mirarla directamente.

Mia asiente y selecciona cinco dibujos de la carpeta. Los dobla y los guarda en el bolsillo interior de su chaqueta.

En la cocina, Tom guarda las últimas provisiones. Algo de carne seca, galletas y algunas latas. Calcula mentalmente cuánto tiempo

podrán subsistir antes de necesitar abastecerse nuevamente.

—¿Los lobos vendrán con nosotros? —pregunta Mia mientras empaca su ropa en una pequeña mochila roja.

Tom suspira. La pregunta lo toma desprevenido, aunque debería haberla anticipado.

—No.

La niña frunce el ceño, procesando la respuesta.

—Pero ellos me protegen. Nos protegen.

Tom se acerca y se arrodilla frente a ella. Es uno de esos raros momentos en que su rostro se suaviza.

—No sé qué ha pasado ahí fuera, pero esos hombres volverán y no podemos llevarnos a veinte malditos lobos con nosotros.

Mia baja la mirada hacia sus manos pequeñas, entendiendo más de lo que debería a su edad. La vida junto a Tom le ha enseñado que la supervivencia a veces significa dejar atrás lo que amas.

Afuera, el viento agita las ramas de los pinos. El bosque parece susurrar advertencias mientras la luna llena ilumina el claro donde se alza la cabaña que pronto abandonarán.

—Pero ellos quieren venir conmigo, me lo han dicho.

El cazador se da la vuelta al instante.

—Repite eso.

—Me lo han dicho ellos, que quieren protegernos.

Desde que Tom conoció a Alexander Landa tanto tiempo atrás nunca escuchó de ningún Numen que pudiera hablar con los animales, aunque también es cierto que él no los cazó a todos ellos. De hecho, se sorprendió, dos años atrás, cuando ese hombre lo llevó a las mazmorras para mostrarles sus últimas capturas.

Hay cientos de Numen repartidos por el mundo, pero lo último que necesita una niña que ha pasado por tanto es ser señalada y perseguida por unos catetos ignorantes a causa de su don.

No voy a permitirlo.

34

22 de Octubre de 2025
01:32h
Barrio de Chamberí
Madrid

Clara se remueve inquieta en la cama de la habitación de invitados de David. La colcha azul marino es suave, pero su mente no encuentra descanso. El techo blanco se convierte en una pantalla donde proyecta sus pensamientos, sus dudas, y ese sentimiento que le provoca estar bajo el mismo techo que David.

Gira hacia la mesita de noche y toma su móvil. La pantalla ilumina su rostro en la penumbra de la habitación mientras duda unos segundos antes de abrir la conversación con María.

—Estoy en casa de David, en su habitación de invitados. Mañana iré cuando ya no esté el hombre desnudo en mi apartamento.

Pulsa enviar y deja caer el teléfono sobre su estómago. Cierra los ojos un instante, pero vuelve a abrirlos cuando el móvil vibra con la respuesta.

—¿¿¿En casa de David??? Necesito TODOS los detalles. ¿Qué ha pasado? ¿Por fin habéis…?

Clara resopla y responde rápidamente:

—Claro que no, simplemente me ofreció su habitación de invitados cuando le conté lo de tu amigo. Me voy a dormir. Mañana hablamos.

Deja el móvil en silencio y lo coloca boca abajo en la mesita. No quiere más preguntas esta noche. El apartamento está en silencio, pero Clara percibe el leve sonido de tecleo que proviene del despacho de David.

Clara se gira hacia la pared y abraza la almohada. El olor a suavizante le resulta extrañamente reconfortante. No es su cama, ni su apartamento, pero por alguna razón, se siente más segura aquí que en cualquier otro lugar.

Al rato se levanta de la cama incapaz de conciliar el sueño. Enfundada en el pijama prestado que le queda extremadamente grande, avanza por el pasillo.

La puerta del despacho está entreabierta y deja escapar un hilo de luz que corta la oscuridad del pasillo. Clara contiene la respiración mientras se acerca, cuidando que las tablas del suelo no crujan bajo sus pies descalzos. O al menos esa es su intención. Se detiene justo antes de la apertura y se asoma con cautela.

David está sentado de espaldas a ella, inclinado sobre su escritorio. Varios papeles y fotografías se extienden frente a él como un mosaico desordenado. Clara entrecierra los ojos intentando distinguir el contenido de los documentos, pero desde su posición solo alcanza a ver trazos y siluetas borrosas.

Un crujido inesperado del suelo la hace contener el aliento. David se tensa, como si hubiera percibido su presencia, y comienza a girar la cabeza. Así que Clara retrocede y se pega a la pared del pasillo.

Entonces regresa a la habitación de invitados y se mete en la cama, cubriéndose con la colcha hasta el cuello. Finge dormir mientras escucha los pasos de David avanzar por el pasillo. Los pasos se detienen brevemente frente a su puerta antes de continuar hacia el baño.

Cuando escucha cerrarse la puerta del baño y el sonido del agua corriendo, Clara sale de la cama. Y, sin pensarlo dos veces, se dirige al despacho aprovechando los minutos que tiene antes de que David regrese.

Se acerca al escritorio y examina rápidamente los papeles. Su respiración se detiene cuando reconoce lo que tiene ante sus ojos: fotografías del Libro de los Ritos, el que desapareció tras el incendio del castillo de Landa. Páginas enteras con símbolos antiguos, diagramas de rituales y anotaciones manuscritas en los márgenes.

Clara recorre con la mirada los documentos esparcidos sobre el escritorio. Junto a las fotografías del Libro de los Ritos hay notas manuscritas con la letra inclinada y apretada de David. En un papel amarillento lee: "Posibles ubicaciones: ¿Vidal? ¿Stan? ¿Tom? ¿Supervivientes del castillo?". Una línea roja conecta varios nombres con flechas y signos de interrogación.

En otra hoja encuentra un mapa con varias ubicaciones marcadas en rojo. Reconoce Madrid, Valencia, zonas cerca de Montana, Barcelona y otras ciudades europeas y norteamericanas. Cada punto tiene una fecha anotada junto a él. La última, apenas hace tres días, señala un pueblo en las afueras de Lisboa.

Sus dedos rozan un sobre abierto. Dentro hay fotografías de vigilancia: personas que no reconoce entrando y saliendo de edificios, reuniéndose en cafeterías y subiendo a coches.

De repente, el sonido del agua cesa y Clara se tensa. El corazón le martillea en el pecho mientras escucha los movimientos de David en el baño. Sin perder un segundo, deja todo exactamente como estaba, abandona el despacho y cruza el pasillo. Escucha la puerta del baño abrirse justo cuando ella cierra la de la habitación de invitados.

Se desliza entre las sábanas y adopta una posición natural, regulando su respiración para aparentar estar dormida. Unos segundos después, los pasos de David se detienen brevemente frente a su puerta.

Clara mantiene los ojos cerrados, fingiendo un sueño profundo mientras su mente procesa lo que acaba de descubrir. David sigue investigando el Libro de los Ritos por su cuenta, sin compartir esta información con el resto del equipo.

Los pasos continúan hacia el despacho. Clara abre los ojos en la oscuridad, mirando al techo, pero el sueño ahora está más lejos que nunca.

Entonces el móvil de Clara vibra sobre la mesita de noche. Suspira y lo toma sin muchas ganas, sabiendo perfectamente quién es antes de mirar la pantalla.

—¿Qué quieres, María? Es muy tarde —susurra Clara, intentando que su voz no se escuche fuera de la habitación.

—¡No me has contestado los mensajes! —la voz de María suena demasiado animada para la hora que es—. ¿De verdad estás en casa de David?

Clara rueda los ojos y se incorpora en la cama.

—Sí, estoy en su habitación de invitados. Y no, no ha pasado nada. Simplemente salí a dar una vuelta porque no quería escuchar cómo tú y tu amigo de tres horas destrozabais mi salón, me encontré con David y me ofreció quedarme aquí.

—¿Y él dónde está? —pregunta María con un tono sugerente.

—Trabajando en su despacho.

—¡Qué aburrida eres! Tienes la oportunidad perfecta y la desperdicias. Deberías ir a su despacho ahora mismo, con una excusa tonta. Que no puedes dormir o algo así. Y plántate en bolas.

Clara mira hacia la puerta cerrada, recordando lo que acaba de ver en el despacho de David.

—No voy a hacer eso. Además, él está ocupado con sus cosas y yo necesito descansar. Y lo último no merece ni respuesta.

—Vale, pero mañana quiero todos los detalles. Y no me refiero solo a lo que ha pasado, sino también a cómo es su casa.

—María, te tengo que dejar —Clara escucha pasos acercándose por el pasillo—. Creo que viene hacia aquí.

—¡No cuelgues! Quiero escuchar…

Clara corta la llamada y deja el móvil sobre la mesita justo cuando los pasos se detienen frente a su puerta. Cierra los ojos y finge dormir, escuchando el leve crujido de la madera bajo los pies de David al otro lado.

Los pasos de David se alejan por el pasillo. Clara suelta un suspiro y se relaja entre las sábanas. Justo cuando comienza a sentir el peso del sueño, escaso, pero algo es algo, su móvil vibra sobre la mesita. Lo toma con desgana y entrecierra los ojos ante la luz de la pantalla.

"Ve a su habitación y lánzate o eres más tonta de lo que pensaba", lee en el mensaje de María.

Clara deja el teléfono y se queda mirando al techo. ¿Realmente quiere eso? Nunca ha sido una persona táctil. El contacto físico le resulta incómodo, casi invasivo. Incluso un simple abrazo le supone un esfuerzo sobrehumano.

Tiembla solo de pensarlo.

Se gira en la cama y hunde la cara en la almohada. La idea de besar a alguien o tener sexo siempre le ha parecido algo desagradable, salvo con personas con las que tiene mucha confianza. Y aun así, pocas veces ha llegado a ese punto.

Pero con David… Con David es diferente. Le sorprende descubrir que pensar en besarlo no le provoca rechazo. Al contrario, siente un cosquilleo en el estómago que no sabe identificar.

Es la primera persona con la que me siento cómoda desde hace mucho tiempo.

Se levanta y camina hasta la puerta, pero su mano se detiene en el pomo. ¿Qué está haciendo? ¿De verdad va a presentarse en la habitación de David en mitad de la noche?

No me desagrada la idea.

Dios míos, soy como María.

35

22 de Octubre de 2025
01:53h
Barrio de Chamberí
Madrid

Su mano se detiene en el pomo de la puerta, pero antes de girarlo, siente el conocido tirón en el estómago. El presente se desvanece a su alrededor y una nueva realidad toma forma ante sus ojos.

Su corazón comienza a palpitar y se deja llevar.

Se ve a sí misma saliendo de la habitación de invitados y caminando por el pasillo del apartamento de David. Su yo futuro avanza con cautela, rozando la pared con la yema de los dedos, como si temiera despertar a alguien.

Al fondo del pasillo, su yo futuro se detiene frente a una pared que no había notado antes. Una colección de fotografías enmarcadas cubre la superficie y observa cómo su mano se alza hacia ellas.

En la primera fotografía, David aparece junto a un hombre mayor con el mismo color de ojos y similar estructura ósea. Sonríen a la cámara con idéntica reserva, como si ambos compartieran el mismo secreto. Sin duda es su padre.

En otra imagen, David está con Marcos y otros compañeros que Clara reconoce de la comisaría. Todos visten de civil y sostienen cervezas en lo que parece una celebración informal. David no sonríe del todo, pero su postura relajada revela una comodidad que rara vez muestra en el trabajo.

Continúa observando las fotografías hasta que sus dedos se detienen en una en particular. La descuelga con cuidado y siente un escalofrío al reconocer a la mujer del bar, la que estaba con David esta noche. En la imagen, ambos comparten un abrazo natural, familiar.

La visión continúa desplegándose ante Clara como una película a la que solo ella tiene acceso. Su yo futuro sostiene la fotografía entre sus dedos cuando una voz grave rompe el silencio.

—Es Maribel, mi hermana —dice David apareciendo desde las sombras del pasillo.

Clara se sobresalta y casi deja caer el marco. Se gira para encontrarse con David, quien viste solo un pantalón de chándal. La luz tenue del pasillo dibuja los contornos de su torso desnudo.

—Lo siento, no quería… —balbucea Clara, con el marco aún entre sus manos.

David se acerca y toma la fotografía, observándola con una mezcla de nostalgia y resignación.

—No tenemos mucho contacto, pero es alguien importante para mí —confiesa mientras vuelve a colgar el retrato—. Es la única que intentó entenderme después de lo que pasó. Somos muy distintos y ella es la hija perfecta para mis padres, pero ella no tiene culpa de eso.

Clara y David quedan uno frente al otro y sus respiraciones se sincronizan en el estrecho pasillo. Clara siente un alivio irracional al confirmar que la mujer del bar es su hermana, como si hubiera estado conteniendo el aliento sin darse cuenta.

Su corazón atruena contra su pecho cuando nota la mirada de David descender hasta sus labios. El tiempo parece ralentizarse. Ninguno se mueve, como si ambos esperaran una señal invisible para decidir el siguiente paso.

La visión se desvanece tan abruptamente como llegó, dejando a Clara de nuevo frente a la puerta de la habitación de invitados, con la mano suspendida sobre el pomo y el pulso acelerado.

El corazón le late con fuerza contra las costillas mientras la visión se desvanece completamente, dejándola de nuevo anclada en el presente.

No llega a ver si sus labios se encontraban en ese futuro tan cercano, pero la intención estaba ahí, palpable. Su yo futuro lo deseaba.

Aparta la mano del pomo como si quemara. El metal frío deja una sensación fantasma en sus dedos. ¿Qué está haciendo? ¿Realmente va a salir al pasillo esperando que esa visión se materialice?

Clara retrocede un paso. La habitación de invitados, con su decoración minimalista y las sábanas perfectamente estiradas, parece un refugio seguro frente a la incertidumbre que aguarda al otro lado de la puerta.

No sé qué me pasa.

Se sienta en el borde de la cama, tratando de recuperar el control de sus pensamientos. El móvil vibra a su lado con otro mensaje de María. No lo lee. No necesita más confusión.

La tentación de abrir esa puerta sigue ahí, persistente. Podría hacerlo. Podría caminar por el pasillo hasta encontrarse con las fotografías. Podría esperar a que David apareciera.

Pero no lo hace.

Se tumba en la cama, mirando al techo.

El silencio del apartamento solo es interrumpido por el lejano rumor del tráfico nocturno y el ocasional crujido de la madera.

Da vueltas entre las sábanas, incapaz de encontrar una posición cómoda. Cada vez que cierra los ojos, la imagen de David aparece con claridad dolorosa: su torso desnudo dibujado por la penumbra del pasillo, la intensidad de su mirada cuando sus ojos descendieron hacia sus labios y la proximidad de sus cuerpos en ese espacio estrecho.

Se incorpora y bebe agua del vaso que dejó en la mesilla. El líquido frío baja por su garganta, pero no consigue apagar el calor

que siente por dentro. Nunca ha experimentado esta sensación antes, esta mezcla de ansiedad y anhelo que la mantiene despierta.

Es ridículo.

Clara siempre ha mantenido sus emociones bajo control, relegadas a un segundo plano. Las relaciones interpersonales nunca han sido su prioridad. Son complicadas, impredecibles e ineficientes. Y sin embargo, aquí está, desvelada por una visión que ni siquiera sabe si llegará a materializarse.

Mira el reloj digital: las 3:47 de la madrugada. En menos de cuatro horas debería estar levantándose para su rutina matutina. El cansancio comienza a pesar sobre sus párpados, pero su mente sigue activa, repasando cada detalle de la visión.

Maldita María.

36

21 de Octubre de 2025
19:42h
Montana
Cabaña de los Morgan

Tom coloca la última bolsa en el maletero de la vieja furgoneta Ford mientras Mia permanece en silencio a su lado, abrazando su mochila roja.

—Vamos —ordena Tom con voz seca—. Tenemos que estar lejos antes de que caiga la noche.

Sabe que después de lo que ha pasado con los lobos, volverán, y esta vez lo harán mucho más preparados.

Mia asiente y se dirige hacia la puerta del copiloto cuando Tom se detiene en seco y su cuerpo se tensa como un cable de acero.

—Espera —susurra, levantando una mano.

Tom se agacha y posa la palma de su mano derecha sobre la tierra. Cierra los ojos y su don se activa al instante, enviando vibraciones a través del suelo como ondas en un estanque. Puede sentirlos. Cinco, no, seis presencias rodeando la cabaña. Hombres armados que avanzan entre los árboles.

—Al suelo —susurra con urgencia.

Mia obedece sin preguntar, dejándose caer junto a la rueda trasera del vehículo. Tom desenfunda su Beretta y la mantiene pegada a su muslo mientras continúa recibiendo información a través de su mano.

—¿Son los hombres del pueblo? —pregunta Mia con un hilo de voz.

Tom puede sentir cómo se comunican entre ellos mediante gestos silenciosos.

Calcula sus opciones. Podrían intentar escapar por la parte trasera de la propiedad, pero el ruido del motor alertaría a los intrusos. Podrían esconderse en el bosque, pero con la niña sería difícil avanzar lo suficientemente rápido. Y a caballo no es una opción. Están sin la silla puesta y atados en el interior de un remolque anclado a la furgoneta.

Un crujido de ramas rompe el silencio.

Están más cerca de lo que pensaba.

Tom arrastra a Mia detrás de la furgoneta mientras desenfunda su Smith & Wesson con la mano libre. La niña se aferra a su pierna, con los ojos muy abiertos y fijos en el bosque.

Un relincho corta el aire nocturno. Tom levanta el arma cuando dos siluetas emergen entre los árboles. Un hombre y una mujer a lomos de sendos caballos negros avanzan hacia el claro frente a la cabaña. Ambos visten uniformes tácticos negros con múltiples bolsillos y arneses para armas.

La mujer, de complexión atlética y cabello castaño recogido en una trenza ajustada, monta delante. Y, a su vera un hombre, afroamericano y corpulento, cabalga sobre un ejemplar de musculatura imponente. Ambos detienen sus monturas a veinte metros de la furgoneta.

—Buenas tardes —pronuncia la mujer con voz clara y firme—. Está en propiedad privada.

Tom mantiene su posición, con la espalda pegada al metal frío del vehículo. Su dedo índice acaricia el gatillo mientras calcula ángulos de tiro.

Tom da un paso al frente con ambas armas en las manos, lo qiur provoca que los desconocidos se miren el uno al otro.

—Lo sé, es mi propiedad.

—No tengo idea de quién ha podido venderle esta propiedad, pero sí se que esa persona no podía ser la propietaria —dice el hombre muy serio.

—Mire, señor. Tiene una niña con usted, así que yo no la pondría en peligro.

El clic del percutor resuena en el bosque.

Tom está harto de amenazas. Ya ha tenido suficiente por hoy. No ha matado a esos parlanchines del bosque para no tener que marcharse, pero ahora que tiene que hacerlo igualmente, no tiene nada que perder.

Y qué demonios, echa de menos la sangre.

Tom entrecierra los ojos con una mirada que evoca pavor. De hecho, los dos desconocidos, pese a su evidente experiencia, dudan un instante.

Sin embargo, antes de que la sangre llegue al río, se escuchan varias pisadas a su alrededor.

Panda de cobardes.

—No te lo voy a repetir, muchacho, lárgate de mis tierras —dice una voz tras su espalda, desde el interior de la cabaña.

Tom vuelve la vista despacio mientras dice:

—Estas tierras son mías, y mataré a cualquiera que diga lo contrario.

—Pues entonces tenemos un problema.

Cuando se gira, se percata de que el hombre que le habla es alto y pelirrojo. Una cicatriz le cruza el ojo y una espesa barba rojiza le cubre los labios. Sus miradas se cruzan un instante, pero es más que suficiente.

—No puede ser… ¿Tomy? —dice el hombre con la cara desencajada—. Por el amor de una madre, ¿de verdad eres tú?

El cazador no cambia un ápice su actitud pese a reconocer el rostro que le habla.

—Te creía muerto, hermanito.

37

22 de Octubre de 2025
07:12h
Barrio de Chamberí
Madrid

Clara abre los ojos con el primer rayo de sol que se cuela por la ventana. Durante unos segundos, la desorientación la envuelve hasta que reconoce la habitación de invitados de David. Parpadea varias veces, intentando despejarse mientras los recuerdos de la noche anterior regresan a su mente.

La cama resulta demasiado cómoda, tanto que le cuesta incorporarse. Estira los brazos y se frota los ojos antes de mirar la hora en su móvil: 7:12. Ha dormido más de lo que debería.

En la cocina, David ya prepara café. Viste un pantalón de chándal y una camiseta básica gris. Al verla aparecer, le dedica una sonrisa cansada.

—Buenos días —murmura, ofreciéndole una taza humeante—. ¿Has dormido bien?

Clara asiente, aceptando el café sin mirarlo directamente a los ojos.

—Te llevo a casa —propone David mientras consulta su reloj—. Debes querer cambiarte antes de ir a la comisaría.

El trayecto transcurre en silencio, con la radio como único sonido que acompaña sus pensamientos. Clara observa las calles de Madrid desperezándose a través de la ventanilla, intentando no pensar en la visión de anoche, en el pasillo oscuro y en David apareciendo desde las sombras.

Cuando llegan a su edificio en Lavapiés, Clara baja del coche con un escueto "gracias" y David se despide con un gesto.

Al entrar en su apartamento, Clara encuentra a María envuelta en una toalla, con el pelo mojado goteando sobre el suelo. Por suerte, no hay ni rastro del chico que conoció anoche.

—¡Por fin! —exclama María al verla—. Cuéntamelo todo.—insiste María, sentándose frente a ella—. ¿Vas a contármelo todo o tengo que sacártelo con sacacorchos?

Clara suspira profundamente antes de empezar a hablar.

—Después de leer tu mensaje tuve una visión —confiesa finalmente—. Me vi a mí misma en el pasillo de su casa, mirando unas fotografías familiares. Él aparecía y me decía que la mujer del bar era su hermana. Y luego…

—¿Y fuiste al pasillo? ¿Pasó? —pregunta María inclinándose hacia delante, con los ojos brillantes de curiosidad.

—No —responde Clara—. Me quedé en la habitación toda la noche.

María pone los ojos en blanco y suelta un suspiro exasperado. Se deja caer en el sofá con las piernas cruzadas y la toalla apenas cubriendo lo necesario. De hecho, no del todo.

—¡Eres tonta! Lo tenías hecho —exclama, agitando las manos en el aire—. El universo te pone una visión en bandeja, prácticamente confirmándote que algo va a pasar entre vosotros, ¿y tú qué haces? Quedarte encerrada en la habitación como una monja de clausura.

Clara se encoge de hombros mientras busca ropa limpia en su armario. Siente un nudo en el estómago que no sabe identificar si es arrepentimiento o alivio.

—No estaba segura de nada, María. No es tan sencillo —responde, sacando una blusa y unos pantalones—. Es complicado. No sé qué hacer en esas situaciones, yo nunca he querido que me toquen.

—No, lo complicado es entenderte a ti —replica María, levantándose para servirse un vaso de agua—. Bueno, a la próxima espero que no seas tan boba. Ahora vete a currar, que esta tarde tenemos que pasarlo juntas antes de que vuelva a Valencia.

Clara asiente mientras cierra la puerta del baño. Quizás María tenga razón, quizás está complicando algo que podría ser sencillo. O quizás es que nadie entiende lo que ella siente respecto al contacto humano.

Clara se mira en el espejo del baño una última vez, ajustando el cuello de su blusa. Comprueba la hora en su móvil y suspira. Si se apresura, llegará puntual a la comisaría.

Al salir del baño, encuentra a María exactamente como la dejó: desparramada sobre el sofá, con la toalla ahora completamente olvidada en el suelo. Su compañera juguetea con el móvil mientras tararea una canción, completamente ajena a su desnudez.

—Me voy ya —anuncia Clara, recogiendo su bolso del perchero—. Por cierto, tu surfero puede volver para la segunda ronda. Le he visto oculto como un idiota en el portal cuando he entrado.

María suelta una carcajada que resuena por todo el apartamento. Se incorpora ligeramente, apoyándose sobre los codos, y mira a Clara con expresión divertida.

—¿Segunda ronda? —repite con una sonrisa maliciosa—. De segunda ronda nada, que por lo menos van seis.

Clara parpadea, procesando la información mientras siente que sus mejillas se encienden.

—¿Seis? —pregunta, incapaz de ocultar su sorpresa—. ¿En una noche?

—Y parte de la mañana —añade María con orgullo, estirándose como un gato satisfecho—. El chaval tiene resistencia, te lo digo yo.

Clara sacude la cabeza, intentando borrar las imágenes mentales que empiezan a formarse.

—Me voy antes de que me cuentes más detalles de los que quiero saber —murmura, dirigiéndose hacia la puerta.

—Deberías probar alguna vez —le grita María mientras Clara gira el pomo—. ¡A lo mejor descubres que te gusta! Tu poli también sabe lo que se hace, también te lo digo yo…

Clara cierra la puerta tras de sí, ahogando la última frase de María que continúa resonando dentro del apartamento. Baja las escaleras preguntándose cómo es posible que dos personas tan diferentes hayan compartido piso, vida y, de alguna manera retorcida, amistad.

38

22 de Octubre de 2025
12:36h
Barrio de La Moraleja
Madrid

Mario Salazar contempla Madrid desde la terraza de su ático en La Moraleja. La ciudad se extiende bajo él como un tablero de ajedrez donde cada pieza tiene su función. Toma un sorbo de whisky escocés mientras repasa mentalmente la situación.

En Estados Unidos todo está muy tranquilo. Demasiado. Eso le inquieta y le tranquiliza a partes iguales. Apoya las manos en la barandilla de cristal templado y cierra los ojos. Su don se activa como un músculo que se estira tras un largo letargo.

Europa.

Europa es lo importante ahora.

Ramírez entra en la terraza, pero Salazar ya ha visto su llegada antes de que ocurra.

—¿Me llamaba, patrón?

Salazar se gira y lo mira con esos ojos que parecen ver más allá del presente. El whisky se mece en su vaso formando pequeños remolinos ambarinos.

—Necesito que me convoque a todos mis lugartenientes —ordena con voz pausada pero firme—. Es hora de unificar criterios.

Ramírez asiente sin cuestionar.

Salazar camina hacia el interior del ático. Las paredes blancas contrastan con los muebles de madera oscura, creando un ambiente de elegancia austera que refleja su personalidad. En la mesa de cristal del comedor despliega fotografías y documentos.

—La traición de Méndez nos ha costado mucho —murmura con la mente puesta en su ex-distribuidor en España—. Los Lin aprovecharon su debilidad. No podemos permitirnos más errores.

Ramírez permanece de pie junto a la puerta, con las manos cruzadas al frente.

—Los Lin están expandiéndose en Barcelona. Los Petrov en Valencia. Y los italianos siguen presionando desde el sur —enumera Salazar con acento colombiano marcado pero elegante—. Es hora de cortar todas las cabezas de una vez.

—Prepara todo para la reunión. Mañana al atardecer —ordena secamente.

Ramírez asiente y sale de la habitación. Mientras tanto, Salazar vuelve a la terraza y contempla Madrid de nuevo. Esta vez su mirada se detiene en los edificios gubernamentales a lo lejos.

Las puertas del ascensor privado se abren y Juan Pablo Quezada emerge con esa calma inquietante que lo caracteriza. Los tatuajes que cubren su rostro narran historias de violencia y lealtad a la MS-13.

—El jefe me llamó —dice con ese acento salvadoreño que arrastra las palabras como si fueran pesadas.

Salazar lo observa desde la terraza. No necesita su don para saber que Quezada es peligroso e impredecible. Pero también es eficaz, y eso lo convierte en una pieza valiosa.

—Juan Pablo —lo saluda con un gesto de cabeza—. Llega temprano.

Quezada avanza por el salón con las manos, también tatuadas, visibles en todo momento. Es un depredador que sabe mostrarse inofensivo cuando le conviene.

—Siempre es mejor llegar antes que después, patrón —responde mientras se acerca a la mesa donde están desplegados los documentos—. ¿Problemas?

Salazar entra del balcón y cierra la puerta de cristal tras él. El aire acondicionado envuelve la estancia en un frío artificial que contrasta con el calor que emana de la presencia de Quezada.

Salazar deja su vaso de whisky sobre la mesa y mira directamente a Quezada. La luz de la lámpara acentúa los contornos de los tatuajes que decoran el rostro del salvadoreño.

—¿La chica? —pregunta Salazar con voz tranquila pero cargada de autoridad—. ¿Cómo reaccionó?

Quezada se acomoda en el sofá de cuero negro, reclinándose con esa confianza que solo muestran los hombres acostumbrados a la violencia. Sus ojos, dos pozos oscuros, no parpadean mientras responde.

—Hice exactamente lo que me ordenó, patrón —dice con su acento marcado—. Me acerqué a ella en la discoteca. Llevaba el teléfono en una mano y la pistola en la otra, bajo la chaqueta.

Salazar asiente levemente. Ya conoce el resultado porque recibió la llamada, pero quiere escuchar la interpretación de Quezada, sus impresiones directas.

—¿Y qué vio usted en su cara? —insiste Salazar.

—Miedo, patrón. Puro miedo —responde Quezada con una sonrisa torcida que revela un colmillo de oro—. Antes de que me acercara del todo, ya sabía que algo iba mal. Me miró como si hubiera visto un fantasma.

Salazar camina lentamente por la habitación, procesando la información. Su plan ha funcionado perfectamente. Si la chica mostró miedo al ver a Quezada acercarse, es porque ya había visto la segunda opción: la bala atravesando su cráneo. Su don del tiempo le había mostrado ese futuro alternativo.

—Ni siquiera tuve que sacar el arma —continúa Quezada—. Sus ojos me lo dijeron todo. Ya sabía que iba a matarla. Por eso agarró el teléfono antes de que se lo ofreciera.

Salazar observa a Quezada mientras camina hacia el ventanal. La ciudad nocturna se extiende ante ellos como un mar de luces

titilantes.

—He convocado a todos mis lugartenientes para mañana —dice Salazar con voz pausada—. Pero necesito algo más que una simple reunión.

Quezada permanece inmóvil, expectante. Sus tatuajes faciales se tensan levemente cuando frunce el ceño.

—Quiero saber quiénes de la competencia vendrán a por nosotros —continúa Salazar, girándose para mirarlo directamente—. Necesito que coja a sus hombres y saque información. Debemos estar precavidos.

—¿Cómo lo hacemos, patrón? —pregunta Quezada, inclinándose ligeramente hacia adelante.

Salazar sonríe con una expresión calculadora que hiela la sangre.

—Ocúpese de que cada uno de sus hombres hable de más con alguien de los rivales —explica mientras sirve otro whisky—. Que les digan dónde va a ser la reunión, pero a cada uno en un sitio distinto.

Quezada asiente lentamente, comprendiendo el plan.

—Así podremos poner una trampa en cada uno de esos sitios —concluye Salazar—. Me adelantaré personalmente.

—¿Cuántos lugares falsos necesita? —pregunta Quezada, ya calculando mentalmente qué hombres asignará a cada misión.

—Cinco —responde Salazar sin dudar—. Los Lin, los Petrov, los italianos, los irlandeses y los africanos. Todos querrán un pedazo del pastel si creen que estamos vulnerables.

—Considérelo hecho, patrón.

Salazar asiente y vuelve su mirada hacia Madrid.

—Y Juan Pablo —añade sin volverse—. Asegúrese de que sus hombres sean convincentes. Deben creer que están traicionándome por dinero o miedo. La información debe parecer valiosa.

—Mis hombres saben mentir casi tan bien como matar —responde Quezada con una sonrisa.

39

21 de Octubre de 2025
19:51h
Montana
Cabaña de los Morgan

—Lo mismo te digo, Junior —contesta Tom sin modificar su rostro.

James Jr da un paso al frente en dirección a su hermano cuando Tom levanta su Beretta apenas unos centímetros con un movimiento sutil pero inequívoco.

Ahí estás bien.

La mujer de cabello castaño desenfunda su arma y apunta directamente a la cabeza de Tom. El hombre afroamericano la imita, sosteniendo una Desert Eagle que parece diminuta en sus enormes manos. Ambos mantienen la posición, inmóviles como estatuas. Y su alrededor, otro par de hombres armados aparece para unirse a la fiesta.

—Han pasado muchos años, hermanito —dice James Jr. sin perder la sonrisa—. ¿Así es como saludas a tu hermano mayor?

Mia observa la escena desde detrás de la furgoneta, con los ojos muy abiertos y la respiración contenida.

—Me dijeron que habías muerto cuando los federales entraron en el pueblo —responde Tom sin apartar la mirada de su hermano.

—Y estuvieron muy cerca —contesta pasando su mano sobre la cicatriz de su ojo—. Esta es solo de las muchas que me hicieron esos malnacidos.

Los seis hombres armados que rodean la cabaña tensionan sus armas, apuntando directamente a Tom. El sol comienza a elevarse por encima de las montañas, bañando la escena con una luz dorada que contrasta con la tensión que flota en el aire.

—¿Y si estabas vivo, por qué no estuviste con tu familia?

—¿Yo? ¿Y tú, qué? ¿Dónde estabas tú cuando vinieron a por nosotros?

—Desterrado por hacer lo que tú nunca te atreviste a hacer —dice Tom con los dientes apretados.

James Junior sonríe ligeramente y da un pequeño paso al frente con las manos en alto.

—Bajad las armas, chicos, no vamos a cargarnos a mi hermano pequeño. Mira, Tomy, el pasado es el pasado y está bien donde está. Ahora he vuelto a casa para quedarme. Quédate conmigo y volveremos a tener la vida que teníamos. Nuestro pueblo, sin que el gobierno nos diga cómo vivir y qué hacer con nuestra vida.

Así que era eso, eres tan paleto como nuestro padre.

—¿Y para eso has estado robando a los granjeros de la zona? —pregunta Tom de inmediato atando los cabos sueltos—. Te confundieron conmigo y vinieron a por mí. Seguimos vivos por muy poco.

—Bueno, para hacer lo que queremos es necesario obtener ciertos recursos y el coronel insistía en conseguir ganado. Otros de nuestros hombres han estado almacenando efectivo y otros semillas y armas. Todo es importante para volver a lo que tenemos que ser.

—Y para eso, ¿era necesario matar a un crío? —pregunta Tom muy serio. No es que le importe la vida de ese mocoso, pero una cosa es matar por algo y otra es matar por placer.

—Bueno, necesario no es la palabra que yo usaría —dice provocando las risas de sus hombres a su alrededor—. Pero… un momento, ¿has dicho "seguimos"? ¿Tú y quién más, Tomy?

Mierda.

Tom no contesta.

—Morgan —dice la voz de la mujer—. Hay una niña con él, tras la furgoneta.

—¿Una niña?

Y entonces la ve y la reconoce al instante. Algo lógico, pues Mia tiene los ojos de su madre.

—Por el amor de Dios… ¿cómo es posible? Ella… estaba en Europa… tú…

—Yo.

—¿Y la has traído? Tomy, ella y yo somos tu familia, ¿no lo ves? Venid conmigo y uníos a nosotros. Podéis tener todo lo que siempre quisisteis. Uníos a la milicia. Lo llevas en la sangre.

—¿Qué es lo que llevo en la sangre, James? ¿Vivir alejado del mundo?

—¿Y qué haces ahora, Tomy? He ido al pueblo y he oído hablar de ti, aunque no sabía que eras tú. ¿Sabes cómo te llaman? El loco de la montaña. ¿Qué diferencia hay con lo que te propongo? Con la excepción del poder.

En ese momento, Tom no puede evitar soltar una carcajada, y eso es algo muy poco común en él. De hecho, casi ni se acuerda de la última vez que lo hizo.

—¿Poder? Esto no es poder.

—A, ¿no?

—Vamos a aclarar algo, Junior. Tú no tienes poder. Eres solo un perro con correa.

Los ojos de James se entrecierran peligrosamente.

—Ten cuidado con lo que dices, hermanito.

—¿O qué? —Tom mantiene la mirada fija en su hermano mientras sus dedos se tensan imperceptiblemente—. ¿Me matarás como al chico de los O´Briant?

James abre la boca para responder cuando Tom se mueve con una velocidad sobrehumana. En un solo movimiento, saca su segunda pistola y dispara.

Los cuatro hombres y la mujer no tienen tiempo de reaccionar. Las balas impactan en sus pechos y los lanzan hacia atrás por la fuerza del impacto. Caen al suelo como marionetas con las cuerdas

cortadas, gruñendo y jadeando por el dolor del impacto contra sus chalecos antibalas.

James Jr. apenas tiene tiempo de parpadear antes de encontrarse solo, de pie, con su hermano apuntándole directamente entre los ojos.

—Esto es poder —dice Tom dando un paso al frente.

Lejos de acobardarse, James da otro paso al frente con una sonrisa.

—Y no sabes lo bien que nos vendría, vamos —dice mientras sus hombres comienzan a levantarse doloridos.

—Yo no voy a ir a ningún lado, y ella menos. ¿Lo has entendido?

—Esa no es tu decisión. La niña es tan mía como tuya, hermanito.

—De eso nada, ella es mi familia. Tú solo eres un mal recuerdo.

—Tomy, piénsalo bien. La sangre llama a la sangre. Podemos reconstruir lo que papá…

—No —interrumpe Tom con voz cortante—. No hay nada que reconstruir.

La mujer de cabello castaño se incorpora lentamente con la mano aún cerca de su arma.

—Monta tu campamento si quieres —continúa Tom sin apartar el cañón de su pistola del rostro de su hermano—. Juega a los soldaditos. Recrea el paraíso de papá. Pero hazlo lejos de nosotros.

—¿Sabes quién está con nosotros? —James sonríe con malicia—. El viejo Cooper. Y Mitch. Y los hijos de Dawson. Todos vuelven, Tomy. Todos quieren recuperar lo que nos quitaron.

Mia se asoma ligeramente desde detrás de la furgoneta.

—Vete —ordena Tom—. Ahora.

—Si no es hoy será otro día, pero esa niña volverá a su hogar.

—¡Yo soy su hogar!

—¡Esa no es decisión tuya!

Ambos hermanos han levantado la voz por primera vez, desconteniendo la tensión que habita a su alrededor.

—No dejaré a Mia con alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Tú permitiste que nuestro padre violara a nuestras hermanas una y otra vez y nunca moviste un solo dedo. Tú eres como él.

Dejaste que un niño te hiciera el trabajado sucio. Que yo las salvara y que por eso me echaran del campamento bajo pena de muerte. Tú eres un maldito cobarde y eres la viva imagen de nuestro padre.

Las miradas de todos a su alrededor evocaban una duda en sus mentes. ¿de verdad es cierto lo que está diciendo ese hombre?

—¿Eso es cierto, Morgan? —pregunta el afroamericano una vez puesto en pie.

—Cierra el pico, esto no es asunto tuyo —contesta hacia su compañero antes de volverse hacia Tom—. Yo no soy como él.

—No te dejaré comprobarlo.

Tras unos segundos que se hacen eternos, James alza las manos en un gesto conciliador mientras su rostro se transforma, abandonando la sonrisa burlona por una expresión más seria.

—Está bien, Tomy. Si eso es lo que quieres, es tu decisión —dice con un suspiro que parece casi genuino—. No voy a haceros nada, ni a ti ni a la niña.

Puedes intentarlo si quieres.

Tom mantiene el arma firme con los ojos escudriñando cada movimiento de su hermano, buscando la trampa en sus palabras.

No me fio de ti.

—Pero tenéis que iros de aquí ahora mismo —continúa James, bajando la voz—. El coronel llegará pronto con el resto del destacamento. Y él no será tan comprensivo como yo.

La mujer de pelo castaño intercambia una mirada con el hombre afroamericano. Ambos parecen incómodos con la situación.

—Tenéis un día, tal vez menos —añade James, retrocediendo lentamente—. Después de eso, no podré protegeros.

Tom observa a su hermano mientras evalúa la situación.

—Vámonos —ordena James a sus hombres, quienes comienzan a retirarse con cautela, sin dar la espalda a Tom—. Espero que tomes la decisión correcta, hermanito.

Mientras James y su grupo desaparecen entre los árboles, Tom siente la presencia de Mia acercándose a su lado.

—¿Quién es el coronel, tío Tom? —pregunta la niña con voz apenas audible.

Tom no responde inmediatamente. Sus ojos siguen fijos en el punto donde su hermano ha desaparecido.

No es nadie que nos importe si estamos lo suficientemente lejos.

40

22 de Octubre de 2025
13:46h
Central de la Interpol
Madrid

La comisaría bulle con actividad cuando David atraviesa las puertas de cristal. Marcos lo sigue a paso rápido, intentando seguir el ritmo acelerado de su compañero pese a su evidente falta de condición física. Los rostros de ambos reflejan una mezcla de tensión y satisfacción.

El equipo se encuentra reunido en la sala principal. El subinspector Bellido teclea en su ordenador mientras Lucía y Hugo discuten sobre algo frente a la pizarra llena de fotografías conectadas con hilos rojos. Clara, sentada en una esquina, levanta la mirada al sentir la presencia de David.

—Lo tenemos —anuncia David lanzando una memoria USB sobre la mesa central—. Salazar acaba de cometer un error que no podrá arreglar.

Marcos conecta la memoria al ordenador principal y activa el proyector. La grabación comienza a reproducirse con el audio amplificado por los altavoces de la sala.

"*Prepárense para recibir el cargamento. Todo tiene que salir perfecto* ". La voz de Salazar resuena con claridad mientras se escuchan forcejeos y súplicas. "*Señores, ustedes creen que esto es solo un asunto de territorios. Pero yo sé exactamente quién ayudó a los Lin a meter su mierda en el país. Por eso estamos aquí hoy. Porque alguien en esta habitación ha estado jugando a dos bandas. Voy a sentarme aquí. Y vamos a ver qué pasa.*"

Un disparo seco llega tras las palabras de Salazar y el silencio invade la sala durante unos segundos.

—El juez Romero nos ha concedido la orden judicial retroactiva —explica Marcos Garrido, mostrando el documento firmado—. La grabación es completamente legal y admisible en un tribunal.

—Tenemos la confesión, el asesinato y la declaración de intenciones —añade David, apoyándose en la mesa mientras observa las reacciones de su equipo—. Podemos ir a por él.

El silencio se apodera de la sala mientras todos procesan la información. David camina hacia la pizarra y señala la fotografía de Salazar, rodeada por hilos que conectan con distintos nombres y lugares.

—No podemos ir a por él directamente —advierte David, cruzándose de brazos—. Tiene demasiados contactos. Si nos precipitamos, desaparecerá antes de que lleguemos a su puerta.

Bellido levanta la mano tímidamente desde su escritorio.

—Yo… bueno… he estado revisando sus movimientos financieros y tiene cuentas en Suiza, Panamá y las Islas Caimán. Podría estar en un avión privado en menos de una hora si recibe el aviso.

—Exacto —asiente David—. Necesitamos cerrar todas las salidas antes de entrar. Vigilancia en aeropuertos, puertos, estaciones… y sobre todo, asegurarnos de que nadie filtre la operación.

Marcos se acerca a la pizarra y golpea con el dedo índice la foto de Salazar.

—Si este cabrón se nos escapa ahora, no volveremos a tener otra oportunidad como esta.

—¡Eso es una auténtica chorrada!

El inspector jefe Martínez entra en la sala con paso firme. Su rostro muestra una mezcla de desprecio e impaciencia mientras se

planta frente a David.

—Tenemos la grabación, tenemos la orden. Vamos a por él ahora mismo —sentencia Martínez, golpeando la mesa con la palma de su mano—. Cada minuto que esperamos es un minuto que le damos para escapar.

—Con el debido respeto, Paco —interviene Marcos—, si Salazar se entera…

—¿Ahora me vas a dar lecciones de cómo hacer mi trabajo, Garrido? —le corta Martínez—. Llevo treinta años en esto. Se acabaron los jueguecitos. Quiero a todo el equipo listo en veinte minutos.

Bellido mira nerviosamente a David, quien mantiene la mirada fija en Martínez sin retroceder un centímetro.

David se aparta de la mesa y camina hacia Martínez.

—No podemos ir a por él ahora —sentencia con voz grave—. Necesitamos esperar a que llegue el cargamento que menciona en la grabación.

Martínez suelta una risa despectiva.

—¿Y perder la oportunidad que tenemos? Estás delirando, Alonso.

—Una grabación no es suficiente —insiste David, manteniendo la calma—. Con la IA actual, cualquier abogado medianamente competente argumentará que está manipulada. Necesitamos pruebas físicas, tangibles.

Bellido se aclara la garganta y levanta un dedo tembloroso.

—El inspector Alonso tiene razón. El juez Ramírez desestimó el mes pasado un caso similar porque la defensa demostró que la voz podía haber sido generada artificialmente.

Martínez golpea la mesa con el puño.

—¡Me importa una mierda lo que diga Ramírez! Tenemos a ese cabrón confesando un asesinato.

Marcos se coloca junto a David, formando un frente unido.

—Si pillamos a Salazar con el cargamento, no habrá forma de que se escape —explica con voz pausada—. Será un caso cerrado, sin fisuras ni posibilidad de apelación.

Clara observa el intercambio desde su posición, analizando la tensión que crece en la sala como una olla a presión.

—La grabación es una buena base —continúa David—, pero si queremos hundir a Salazar definitivamente, necesitamos atraparlo con las manos en la masa. De lo contrario, sus abogados lo sacarán en menos de un mes y habremos perdido nuestra única oportunidad.

Bellido asiente vigorosamente desde su escritorio.

—Además, si intervenimos ahora, alertaremos a sus proveedores. El cargamento nunca llegará y perderemos la oportunidad de desmantelar toda la red.

El inspector jefe Martínez sacude la cabeza con visible desprecio mientras se aparta de la mesa.

—Esto es una pérdida de tiempo —espeta, dirigiéndose hacia la puerta—. Voy a hablar con el comisario. Él entenderá que no podemos dejar pasar esta oportunidad.

Marcos avanza con rapidez, interponiéndose entre Martínez y la salida.

—Paco, por el amor de Dios, piénsalo bien. Si actuamos precipitadamente, perderemos toda la operación. Necesitamos pruebas.

—¡Apártate, Garrido! —gruñe Martínez, empujándolo ligeramente —. Tenemos algo concreto y queréis seguir jugando a los detectives.

David se une a Marcos, manteniendo la calma a pesar de la tensión palpable.

Los tres avanzan por el pasillo con paso firme, Martínez liderando la marcha con la determinación pintada en su rostro. El eco de sus pisadas rebota contra las paredes grises de la comisaría mientras algunos agentes los observan de reojo, conscientes de la tensión que los envuelve.

Al llegar junto al despacho de Martínez, Marcos lo agarra firmemente por el brazo y lo empuja hacia el interior. David los sigue y cierra la puerta tras ellos, asegurándose de que nadie pueda escuchar la conversación.

—¿Se puede saber qué coño hacéis? —protesta Martínez, liberándose del agarre de Marcos.

—Deja de hacer el gilipollas de una puta vez —espeta Marcos, acercándose tanto a Martínez que sus narices casi se tocan—. ¿Quieres que te recuerde cómo están las cosas aquí?

Martínez retrocede un paso, sorprendido por la intensidad de Garrido.

—Después de que el superpoli te salvara la vida y de que Castro muriera, tú solo ibas a estar como jefe de pacotilla mientras nosotros tratábamos de controlar a todos los nuevos Numen que se habían creado —continúa Marcos Garrido, señalando hacia la puerta como si el mundo exterior fuera una amenaza constante—. ¿O ya se te ha olvidado?

David permanece apoyado contra la puerta, con los brazos cruzados y la mirada fija en Martínez.

—Salazar es un Numen que puede controlar el tiempo —añade Marcos bajando la voz—. Así que cierra la puta boca y déjanos trabajar.

El rostro de Martínez palidece visiblemente mientras procesa la información.

—Y ni una sola palabra al comisario —sentencia Marcos, golpeando con el dedo índice el pecho de Martínez—. ¿Entendido?

Martínez se queda sin palabras, con la boca entreabierta y los ojos desorbitados. Mira a David buscando algún indicio de que todo sea una broma, pero la expresión seria del inspector le confirma la gravedad de la situación.

—¿Un… Numen? —murmura finalmente, dejándose caer en su silla —. ¿Otro?

David asiente lentamente, sin apartar la mirada de él.

41

22 de Octubre de 2025
16:37h
Central de la Interpol
Madrid

Marcos regresa a la reunión y cierra la puerta tras él. Su expresión es indescifrable mientras se acerca al grupo que aguarda expectante. El grandullón deja su café sobre la mesa, derramando unas gotas sobre unos papeles que intenta limpiar torpemente con la manga.

—Ya está todo claro —anuncia Marcos, sin añadir más detalles sobre la conversación con Martínez.

—¿Y bien? —pregunta Heredia, inclinándose hacia adelante—. ¿Qué ha dicho?

Marcos se encoge de hombros.

—Esperaremos a la semana que viene, cuando llegue el cargamento.

Un murmullo de sorpresa recorre la sala. Bellido levanta las cejas tan alto que casi desaparecen bajo su pelo revuelto.

—¿El inspector jefe Martínez ha cedido? —pregunta, incapaz de ocultar su asombro—. ¿Así, sin más? Según mi experiencia y en todas las veces en las que…

—Sí, ha cedido, punto, grandullón.

—¿El mismo Martínez que hace cinco minutos quería asaltar la mansión de Salazar con un equipo táctico? —añade Heredia, cruzando los brazos sobre el pecho.

Marcos no responde a las preguntas, limitándose a ocupar su asiento. Clara observa la escena con atención, percibiendo que hay algo más que Marcos no está compartiendo.

La puerta se abre de nuevo y David entra y se pone frente a todo el equipo.

—Bien, escuchadme todos —dice, colocándose en el centro de la sala—. Vamos a prepararnos para la operación. Bellido, tú y Clara iréis con delitos financieros. Necesito que profundicéis en esas cuentas de Ceres Global.

Bellido asiente repetidamente, como si quisiera compensar cualquier duda con entusiasmo.

—Por supuesto, inspector. Tengo algunos contactos en la división que podrían… bueno, ya sabe, facilitar el acceso a ciertos registros sin demasiadas preguntas. No es que sea ilegal, pero…

—Gutiérrez, Hugo, Resines y Heredia —continúa David, interrumpiendo el balbuceo de Bellido—, os quiero en el club Ónix. Aseguraos de que no ocurre nada fuera de lo normal.

—¿Y si Salazar aparece? —pregunta Gutiérrez.

—Observad y comunicad. Nada de intervenciones sin mi autorización expresa.

David se vuelve hacia el resto del equipo.

—Montoya, Conrado y Lucía, os quiero en el restaurante de Chamberí. Es probable que Salazar mantenga allí alguna reunión antes del envío.

Clara mira a David, pero él evita su mirada mientras continúa organizando los equipos.

Cuando los últimos agentes abandonan la sala, cada uno con sus respectivas asignaciones, Marcos y David esperan en silencio hasta que el eco de las voces se desvanece por el pasillo. Solo entonces, Marcos se acerca a la ventana y observa el estacionamiento, para asegurarse de que todos se han marchado.

—¿Crees que el grandullón encontrará algo en esas cuentas? —pregunta, sin apartar la mirada del cristal.

David recoge los papeles desperdigados sobre la mesa y los guarda en una carpeta negra.

—No importa lo que encuentre. Tampoco importa lo que vean los demás en sus vigilancias.

Marcos se vuelve hacia él con una ceja levantada.

—¿Entonces para qué los mandamos?

—Para mantenerlos ocupados —responde David, cerrando la cremallera de su maletín—. Y para que Salazar vea que seguimos su juego y que nada ha cambiado. Pero sobre todas las cosas, para que el comisario no nos dé por culo.

Ambos salen del edificio y se dirigen al Audi negro de David. Marcos mira su reloj mientras salen del garaje.

—Tenemos cinco horas hasta la reunión —comenta, ajustándose el cinturón—. ¿Qué hacemos mientras tanto?

David conduce con la mirada fija en el tráfico de Madrid, que se espesa a medida que avanzan hacia el centro.

—Dejemos que nuestros hombres crean que estamos siguiendo pistas. La verdad es que solo estamos esperando.

—¿Y el plan de verdad?

—Lo discutiremos esta noche, cuando estemos seguros de que nadie nos escucha.

—Bueno, chaval, no has contestado a mi pregunta, ¿qué hacemos nosotros? ¿dar vueltas como un par de novatos de la local?

—¿Qué propones?

—Pues yo me hacía un gofre, la verdad —dice Marcos relamiéndose.

—Creo que deberías currar más con Bellido y menos conmigo, tenéis más cosas en común últimamente.

—No, por Dios, me pondría como un ceporro como saliera con el grandullón, a parte de que hay que aguantar su verborrea.

—Ya…, mejor ya aguanto yo la tuya.

—Eso es.

El teléfono de David vibra en su bolsillo mientras conduce. Mira la pantalla y frunce el ceño al ver el nombre de Maribel. Activa el

manos libres.

—¿Qué pasa?

La voz de su hermana suena entrecortada, como si estuviera caminando apresuradamente.

—David, es papá. Está en el hospital.

El inspector aprieta el volante y Marcos lo mira de reojo, captando la tensión inmediata en su compañero.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta David, manteniendo la voz firme aunque su mandíbula se tensa.

—Se ha desmayado en su despacho. Por suerte trabaja en un hospital. Estoy llegando ahora.

David cambia de carril bruscamente y gira en la siguiente intersección, provocando que Marcos se agarre al asiento.

Marcos observa el perfil de David, que mantiene la mirada fija en la carretera mientras procesa la información. No necesita preguntar para entender la situación.

—Voy para allá —dice David, cortando la llamada—. Te dejo en alguna parada de metro.

—Ni lo sueñes, yo voy contigo.

—No, Marcos, yo…

—No era una pregunta, chaval.

El Audi de David atraviesa Madrid a una velocidad que desafía las ordenanzas municipales. Marcos no dice nada mientras su compañero zigzaguea entre el tráfico, saltándose varios semáforos en ámbar y alguno claramente en rojo.

Al llegar al Hospital Alonso, David ni siquiera se molesta en buscar aparcamiento. Deja el coche en doble fila frente a la entrada principal y sale disparado hacia el interior. Marcos le sigue, maldiciendo entre dientes mientras trata de mantener su paso.

No lo hace demasiado bien.

En el vestíbulo, Maribel aguarda junto a una mujer mayor de porte elegante que, a pesar de la evidente preocupación en su rostro, mantiene una compostura admirable. El parecido con David resulta inconfundible. Tiene su sus mismos ojos. Realmente ya se habían visto años atrás también en un hospital, cuando le atravesaron la pierna a David en ese maldito atraco.

—David —dice Maribel, acercándose para abrazarlo brevemente.

La mujer se acerca y abraza a su hijo con fuerza contenida. David corresponde con torpeza, como si hubiera olvidado cómo hacerlo.

—¿Qué ha pasado exactamente? —pregunta, separándose y mirando alternativamente a su madre y hermana.

Maribel suspira, pasándose una mano por el pelo.

—Ha sido un ictus. El oncólogo nos lo advirtió como posible complicación del tratamiento experimental. Tenía las defensas por los suelos.

—¿Experimental? —La voz de David suena más dura de lo que pretende—. ¿Cuándo decidió someterse a un tratamiento?

La madre de David coloca una mano sobre su brazo, apretando ligeramente.

—No nos lo dijo a ninguno, ya sabes cómo es tu padre.

Marcos permanece unos pasos atrás, incómodo ante la escena familiar, pero lo suficientemente cerca para mostrar su apoyo.

El grandullón habría sabido qué decir en un momento así. Bueno, habría dicho muchas cosas en una retahíla de información acerca de ictus y cáncer que no habría ayudado mucho, la verdad. Pero al menos no se habría quedado como un maldito ficus.

—¿Cómo está? —pregunta finalmente David.

—Estable —responde Maribel—. Pero aún no sabemos el alcance del daño neurológico. Lo tienen sedado.

David asiente, procesando la información con la misma expresión que Marcos le ha visto usar frente a los peores escenarios criminales. Analítica, controlada, ocultando cualquier emoción que pudiera interferir con su capacidad de acción.

—¿Puedo verlo?

—En unos minutos —dice su madre—. El doctor Menéndez vendrá a buscarnos.

El doctor Menéndez aparece por el pasillo con expresión grave. Es un hombre de unos cincuenta años, con gafas rectangulares y una carpeta bajo el brazo. Su bata blanca, impecable, contrasta con las ojeras que delatan noches de guardia interminables.

David se adelanta instintivamente, como si enfrentara a un sospechoso. Marcos permanece atrás, apoyado contra la pared,

testigo involuntario de una intimidad que no le corresponde.

—Doctor, ¿cómo está mi padre? —La voz de David suena más áspera de lo habitual.

Menéndez suspira con un gesto que anticipa malas noticias. Abre la carpeta, aunque parece no necesitarla realmente.

—No voy a endulzarlo. La situación es crítica. El ictus ha afectado severamente el hemisferio izquierdo. Presenta parálisis en el lado derecho del cuerpo y, aunque es pronto para confirmarlo, probablemente tendrá afasia.

Maribel ahoga un sollozo mientras su madre permanece estoica, como si hubiera anticipado cada palabra.

—El cáncer lo complica todo —continúa el doctor—. Las defensas están por los suelos y el tratamiento experimental ha debilitado considerablemente su organismo. En estas condiciones, la recuperación del ictus será… complicada.

—¿Qué posibilidades tiene? —pregunta David, con la misma frialdad con que interrogaría a un testigo.

El doctor Menéndez mira directamente a los ojos de David.

—Si sobrevive las próximas cuarenta y ocho horas, tendremos que evaluar la calidad de vida. Pero deben prepararse para lo peor. El doctor Alonso es un luchador, todos lo sabemos, pero esta vez…

Deja la frase en el aire, esa pausa médica que dice más que cualquier diagnóstico.

—¿Podemos verlo? —pregunta la madre, con una serenidad que sorprende incluso al doctor.

—Sí, pero de uno en uno. Está sedado, pero les recomiendo que le hablen. A veces, en estos casos, pueden escuchar.

David aguarda su turno en el pasillo, observando cómo su madre y luego Maribel entran y salen de la habitación. Marcos permanece a su lado, sin hablar, simplemente ofreciendo su presencia como único consuelo posible.

De hecho, no hace ni bromas, lo que implica lo tenso de la situación.

Cuando por fin le toca, David duda un instante frente a la puerta. Respira hondo y entra.

La habitación está sumida en una penumbra apenas interrumpida por el parpadeo de los monitores. Su padre yace inmóvil sobre la cama, conectado a tubos y cables que parecen más parte de él que extensiones médicas. La palidez de su rostro contrasta con la vitalidad que siempre había caracterizado al doctor Juan Alonso.

David se acerca lentamente y toma asiento en la silla junto a la cama, observando el rostro inexpresivo de su padre. Por primera vez en años, lo ve vulnerable.

—Hola, papá —murmura, sorprendido por el temblor en su propia voz.

El pitido constante de las máquinas es la única respuesta.

—Te pido disculpas —continúa tras un largo silencio—. Disculpas por no haber sido el hijo que esperabas.

Traga saliva. Las palabras se agolpan en su garganta, palabras que nunca antes había pronunciado.

—Sé que querías que siguiera tus pasos y que fuera médico como tú o como Maribel. Que salvara vidas en vez de perseguir a quienes las quitan.

Se inclina hacia adelante, acercándose más a la figura inmóvil.

—Pero necesito que luches ahora. Que luches y sobrevivas para que puedas seguir avergonzándote de mí.

Una sonrisa amarga se dibuja en sus labios.

—Porque prefiero que estés aquí, aunque sea para recordarme lo decepcionado que estás, a que no estés en absoluto.

David extiende su mano, dudando un instante antes de posarla sobre la de su padre. Está fría, más fría de lo que esperaba.

—Lucha, papá. Lucha como me enseñaste a hacerlo, aunque nunca estuvieras de acuerdo con mis batallas. Tú tienes que ganar la tuya.

42

20 de Octubre de 2025
14:05h
México DC
Residencia de Doña Carmen

Nick saca de su bolsillo un fajo de billetes y separa dos mil dólares que entrega a Doña Carmen. La mujer pasa los dedos por los bordes comprobando la autenticidad antes de guardarlos en el bolsillo de su delantal.

—Si necesita más fotos o videos, mi puerta siempre estará abierta —dice la anciana con una sonrisa—. Lucía tiene muchos talentos que mostrar.

Nick asiente distraídamente mientras guarda la cámara y la grabadora en su mochila. Sus ojos no se apartan de la niña, quien ha vuelto a concentrarse en hacer flotar pequeñas piedras como si nada hubiera ocurrido.

—Vámonos —murmura Samantha, todavía perfectamente caracterizada como Martínez—. Tenemos otra visita pendiente.

La anciana los acompaña hasta la puerta, donde Nick se detiene un instante para mirar atrás. Lucía levanta la vista y sus miradas se cruzan. La niña sonríe con una extraña madurez que le provoca un escalofrío.

Ya en la calle, Nick camina hacia el vehículo, revisando obsesivamente su equipo para asegurarse de que todas las grabaciones están intactas.

—¡Es increíble! —exclama una vez dentro del coche—. ¡Absolutamente increíble! Martínez, no sé cómo agradecerte esto. He estado buscando pruebas así durante dos años.

Samantha arranca el vehículo mientras observa por el retrovisor cómo Will Tatum está al lado del otro automóvil. Tiene una misión que cumplir.

—Te dije que era real —responde ajustándose las gafas de Martínez—. Ahora vamos al hospital. La otra mujer tiene que tener algún don de fuerza, si no sería imposible que pudiera con ese autobús.

Nick no puede contener su entusiasmo mientras revisa las grabaciones en su cámara. Las imágenes son perfectas, nítidas, imposibles de desacreditar como trucos o montajes.

—Esto lo cambiará todo —murmura—. Cuando publique estas pruebas, el mundo entero sabrá que existen personas con habilidades extraordinarias. Ya nadie podrá llamarme loco.

Mientras Samantha y Nick continúan su recorrido en el coche, Will Tatum estaciona su vehículo frente a la casa de la anciana. Baja del automóvil y avanza hacia la puerta.

El sol de la tarde baña su rostro mientras golpea tres veces con firmeza.

Doña Carmen abre la puerta con una sonrisa expectante que se congela al instante. En lugar del periodista desgarbado o del supuesto Martínez, encuentra ante ella a un hombre afroamericano de complexión atlética y mirada penetrante.

—¿Quién es usted? —pregunta la anciana con la mano aferrada al marco de la puerta mientras intenta cerrarla parcialmente.

Will coloca su bota en el umbral, impidiendo que la mujer cierre.

—Buenas tardes, señora —dice con voz grave y acento de Chicago —. Necesito hablar con la niña.

—No sé de qué me habla —responde Doña Carmen con una expresión que se torna cautelosa mientras sus ojos buscan a alguien

más en la calle—. ¿Dónde está el señor Martínez?

Will esboza una sonrisa.

—El señor Martínez tuvo que retirarse, pero me envió para completar algunos detalles.

La anciana entrecierra los ojos con desconfianza. El fajo de billetes en su bolsillo parece pesar más ahora.

—No recibimos más visitas hoy. Vuelva mañana con el señor Martínez.

—Eso no va a ser posible.

Doña Carmen empuja la puerta con todas sus fuerzas y consigue cerrarla, echando el pestillo con un movimiento rápido. Su respiración agitada resuena en el pequeño recibidor mientras se apoya contra la madera, aliviada por haber bloqueado al extraño visitante.

Sin embargo, al girarse hacia el interior de la casa, un grito ahogado escapa de su garganta.

Will Tatum está de pie frente a ella, a menos de dos metros de distancia, completamente inmóvil y con las manos relajadas a los costados. Sus ojos oscuros la observan con la misma intensidad tranquila que mostraba en la entrada.

—¿Cómo…? —balbucea la anciana, palpando desesperadamente la puerta a su espalda sin apartar la mirada del intruso.

Will inclina ligeramente la cabeza, estudiándola como si fuera un espécimen curioso.

—No todos los dones son tan… llamativos como mover objetos —dice con voz pausada—. Algunos son más prácticos.

Doña Carmen retrocede hasta que su espalda golpea contra la puerta cerrada. Sus dedos buscan el pestillo mientras sus ojos saltan entre Will y el pasillo que conduce a donde se encuentra Lucía.

—¿Qué quiere? —pregunta con miedo en la voz.

—Estoy aquí por la niña.

—¡Lucía! —grita la anciana súbitamente—. ¡Escóndete!

El grito de la anciana resuena por la pequeña casa mientras Will extrae una pistola con silenciador de su cinturón. Sin un instante de duda, apunta y dispara. El proyectil impacta en la cabeza de Doña

Carmen con un sonido ahogado, apenas más fuerte que un libro al caer sobre una alfombra.

La anciana se desploma contra la puerta con los ojos abiertos en una expresión de sorpresa final mientras un hilillo de sangre escapa por la comisura de sus labios. Sus dedos, que segundos antes contaban billetes con avaricia, se aflojan y caen inertes a sus costados.

Will no espera para confirmar lo que ya sabe. En un parpadeo, su cuerpo se desvanece como humo en el aire, dejando solo el eco apagado del disparo.

En el patio interior, Lucía se incorpora al escuchar su nombre. La pequeña deja caer las piedras que flotaban frente a ella, que golpean el suelo con un repiqueteo seco.

—¿Abuela? —llama con miedo en la voz.

No hay respuesta. Solo un silencio denso que parece engullir la casa entera.

De repente, Will se materializa junto a ella, surgiendo de la nada como una aparición. Antes de que Lucía pueda reaccionar, su mano se mueve y la jeringuilla que sostiene encuentra su objetivo en el delgado cuello de la niña.

Lucía abre los ojos con sorpresa mientras el líquido entra en su torrente sanguíneo. Intenta elevar algún objeto con su mente, pero sus poderes fallan cuando la droga comienza a hacer efecto. Sus párpados se vuelven pesados y sus piernas ceden bajo su peso.

Will la sostiene antes de que caiga al suelo y el cuerpo de la niña se relaja completamente mientras la inconsciencia la reclama.

La niña respira con suavidad. Su pecho sube y baja rítmicamente mientras la droga mantiene su mente sumergida en la oscuridad. Entonces Will extrae un teléfono satelital del bolsillo interior de su chaqueta y marca un número de memoria.

Tres tonos y la llamada conecta.

—Tatum —responde una voz seca al otro lado de la línea.

—Señor, tengo a la niña —informa Will mientras la observa—. La telequinética está asegurada.

Ryan Cranston, director de operaciones especiales, permanece en silencio unos segundos antes de responder.

—¿Estado?

—Sedada e intacta. Samantha está con el periodista, dirigiéndose al segundo objetivo tal como dijo.

Will escucha el sonido de papeles moviéndose al otro lado de la línea. Cranston siempre consulta sus notas, incluso cuando ya conoce los detalles de memoria.

—Bien. Necesitamos extraer toda la información que el periodista posea antes de eliminarlo —la voz de Cranston suena metódica, como si estuviera repasando una lista de la compra—. Cualquier contacto o evidencia que haya recopilado sobre los Numen. No podemos permitirnos cabos sueltos.

—Entendido, señor.

—La mujer del autobús es prioritaria también. Según los informes, sostuvo cinco toneladas de metal durante casi un minuto. Quiero a ambos sujetos en nuestras instalaciones antes del viernes.

Will camina hasta la ventana y observa la calle desierta, comprobando que nadie haya notado los acontecimientos en la casa.

—¿Alguna instrucción específica para el traslado?

—Usa el protocolo Ámbar. El avión estará esperando en la pista privada de Toluca a las 0200 horas —Cranston hace una pausa—. Y Will, asegúrate de que Samantha no se exceda con el periodista. La necesitamos funcional, no recreativa.

—Sí, señor —responde Will con expresión impasible.

—Informe completo cuando ambos objetivos estén asegurados.

Will guarda el teléfono y regresa junto a la niña. Prepara una segunda dosis de sedante, calculando el tiempo exacto para mantenerla inconsciente durante el traslado.

No quiero sorpresas.

43

21 de Octubre de 2025
22:02h
Montana
Campamento de la milicia

Ya es noche cerrada cuando James Morgan Jr llega al campamento improvisado de la milicia. Los hombres del coronel han montado una docena de tiendas militares formando un perímetro defensivo y cuatro hogueras iluminan el espacio central donde varios hombres limpian sus armas.

Algunos le saludan con gestos silenciosos; otros, los más nuevos, le observan con una mezcla de curiosidad y respeto. La cicatriz que cruza su ojo izquierdo brilla rojiza bajo la luz del fuego.

—Morgan —le saluda Murdock, un hombre fornido de pelo canoso que se acerca limpiándose las manos en un trapo—. ¿Qué ha pasado?

—¿Dónde está el coronel?

—Aquí —dice una voz rasgada acercándose por su espalda—. ¿Has visto el campamento?

James asiente con un gesto seco, pasando el peso de un pie al otro mientras los hombres forman un pequeño círculo a su alrededor.

—Sí, lo he visto —dice James finalmente, limpiando el polvo de su chaqueta—. Está abandonado, pero la estructura principal sigue en pie. Las cabañas necesitan trabajo, pero nada que no podamos arreglar con tiempo.

El coronel sonríe, mostrando dientes amarillentos por el tabaco.

—Excelente —murmura, dándole una palmada en el hombro a James Junior—. Mañana enviaré al primer grupo para empezar las reparaciones. ¿Agua? ¿Electricidad?

—El generador está oxidado pero salvable y el pozo sigue funcionando —James se cruza de brazos—. Con los materiales adecuados, podemos tenerlo operativo en poco tiempo.

Los hombres alrededor intercambian miradas de aprobación. Murdock asiente satisfecho mientras guarda su cuchillo en la funda.

—Bien, bien —el coronel saca un mapa arrugado de su bolsillo y lo extiende sobre una caja de municiones—. Quiero que estemos instalados antes de que llegue el invierno. Murdock, prepara tres equipos. Uno para las reparaciones estructurales, otro para el perímetro defensivo y el tercero para las comunicaciones.

James permanece callado, sin mencionar nada sobre Tom o la niña. Sus ojos recorren el campamento, contando hombres, armas y vehículos. Espera que sean rápidos en largarse de allí.

—He mandado a Liam a la última de las granjas. Con esas reses ya tendremos todo lo que necesitamos cuando el resto llegue del sur con el dinero.

La noche cubre el valle como un manto negro cuando Liam y sus tres hombres se aproximan a la granja de los Wood. Cabalgan en un silencio solo interrumpido por el crujir de las monturas contra la hojarasca y algún ocasional relincho sofocado de los equinos. Liam levanta el puño indicando alto a unos doscientos metros de la casa principal.

—Allí está —susurra, señalando las luces tenues que se filtran a través de las ventanas de la vivienda de dos plantas—. La última en nuestra lista. La única que nos ha dejado Morgan.

Desmonta y los otros tres le imitan. Kendrick, un gigante rubio con barba espesa, comprueba su rifle mientras Terrence y Parker aseguran las riendas de los caballos a un árbol cercano.

—¿Cuántas cabezas? —pregunta Donovan ajustándose el pasamontañas negro.

—Treinta y cinco, según el coronel —responde Liam sacando unos prismáticos de su mochila—. Y dos caballos de pura sangre en el establo. Comparado con lo que ha hecho el pelirrojo esto va a ser una mina de oro.

Los cuatro hombres se arrastran hasta el borde de un pequeño promontorio que les ofrece visión completa de la propiedad. La casa principal, un granero rojo, el establo y, más allá, el cercado donde descansan las reses.

—Dos adultos y tres niños —informa Liam tras estudiar la casa—. Wood, su mujer, y los críos.

Parker escupe al suelo.

—¿Plan?

—El de siempre —Liam guarda los prismáticos—. Entramos rápido. Kendrick y tú al ganado. Terrence y yo nos ocupamos de la familia. Si se resisten…

Deja la frase en el aire, pero todos entienden lo que significa. Morgan no se deja ver si no es totalmente necesario, pero Liam no es Morgan.

Y Liam es el hijo del coronel, así que nadie va a llevarle la contraria.

Los cuatro se separan, moviéndose como sombras entre la vegetación. Parker y Kendrick rodean la propiedad hacia el cercado del ganado mientras Liam y Terrece avanzan directamente hacia la casa.

Liam patea la puerta trasera y la madera cruje antes de ceder, golpeando contra la pared interior. El sonido reverbera por toda la cocina, pero no hay respuesta. Terrence entra tras él con la pistola en la mano.

—¿Dónde coño están todos? —murmura Liam mientras avanza por el pasillo.

La casa permanece en silencio y las luces están encendidas, pero no hay rastro de vida. Sobre la mesa del comedor hay platos a medio comer y un vaso de whisky a medio terminar junto al sillón. Todo indica que la familia ha salido a la carrera.

Terrence sube las escaleras de dos en dos mientras Liam registra la planta baja.

—¡Arriba tampoco hay nadie! —grita Terrence desde el piso superior tras revisar las habitaciones—. Las camas están deshechas y hay ropa tirada por todas partes. Se han ido con prisa.

Liam golpea una silla, derribándola con furia. Se acerca a la ventana y mira hacia el establo. Las puertas están abiertas de par en par.

—Hijos de puta —escupe Liam.

Terrence baja las escaleras con el ceño fruncido.

A veinte metros del granero hacia donde se han dirigido Parker y Kendrick, ocultos entre la maleza y los árboles, los granjeros de la zona aguardan en silencio. Son casi treinta hombres armados con escopetas, rifles y revólveres.

Jason Wood, el dueño de la granja, sostiene su Winchester con tanta fuerza que le duelen las manos. A su lado, su esposa Martha aprieta los labios mientras sujeta una escopeta de dos cañones. Los niños están seguros en casa de los Peterson, a varios kilómetros de distancia.

—Ya han entrado —susurra O´Briant, señalando hacia la casa donde las sombras de dos hombres se proyectan contra las ventanas.

Pearson, que perdió seis vacas la semana pasada, escupe al suelo.

—Esta vez no se van a llevar nada —murmura con odio—. Ya estoy harto de que estos cabrones nos roben lo que es nuestro.

Donovan, el carnicero del pueblo, asiente mientras comprueba su revólver. Todos han sufrido robos en las últimas semanas.

—Silencio —ordena O´Briant—. Dejad que entren todos. Cuando salgan con el ganado, los rodeamos.

Entre los arbustos, Joseph ajusta la mira de su rifle.

—He visto a otros dos dirigirse al cercado —informa en voz baja—. Son cuatro en total.

Wood aprieta los dientes. Su familia lleva tres generaciones criando ese ganado y nadie va a quitárselo en sus narices.

—Paciencia —aconseja O´Briant notando la tensión creciente—. Cuando estén todos a la vista, disparamos al aire. Si se rinden, los detenemos. Si no… El maldito Morgan es mío.

Desde que salieron de la casa de ese hombre, sabía que esta sería la última casa por robar. Era la única en la que todavía no lo habían hecho, y era sin duda la más grande y la que más ganado tenía.

Si el sheriff quiere esperar, que espere, pero nosotros tenemos que defendernos por nosotros mismos.

Liam y Terrence salen de la casa maldiciendo su suerte. El silencio de la noche se rompe con el crujir de sus botas sobre la grava mientras avanzan hacia el granero con las armas en alto.

—¡Kendrick! ¡Parker! —grita Liam—. ¿Habéis encontrado algo?

No hay respuesta. Solo el silencio inquietante y el viento meciendo las ramas de los pinos cercanos.

—Algo no va bien —murmura Terrence ajustando el agarre de su rifle—. Deberíamos…

No termina la frase. Una voz potente rasga la noche desde algún punto entre los árboles.

—¡ALTO! ¡MANOS ARRIBA, HIJOS DE PUTA!

Las luces de varias linternas se encienden simultáneamente, cegándolos. Liam parpadea desorientado mientras distingue siluetas emergiendo de la oscuridad. Son muchas, demasiadas.

—¡TIRAD LAS ARMAS! —grita O'Briant avanzando con su escopeta apuntando directamente al pecho de Liam—. ¡AHORA!

Terrence alza su rifle por instinto, pero Wood dispara al aire y el estruendo paraliza a todos.

—El próximo va a tu cabeza —advierte Jason Wood con voz gélida —. Suelta el arma.

Liam permanece inmóvil, evaluando la situación. Están rodeados. Cuenta rápidamente: veinte, tal vez treinta hombres emergen de entre los árboles con sus armas apuntando hacia ellos.

—¿Dónde están los otros dos? —pregunta Donovan acercándose con su revólver.

—Aquí —responde Pearson empujando a Kendrick y Parker que avanzan con las manos en alto—. Los pillamos intentando abrir el cercado.

—Esto no tenía que ser así —dice Liam con voz engañosamente tranquila—. Solo queríamos el ganado.

Entonces O'Briant da un paso al frente con el rostro deformado por el odio.

—¿Como matasteis a mi hijo por unas vacas?

Liam sonríe con una mueca torcida.

—No sé de qué hablas, viejo.

Entonces Liam desenfunda su arma y apunta directamente a Jason Wood, que es a quien tiene más cerca. El disparo rompe el silencio de la noche como un trueno y la bala impacta en el pecho del granjero, que se tambalea hacia atrás con expresión sorprendida antes de desplomarse sobre la hierba.

—¡Jason! —grita Martha corriendo hacia su marido caído.

El caos estalla en un instante y los granjeros responden con una lluvia de disparos. Terrence apenas tiene tiempo de levantar su rifle cuando tres impactos de bala perforan su torso. Cae de rodillas, escupiendo sangre, antes de desplomarse boca abajo sobre el barro.

Kendrick intenta correr hacia los árboles, pero Donovan dispara dos veces. La primera bala le atraviesa el hombro y la segunda le destroza la nuca. El gigante rubio se derrumba como un árbol talado.

Parker logra disparar una vez, hiriendo a Joseph en el brazo, antes de que O'Briant vacíe los dos cañones de su escopeta contra él. El impacto lo lanza varios metros hacia atrás, destrozándole el pecho.

Liam, rodeado por el fuego cruzado, dispara frenéticamente mientras retrocede hacia la casa. Una bala le atraviesa el muslo, otra le roza la mejilla. Gira para buscar cobertura, pero Pearson aparece a su derecha y descarga su rifle directamente contra su cabeza. El hijo del coronel cae fulminado con su cuerpo inerte golpeando el suelo con un ruido sordo.

El silencio regresa al claro, solo interrumpido por los gemidos de Wood y los sollozos de Martha arrodillada junto a él.

44

22 de Octubre de 2025
21:15h
Estación de Atocha
Madrid

Clara camina por las calles de Madrid mientras el frío de la noche se cuela entre los pliegues de su abrigo. La despedida con María en Atocha ha sido más emotiva de lo que esperaba. Su amiga la ha abrazado con fuerza y le ha dejado las mejillas marcadas de carmín tras múltiples besos.

—Te voy a echar muchísimo de menos —le ha dicho María una y otra vez—. Y quiero que me cuentes todo lo que pase con David, ¿me oyes? Todo.

—No va a pasar nada —ha respondido Clara, pero la sonrisa cómplice de María dejaba claro que no la creía.

El tren parte con María agitando la mano desde la ventanilla y Clara se queda en el andén con una extraña sensación de soledad. Consulta su reloj: las nueve y cuarto. Tiene tiempo de sobra para llegar al piso de Chamberí.

Decide caminar para aclarar sus ideas. Los acontecimientos de los últimos días dan vueltas en su cabeza: Salazar y su don, la grabación incriminatoria, el asesinato de Méndez… Y por encima de todo, la investigación secreta de David sobre el Libro de los Ritos.

David sale del hospital con la cabeza gacha y los hombros caídos. El peso de la conversación con su padre le ha dejado exhausto. Al cruzar las puertas automáticas, encuentra a Marcos apoyado contra su coche, fumando un cigarrillo a pesar de que lleva tres años diciendo que lo ha dejado.

—¿Cómo está, compañero? —pregunta Marcos, tirando la colilla y aplastándola con la punta del zapato.

David se encoge de hombros, evitando la mirada de su compañero.

—Dormido.

Marcos asiente y apoya una mano en el hombro de David.

—Quédate aquí, yo me ocupo de hablar con el equipo. Si hace falta, movemos la operación para otro día.

—No —responde David con firmeza, levantando la mirada—. No puedo hacer mucho más aquí ahora. Mi padre está sedado y mi madre y Maribel se quedarán con él toda la noche.

—David, no tienes que demostrarle nada a nadie.

El hecho de que le llame por su nombre de pila demuestra lo grave de la situación.

—Esto no es por demostrar nada —replica David mientras saca las llaves del coche—. Es por mantener la cabeza ocupada. Si me quedo aquí sentado, me volveré loco.

Marcos lo estudia un momento, reconociendo esa determinación que tanto admira y teme en su compañero.

—Vale, vamos juntos entonces.

David asiente, agradecido por la comprensión de su amigo. Los dos suben al coche y parten hacia la segunda oficina, la que utilizan de verdad, dejando atrás el Hospital Alonso.

Clara empuja la pesada puerta del edificio señorial en Chamberí y el calor del vestíbulo la envuelve como un abrazo después del frío de la calle. Sacude su abrigo, liberándolo de algunas gotas de lluvia que han comenzado a caer, y se dirige al ascensor. Pulsa el botón del quinto piso y espera a que llegue.

Al llegar, recorre el pasillo hasta la puerta del apartamento que David usa para sus reuniones clandestinas y llama a la puerta con tres golpes cortos. Espera unos segundos hasta que escucha pasos acercándose desde el interior. La puerta se abre y aparece el rostro bonachón de Bellido.

—¡Hombre, Clara! —exclama con una sonrisa amplia—. Pasa, pasa. Ya estamos casi todos.

Clara entra al apartamento y el olor a café recién hecho y comida china inunda sus sentidos. La sala principal está iluminada por la tenue luz de unas lámparas de pie y el resplandor azulado de varios ordenadores portátiles abiertos sobre la mesa.

Bellido cierra la puerta tras ella y la acompaña hasta la mesa central donde Heredia, Conrado, Nico, alias, el Lobuno y Fran, el Pelota, están sentados entre papeles, cartones de comida y vasos de plástico.

—Llegas justo a tiempo —dice Heredia levantando la vista de su ordenador—. Bellido ha traído suficiente comida como para alimentar a un regimiento.

—No exageres —responde Bellido con falsa modestia mientras regresa a su silla—. Solo son unos rollitos de primavera, arroz tres delicias y pollo con almendras. Cinco pizzas, ocho hamburguesas y algunos perritos.

El Lobuno levanta un cartón de comida a modo de saludo mientras el Pelota continúa absorto en los documentos que tiene frente a él, apenas reconociendo la presencia de Clara con un breve asentimiento.

—¿Y los demás? —pregunta Clara mientras cuelga su abrigo en el perchero y se sienta en una silla libre.

—El inspector Garrido llamó hace diez minutos —responde Conrado pasándole un vaso de café—. Viene de camino con el inspector Alonso. Parece que han pasado por el hospital.

—¿Hospital? —Clara siente un nudo en el estómago.

—El padre de Alonso —aclara Bellido en voz baja—. Parece que le ha pasado algo.

Clara asiente sin decir nada más y toma un sorbo de café. Observa la sala: mapas en las paredes, fotografías de Salazar y sus

contactos, diagramas de flujos financieros. Todo el trabajo de meses condensado en ese espacio.

—¿Y Gutiérrez y Resines? —pregunta después de un momento.

—Vienen por separado —contesta el Pelota sin levantar la vista—. Tenían que terminar un informe para Martínez para no levantar sospechas.

Todos guardan silencio, cada uno ocupado con sus pensamientos mientras esperan a que llegue el resto del equipo. Clara abre su portátil y revisa las notas sobre Salazar, pero su mente está dividida entre la operación y la preocupación por David.

David y Marcos aparcan el coche frente al edificio de Chamberí. La lluvia ha arreciado, formando pequeños charcos en el asfalto que reflejan las luces de la ciudad. Mientras David apaga el motor, observa por el retrovisor a dos figuras conocidas que se acercan a paso ligero.

—Mira quiénes vienen ahí —señala Marcos.

Héctor Gutiérrez y Paco Resines avanzan bajo un único paraguas demasiado pequeño para ambos, lo que provoca que el hombro derecho de Gutiérrez esté completamente empapado.

—…y entonces el muy cabrón me dice que revise los informes de nuevo porque no le cuadran las horas —dice Gutiérrez gesticulando con vehemencia—. ¡Como si no tuviera nada mejor que hacer que corregir sus putos errores administrativos, carallo!

—El inspector jefe Martínez es un auténtico capullo —asiente Resines, esquivando un charco—. El otro día me hizo rehacer el informe del caso Romero tres veces porque, según él, no especificaba correctamente la cronología de los hechos.

David y Marcos salen del coche justo cuando la pareja llega a la entrada del edificio.

—Buenas noches, señoritas —saluda Marcos con una sonrisa cansada—. ¿Interrumpimos vuestro club de fans de Martínez?

—Qué va, inspector —responde Gutiérrez bajando la mirada—. Estábamos pensando en montar una fiesta sorpresa para celebrar su incompetencia.

Mientras intercambian saludos, el teléfono de David comienza a vibrar en su bolsillo. Al mirar la pantalla, ve la foto de Maribel.

—Tengo que coger esta llamada —dice alejándose unos pasos.

—¿Dónde estás? —pregunta Maribel sin preámbulos con voz tensa y agotada.

—Estoy trabajando —responde David, dándoles la espalda a sus compañeros—. Tenemos una reunión importante esta noche.

—¿Qué puede ser más importante que estar con tu familia en este momento? —La voz de Maribel tiembla ligeramente—. Papá acaba de despertar y ha preguntado por ti.

David cierra los ojos y aprieta el puente de su nariz con fuerza.

—Mari, tengo que…

—No, David. No me vengas con excusas. Siempre es lo mismo contigo. Trabajo, trabajo y más trabajo. Como si eso fuera a arreglar algo.

Los demás han entrado ya al edificio, dejándole un momento de privacidad. La lluvia cae con más fuerza sobre su cabeza, pero apenas la nota.

—Iré en cuanto termine —promete David—. Esto es importante.

—Esto también es importante —responde Maribel con firmeza—. Es tu padre, David y no sabemos cuánto tiempo le queda.

Un silencio tenso se instala entre los hermanos mientras la lluvia cae implacable sobre David. Las gotas resbalan por su rostro mezclándose con el sudor frío que comienza a perlar su frente.

—Habéis estado sin mí mucho tiempo —responde finalmente con dureza—. No creo que pase nada porque no esté hoy también. Para eso ya está su hija perfecta y su perfecta familia.

La respiración de Maribel se entrecorta al otro lado de la línea. Cuando habla, su voz ya no tiembla; se quiebra por completo.

—Mi familia no es perfecta, David. Mi marido se ha ido con otra mujer después de engañarme durante un año.

David se queda paralizado bajo la lluvia, con el teléfono pegado a la oreja y la boca entreabierta.

—Lo tenía todo previsto para tener ya otra casa con la otra mujer antes de decirme nada —continúa Maribel, las palabras saliendo como un torrente incontrolable—. Y todavía no se lo he dicho a los

niños. Por el momento él sigue en casa y yo estoy con ellos en casa de los papás.

David se apoya contra la pared del edificio, completamente perplejo. El agua empapa su ropa, pero apenas lo nota. La amargura con la que ha hablado a su hermana se transforma en un nudo de culpa que le oprime la garganta.

—Mari, yo… no sabía… —balbucea, incapaz de articular una respuesta coherente.

—Claro que no lo sabías —responde ella con una risa hueca—. ¿Cómo ibas a saberlo? Hace meses que no te pasas por casa. Hace meses que no preguntas cómo estamos de verdad.

David cierra los ojos y se pasa una mano por el pelo empapado. La imagen de su sobrina y su sobrino le golpea con fuerza. Piensa en la última vez que los vio, en Navidad, corriendo por la casa con sus regalos mientras Carlos, el marido de Maribel, servía champán con una sonrisa.

—Iré, déjame que hable con mi equipo y voy para allá —dice David, pasándose una mano por el rostro empapado—. Lo siento mucho, Maribel. De verdad.

—No quiero tu compasión —responde ella con voz firme, aunque quebrada por el llanto contenido—. Solo quiero que estés aquí. Por una vez, solo… estate aquí.

David mira hacia la entrada del edificio donde sus compañeros lo esperan. La operación, Salazar, el Libro de los Ritos… todo parece difuminarse bajo la lluvia que cae implacable sobre sus hombros.

—Dame una hora —dice finalmente—. Organizaré todo y estaré allí. Te lo prometo.

Maribel guarda silencio durante unos segundos que se hacen eternos.

—Una hora —repite ella antes de colgar.

David permanece inmóvil bajo la lluvia, con el teléfono en la mano y la mirada perdida en el asfalto mojado. Las gotas resbalan por su rostro, mezclándose con la tensión acumulada de semanas. El peso de todas sus decisiones parece caer sobre él de golpe: su padre muriendo, su hermana destrozada y su maldita obsesión con el trabajo.

Marcos asoma la cabeza por la puerta del edificio.

—¿Todo bien, superpoli? Te estás empapando.

David levanta la vista y asiente brevemente.

—Tengo que irme al hospital —dice mientras guarda el teléfono—. Mi padre ha despertado.

—Claro, yo hablo con ellos.

—No, lo hago yo, pero me voy en seguida.

David entra en el apartamento de Chamberí completamente empapado, con el agua goteando de su pelo y chaqueta. Todos los presentes detienen sus conversaciones para mirarlo, notando de inmediato su expresión sombría. Marcos cierra la puerta tras él y le pasa una toalla que había en el baño.

—Vale, voy a ser breve —anuncia David pasándose la toalla por el pelo mientras camina hacia la mesa central—. Tengo que irme al hospital en menos de una hora.

Clara observa la tensión en su mandíbula y las ojeras marcadas bajo sus ojos. Nunca lo ha visto tan agotado.

—¿Cómo está tu padre? —pregunta Bellido con genuina preocupación.

—Ha despertado —responde David secamente, dejando claro que no quiere hablar del tema—. Centrémonos en Salazar. Después de lo que vimos en su mansión, tenemos clara su operativa —explica David con voz firme—. Salazar utiliza su don para adelantarse a lo que pueda pasar, pero no puede hacerlo todo el tiempo. Ese es su punto débil.

Gutiérrez se rasca la barba, dejando caer algunas gotas de agua sobre los documentos.

—¿Y cómo aprovechamos eso, exactamente?

—Esperando —responde David—. Tenemos que esperar a que entre la mercancía. En ese momento estaremos allí, esperando, y lo cogeremos en su casa. Hasta entonces, no moveremos un dedo, solo lo vigilaremos para que no sospeche.

Clara se acomoda en su silla, sintiendo todas las miradas sobre ella.

—Clara se adelantará en el futuro para ver sus movimientos —continúa David—. Pero no haremos nada hasta que él se adelante.

En ese momento, cuando ya no tenga motivos para ver el futuro, lo pillaremos.

—¿Cómo sabemos que funcionará? —pregunta Resines.

—Porque él no puede volver atrás en el tiempo como hacía Clara antes —explica David mirándola directamente—. Solo puede ver momentos de su futuro si lo hace a propósito.

Marcos apoya ambas manos sobre la mesa y asiente.

—Es un plan arriesgado, pero puede funcionar.

—Tiene que funcionar —sentencia David—. Es nuestra única oportunidad.

45

22 de Octubre de 2025
21:15h
Barrio de Chamberí
Madrid

Cuando acaba su explicación, David recoge sus papeles de la mesa mientras los demás comienzan a marcharse. El plan está claro: esperar a que Salazar use su don para pillarlo con la guardia baja. Nadie hace preguntas. Todos están cansados y son conscientes de que David tiene cosas más importantes que hacer.

—Te veo mañana —le dice a Marcos mientras se pone la chaqueta —. Voy al hospital.

Marcos asiente con una media sonrisa que esconde preocupación.

—Dale recuerdos a tu padre, superpoli.

Clara observa a David atravesar la puerta con paso decidido. Algo no encaja. La expresión de su rostro y esa tensión en su mandíbula no predicen nada bueno.

Sin pensarlo, cierra los ojos y activa su don.

El futuro se despliega ante ella como una película acelerada. David no va al hospital sino que su Audi negro atraviesa calles hasta llegar a una zona residencial en La Moraleja con mansiones con jardines perfectos y coches de lujo. Luego estaciona, comprueba una dirección en su teléfono y camina decidido hacia una casa blanca de

dos plantas. Llama al timbre y un hombre de unos cuarenta años abre la puerta. Intercambian unas palabras que Clara no alcanza a escuchar. De pronto, David empuja al hombre dentro de la casa y comienza a golpearlo con furia descontrolada. Puñetazos, uno tras otro, mientras el hombre cae al suelo y David continúa, imparable, con los nudillos ensangrentados y una expresión que Clara vio en su rostro dos años atrás, cuando el dolor y el mono eran más fuertes que su sentido común. Cuando era un hombre sin control, cegado por la rabia.

Clara abre los ojos, jadeando. El apartamento sigue igual, con los demás recogiendo sus cosas.

David acaba de salir, así que tiene que actuar rápido.

Sale corriendo por las escaleras, saltando los escalones de dos en dos. Cuando llega a la calle, ve a David caminando hacia su coche bajo la lluvia y corre hacia él, empapándose al instante.

—¡David! —grita, alcanzándolo justo cuando está abriendo la puerta del Audi.

Él se gira, sorprendido y el agua resbalando por su rostro.

—¿Qué pasa? —pregunta con impaciencia.

—No lo hagas —dice Clara sin rodeos—. He visto lo que vas a hacer. Vas a darle una paliza a un hombre. No sé quién es, pero si lo haces, lo lamentarás.

David se queda inmóvil, con la mano en la manija de la puerta y la lluvia empapando su chaqueta. Sus ojos se oscurecen.

—¿Has usado tu don conmigo? —Su voz es peligrosamente baja.

—Lo siento, pero he visto que algo no iba bien en ti.

David se queda inmóvil bajo la lluvia, con el agua resbalando por su rostro mientras aprieta los puños. Clara percibe el temblor en sus manos y la tensión en cada músculo de su cuerpo. Espera una explosión, un grito o una recriminación por haber invadido su privacidad con su don.

Pero lo que ocurre la deja sin palabras.

Los hombros de David se desploman de golpe y su rostro se contrae en una mueca de dolor tan profunda que Clara siente un nudo en la garganta. No es rabia lo que ve, es algo mucho peor. Es un hombre rompiéndose por dentro.

—Es el marido de mi hermana—susurra con voz quebrada mientras las primeras lágrimas se mezclan con la lluvia—. El muy cabrón la ha engañado con otra.

Un sollozo escapa de su garganta, áspero, como si llevara años atrapado. Clara actúa por instinto. Da un paso adelante y lo rodea con sus brazos. El contacto físico, que normalmente evita a toda costa, ahora le parece lo único correcto. David se aferra a ella como un náufrago a una tabla, temblando.

—Maribel está destrozada —continúa entre sollozos—. Mi padre en el hospital, mi hermana abandonada… y yo no puedo hacer nada. Iba a… iba a…

—Lo sé —murmura Clara, sintiendo cómo la lluvia los empapa a ambos—. Por eso estoy aquí.

David se separa ligeramente para mirarla a los ojos.

—Iba a destrozarle la cara. Quería comprobar si seguía en su casa. En la que es la casa de mi hermana.

Clara asiente, sosteniéndole la mirada.

La lluvia cae implacable sobre ellos, pero ninguno hace ademán de moverse. David se aferra a Clara como si fuera un salvavidas en medio de una tormenta. Sus cuerpos empapados tiemblan bajo el aguacero, mientras las gotas resbalan por sus rostros mezclándose con las lágrimas de David.

El tiempo parece suspendido en ese abrazo. Clara, que siempre ha evitado el contacto físico, ahora encuentra un extraño confort en sostener a este hombre roto. No hay palabras, solo se escucha el sonido de la lluvia golpeando el asfalto y sus respiraciones entrecortadas.

Finalmente, David se separa ligeramente y sus ojos enrojecidos buscan los de Clara.

—Tengo que ir al hospital —murmura con voz ronca, pasándose una mano por el rostro empapado—. Mi padre… no puedo perder más tiempo.

Clara asiente sin soltar sus brazos.

—Te acompaño —responde con una seguridad que la sorprende incluso a ella misma.

David parpadea, confundido.

—No es necesario que…

—Te acompaño —repite Clara con firmeza—. No deberías estar solo ahora.

Una sombra de gratitud cruza el rostro de David. No protesta más. Abre la puerta del copiloto para ella y rodea el coche hasta su asiento. El interior del Audi huele a cuero y a una mezcla de colonia y medicamentos. Clara se acomoda mientras David arranca el motor.

Las luces de Madrid se reflejan en las gotas que resbalan por las ventanillas mientras avanzan en silencio hacia el hospital. Lo que acaba de evitar podría haber destruido su carrera, pero lo que ahora enfrenta podría destrozar su corazón.

El Hospital Alonso se alza imponente entre la lluvia con sus luces blancas atravesando la oscuridad como faros en una tormenta. David estaciona el Audi en el aparcamiento reservado para familiares y médicos. Sus manos se aferran al volante unos segundos antes de apagar el motor.

—Gracias —murmura sin mirar a Clara—. Por detenerme. Por venir.

El vestíbulo del hospital huele a desinfectante y a café rancio de máquina expendedora. David camina hacia los ascensores, como quien conoce el camino de memoria. Clara lo sigue en silencio, consciente de estar adentrándose en una parte de su vida que pocos han visto.

En la quinta planta, dos mujeres aguardan frente a una habitación. La mayor, de unos sesenta años, tiene el rostro marcado por noches sin dormir. La más joven es la mujer con la que lo vio en el bar y más tarde en su visión en su apartamento.

—Mamá, Maribel —saluda David con un beso—. ¿Cómo está?

—Igual —responde Maribel, fijando la mirada en Clara con curiosidad.

David se vuelve hacia Clara, que permanece unos pasos atrás.

—Ella es Clara Losada, una compañera de trabajo. Me ha acompañado.

La madre de David extiende una mano cansada hacia Clara.

—Elena de la Osa. Gracias por acompañar a mi hijo en estos momentos.

Maribel apenas asiente, demasiado agotada para formalidades.

—Voy a entrar —dice David.

La habitación está en penumbra, iluminada solo por la tenue luz de las máquinas que rodean la cama. Juan Alonso, otrora imponente médico, yace disminuido entre sábanas blancas. Su piel tiene un tono amarillento y su respiración es superficial y trabajosa.

David se acerca y toma la mano de su padre. Está fría, pero responde con un débil apretón.

—Papá, soy yo.

Los párpados de Juan se abren lentamente. Y sus ojos, aunque nublados, reconocen a su hijo.

—David… —susurra con voz apenas audible.

—No hables, no te esfuerces —dice David, inclinándose más cerca.

Juan niega levemente con la cabeza. Con un esfuerzo visible, levanta una mano temblorosa hacia el rostro de su hijo.

—Te escuché… antes —murmura entrecortadamente—. Siempre… orgulloso.

David siente que algo se quiebra dentro de él.

—Papá, yo…

—Tus principios… —continúa Juan con dificultad—. Siempre… los tuyos. No los míos… pero los respeto.

Una lágrima cae sobre la mano de Juan. David no intenta ocultarla.

—Gracias —susurra David, aferrándose a esas palabras como a un salvavidas.

Juan cierra los ojos, agotado por el esfuerzo, pero su mano sigue aferrada a la de su hijo. En ese silencio compartido hay más comunicación que en todos los años de distancia.

46

21 de Octubre de 2025
23:35h
Montana
Camino hacia Riverdale

La camioneta de Pearson avanza por el camino de tierra mientras Martha sostiene la cabeza de Jason en su regazo, presionando un trapo empapado en sangre contra la herida de su pecho.

—Más despacio, por Dios —suplica Martha con la voz quebrada—. Lo estás matando.

Pearson asiente y levanta el pie del acelerador. Detrás de ellos, la camioneta de O'Briant transporta los cuerpos de los cuatro milicianos cubiertos con lonas. Joseph conduce con el brazo vendado con un trozo de su camisa, mientras Donovan vigila por la ventanilla trasera, por si aparecen más hombres tras ellos.

Michael O'Briant permanece sentado junto a los cadáveres con el rifle descansando sobre sus rodillas mientras contempla la oscuridad que han dejado atrás.

—Deberíamos haber esperado al sheriff —murmura Donovan desde el asiento del copiloto—. Esto se va a poner muy feo.

—Ya está feo —responde Joseph sin apartar la vista del camino—. Wood puede morir y tenemos cuatro cadáveres.

Michael acaricia el cañón de su escopeta mientras los faros iluminan el sendero entre los pinos. La luna llena baña el paisaje con su luz plateada, revelando las siluetas de los árboles como centinelas silenciosos.

—Si hubiéramos esperado a Carson toda la familia de Wood habría muerto —dice O´Briant sin apartar la mirada de los cuerpos.

—Eso no lo sabes, si no hubieras salido a por ellos igual no le habría pasado nada a Rober. Puede que a ellos tampoco —contesta Donovan de inmediato

—¿Insinúas que es culpa mía? —pregunta Michael O´Briant con furia infinita.

—Claro que no, pero ahora hemos matado a cuatro hombres y tendremos que afrontar las consecuencias.

—Eso no es lo peor de todo porque estoy seguro de que no iban solos. Que hay más como ellos ahí fuera. Ninguno de ellos fue el que disparó a Rober. Así que, o ese loco de Morgan viene a por nosotros, o alguien que se la parece mucho lo hará. Pero el asesino de mi hijo sigue ahí fuera.

Las luces de las camionetas iluminan las calles vacías de Riverdale cuando llegan al pueblo. Martha sigue sosteniendo la cabeza de Jason Wood mientras la sangre empapa su falda y el asiento de la camioneta.

El sheriff Carson sale de la comisaría al escuchar los motores aproximándose. Lleva el uniforme arrugado y una taza de café en la mano que deja caer al suelo cuando ve el rostro ensangrentado de Wood a través de la ventanilla.

—¡Dios santo! —exclama acercándose a la camioneta de Pearson —. ¿Qué demonios ha pasado?

Pearson detiene el vehículo frente a la clínica del doctor Harmon mientras O'Briant estaciona su camioneta junto a la comisaría.

—¡Necesitamos al médico! —grita Martha con desesperación—. ¡Se está muriendo!

Carson golpea la puerta de la clínica mientras Joseph y Donovan ayudan a sacar a Wood del vehículo. El doctor Harmon aparece en pijama, frotándose los ojos, pero se espabila de inmediato al ver el estado del granjero.

—Adentro, rápido —ordena abriendo la puerta de par en par.

O'Briant se acerca a Carson con la escopeta todavía en la mano y el rostro manchado de sangre seca.

—Tendríamos que haber esperado, sheriff —dice con voz hueca—. Pero no lo hicimos. Eran cuatro hombres, armados. Iban a llevarse el ganado de Wood.

Carson mira hacia la segunda camioneta donde asoman las botas de uno de los cadáveres bajo la lona.

—¿Cuántos muertos? —pregunta con un hilo de voz.

—Los cuatro —responde Donovan limpiándose las manos en un pañuelo—. Nos dispararon primero. No tuvimos elección.

El sheriff se pasa una mano por el rostro, sintiendo cómo la situación se le escapa de las manos.

—¿Reconocisteis a alguno?

O'Briant niega con la cabeza.

—Nunca los había visto antes.

Carson suspira profundamente mientras observa cómo el doctor y Martha desaparecen dentro de la clínica con Wood.

—Esto va a traer problemas —murmura—. Muchos problemas. Hay que llamar a la ciudad.

A menos de un kilómetro del pueblo, Evan Miller vigila desde una colina con sus prismáticos militares. El joven de apenas veintidós años lleva tres horas en la misma posición, cumpliendo las órdenes del coronel de observar el pueblo mientras sus hombres entran en las granjas. La noche es fría y su aliento forma pequeñas nubes frente a su rostro mientras escanea el horizonte.

Las luces de dos camionetas aparecen en la carretera que conduce a Riverdale y Evan ajusta el enfoque de sus prismáticos. Algo no va bien. Los vehículos avanzan demasiado rápido.

—Mierda —murmura mientras observa las camionetas detenerse frente a la clínica y la comisaría.

Un grupo de hombres desciende apresuradamente, transportando a un herido hacia la clínica. Evan contiene la respiración cuando ve

la segunda camioneta y lo que ocurre después le hiela la sangre. Varios hombres comienzan a bajar cuerpos cubiertos con lonas.

Y, cuando las retiran para trasladar los cuerpos, Evan distingue perfectamente los rostros de Terrence, Parker y Kendrick. Finalmente, aparece el cuerpo de Liam con un agujero sangriento donde antes estaba su ojo izquierdo.

—No puede ser —jadea Evan, dejando caer los prismáticos que quedan colgando de su cuello.

Sin perder un segundo, el vigía se levanta y corre hacia su motocicleta oculta entre los arbustos. La arranca al primer intento y acelera a fondo por el sendero de tierra que conduce al campamento, a veinte kilómetros de distancia.

El viento golpea su rostro mientras sortea piedras y ramas caídas, conduciendo a toda velocidad entre los árboles. Solo un pensamiento ocupa su mente: el coronel debe saber que su hijo está muerto.

A la media hora de camino, la motocicleta de Evan derrapa en la tierra cuando entra al campamento, levantando una nube de polvo que se ilumina con las hogueras dispersas por el perímetro. Frena de golpe frente a la tienda principal, apaga el motor y salta del vehículo sin molestarse en colocar el soporte.

Dentro de la cabaña, el coronel parte un trozo de carne seca con sus manos callosas. A su derecha, James Morgan Jr. traza líneas sobre un mapa desplegado en la mesa mientras Murdock sirve whisky en tres vasos desportillados. El olor a tabaco y carne asada es bastante fuerte allí dentro.

—Deberíamos enviar más hombres al Sur —sugiere James señalando un punto en el mapa—. Hay granjas más grandes y mejor abastecidas. Nos harán falta para asentarnos como es debido.

El coronel mastica lentamente, con la mirada perdida en las llamas que bailan en la chimenea.

—Primero necesitamos saber cuántas reses más tenemos desde esta noche —responde con voz grave—. No quiero dispersar nuestras fuerzas hasta asegurar esta zona.

Murdock asiente mientras desliza un vaso hacia el coronel.

—Los chicos que mandó son buenos. Volverán antes del amanecer.

La puerta se abre de golpe, golpeando contra la pared y Evan aparece en el umbral, jadeando, con el rostro pálido y sudoroso. Los tres hombres levantan la mirada y la dirigen hacia el joven que acaba de llegar. Jamás habría entrado así si no hubiera pasado algo muy grave.

—¡Coronel! —exclama Evan con la voz entrecortada—. ¡Los han matado! ¡A todos!

James se levanta tan rápido que su silla cae hacia atrás con un estruendo que resuena en la cabaña. En cambio, el coronel permanece inmóvil, con los nudillos alrededor de su vaso.

—¿Qué estás diciendo, muchacho? —pregunta Murdock dando un paso hacia él.

—Liam, Terrence, Parker, Kendrick… —Evan traga saliva—. Están muertos. Los vi en el pueblo. Los granjeros los llevaban en camionetas, cubiertos con lonas.

El coronel se levanta lentamente, con una calma aterradora que contrasta con la furia que arde en sus ojos.

—¿Estás seguro? —pregunta con voz apenas audible.

—Sí, coronel. Vi sus cuerpos. A Liam… —Evan duda un instante—. A Liam le dispararon en la cabeza.

James golpea la mesa con tanta fuerza que los vasos saltan y el whisky se derrama sobre el mapa.

—¡Esos hijos de puta! —ruge mientras su rostro se contorsiona de rabia.

Fuera, algunos hombres dejan sus partidas de cartas y se acercan a la cabaña, atraídos por el alboroto. Los centinelas giran sus cabezas hacia la estructura principal, tensando sus manos alrededor de sus rifles.

El coronel permanece inmóvil durante un largo minuto mientras todos los hombres guardan silencio, expectantes. El único sonido en la cabaña es el crepitar del fuego y la respiración agitada de Evan, que todavía trata de recuperar el resuello.

Finalmente, el coronel levanta la mirada. Sus ojos, antes fríos y calculadores, ahora arden con una rabia primitiva que hace retroceder incluso a Murdock.

—El plan ha cambiado —declara con voz serena que contrasta con la tormenta que se agita en su interior—. La idea era pasar desapercibidos, robar solo lo necesario para establecernos y reconstruir. Pero ahora…

Deja la frase en el aire mientras se acerca al mapa extendido sobre la mesa. Con un movimiento brusco, pasa su dedo sobre el punto que marca Riverdale.

—Ahora vamos a matar a todos los que encontremos en ese maldito pueblo —sentencia apretando el puño con todas sus fuerzas —. Todos los que tuvieron algo que ver con la muerte de mi hijo y todos los que se pongan en nuestro camino lo pagarán con sangre.

—¿Y cuando vengan los federales? —pregunta Murdock sin alterar su expresión.

El coronel sonríe con una mueca cruel que deforma sus labios.

—Los estaremos esperando —responde mientras desliza su mano hacia la pistola que descansa en su cinturón.

Los hombres reunidos en la cabaña intercambian miradas. Algunos con temor y otros con excitación ante la perspectiva de la violencia que se avecina.

—Austin —dice el coronel dirigiéndose a Murdock—, quiero a todos los hombres listos al amanecer. Armas, municiones, todo. James, tú dirigirás el asalto por el este. Yo entraré por el norte.

El coronel se sirve otro vaso de whisky y lo vacía de un solo trago.

—No quedará nadie con vida en Riverdale cuando terminemos — sentencia—. Y que Dios se apiade de sus almas, porque nosotros no lo haremos.

47

22 de Octubre de 2025
21:58h
Barrio de la Castellana
Madrid

Mario Salazar ajusta el cuello de su camisa mientras avanza por la acera de Castellana. El sol de la tarde madrileña se refleja en sus gemelos de platino cuando comprueba la hora en su Patek Philippe. Sus pasos resuenan con autoridad sobre el pavimento, seguido por Ramírez y cinco hombres más que mantienen una distancia respetuosa.

—¿Confirmó que el reservado esté completamente aislado? —pregunta sin volverse.

Ramírez asiente mientras sostiene la puerta del restaurante.

—Todo listo, Don Mario. Paredes insonorizadas y sin micrófonos. Lo revisamos esta mañana.

La luz tenue del restaurante contrasta con el resplandor exterior. El maître se aproxima con una reverencia estudiada, reconociendo inmediatamente al narcotraficante.

—Señor Salazar, su reservado está preparado como solicitó.

El grupo atraviesa el comedor principal donde comensales adinerados levantan discretamente la mirada. Salazar camina sin

prestar atención a nadie, como si el espacio le perteneciera. Sus hombres escanean cada rincón, cada rostro y cada movimiento.

—¿Dónde está Quezada? —murmura Ramírez, notando la ausencia del puertorriqueño.

—Tiene asuntos que atender —responde Salazar con sequedad.

En el reservado, una mesa ovalada domina el espacio. Botellas de whisky escocés de treinta años y coñac francés aguardan sobre una barra lateral. Salazar toma asiento en la cabecera mientras sus hombres se distribuyen estratégicamente. Dos permanecen de pie junto a la puerta.

—Sírvanse —ordena, haciendo un gesto hacia las bebidas.

Veinte minutos después, el estruendo de cristales rotos interrumpe la reunión. La puerta del reservado estalla en astillas cuando seis hombres asiáticos irrumpen con subfusiles. Los disparos resuenan como truenos en el espacio cerrado.

Los guardias de Salazar apenas tienen tiempo de reaccionar. El primero cae acribillado contra la pared, manchándola de rojo oscuro. El segundo logra desenfundar pero recibe tres impactos en el pecho que lo derriban sobre la mesa de caoba.

—¡Patrón! —grita Ramírez, lanzándose hacia Salazar mientras desenfunda su pistola.

Una ráfaga de disparos lo alcanza en la espalda y su cuerpo se convulsiona antes de desplomarse a los pies de Salazar, quien permanece sentado, inmóvil.

Los hombres de Lin ejecutan a cada uno de los guardaespaldas. Los gritos, el olor a pólvora y la sangre inundan el reservado mientras Salazar observa la escena con una frialdad desconcertante, como si estuviera viendo una película que no le interesa.

Cuando el último de sus hombres cae, Jin Lin avanza entre los cadáveres hasta situarse frente a Salazar. Su rostro oriental muestra cicatrices de antiguas batallas y sus ojos negros destilan odio puro.

—Mario Salazar —pronuncia con marcado acento—. El hombre que torturó y mató a mi hermano.

Salazar permanece sentado, con las manos cruzadas sobre la mesa. No hay miedo en su rostro, ni sorpresa, ni siquiera enojo.

Simplemente observa a Lin como quien mira a un insecto insignificante.

Lin presiona el cañón de su pistola contra la frente de Salazar.

—¿No tienes nada que decir antes de morir? —pregunta con rabia contenida.

Salazar esboza una sonrisa apenas perceptible. Sus ojos no reflejan emoción alguna mientras la sangre de sus hombres se extiende por el suelo de mármol.

Salazar abre los ojos y deja de ver esa visión. Parpadea varias veces mientras su mente regresa al presente. Está sentado en el amplio sofá de cuero de su casa, con la mirada perdida en algún punto del horizonte a través del ventanal.

—¿Qué ha visto, señor? —pregunta Quezada, inclinándose hacia adelante con interés. Los tatuajes de su rostro se estiran cuando frunce el ceño.

Salazar sonríe lentamente. La trampa que ha planeado ha funcionado a la perfección. No tiene que realizar ninguna reunión real, solo quería que sus enemigos así lo creyeran.

—Todo va según lo planeado. Los cinco van a tratar de matarme.

Bogdan Hanescu, un rumano que controlaba la trata de blancas tras la muerte de su primo Ionut y que sirve a Salazar en el transporte de mercancías como socio, lo mira con la mirada perdida.

—¿Todos asistencia confirmaron? —pregunta Bogdan.

—Todos —confirma Salazar—. He comprobado mirando al futuro que los cinco lo van a hacer. Lo que no saben es que les estará esperando una pequeña sorpresa, ¿cierto?

—En cinco de los edificios les espera una bomba que los matará a todos. Los Petrov, los irlandeses, los italianos y los africanos… todos morirán hoy.

—¿Y los Lin? —pregunta Bogdan, notando la omisión de los asiáticos.

Salazar se levanta y ajusta su traje impecable. Sus ojos brillan con una mezcla de anticipación y venganza.

—Con los Lin quiero ir en persona —dice, tomando su pistola de la mesa y comprobando el cargador—. Tenemos que irnos. La reunión es en media hora.

Quezada y Bogdan intercambian una mirada antes de levantarse y los tres hombres se dirigen hacia la puerta mientras Salazar marca un número en su teléfono.

—Activen los detonadores a las diez y media —ordena antes de colgar—. Hoy terminamos con todos nuestros problemas.

A los pocos minutos, Mario Salazar observa el tráfico a través de la ventanilla. Su mente sigue centrada en el plan. Quezada y Bogdan intercambian miradas de complicidad, pero la calma de Salazar les infunde confianza.

Al llegar al restaurante, Salazar se baja del vehículo con la tranquilidad de un hombre que controla su destino. La fachada elegante del lugar brilla bajo las luces nocturnas, y una suave música jazz emana del interior.

Dentro, el ambiente es sofisticado, lleno de comensales que charlan despreocupadamente. Los hombres de Salazar se dispersan sigilosamente entre las mesas, ocultándose tras los clientes y los adornos decorativos que adornan el lugar. La estrategia es clara. Deben actuar como si fueran simples comensales.

Salazar se dirige a una mesa apartada en un rincón y aguarda impasible.

Entonces la puerta del restaurante se abre y seis hombres de rasgos asiáticos ingresan con pasos medidos. Los guardias de seguridad les piden que dejen sus abrigos, sin sospechar que debajo llevan subfusiles compactos. Jin Lin avanza al frente del grupo.

Los comensales continúan con su cena, ajenos a la tensión que flota en el ambiente. Una camarera se acerca a los recién llegados con una sonrisa.

—¿Tienen reserva, señores?

Lin la ignora y hace un gesto a sus hombres para que se dispersen. Avanzan entre las mesas con las manos rozando disimuladamente las armas bajo sus chaquetas.

Quezada observa la escena desde una mesa cercana a la entrada. Cuando el último de ellos pasa frente a él, Quezada asiente imperceptiblemente hacia Bogdan, quien está apostado junto a la barra.

Entonces los hombres de Salazar emergen de sus posiciones. Quezada se levanta y clava un cuchillo en la nuca del último hombre de Lin. La sangre brota silenciosamente mientras el cuerpo se desploma sobre la alfombra.

Dos sicarios de Salazar se acercan por detrás a otros dos asiáticos y les disparan con silenciadores directamente en la cabeza. Los cuerpos caen sobre las mesas, derribando copas y platos. Solo entonces los primeros gritos rompen la atmósfera del restaurante.

Lin se vuelve al escuchar el tumulto, pero ya es tarde. Bogdan aparece frente a él y le propina un golpe que lo deja aturdido. Mientras tanto, Quezada y otros dos hombres eliminan rápidamente a los guardaespaldas restantes.

Los comensales huyen despavoridos hacia las salidas, tropezando unos con otros en su desesperación. El caos se apodera del lugar mientras los cuerpos de los hombres de Lin yacen desparramados entre las mesas.

Quezada sujeta a Lin por los brazos y lo arrastra hacia la mesa donde Salazar permanece sentado, contemplando la escena con indiferencia. El narcotraficante colombiano da un sorbo a su copa de vino mientras observa cómo arrojan a Lin de rodillas frente a él.

—Pensó que me sorprendería, ¿cierto? —dice Salazar con su marcado acento colombiano—. Pero yo ya sabía que vendría.

Lin escupe sangre y mira a Salazar con odio.

—Mataste a mi hermano.

Salazar se levanta y saca una pistola con silenciador de su chaqueta.

—Y ahora usted se reunirá con él.

El disparo resuena seco en el restaurante ahora vacío y el cuerpo de Lin se desploma hacia adelante, con un agujero perfectamente circular en su frente. Salazar guarda el arma y ajusta su corbata.

El silencio que sigue al disparo dura apenas un segundo. La puerta principal del restaurante se abre de golpe y diez hombres más de Lin irrumpen con subfusiles en alto.

—¡Mátadlos a todos! —grita uno de ellos en mandarín.

Una lluvia de balas atraviesa el aire, destrozando lámparas, mesas y sillas. Salazar apenas logra lanzarse al suelo cuando un proyectil le

atraviesa el brazo izquierdo. La sangre mancha su traje de diseñador mientras se arrastra tras una mesa volcada.

—¡Jefe! —exclama Quezada, disparando desde detrás de una columna.

Dos de los hombres de Salazar caen acribillados sin tiempo para reaccionar. Sus cuerpos quedan tendidos entre los restos de comida y cristales rotos. Bogdan recibe un impacto en el hombro que lo hace trastabillar, pero logra ocultarse tras la barra.

Entonces extrae un teléfono de su chaqueta mientras las balas impactan contra las botellas sobre su cabeza, haciendo llover licor y vidrios.

—¡Kwan! ¡Ahora tú atacar debes! —grita al teléfono antes de lanzarlo a un lado.

En ese momento, una sección de la pared del fondo parece ondularse como si fuera líquido y Vera emerge de ella, revelando su presencia. Ha estado allí todo el tiempo, invisible gracias a su don de camuflaje, fundiéndose perfectamente con el entorno. Vera era una de los Numen atrapado en el castillo dos años atrás, y desde entonces, ha estado al lado del rumano.

Junto a ella aparece Kwan, otro de los Numen atrapados por el cazador, un hombre delgado de rasgos mixtos asiáticos y europeos con poderes eléctricos. Sus ojos brillan con un resplandor azulado mientras extiende ambas manos y pequeños arcos eléctricos danzan entre sus dedos, aumentando de intensidad hasta formar una red de energía pura.

—¡Abajo! —grita Vera a los hombres de Salazar.

Kwan proyecta sus manos hacia adelante y un rayo cegador de electricidad surge de ellas, atravesando el restaurante como una serpiente luminosa. Tres de los hombres de Lin son alcanzados directamente. Sus cuerpos se convulsionan violentamente mientras la corriente los atraviesa, iluminando sus siluetas desde dentro. Caen al suelo con los ojos abiertos, humeando ligeramente.

Los demás atacantes se lanzan tras las mesas buscando cobertura, sorprendidos por esta nueva amenaza. El olor a ozono y carne quemada impregna el aire mientras Kwan prepara un segundo ataque y la electricidad se acumula nuevamente entre sus dedos.

Quezada se incorpora desde detrás de una columna destrozada por las balas. Los hombres de Lin, aturdidos por el ataque eléctrico de Kwan, intentan reorganizarse y tres de ellos cargan sus armas mientras los otros dos arrastran a sus compañeros heridos hacia la salida.

Entonces se arranca la camisa de un tirón, revelando su torso cubierto de tatuajes que se extienden desde su cuello hasta la cintura. Los símbolos de la MS-13 destacan sobre su piel morena junto a demonios y calaveras que parecen cobrar vida bajo la luz parpadeante del restaurante.

—Ahora me toca a mí —murmura con una sonrisa que deforma los tatuajes de su rostro.

Extiende las manos frente a él y cierra los ojos. Su respiración se vuelve profunda mientras los tatuajes de sus brazos comienzan a brillar con un tono rojizo, como si la tinta se calentara bajo su piel. De pronto, pequeñas llamas nacen entre sus dedos, creciendo rápidamente hasta formar dos esferas de fuego que iluminan su rostro con un resplandor infernal.

—¡Al infierno, cabrones! —grita Quezada.

Dicho esto, lanza las bolas de fuego hacia los hombres de Lin y las llamas vuelan por el aire como cometas ardientes, impactando contra dos de los asiáticos. Sus ropas se incendian instantáneamente mientras gritan y se retuercen tratando de apagar el fuego que devora su carne.

El olor a pelo y piel quemada inunda el restaurante. Los otros hombres de Lin disparan desesperadamente hacia Quezada, pero éste ya ha generado un muro de llamas frente a él que derrite las balas antes de que puedan alcanzarlo.

Quezada avanza entre las mesas con las manos envueltas en fuego vivo. Las llamas danzan entre sus dedos como si fueran extensiones de su propio cuerpo. Cada paso que da deja huellas ardientes sobre la alfombra.

Un hombre de Lin intenta huir hacia la cocina, pero Quezada extiende su mano y una lengua de fuego sale disparada como un látigo, envolviéndose alrededor del cuello del asiático y el hombre se desploma mientras su garganta se carboniza en segundos.

Los dos últimos sicarios de Lin se atrincheran tras la barra, disparando a ciegas. Quezada junta ambas manos y crea una bola de fuego más grande que las anteriores. La lanza hacia el techo sobre la barra y las llamas se esparcen como una lluvia ardiente, cayendo sobre los hombres que gritan cuando el fuego atraviesa su ropa y penetra en su carne.

Salazar se levanta con dificultad y la manga de su traje empapada de sangre. La herida del brazo izquierdo sangra profusamente mientras aprieta los dientes para contener el dolor. Bogdan y Quezada lo observan con una mezcla de curiosidad y asombro.

—Jefe… —murmura Ramírez , acercándose para ayudarlo—. Necesita atención médica.

Pero lo que realmente les impacta no es la herida, sino lo que representa. El hombre que siempre sabe lo que va a ocurrir y que anticipa cada movimiento de sus enemigos, ha estado a punto de morir. Por primera vez, ven vulnerabilidad en su rostro.

Bogdan intercambia una mirada con Quezada. Ambos piensan lo mismo aunque ninguno se atreve a decirlo en voz alta: Salazar tiene un punto débil.

48

22 de Octubre de 2025
22:32h
Hospital Alonso
Madrid

El pitido insistente del monitor cardíaco marca el ritmo del silencio en la habitación. David permanece sentado junto a la cama de su padre, con Clara apoyada en la pared cerca de la ventana.

Entonces el teléfono de David vibra en su bolsillo y lo saca con desgana, aunque su expresión cambia al ver el nombre en la pantalla.

—Marcos —contesta, incorporándose de golpe—. ¿Qué pasa?

Clara observa cómo el rostro de David se endurece mientras escucha.

—Joder —murmura David pasándose la mano por el pelo—. ¿Cuántos muertos?

El silencio que sigue resulta insoportable para Clara, que puede percibir la gravedad de la situación.

—Han encontrado muertos a todas las mafias de la ciudad menos la colombiana —explica David apartando el teléfono un momento—. Cinco bombas han explotado en diferentes puntos y los asiáticos han aparecido masacrados en un restaurante.

Clara se acerca mientras David vuelve a pegar el teléfono a su oreja.

—Nos vemos allí —sentencia David—. En el restaurante. Es cosa de Salazar, seguro.

Cuando cuelga, sus miradas se cruzan. No hace falta que Clara use su don para anticipar lo que viene a continuación.

—Tenemos que irnos —dice David acercándose a la cama de su padre—. Volveré pronto.

Juan Alonso asiente débilmente desde la cama, como si entendiera que su hijo tiene asuntos más importantes que atender que quedarse junto a un moribundo.

—Ve —susurra con voz ronca—. Haz lo que tengas que hacer.

David aprieta brevemente la mano de su padre antes de dirigirse hacia la puerta donde Clara ya lo espera. Mientras caminan por el pasillo del hospital, David marca otro número en su teléfono.

—Bellido, reúne a todos los que puedas. Salazar ha movido ficha.

A la media hora de viaje, David y Clara cruzan el perímetro mostrando sus identificaciones. El olor a sangre y pólvora les golpea nada más traspasar la puerta. El interior del restaurante, antes elegante, ahora es un matadero. Cuerpos dispersos por todas partes. Camarros, comensales, guardaespaldas… todos mezclados en un caos sangriento.

Marcos Garrido les recibe con el rostro sombrío. Está junto a Bellido, quien parece a punto de vomitar.

—Veintisiete muertos —informa Marcos sin preámbulos—. Once son civiles que cenaban aquí. El resto pertenecen al clan Lin.

Clara avanza entre los cuerpos con un nudo en el estómago. Se detiene junto a un hombre asiático con un agujero de bala limpio entre los ojos.

—¿Algún superviviente? —pregunta David examinando la escena.

—Ninguno —responde Bellido, tragando saliva—. Lo más extraño es que no hay ni un solo colombiano entre los cadáveres, aunque según los testigos de fuera, vieron entrar a varios hombres con acento sudamericano.

David se agacha junto a una mesa volcada. La sangre forma patrones abstractos sobre el mantel blanco.

—Han eliminado a todos los testigos —murmura—. Cualquiera que pudiera identificarlos.

Marcos asiente mientras señala las cámaras de seguridad destrozadas.

—Las grabaciones también han desaparecido y el sistema central está completamente frito.

Clara se adelanta unos pasos y toca el marco de la puerta que conduce a la cocina. Su mirada se desenfoca momentáneamente mientras su don se activa. Las imágenes del futuro fluyen ante ella como fotogramas acelerados: agentes revisando grabaciones, buscando testigos, rastreando huellas… y nada. Absolutamente nada.

Parpadea varias veces y regresa al presente con una expresión sombría.

—Es inútil —anuncia con voz queda—. No vamos a encontrar nada.

David y Marcos se acercan a ella, expectantes.

—¿Qué has visto? —pregunta David.

Clara niega con la cabeza mientras observa los cuerpos desperdigados por el restaurante.

—He visto los próximos tres días de investigación. No hay cámaras funcionales en dos manzanas a la redonda. Todos los testigos están muertos y han limpiado las huellas a conciencia.

El grandullón se acerca, sosteniendo una tableta con información preliminar.

—Tiene razón —confirma—. Acabo de hablar con los técnicos y las cámaras de tráfico de la zona también fueron saboteadas hace aproximadamente una hora. ¿Saben desde cuando hay cámaras en las ciudades? pues mire…

Clara cruza miradas con David.

—Salazar eligió este lugar específicamente. Ha visto todos los futuros posibles, todas nuestras líneas de investigación. Mató a los testigos porque en alguna versión del futuro vio que alguno lo identificaba —le corta sin compasión.

Marcos suelta una maldición por lo bajo.

—Entonces estamos jodidos —concluye—. Si puede prever cada uno de nuestros movimientos…

David aparta la mirada de los cadáveres y se frota la frente con frustración.

—Lo único que podemos hacer es esperar a la entrega que tiene que llegar la semana que viene —dice con voz grave mientras se acerca a Marcos—. Ese hombre no estará allí porque ya habrá visto que no aparecemos.

Bellido toma notas frenéticamente en su libreta mientras Clara niega con la cabeza.

—Es más difícil que eso —responde ella, apoyándose en una pared para evitar pisar la sangre que se extiende por el suelo—. Salazar puede prever el futuro como yo. Puede ir y ver qué pasa, y si no pasa nada, entonces puede no ir y que todo ocurra como debe.

David se queda inmóvil, con la mirada perdida en los cuerpos desperdigados por el restaurante. El silencio se hace pesado, roto únicamente por el sonido de los fotógrafos forenses disparando sus cámaras.

—Si hace eso estamos jodidos —murmura finalmente, pasándose una mano por el pelo—. No podemos adelantarnos a alguien que ya ha visto todos nuestros movimientos.

Clara se acerca a él y lo mira directamente a los ojos.

—La única forma es que yo haga lo mismo —dice con determinación—. Tengo que anticiparme a sus visiones, ver lo que él ve antes de que lo vea e ir cambiando a cada uno de sus cambios.

Bellido deja de escribir y levanta la mirada con expresión confusa.

—Pero Clara, ¿cómo vas a anticiparte a alguien que ve el futuro igual que tú? Es como… como… —duda buscando la comparación adecuada— como dos ajedrecistas que pueden ver diez jugadas por delante. Siempre acaban en tablas, ¿no? hablando de ajedrez, la partida más larga tuvo lugar…

Marcos observa la escena con los brazos cruzados mientras David camina entre los cuerpos y patea ligeramente una silla caída mientras procesa la situación.

—La partida más larga de la historia del ajedrez tuvo lugar en Belgrado, en 1989, entre Ivan Nikolic y Goran Arsovic —continúa el

grandullón din necesidad de consultar su tableta—. Duró 269 movimientos y terminó en tablas. Imagínense, ¡veinte horas! Los dos jugadores podían anticipar cada movimiento del otro y…

David golpea una mesa con el puño, haciendo saltar los vasos ensangrentados que aún permanecen sobre ella.

—¡Ya basta, joder! —exclama, cortando en seco la explicación de Bellido—. Estoy harto de este cabrón. Harto de que vaya siempre un paso por delante.

El grandullón baja la mirada, avergonzado, mientras Marcos se acerca a David y le pone una mano en el hombro.

—David, tranquilízate…

—No, Marcos —responde apartando la mano de su compañero—. Voy a ir a por él. Me importa una mierda que pueda ver el futuro.

Clara se adelanta, situándose entre los dos hombres.

—Yo puedo ver el futuro constantemente y adaptarme a cada cambio que él haga. Si Salazar modifica su ruta, yo veré esa modificación. Si cambia de planes, me adaptaré.

David asiente con la mirada fija en los ojos de Clara.

—Y cuando tengamos la oportunidad, vamos a matar a ese cabrón —sentencia con voz gélida.

Bellido mira a su alrededor nerviosamente, como si temiera que alguien hubiera escuchado la declaración.

—Pero inspector… eso no es… quiero decir, nosotros no…

—Ese hombre no aguantaría ni cinco minutos en la cárcel y por los medios legales se nos escapará siempre. Solo hay una forma de cogerle y es con una bala en la cabeza.

49

22 de Octubre de 2025
06:23h
Montana
Cabaña de los Morgan

Tom permanece sentado junto a la ventana, con la Beretta sobre su las rodillas y la mirada fija en la oscuridad que hay en el exterior de la cabaña. En la habitación contigua, Mia lleva durmiendo toda la noche con una respiración rítmica y suave que contrasta con la tensión que habita en cada centímetro del cuerpo de Tom. La niña ha caído rendida tras los acontecimientos del día, incapaz de mantenerse despierta a pesar del miedo y la confusión.

James…

El nombre de su hermano quema en su garganta como ácido. Quince años creyéndolo muerto y ahora ha vuelto y quiere llevarse a su sobrina.

Por encima de mi cadáver.

Se levanta y camina hasta la cocina sin hacer ruido. Sirve whisky en un vaso y lo apura de un trago. El alcohol desciende por su garganta sin aliviar la tensión que le atenaza el pecho. Nunca ha sido demasiado de beber, pero desde que vive en esa cabaña alejado del mundo ha cambiado una adición por otra.

Ya no puede matar humanos ni cazar Numen. Así que ahora caza animales y bebe alcohol.

Sus ojos recorren la habitación, deteniéndose en la mochila que ha preparado con todo lo necesario para huir al amanecer. La documentación falsa que ya usó para llegar a Montana desde España, dinero en efectivo, munición y provisiones.

Apoya la mano en la pared de madera y cierra los ojos. Su don se activa la instante con un hormigueo que sube por su brazo hasta extenderse por todo su cuerpo. Las sensaciones del exterior fluyen hacia él en oleadas.

Primero percibe los alrededores inmediatos: la madera vieja, las corrientes de aire que se filtran por las grietas y el peso de la estructura. Luego extiende su percepción más allá, atravesando las paredes.

En el establo, Lancelot y Kiara permanecen inquietos, moviéndose nerviosos en sus cuadras.

Más allá, el bosque pulsa con su habitual vida nocturna. Un zorro persigue a un conejo entre los matorrales. Una familia de mapaches rebusca cerca del arroyo. Un búho se posa en la rama de un pino, vigilante. Y un ciervo y sus crías beben agua a un kilómetro de distancia.

Pero no hay presencia humana. Ningún latido, respiración, ni ninguna pisada que no pertenezca a los animales salvajes.

Abre los ojos y suelta el aire que no sabía que estaba conteniendo. Se aparta de la pared y regresa a la ventana.

Deja la Beretta sobre la mesa y se calza las botas. Antes de salir, verifica que Mia sigue durmiendo.

El aire frío de la mañana le golpea el rostro cuando abre la puerta. Camina hacia el establo con pasos rápidos, alerta a cualquier sonido que no pertenezca al bosque. Los caballos resoplan al verlo entrar.

Primero ensilla a Lancelot, el antiguo caballo de Luna. Y luego pasa a Kiara, la yegua dorada de Mia. Coloca las alforjas en ambos caballos, distribuyendo el peso de manera equilibrada.

De vuelta en la cabaña, Tom enciende el fuego y pone agua a hervir. Saca harina y prepara una masa para tortitas. Mientras la sartén se calienta, fríe tocino y rompe huevos en un cuenco. Nunca

le ha gustado cocinar más que lo humanamente necesario, pero con Mia no tiene más remedio. Todavía recuerda hace apenas dos años, en Madrid, cuando podía comerse un trozo de jamón caducado como único menú del día. O cuando Frank le trataba de dar a probar la nueva receta que acababa de cocinar y él se negaba con una mirada.

No hacía falta más.

Todavía pensando en su antiguo compañero, se acerca a la ventana y escudriña el perímetro. Extiende su don brevemente, tocando la pared para sentir las vibraciones del terreno.

Nada.

Ninguna presencia humana se acerca a la cabaña.

Cuando el desayuno está listo. Tom sirve dos platos y se sienta a la mesa a esperar a que Mia despierte. Mientras tanto, para hacer tiempo limpia su Beretta, desmontándola y volviendo a montarla cada pocos minutos.

Escucha los primeros movimientos en la habitación de Mia, luego pasos suaves y finalmente el crujido de la cama. En ese momento vuelve a guardar el arma en su funda y espera a que la niña llegue hasta él.

Mia sale y se sienta a la mesa con ojos adormilados. Toma el tenedor y pincha un trozo de tortita sin decir una palabra, pero se detiene a mitad de camino hacia su boca con la mirada fija en algo más allá de la ventana.

—Tío Tom —susurra, dejando caer el tenedor sobre el plato.

Tom se tensa de inmediato, llevando la mano hacia la Beretta en su cintura.

—¿Qué ocurre?

Mia no responde. Sus ojos permanecen clavados en la ventana. Tom sigue su mirada y lo ve. El lobo gris está parado en el límite del bosque, observando directamente hacia la cabaña.

—Es él —dice Mia, levantándose de la silla.

—Siéntate y termina tu desayuno —ordena Tom, pero su voz carece de la firmeza habitual.

Mia camina hacia la ventana como si estuviera hipnotizada. El lobo no se mueve, mantiene su mirada fija en la niña.

—Quiere que salga —murmura Mia.

—No —Tom se interpone entre ella y la puerta.

Antes de que Tom pueda reaccionar, Mia se escabulle por debajo de su brazo y corre hacia la puerta. La abre de un tirón y sale al exterior.

—¡Mia! —grita Tom, saliendo tras ella con la Beretta desenfundada.

El frío de la mañana los envuelve mientras Mia avanza hacia el lobo, que permanece inmóvil, observándola.

Tom apunta con su arma, pero no dispara. Algo en la escena le impide apretar el gatillo. La niña se detiene a unos metros del depredador, y para asombro de su tío, el lobo inclina la cabeza en un gesto que parece casi una reverencia.

—Gracias por ayudarnos ayer —dice Mia, extendiendo su mano hacia el animal—. Nos vamos a ir, pero volveré a verte algún día.

El lobo avanza dos pasos y toca su hocico contra la palma extendida de la niña.

A los pocos minutos, el animal se aleja hacia el bosque con un último vistazo a Mia y desaparece entre los árboles. La niña permanece inmóvil, con la mano aún extendida, hasta que Tom la sujeta por los hombros y la obliga a regresar a la cabaña.

—Te he dicho que no salieras —gruñe mientras cierra la puerta tras ellos.

Mia no responde de inmediato. Sus ojos, grandes y oscuros, miran a Tom con una intensidad inquietante.

—Los hombres del pueblo han matado a cuatro ladrones. Anoche unos asaltantes entraron a una de las granjas y acabaron muertos.

El cazador se agacha frente a ella, sujetándola por los brazos con firmeza pero sin lastimarla.

—¿Cómo sabes eso?

Mia desvía la mirada hacia la ventana, donde ya no se ve al lobo.

—Él me lo mostró. Vi lo que vieron los lobos. Cuatro hombres fueron a robar ganado a la granja que hay más hacia el este, pero los granjeros estaban esperándolos.

Tom no dice una sola palabra, y entonces Mia continúa.

—El hijo del jefe estaba entre los muertos y ahora van todos hacia la ciudad.

Va ser una masacre.

50

23 de Octubre de 2025
00:43h
La Moraleja
Madrid

Mario Salazar arroja un vaso de cristal contra la pared de su ático en La Moraleja y el estruendo rebota por toda la estancia mientras los fragmentos se esparcen sobre la alfombra persa.

—¡Me cago en la puta madre que los parió a todos!

El licor se desliza por el papel pintado formando riachuelos que descienden hasta el suelo mientras camina de un lado a otro como un león enjaulado, pasándose las manos por el cabello una y otra vez.

—¡Quezada! —grita mientras agarra una botella de whisky de la barra.

El hombre tatuado aparece en el umbral de la puerta, manteniendo una distancia prudencial. Los tatuajes de sus brazos parecen moverse ligeramente, como si las llamas dibujadas en su piel respondieran a la furia de su jefe.

—¿Patrón?

Salazar bebe directamente del pico de la botella. El líquido ámbar se derrama por su barbilla y mancha su camisa blanca, ahora

salpicada de sangre seca.

—¿Cómo es posible que no viera esto? —murmura más para sí mismo que para su subordinado—. Lo vi todo. Vi a Lin entrando. Vi a los asiáticos. Vi cada maldito disparo.

Dicho esto, patea una mesa auxiliar y un jarrón chino se hace añicos contra el suelo.

—Pero no vi esto —señala su brazo herido con desprecio—. ¡No lo vi!

Quezada permanece en silencio, conociendo demasiado bien los arranques de su jefe. Vera y Kwan observan desde el pasillo, manteniéndose fuera de la línea de fuego.

Salazar se detiene frente al ventanal que domina Madrid. La ciudad brilla bajo la noche como un manto de luces que se extiende hasta el horizonte. Su reflejo en el cristal le devuelve la imagen de un hombre descompuesto, con la camisa manchada y el rostro crispado.

—Tengo que haber pasado algo por alto —susurra, apoyando la frente contra el frío cristal—. No puede ser que fallara.

El narcotraficante cierra los ojos, intentando concentrarse. Activa su don buscando visiones del futuro, pero las imágenes aparecen borrosas, inconexas. El esfuerzo le provoca un dolor punzante en las sienes.

—¡Mierda! —grita, golpeando el cristal con el puño—. Estoy agotado.

Salazar se desploma en un sillón de cuero y bebe otro largo trago. La herida en su brazo late con cada latido de su corazón, recordándole su vulnerabilidad.

Bogdan se frota los ojos enrojecidos y suelta un bostezo que no intenta disimular. El cansancio pesa en sus párpados como losas de cemento.

—A dormir yo me voy —anuncia con su marcado acento rumano.

Salazar ni siquiera levanta la mirada. Sigue hundido en el sillón, contemplando la botella casi vacía entre sus manos como si contuviera todas las respuestas del universo.

Bogdan intercambia una mirada con Kwan y Vera, quienes asienten levemente y los tres Numen abandonan la estancia en

silencio, dejando a Salazar sumido en sus pensamientos. Solo Ramírez y Quezada permanecen junto a él.

El silencio se espesa en la habitación mientras Quezada se acerca a la ventana. Los tatuajes de su cara parecen cobrar vida bajo la luz mortecina, las letras "MS" destacando en su frente como un recordatorio permanente de su lealtad.

Ramírez recoge algunos cristales rotos, intentando poner algo de orden en el caos.

—Debería descansar, patrón —sugiere con cautela—. Mañana verá las cosas más claras.

Salazar levanta la mirada por primera vez.

—Debo ser más precavido, hemos estado cerca de morir, ¿cierto?

Ramírez asiente con la cabeza mientras el puertorriqueño sonríe. Como si disfrutara del peligro.

Tal vez así sea.

Salazar se queda solo en el salón destrozado. Ramírez y Quezada se han retirado, dejándolo con sus pensamientos y media botella de whisky como única compañía. El silencio lo envuelve mientras contempla la ciudad a través del ventanal.

Su mente trabaja incansable, repasando mentalmente los acontecimientos en el restaurante, fotograma a fotograma, buscando el momento exacto donde falló su don.

Cometí un error de cálculo.

La herida en su brazo ya no duele tanto. El médico privado que lo atendió le aseguró que no quedaría cicatriz visible. Pero la herida en su orgullo es más profunda.

Pero no volverá a ocurrir.

Se levanta y camina hacia su escritorio.

Sus enemigos están muertos.

Los Lin, los italianos, los rusos… todos eliminados en una sola noche.

Un baño de sangre que ha despejado su camino.

La policía no tiene nada concreto contra él. Pueden sospechar, incluso saber, pero carecen de pruebas. El restaurante quedó limpio de huellas tras el incendio que Quezada provocó con sus poderes. Los testigos están muertos o demasiado asustados para hablar.

Todo va bien.

Y mejor va a ir.

El narcotraficante colombiano levanta su vaso en un brindis solitario.

—Por el futuro.

Mi futuro.

51

30 de Octubre de 2025
22:38h
Barrio de Chamberí
Madrid

El salón de la segunda casa de David rebosa de cuerpos y voces entremezcladas. Los agentes se distribuyen entre sillones gastados, apoyados contra paredes o sentados en el suelo. El olor a café rancio y pizza fría impregna el ambiente mientras mapas y fotografías tapizan cada superficie disponible.

—Salazar no aparece en ninguna de mis posibilidades —anuncia Clara con frustración, frotándose los ojos enrojecidos—. Lo he intentado veinte veces y es como si hubiera desaparecido del tablero.

David camina nervioso de un lado a otro. La cojera es apenas perceptible para quien no lo conoce, pero totalmente evidente para Clara.

Heredia señala los puntos marcados en el mapa del puerto.

—Tenemos vigiladas las cinco posibles entradas del cargamento. Si viene por mar, lo veremos.

El Lobuno y el Pelota intercambian una mirada de complicidad antes de que el primero intervenga:

—¿Y si no viene?

Gutiérrez se levanta de su silla, provocando un chirrido que hace que todos se vuelvan hacia él.

—Por eso estamos todos aquí. Cada uno de nosotros conoce una parte del plan.

Paco Resines, con su entusiasmo juvenil apenas contenido, asiente vigorosamente mientras Conrado y Montoya permanecen en silencio, evaluando el plan con miradas escépticas.

David golpea la mesa con la palma abierta.

—Solo hay una forma de cogerlo —su voz resuena con determinación—. Clara y yo seguiremos haciendo lo mismo que hemos hecho esta semana. Probar futuros y cambiarlos. Exactamente igual que hace Salazar.

Clara mira a David con intensidad.

—Pero él no está en ninguno de esos futuros. Por alguna razón, tiene miedo de dejarse ver.

—Mejor —responde David con una sonrisa torcida—. El miedo provoca errores. Y cuando cometa uno, estaremos ahí.

Marcos se incorpora con esfuerzo y señala el calendario en la pared.

—Quedan dos días para la entrega. Iremos a por el cargamento y esperaremos. Si Salazar quiere su mercancía, tendrá que aparecer o mandar a alguien importante.

David se detiene en seco y observa los rostros agotados de su equipo.

—Si no aparece, no importa —sentencia, apoyando ambas manos sobre el mapa del puerto—. Lo que necesitamos es el cargamento.

Clara levanta la mirada, confundida.

—Pero sin Salazar…

—Con la mercancía, la grabación cobra validez —la interrumpe David—. ¿Entendéis? Si tenemos la coca, lo tenemos a él. La grabación deja de ser solo palabras y se convierte en prueba.

Marcos asiente lentamente mientras mastica un trozo de pizza fría.

—El juez Romero no puede ignorar una tonelada de coca vinculada directamente a las palabras de Salazar.

Gutiérrez se frota la barba incipiente.

—Carallo, es cierto. Una cosa es desestimar una grabación y otra muy distinta explicar un alijo que coincide exactamente con lo que describió el colombiano.

—Si aparece —añade David con un brillo peligroso en la mirada—, mucho mejor. Será la guinda del pastel.

La reunión se disuelve gradualmente. Los agentes recogen sus cosas, intercambian comentarios en voz baja y salen del apartamento. El Lobuno y el Pelota son los últimos en marcharse, despidiéndose con un gesto hacia David, quien responde con un movimiento casi imperceptible de cabeza.

A David siguen sin gustarle demasiado ese par de capullos.

Cuando la puerta se cierra, solo quedan David, Marcos, Bellido y Clara en la sala.

—¿Creéis que funcionará? —pregunta el grandullón.

Marcos se deja caer en el sofá, que protesta bajo su peso.

—No lo sé —responde, pasándose una mano por la cara—. Es como jugar al ajedrez con alguien que ve tus próximos tres movimientos.

Clara permanece de pie junto a la ventana, observando las luces de Madrid que parpadean en la distancia. Su reflejo en el cristal muestra un rostro agotado pero determinado.

—Pero no ve todos los movimientos —dice sin volverse—. Solo ve los que le interesan. No puede estar en todas partes, si no sospecha no mirará.

—No he querido decirlo delante de todos —murmura finalmente David, sin levantar la vista—, pero sigo pensando que la única solución es matarlo. Y si tiene que hacerlo alguien, ese eré yo.

Bellido palidece de inmediato. Su cuerpo corpulento parece encogerse mientras retrocede un paso, como si las palabras de David fueran una amenaza física.

—Inspector, no puede estar hablando en serio —balbucea con voz quebrada—. Eso es… eso es…

—Una locura —completa Marcos, incorporándose del sofá con un movimiento brusco—. Una puta locura, chaval.

David levanta la mirada y sus ojos reflejan una determinación gélida que Clara nunca había visto antes.

—No quiero involucrar a nadie más —continúa con voz firme—. Es mi decisión. Mi responsabilidad.

Marcos se acerca a David y apoya una mano pesada sobre su hombro.

—Escúchame bien, chaval —dice con dureza—. No voy a permitir que tires tu vida por la borda. Tenemos un plan. Un buen plan.

—Un plan que depende de demasiadas variables —replica David, apartando la mano de Marcos—. Salazar puede ver el futuro, igual que Clara. ¿Crees que no estará preparado?

Bellido, todavía pálido, se atreve a intervenir:

—Pero inspector, si usted… si usted hace eso… sería el fin de todo. De su carrera, de su vida.

—¿Y cuántas vidas salvamos a cambio? —pregunta David con amargura—. ¿Cuántas personas más tienen que morir?

Clara permanece en silencio, observando el intercambio con una mezcla de horror y comprensión.

—Si lo cogemos, ¿cuantos morirán? ¿y cuanto tardará en salir con lo que puede hacer?

—Pero por esa regla de tres, ya estamos jodidos porque hay cientos de monstruos como él por el mundo, chaval. No te ofendas —Esto último lo dice hacia Clara.

Ella niega con la cabeza.

—Si hacemos eso que has dicho, no somos mejores que él.

—Eso es una gilipollez, Marcos.

—¿Ah sí?

—Sí, matar a un monstruo no te convierte en uno.

—No, chaval, en eso es exactamente en lo que te convierte si lo haces a sangre fría y de forma premeditada. Si ese el tu plan no cuentes conmigo, yo iré y haré todo lo posible para meterlo entre rejas.

David mantiene la mirada fija en el suelo, hasta que finalmente, levanta la cabeza y asiente con lentitud.

—Está bien —dice con voz controlada—. Haremos las cosas a tu manera, Marcos.

Bellido exhala audiblemente, con el alivio marcado en su rostro.

Marcos da una palmada en el hombro a David, un gesto que pretende ser reconfortante pero que solo consigue tensar más al inspector.

—Descansa, ¿vale? —le dice—. Nos esperan un par de días largos, chaval.

Clara permanece rezagada mientras los demás se dirigen a la puerta. Sus ojos estudian a David con intensidad, como si intentara ver más allá de su fachada.

—¿Estarás bien? —pregunta en voz baja.

David esboza una sonrisa.

—Claro. Ve a casa, Clara.

Cuando la puerta se cierra tras el último de ellos, David se queda inmóvil en medio de la sala. El apartamento parece repentinamente más grande y vacío. Camina hasta la ventana y observa cómo Marcos y Bellido se alejan por la acera.

En su interior, David sabe que ha mentido. Como también sabe que no hay otra salida. Las cárceles no retienen a hombres como Salazar. Los tribunales no comprenden lo que significa enfrentarse a alguien que puede ver cada uno de tus movimientos antes de que los ejecutes.

Matarlo es la única opción real que tenemos.

Y si nadie más está dispuesto a hacerlo, tendré que hacerlo yo.

52

1 de Noviembre de 2025
07:05h
Puerto de Vigo
Vigo

Marcos Garrido se acomoda el chaleco antibalas mientras la niebla gallega envuelve el puerto de Vigo. El amanecer apenas insinúa su llegada entre nubes grises que se confunden con el mar. El grandullón, a su lado, repasa por tercera vez la lista de agentes desplegados, murmurando nombres para sí mismo como una letanía nerviosa.

Como siga leyendo en voz alta le tiro la tablet al mar.

—Inspector, tenemos confirmación de la Guardia Civil marítima. El barco a nombre del testaferro de Salazar aparece en el radar a veinte minutos de la costa.

Marcos asiente y se vuelve hacia el grupo reunido bajo la protección de un almacén abandonado. Gutiérrez y Resines comprueban sus armas mientras Hugo ajusta el equipo de comunicaciones. Lucía, con el pelo recogido bajo una gorra negra, repasa el perímetro con unos prismáticos.

—Montoya, ¿tus hombres están en posición? —pregunta Marcos a través del intercomunicador.

—Afirmativo —responde—. Tenemos controladas las tres salidas del puerto y los equipos de buceo están listos por si intentan tirar la mercancía por la borda.

El grandullón se acerca nuevamente, con gotas de sudor perlando su frente a pesar del frío matutino.

—Inspector, acabo de recibir la confirmación del juez Romero. La orden está firmada —dice, mostrando el documento en la tablet—. Podemos proceder con la incautación en cuanto atraque el barco.

Marcos observa el horizonte donde una silueta empieza a dibujarse entre la bruma. El carguero se aproxima lentamente, ajeno a la trampa que le espera.

—Bien —dice finalmente—. Que todo el mundo mantenga posiciones.

—Inspector, tenemos un problema —dice Bellido, bajando la voz para que solo Marcos pueda oírlo. Sus dedos regordetes se deslizan nerviosamente por la pantalla mientras busca algo entre los datos. Sostiene su tablet como si fuera una bandeja caliente—. Hay más barcos que cumplen con los requisitos. No lo vimos antes porque uno era más evidente, pero… estos también podrían ser.

Marcos frunce el ceño y se aparta unos pasos del grupo, haciendo un gesto a Bellido para que lo siga.

—¿Cuántos?

—Cuatro en total —responde Bellido, mostrándole la pantalla—. Uno pertenece a Transportes Atlánticos, que es una de las empresas de Salazar a través de un testaferro. Otro está registrado a nombre de Enrique Méndez, que sabemos está relacionado con él desde hace años. Y hay uno directamente a su nombre. Este último no lo vimos porque es más pequeño.

Marcos se frota la barbilla, pensativo.

—¿Y el cuarto?

—En realidad hay dos más que llegan de Colombia pero que no tienen conexión aparente con Salazar —aclara Bellido, deslizando el dedo por la pantalla para mostrar la información—. El *Mar de Fondo* y el *Santa María*. Ambos con carga declarada de café y pescado.

Marcos observa el barco que se acerca lentamente a través de la niebla y luego vuelve a mirar la información en la tablet.

—Entonces tiene que ser uno de esos dos y no el que pensabamos —murmura Marcos.

El grandullón asiente nerviosamente con su rostro redondo brillando por el sudor a pesar del frío.

—¿Qué hacemos, inspector? El operativo está montado para interceptar el *Águila Azul*, pero si la mercancía viene en otro barco…

Marcos mira hacia el grupo de agentes que esperan instrucciones y luego al horizonte donde ya se distinguen varios puntos oscuros acercándose al puerto.

Marcos maldice por lo bajo mientras el *Águila Azul* se acerca al muelle. La orden judicial solo permite registrar ese barco en específico, y si la mercancía viene en cualquiera de los otros, estarán con las manos atadas.

—No podemos abrir ninguno más —explica a Bellido, que parpadea nerviosamente—. Si no es ese, tendremos que esperar a que muevan la carga o conseguir algo concreto para pedir otra orden.

El grandullón asiente, tragando saliva.

—¿Y si dividimos el operativo? —sugiere con poca determinación —. Podríamos vigilar todos los barcos simultáneamente.

Marcos se gira hacia donde Gutiérrez y Resines aguardan instrucciones. El veterano policía mastica un palillo con expresión impaciente mientras su joven compañero no deja de moverse, como si tuviera hormigas en los pantalones.

—¡Héctor! —llama Marcos—. Necesito que os despleguéis por todo el puerto. Los narcos seguramente ya están aquí esperando la mercancía.

Gutiérrez se acerca con Paco pisándole los talones.

—¿Algún problema con el operativo? —pregunta, escupiendo el palillo.

—Puede que nos hayamos equivocado de barco —responde Marcos en voz baja—. Hay cuatro posibilidades y solo tenemos orden para uno.

—Carallo —murmura Gutiérrez—. ¿Qué quiere que hagamos?

—Tú y Paco id a la zona este. Quiero ojos en cada rincón de este puerto. Buscad coches sospechosos, movimientos extraños,

cualquier cosa. Si Salazar envía a alguien a recoger la mercancía, quiero saberlo.

Paco Resines asiente con entusiasmo.

—¿Y si los vemos? ¿Intervenimos?

—No —responde Marcos tajante—. Solo observación. Necesitamos identificar en qué barco viene la droga antes de actuar.

Gutiérrez da una palmada en el hombro a su joven compañero.

—Vamos, Bond. Toca jugar a los espías.

Mientras se alejan, Marcos se vuelve hacia el resto del equipo.

—Que cada grupo tome posición. Necesitamos cubrir todos los muelles donde atracarán esos barcos.

Mientras el operativo en el puerto de Vigo se despliega bajo la coordinación de Marcos Garrido, David Alonso conduce un Audi negro por una carretera secundaria a las afueras de Madrid. A su lado, Clara mantiene la mirada fija en el camino, concentrada en las posibilidades que ha explorado durante las últimas horas.

—¿Estás segura de que no sospecha nada? —pregunta David, ajustando el chaleco antibalas bajo su chaqueta.

Clara asiente con firmeza.

—He visto seis variantes posibles. En todas está en su despacho, solo, revisando documentos. No activa su don en ningún momento y cuando entramos ya es demasiado tarde. Ten en cuenta que tanto él como yo solo podemos ver el futuro si participamos en él.

El Lobuno, sentado en el asiento trasero junto al Pelota, comprueba su arma con movimientos algo torpes.

—Si lo que dice es cierto, tenemos una ventana de diez minutos —murmura con voz áspera—. Entramos, lo aseguramos y salimos.

Heredia, que conduce el segundo vehículo justo detrás de ellos, confirma por radio que el perímetro está despejado. Solo dos guardias en la entrada principal y uno en la parte trasera.

El Pelota saca un plano de la mansión y lo extiende sobre sus rodillas.

—La entrada por el sótano sigue siendo nuestra mejor opción. Las cámaras tienen un punto ciego de tres segundos cuando hacen el

barrido.

David reduce la velocidad al acercarse a un desvío de tierra que se adentra en un bosque de pinos. Apaga los faros y avanza lentamente entre los árboles hasta detenerse a unos doscientos metros de la verja trasera de la propiedad.

—¿Algún cambio? —pregunta a Clara, que cierra los ojos brevemente.

—No. Sigue en su despacho. No hay alteraciones en ninguna línea temporal.

Los seis agentes descienden de los vehículos en silencio. Heredia distribuye los auriculares y comprueba las comunicaciones mientras el Lobuno y el Pelota preparan el equipo para neutralizar el sistema de seguridad.

Clara siente un escalofrío que no tiene nada que ver con la temperatura. En todas las posibilidades que ha explorado, Salazar no detecta su llegada y no tiene tiempo de activar su don. Están tan sincronizados que el narcotraficante no podrá reaccionar.

Bogdan pasea por el muelle con las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo, sintiendo cómo la niebla gallega se adhiere a su piel como un recuerdo incómodo. El puerto de Vigo, con sus grúas oxidadas y el olor a salitre, le resulta tan ajeno como todo en este país que detesta. Cada paso sobre el hormigón húmedo resuena en su cabeza con el nombre de Nadia.

Nadia, Nadia, Nadia.

Observa el horizonte donde varios barcos se recortan contra la bruma matutina. Uno de ellos trae la mercancía que Salazar espera, pero a Bogdan eso no le importa. Lo único que ocupa su mente es el rostro de Nadia, sus ojos color avellana y su cabello oscuro que olía a jazmín. La última vez que la vio fue en Bucarest, prometiéndole que volvería pronto.

—Mentira —murmura para sí mismo en rumano mientras enciende un cigarrillo.

Hace dos años tenía todo bajo control. La mafia rumana le respetaba, el negocio de trata funcionaba sin problemas y el dinero

fluía como el agua del Danubio. Pero entonces apareció Quezada con sus malditos tatuajes y ese poder infernal que convierte sus brazos en lanzallamas humanos.

Bogdan frota instintivamente la cicatriz de su antebrazo izquierdo, un recuerdo del primer encuentro con el salvadoreño. Aquel día comprendió que existían fuerzas contra las que no podía luchar. Ni siquiera su fuerza era suficiente.

Ni siquiera Kwan podía con él.

Salazar lo vio.

Ese hombre todo sabe.

Le recuerda en algunas cosas a Alexander Landa, aunque ese maldito austriaco daba mucho más miedo que el narco colombiano. La diferencia es que esta vez no aparece Tom en escena y sin el cazador la cosa se complica.

¿Donde maldito pelirrojo estás?

Así que aquí está, lejos de su tierra, lejos de amada Nadia, supervisando un cargamento que ni siquiera le interesa, y sirviendo a un hombre que desprecia.

Casi prefiere al primo Ionut.

Desde la distancia, observa movimiento en uno de los muelles. Policías, sin duda. Los reconoce por su forma de moverse, por cómo intentan parecer invisibles. Bogdan suelta una risa amarga. Qué ilusos son si creen que pueden atrapar a Salazar. El colombiano siempre va dos pasos por delante.

El rumano da una última calada a su cigarrillo antes de arrojarlo al agua. Por un momento, contempla la posibilidad de desaparecer, de huir, de volver con Nadia. Pero sabe que no hay escapatoria. No de Salazar.

No de Quezada.

No de esta vida que ahora le toca vivir.

La niebla se espesa sobre el puerto mientras el *Águila Azul* maniobra lentamente hacia el muelle. Bogdan observa la escena con una sonrisa torcida. Los policías se movilizan discretamente, preparándose para el momento del atraque, ignorando que están a punto de perder el tiempo.

Pobres idiotas son.

El rumano extrae su teléfono y marca un número. Habla en voz baja, con el cuello de su abrigo levantado para protegerse tanto del frío como de miradas indiscretas.

—El *Santa María* en veinte minutos por el muelle sur llegará —informa en un español áspero—. Los policías en el *Águila Azul* concentrados están. Todo según lo previsto está.

Al otro lado de la línea, Salazar sonríe. El colombiano siempre ha sabido jugar al ajedrez mientras los demás juegan a las damas. Ha usado una de sus empresas más conocidas como señuelo, sabiendo que la policía iría tras ella. Mientras tanto, un barco pesquero sin conexión aparente con él transporta quinientos kilos de cocaína pura entre redes y cajas de pescado.

Bogdan guarda el teléfono y camina hacia el extremo sur del puerto. A través de la bruma distingue ya la silueta del *Santa María*, un pesquero destartalado con la pintura desconchada que nadie sospecharía jamás que transporta un cargamento millonario.

53

22 de Octubre de 2025
07:15h
Montana
Pueblo de Riverdale

El sol despunta entre las montañas cuando James Morgan Junior desciende por la ladera este del pueblo de Riverdale. El amanecer pinta el cielo de naranja y violeta mientras cuatro figuras se deslizan como sombras entre los árboles. A su espalda, la milicia del coronel aguarda en silencio, esperando la señal para avanzar.

—Cinco minutos —susurra James al oído de Evan, el vigía que había avisado de la muerte del hijo del coronel.

Evan asiente y hace un gesto a Tania y Derek, los otros dos miembros del grupo de avanzada. Todos visten uniformes tácticos negros que se confunden con las sombras del amanecer.

James consulta su reloj digital. Son las siete en punto.

—Tú y Derek id a la subestación eléctrica —ordena James señalando hacia el extremo norte del pueblo—. Tania y yo nos encargamos de las comunicaciones.

Los cuatro se separan sin mediar palabra. James avanza agachado junto a Tania, una mujer rubia de complexión atlética que lleva una mochila negra a la espalda. Dentro transporta el inhibidor que

bloqueará cualquier señal de radio o teléfono en un radio de cinco kilómetros.

La puerta trasera del edificio cede fácilmente ante la ganzúa que Tania maneja con destreza y en menos de un minuto están dentro. James vigila mientras ella instala el inhibidor junto al panel principal de comunicaciones.

—Tres minutos —susurra James.

Al otro lado del pueblo, Evan y Derek cortan la alimentación principal de la subestación eléctrica y las luces de Riverdale parpadean y se apagan por completo. El pueblo queda sumido en un silencio antinatural mientras sus habitantes despiertan confundidos.

Tania activa el inhibidor y una pequeña luz verde parpadea indicando que está operativo.

—Hecho —confirma.

James saca su radio de frecuencia militar, la única que funcionará en medio del bloqueo electrónico.

—Águila Uno a Nido, objetivo cumplido. Pueden avanzar.

Al este del pueblo, el coronel recibe la señal y da la orden. Cincuenta hombres armados comienzan a descender por la ladera, avanzando hacia un Riverdale completamente vulnerable y aislado del mundo exterior.

Media hora antes, algunos vecinos del pueblo todavía seguían en la comisaría discutiendo sobre lo que deberían de hacer a continuación. Todavía no han llamado a la ciudad pese a la insistencia del Sheriff, pero nadie quiere adelantar acontecimientos y algunos de ellos no quieren hablar de los cadáveres que hay en el pueblo.

El sheriff Carson golpea la mesa con el puño mientras O’Briant y otros granjeros permanecen impasibles, con las armas descansando sobre sus piernas.

—Tenemos que llamar a la capital —insiste Carson por enésima vez—. Cuatro cadáveres no son algo que podamos manejar nosotros solos.

Michael O’Briant se pasa la mano por la barba sin afeitar y niega con la cabeza.

—¿Y qué les vas a decir, Wyatt? ¿Que disparamos a cuatro hombres porque robaban ganado?

—La ley es la ley, Michael —responde Carson—. Y si no informamos ahora, cuando lo descubran será peor.

—Yo no voy a la cárcel por defender lo mío. Esos cabrones entraron en mi propiedad y mataron a mi hijo.

—Exacto —añade Peterson, otro de los granjeros—. Fue defensa propia. Pero sabemos cómo funciona esto. Vendrán los federales, nos quitarán las armas y empezarán a hacer preguntas.

El sheriff Carson se frota los ojos enrojecidos por la falta de sueño. Si llama a las autoridades, la mitad de los presentes acabarán con problemas legales. Si no lo hace, está incumpliendo su deber.

—Enterrémoslos y olvidemos el asunto —propone el dueño de la gasolinera—. Nadie sabe que estaban aquí. Nadie los echará de menos.

Carson está a punto de responder cuando las luces parpadean y se apagan. La comisaría queda sumida en la penumbra del amanecer.

—¿Qué demonios…? —murmura mientras saca su linterna.

El radio de la comisaría emite un chirrido agudo y luego queda en silencio. Carson intenta hacer una llamada con su teléfono, pero no hay señal.

El silencio invade la comisaría mientras todos los hombres intercambian miradas inquietas. Carson agita su linterna hacia la ventana y observa la oscuridad que ha engullido al pueblo entero.

—No es solo la comisaría —murmura—. Es todo Riverdale.

O’Briant se levanta de golpe y comprueba su teléfono móvil.

—Sin señal. Nada.

Entonces Wilson se acerca a la ventana y escudriña el horizonte.

—Podría ser un fallo en la subestación. Pasó hace dos veranos durante la tormenta.

—Hoy no hay tormenta —replica Carson mientras intenta encender la radio de emergencia—. Y esto tampoco funciona. Alguien ha cortado las comunicaciones.

La señal del inhibidor parpadea en verde, confirmando que Riverdale está completamente aislado.

—El pueblo está ciego y sordo. Repito, ciego y sordo —informa James por la radio.

La voz del coronel suena fría a través del aparato.

—Recibido. Iniciamos avance.

Desde su posición, James contempla cómo la milicia emerge del bosque. Cincuenta hombres armados con rifles de asalto se despliegan en tres grupos. El coronel lidera el grupo central, avanzando directamente hacia la calle principal.

—Tania, avisa a Derek y Evan. Que se dirijan a la comisaría por la parte trasera —ordena James mientras desciende por la ladera.

La mujer asiente y transmite las órdenes por radio. En pocos minutos, los cuatro se reúnen en el límite del pueblo.

—El coronel quiere que aseguremos la comisaría —explica James cargando su rifle—. Sabemos que hay al menos seis hombres armados dentro, incluyendo al sheriff.

Derek sonríe mientras comprueba el cargador de su arma.

—¿Vivos o muertos?

—Muertos —responde James secamente.

Los cuatro avanzan entre las casas, aprovechando la confusión que reina en el pueblo. Algunos vecinos salen a sus porches, desconcertados por el corte de electricidad, sin percatarse aún de la amenaza que se cierne sobre ellos.

54

1 de Noviembre de 2025
08:15h
Puerto de Vigo
Vigo

Marcos observa el muelle donde la operación de Vigo sigue su curso. La bruma envuelve los barcos como un manto protector, ocultando el verdadero cargamento de drogas que llegará en el *Santa María* mientras sus hombres pierden el tiempo con el *Águila Azul*.

Saca el móvil del bolsillo con la intención de llamar a David, pero sus dedos se detienen sobre la pantalla. Lo piensa mejor y guarda el teléfono. El Superpoli debe estar concentrado en su propia operación, entrando en la mansión de Salazar con Clara y los dos palurdos racistas de la local. Una distracción podría costarles caro.

—Mierda —murmura Marcos mientras observa cómo el grandullón dirige a los agentes hacia el barco equivocado.

Necesito un cigarrillo.

Podría fumarlo, Laura está muy lejos… No, déjate de tonterías o duermes en el sofá hasta navidad, tonto el culo.

Céntrate.

Nadie en la central sabe nada de la operación paralela. Ni siquiera el comisario Silva o el inspector jefe Martínez. La posibilidad de un

topo infiltrado los obligó a mantener el operativo en absoluto secreto, limitando el equipo al mínimo: David, Clara, Heredia y dos agentes de la policía local que forman parte del equipo clandestino que formaron tras los sucesos con los Numen y Castro, el Lobuno y el Pelota. Nadie que pueda estar comprometido.

Marcos observa cómo los dos barcos restantes se acercan lentamente al puerto. El *Santa María* avanza con el motor apenas audible, mientras que el otro pesquero, el *Mar de Fondo*, se aproxima por el extremo norte del muelle.

Bellido se acerca con un informe en la mano, sudando a pesar del frío húmedo de la costa gallega.

—Inspector, los hombres están listos para abordar.

Marcos asiente, pero mantiene los ojos fijos en los otros barcos.

—Escucha, grandullón —dice en voz baja—. Que los gallegos se encarguen del *Águila Azul*. Solo ellos.

—¿Los gallegos? ¿Se refiere a la unidad local? —Bellido parpadea confundido.

—Exacto. Que Gutiérrez y Resines dirijan el registro. El resto del equipo quiero que se distribuya discretamente alrededor del puerto.

—Pero la orden…

—La orden es para el *Águila Azul* y se cumplirá —Marcos señala hacia los otros barcos—. Pero quiero ojos en el *Santa María* y en el *Mar de Fondo*. Sin que se note, ¿entiendes?

El grandullón asiente, comprendiendo finalmente.

—¿Y si encontramos algo?

—No vamos a intervenir. Solo observamos. Quiero saber qué descarga cada barco, quién recoge la mercancía y hacia dónde va. Necesitamos el cuadro completo.

El Lobuno se escabulle entre las sombras de los setos mientras su compañero, el Pelota, toma posición en el extremo opuesto del perímetro. Ambos mantienen contacto visual en la oscuridad.

Desde una azotea cercana, Heredia ajusta la mira telescópica de su rifle, barriendo cada ventana de la mansión de Salazar. Su respiración es pausada y controlada. Lleva dos años entrenando esa

especialidad. Ya poco queda del joven al que se encontraron Marcos y la agente Díaz en la casa del difunto Ruiz.

—Perímetro este asegurado —susurra el Lobuno por el intercomunicador.

—Aquí tampoco hay nadie —confirma el Pelota segundos después.

David y Clara avanzan agachados por el jardín trasero. Ella cierra los ojos brevemente cada veinte metros, activando su don para comprobar que Salazar sigue sin usar el suyo. El inspector Alonso observa su rostro con atención, esperando la señal para continuar.

—Sigue tranquilo —murmura Clara—. Solo veo un futuro donde permanece sentado con su copa.

David asiente y señala hacia una ventana lateral parcialmente abierta. El sistema de seguridad parece desactivado, tal como esperaban gracias a la intervención previa de Heredia en el sistema eléctrico.

—Nico, ¿cómo está la entrada principal? —pregunta David en voz baja.

—Hay un guardia en la puerta y otro patrullando el perímetro cada siete minutos.

Clara vuelve a cerrar los ojos.

—El guardia del perímetro pasará por aquí en cuarenta segundos —advierte—. Luego tendremos tres minutos exactos antes de que regrese.

David extrae una navaja del bolsillo y fuerza la ventana hasta que el mecanismo cede sin hacer ruido. Dentro, la mansión permanece en penumbra, iluminada únicamente por la tenue luz que proviene del salón principal.

Salazar está exactamente donde Clara lo ha visto en sus premoniciones: sentado en un sillón de cuero, contemplando la ciudad a través del ventanal mientras gira lentamente una copa de coñac entre sus dedos. Su rostro refleja una calma inquietante, como si supiera que esta noche será especial, pero sin imaginar por qué.

—Tenemos visual del objetivo —confirma Heredia desde su posición—. Sentado, desarmado y solo.

Clara y David se deslizan por un pasillo lateral, evitando las zonas iluminadas. Ella mantiene su don activo, explorando constantemente los posibles futuros inmediatos, asegurándose de que Salazar no detecte su presencia mediante su propia habilidad.

Por ahora, todo marcha según lo planeado.

Marcos se apoya en la barandilla metálica del muelle, sintiendo la humedad del mar gallego calándole los huesos. Desde su posición observa cómo Gutiérrez y Resines dirigen el registro del *Águila Azul*. Ellos dos, junto a los agentes prestados por la ciudad revuelven cada rincón del barco, abriendo compartimentos, revisando cajas de mercancía y comprobando los paneles del casco.

—Inspector, no hay nada —informa Gutiérrez por radio—. Hemos revisado hasta el último tornillo. El barco está limpio.

Marcos no muestra sorpresa. Era exactamente lo que esperaba.

—Continuad con el protocolo —responde secamente—. Documentar todo y terminar el registro. Deben veros ahí todo lo posible. No vayáis con prisa.

Sus ojos nunca abandonan los otros dos barcos. El *Santa María* ya ha atracado en el extremo más alejado del puerto, donde la iluminación es escasa y la actividad menor. Una furgoneta blanca sin distintivos se acerca lentamente por el muelle, estacionando a pocos metros de la rampa de descarga.

El grandullón se acerca con pasos pesados, sudando a pesar del frío.

—Inspector, confirmado que el *Águila Azul* está limpio. ¿Deberíamos solicitar ampliar la orden para los otros barcos?

—No, grandullón —responde Marcos sin apartar la mirada del *Santa María*—. Que mantengan la vigilancia. ¿Tenemos hombres cerca del pesquero que acaba de atracar?

Entonces diez furgonetas blancas idénticas aparecen de la nada y se acercan simultáneamente a los dos barcos sospechosos, cinco al *Santa María* y cinco al *Mar de Fondo*.

—Mierda, mierda, mierda —murmura Marcos mientras saca sus prismáticos.

Un ejército de hombres con gorras y chaquetas oscuras desciende de las furgonetas y comienza a descargar los barcos a un ritmo frenético. Los bultos, envueltos en plástico negro y del tamaño aproximado de maletas grandes, pasan de mano en mano en una cadena humana perfectamente sincronizada.

Bellido se acerca corriendo, con el rostro enrojecido y la respiración entrecortada.

—Inspector, ¿qué hacemos? No tenemos suficientes hombres para seguirlas todas.

Marcos aprieta los dientes mientras calcula mentalmente sus opciones. Si intervienen ahora, podrían capturar parte del cargamento pero alertarían a Salazar. Aparte del hecho de que no tiene una orden. Si intentan seguir todas las furgonetas, dispersarán tanto sus fuerzas que perderán el rastro de todas. Si eligen solo una, podrían estar dejando escapar el cargamento principal.

—Joder —escupe Marcos—. Tenemos que elegir. Que Gutiérrez y Resines terminen el registro del *Águila Azul* como si no pasara nada. No quiero que nadie mire siquiera hacia esas furgonetas.

—¿Y nosotros?

Marcos observa cómo los vehículos comienzan a llenarse. En menos de cinco minutos estarán en marcha.

—Avisa a tráfico. Quiero que identifiquen las matrículas y las rastreen discretamente.

Bellido se detiene a mitad de camino hacia los agentes de tráfico. Sus ojos se clavan en un punto entre las sombras del muelle y el corazón le da un vuelco mientras su cerebro procesa lo que acaba de ver.

—Inspector… —susurra con voz entrecortada—. Ese hombre…

Marcos sigue su mirada y entrecierra los ojos, tratando de distinguir la figura que ha alterado a Bellido.

—¿Cuál? ¿El de la chaqueta negra?

Bellido asiente, tragando saliva. Su mano tiembla ligeramente mientras señala hacia un hombre corpulento que supervisa la carga en una de las furgonetas.

—Es Bogdan Hanescu, estoy seguro. Ese hombre estaba en el castillo hace dos años…

—¿Estás completamente seguro?

—Completamente. —Bellido se pasa la mano por la cicatriz inconscientemente—. Tengo todos los datos memorizados. Bogdan Hanescu, treinta y ocho años, el número dos de la mafia rumana cuando todavía estaba su primo Ionut. Participó en el asalto al castillo de Landa y desapareció después del incendio. Interpol lo ha buscado en diecisiete países diferentes. Solo se sabe que ocupó el puesto de su primo y es uno de los más influyentes en la trata de blancas.

Bellido continúa recitando datos como una enciclopedia nerviosa:

—Implicado en siete asesinatos confirmados, doce presuntos, experto en explosivos y…

—Ya, ya, grandullón —Marcos le interrumpe—. Si está aquí es que trabaja para Salazar. No lo sabíamos. Pero tiene sentido, la mafia rumana tiene las mejores rutas de distribución para mover a las chicas.

Todavía recuerdo lo que encontramos en esa fábrica.

Voy a joder a ese cabrón calvo y feo.

Ambos observan cómo Bogdan señala hacia una de las furgonetas en particular. Los hombres a su alrededor siguen sus instrucciones sin cuestionar.

—Esa furgoneta, la tercera por la derecha —murmura Marcos—. Donde él va, va el cargamento principal. Eso seguro.

Bellido asiente, su rostro ahora determinado a pesar del miedo.

—Le seguimos a él, entonces.

—Exacto, grandullón. Nos movemos. Avisa a los novatos de que se queden aquí. Tú, yo, y los dos de apellidos graciosos nos vamos a por ese cabrón.

Clara y David se deslizan por el pasillo de la mansión, pegados a la pared. La oscuridad es su aliada mientras avanzan hacia el salón donde Salazar sigue disfrutando de su coñac.

—¿Sigue sin usar su don? —susurra David, tan bajo que apenas es un roce de aire.

Clara cierra los ojos brevemente y una sucesión de imágenes cruza su mente: Salazar levantándose, caminando hacia la ventana, regresando al sillón.

—Sigue sin usarlo. No nos ha detectado.

Se detienen frente a una puerta entreabierta. A través de la rendija, ven el reflejo de Salazar en un espejo de la pared opuesta. El narcotraficante revuelve el hielo en su copa con un dedo, abstraído en sus pensamientos.

David comprueba su arma y mira el reloj. Marcos debe estar en Vigo ahora mismo, supervisando la operación en el puerto. No pueden hacer nada hasta recibir su señal.

—Tenemos que acercarnos más —murmura—. Necesito confirmar que está solo.

Clara asiente y vuelve a cerrar los ojos. Esta vez, su respiración se agita ligeramente.

—Hay dos guardias en el pasillo exterior. Pasarán frente a esta puerta en noventa segundos. Después tendremos un hueco de cuatro minutos.

Se agazapan tras un mueble antiguo mientras los pasos de los guardias se acercan. David siente la tensión en cada músculo, esa familiar sensación previa a una detención importante. A su lado, Clara permanece inmóvil con el rostro convertido en una máscara de concentración.

Los guardias pasan de largo mientras David y Clara emergen de su escondite y avanzan hacia la siguiente posición.

El salón principal está a solo unos metros. Desde allí podrán observar directamente a Salazar y esperar la señal de Marcos. David verifica el intercomunicador en su oído. Silencio.

—Espero que sean rápidos en Vigo —piensa, mientras toma posición tras un biombo ornamental que les ofrece una vista perfecta de Salazar.

Clara se coloca a su lado, tan cerca que sus hombros se tocan. Sus ojos se encuentran en la penumbra, un entendimiento silencioso pasando entre ellos.

Están listos.

Solo falta la señal.

La furgoneta blanca se mueve por las estrechas calles de Vigo como una sombra. Mantiene una distancia prudencial, con las luces cortas y el motor apenas ronroneando. A su lado, Bellido no para de hablar mientras Conrado conduce y Montoya vigila desde el asiento trasero.

—No los pierdas —murmura Marcos, inclinándose hacia adelante.

—Tranquilo, inspector. Veo hasta la caspa de ese rumano calvo —responde Conrado con la vista fija en la carretera.

La furgoneta de Bogdan toma una curva cerrada y se adentra en una zona industrial abandonada. Los edificios a ambos lados parecen esqueletos de hormigón, testigos mudos de tiempos mejores.

—Van a descargar aquí —señala Bellido, sudando a pesar del frío —. Es perfecto, sin testigos ni cámaras.

Marcos asiente mientras Conrado detiene el vehículo a una distancia segura. Desde su posición, observan cómo la furgoneta se detiene frente a un almacén con el techo parcialmente hundido.

—Joder, qué original —susurra Montoya con sarcasmo—. Un almacén abandonado. Estos narcos ven demasiadas películas.

Bogdan desciende del vehículo y hace una señal a los otros hombres. Cinco figuras emergen de las sombras del almacén y comienzan a descargar la mercancía.

—Inspector —Bellido señala hacia un Mercedes negro que acaba de aparecer por el extremo opuesto del callejón—. Tenemos compañía.

Marcos entrecierra los ojos, tratando de identificar al recién llegado. La puerta del Mercedes se abre y una figura desciende con evidente nerviosismo

—Es Ramírez —confirma Marcos—. Uno de los distribuidores en España. A este sí que podemos relacionarlo con Salazar. Hay cientos de fotografías juntos.

Los cuatro observan en silencio cómo Ramírez supervisa la descarga. Bogdan le entrega un pequeño paquete que el hombre examina con cuidado bajo la luz de una linterna.

—Está probando la mercancía —murmura Conrado—. Es cocaína pura, seguro.

Marcos saca su teléfono y comienza a tomar fotografías discretamente. La evidencia es crucial, especialmente si quieren vincular directamente a Salazar con el cargamento.

—Debería avisar al superpoli —dice Marcos, marcando el número en su teléfono—. Ya tenemos confirmación visual. Ey, chaval, todo tuyo.

El móvil de David vibra en su bolsillo y lo extrae mientras mantiene la mirada fija en Salazar, quien continúa contemplando la ciudad desde su sillón de cuero.

—Es Marcos —susurra, tan bajo que Clara apenas puede oírlo.

El mensaje es conciso: "Ey, chaval, todo tuyo."

David siente ese familiar hormigueo en la nuca, esa descarga de adrenalina que tanto echaba de menos. Su mirada se cruza con la de Clara en la penumbra.

—¿Sigue sin usar su don? —pregunta mientras guarda el móvil.

Clara cierra los ojos un instante y su respiración se acelera ligeramente mientras las imágenes del futuro inmediato desfilan por su mente.

—No parece reaccionar a nada, sigue ahí sentado.

David activa el intercomunicador con un toque sutil.

—Nico, Fran, entramos en treinta segundos. Heredia, mantén posición y cobertura.

—Recibido —responde el Lobuno con voz apenas audible.

—A por ese cabrón —confirma el Pelota segundos después.

David desenfunda su arma con y comprueba el cargador. Sus ojos nunca abandonan a Salazar, quien da un último sorbo a su copa antes de dejarla sobre la mesa auxiliar.

—Recuerda —murmura hacia Clara—, te quedas atrás. Tu única función es avisarme si activa su don. No quiero que te expongas.

Clara asiente, aunque en sus ojos brilla una determinación que David conoce demasiado bien. Ya no es la estudiante asustada que conoció hace dos años. La transformación es evidente en cada gesto.

—Tres, dos, uno… —cuenta David en voz baja.

55

20 de Octubre de 2025
14:53h
México DC
Hospital San Juan de Dios

El hospital San Juan de Dios recibe a Nick y Samantha con el frío abrazo de su iluminación fluorescente. Los pasillos, impregnados con el olor a desinfectante y enfermedad, se extienden ante ellos como un laberinto blanco. Nick camina delante mientras Samantha lo sigue, perfectamente caracterizada como Martínez.

—Habitación 307 —murmura Nick consultando una pequeña libreta desgastada—. Tercera planta.

El ascensor se cierra tras ellos y Nick juega con los dedos sobre su cámara, ansioso por lo que puedan encontrar. Samantha permanece impasible, estudiando cada movimiento del periodista.

—¿Crees que hoy tendremos más suerte? —pregunta Nick sin apartar la mirada de los números que se iluminan en el panel.

—Quizás. Los médicos mencionaron actividad cerebral inusual durante la semana pasada.

El ascensor se detiene y las puertas se abren con un pitido. La enfermera de turno apenas levanta la mirada cuando pasan frente al

mostrador. Samantha muestra una identificación falsa y la mujer asiente con desinterés, demasiado ocupada con el papeleo.

La habitación 307 permanece en penumbra, iluminada únicamente por el resplandor de los monitores que registran las constantes vitales. En la cama yace una mujer de unos treinta años, inmóvil como una estatua de cera. Su rostro, enmarcado por cabello castaño desparramado sobre la almohada, muestra una serenidad artificial.

—Exactamente igual —susurra Nick acercándose a la cama—. Lleva así desde el accidente del autobús.

Samantha cierra la puerta con suavidad y observa cómo Nick saca su cámara y comienza a tomar fotografías de la paciente y los monitores.

—Cinco toneladas —murmura Nick mientras ajusta el enfoque—. Sostuvo cinco toneladas de metal durante casi un minuto para salvar a veinte personas atrapadas. Y ahora mírala.

Los monitores muestran líneas regulares, pulso estable y respiración normal. Nada que indique que la mujer postrada sea diferente a cualquier otro paciente en coma. Pero Nick sabe que lo es.

—La última vez no pude sacar nada en claro —dice mientras revisa las imágenes en la pantalla de su cámara—. Los médicos no entienden por qué no despierta cuando físicamente no presenta daños cerebrales.

Samantha se acerca a los monitores y estudia los datos.

—No hay mucho más que ver aquí —dice Nick guardando su cámara—. Los médicos vendrán en media hora para hacer sus rondas. Deberíamos irnos.

Bajan a la cafetería del hospital, un espacio amplio con mesas dispersas y el aroma a café barato flotando en el aire y Nick pide un café negro mientras Samantha opta por un té. Se sientan en una mesa alejada, donde las conversaciones ajenas no puedan alcanzarlos.

—¿Puedo preguntarte sobre tus investigaciones? —inquiere Samantha, revolviendo su té con delicadeza—. Me interesa saber qué más has encontrado.

Nick mira a su alrededor con cautela antes de inclinarse sobre la mesa.

—Tengo un mural completo en mi apartamento —susurra—. Llevo años recopilando casos.

Saca de su bolso una carpeta desgastada y la abre sobre la mesa. Dentro hay fotografías de personas aparentemente normales: un hombre al lado de un tanque en lo que parece un desierto, una mujer joven caminando por la calle o un anciano sentado en un banco.

—No parecen estar haciendo nada extraño —observa Samantha.

—Ese es el punto —responde Nick con intensidad—. Parecen normales, pero no lo son. Este hombre —señala la foto del sujeto con traje— sobrevivió a una explosión que mató a todos en un radio de cincuenta metros. Sin un rasguño.

Pasa las fotos una a una, explicando cada caso: un terrorista que supuestamente sobrevivió a un ataque directo de misiles, un hombre que testigos aseguran vieron transformarse físicamente en otra persona.

—El gobierno lo sabe —afirma Nick con convicción—. Tienen archivos y expedientes completos.

Entre las fotografías, Samantha reconoce rostros familiares, pero hay otros que nunca ha visto.

—¿De dónde sacaste estas? —pregunta Samantha, manteniendo su voz neutral.

—Contactos, testigos, algunas las tomé yo mismo —Nick toma un sorbo de café—. Estas personas están conectadas de alguna manera. Los llaman de diferentes formas según el país, pero todos tienen habilidades que desafían la lógica. Mis investigaciones no van tan lejos, pero hay gente que lo relaciona con los dioses. Los doce dioses principales.

Samantha examina las fotografías con creciente interés mientras Nick continúa explicando sus teorías. Sus ojos se detienen en cada imagen y cada anotación garabateada en los márgenes. Esta colección es un tesoro de información que Ryan Cranston mataría por tener en sus manos.

—¿Y estos símbolos que aparecen repetidos? —pregunta señalando unas marcas en varias fotografías.

—Runas antiguas —explica Nick con entusiasmo—. Aparecen en escenas donde se han reportado manifestaciones de estos poderes. He consultado con expertos en mitología nórdica y griega, y tienen similitudes con símbolos asociados a los dioses, aunque con nombre que no conocíamos. Muestra una supuesta guerra entre dos hermanos llamados Nalún y Tarantos.

Samantha asiente mientras da otro sorbo a su té. Su mente trabaja a toda velocidad calculando cómo obtener toda esta información. Nick Johnson sabe demasiado, ha conectado demasiados puntos.

—¿Tienes copias digitales de todo esto? —pregunta con aparente casualidad.

—Algunas cosas sí, otras solo existen en papel —Nick baja la voz —. No confío en almacenar todo digitalmente. Es más fácil hackear un ordenador que entrar en mi apartamento.

Samantha sonríe ligeramente.

Si tú supieras.

—Deberíamos reunirnos en un lugar más privado para revisar todo esto con calma —sugiere ella—. Podría ayudarte a organizar la información.

Nick duda un momento, pero el entusiasmo por compartir sus hallazgos con alguien que parece interesado supera su cautela.

Samantha desliza disimuladamente la mano hacia su bolso, donde descansa su teléfono. Necesita informar a Will sobre estos documentos. Ryan Cranston querrá cada fragmento de información que este hombre ha recopilado antes de que sea eliminado.

Nick extrae un cuaderno gastado de su mochila y lo abre sobre la mesa. Las páginas están llenas de anotaciones en diferentes colores y diagramas y recortes pegados con cinta adhesiva.

—Hay algo más —dice bajando aún más la voz—. Algo que conecta todos estos casos.

Samantha se inclina hacia adelante, genuinamente intrigada.

—El Libro de los Ritos —Nick pronuncia las palabras con reverencia —. Un texto antiguo que supuestamente contiene el origen de estos

seres. Según mis fuentes, este libro es lo que los creó, o al menos explica cómo se crearon.

—¿Un libro? —pregunta Samantha, manteniendo su disfraz de Martínez—. ¿Cómo es posible que un simple libro tenga ese poder?

Nick sonríe con amargura mientras pasa algunas páginas de su cuaderno hasta encontrar un dibujo a lápiz de lo que parece ser un tomo antiguo con símbolos extraños en su cubierta.

—No es un simple libro. Es increíble cómo no ha salido en todas partes, cómo las noticias lo ocultan. Pero lleva aquí, entre nosotros, desde hace cientos de años.

Señala algunas anotaciones junto al dibujo.

—La primera referencia que encontré data del siglo XV, en textos de la Inquisición española. Luego desaparece durante siglos, para reaparecer brevemente durante la Segunda Guerra Mundial. Los nazis lo buscaron obsesivamente.

Samantha examina las notas con creciente interés. Sus ojos se detienen en un nombre que reconoce: Luna, la mujer inmortal. La persona que mató a Nalún y le arrebató su poder.

—¿Qué dice exactamente ese libro? —pregunta con cautela.

—Nadie lo sabe con certeza —responde Nick—. O al menos nadie que esté dispuesto a hablar. Contiene rituales, según mis fuentes. Rituales relacionados con los poderes de Nalún, el dios que entregó sus dones a los humanos antes de ser traicionado por su hermano Tarantos. O, al menos eso es lo que he leído. Hay mucha paja, pero entre todo ello he conseguido sacar cosas en claro.

Nick pasa otra página donde hay fragmentos traducidos de textos antiguos.

—Lo más fascinante es que todas las personas con habilidades sobrenaturales que he rastreado parecen estar conectadas de alguna manera con este libro. Como si sus poderes provinieran de él, o fueran activados por él. O algo parecido.

Samantha asiente lentamente, procesando esta nueva información.

El Libro de los Ritos.

Otra pieza del rompecabezas que Cranston necesita. Aunque todo eso ya lo sabe. Lo que no sabe es donde está ese dichoso libro.

56

1 de Noviembre de 2025
09:22h
Polígono industrial
Vigo

Marcos mantiene el comunicador pegado al oído mientras observa los movimientos en el almacén. La tensión le recorre el cuerpo como una corriente eléctrica. El grandullón, a su lado, no para de sudar ni de hablar.

—¿Cuánto tardarán en llegar? —pregunta Conrado desde el asiento del conductor.

—Cinco minutos, máximo siete, o eso espero —responde Marcos Garrido, pasándose la mano por la frente calva—. Gutiérrez y Resines vienen por la carretera secundaria para cortar la salida.

La actividad en el almacén se intensifica. Bogdan supervisa cómo sus hombres trasladan los fardos desde las cajas de pescado hacia un camión frigorífico blanco con matrícula portuguesa. El rumano consulta su reloj mientras Ramírez habla por teléfono, gesticulando nerviosamente.

—Mierda, se van a largar —murmura Montoya desde el asiento trasero—. Y ese camión puede ir a cualquier parte.

Marcos aprieta los dientes.

Si perdemos el cargamento, la operación se irá a la mierda. Necesitamos esa droga para vincular a Salazar con todo, joder, ya no estoy para estos trotes.

Con lo bien que estaría en una playa de Altea mirando las olas del mar con un mojito.

Bogdan pasea por el perímetro del almacén con una tranquilidad fingida. Sus botas militares crujen sobre la gravilla mientras observa las sombras que proyectan las farolas del polígono industrial. El aire huele a salitre y gasoil, una mezcla que le recuerda vagamente a su infancia en el puerto de Constanza.

No le gusta lo que va a pasar. Lo siente en el estómago, esa sensación de vacío que siempre precede a los problemas. Pero no es su decisión. Nunca lo ha sido. Él solo ejecuta órdenes. Durante un tiempo pensó que podía cambiar su destino, pero el tiempo le quitó la razón de un manotazo.

—¡Más rápido! —grita uno de sus hombres en un español con marcado acento rumano—. El jefe quiere todo cargado en diez minutos.

Dentro del almacén, cuatro operarios trasladan fardos envueltos en plástico negro desde las cajas de pescado hacia el camión frigorífico. El sudor les empapa las camisetas a pesar del frío de la mañana.

Bogdan enciende un cigarrillo y exhala el humo lentamente. Desde su posición puede ver la carretera principal y el cruce que lleva a la autopista.

—Listo —anuncia Ramírez acercándose a Bogdan—. Mi hombre irá con él hasta el siguiente punto.

Un tipo corpulento con gorra de béisbol negra sube al asiento del copiloto. Lleva una pistola mal disimulada bajo la chaqueta y una expresión que mezcla aburrimiento y nerviosismo.

El motor del camión arranca y los faros iluminan el asfalto mientras maniobra hacia la salida del polígono. Bogdan permanece inmóvil, observando cómo las luces traseras se alejan hasta desaparecer en la curva que conecta con la carretera principal.

—¿Y ahora qué? —pregunta uno de sus hombres en rumano.

—Ahora esperar debemos —responde Bogdan encendiendo otro cigarrillo.

Desde la furgoneta camuflada, Marcos Garrido sigue los movimientos con los prismáticos.

—El camión se marcha —informa por radio—. Lleva un escolta, pero el grueso de los hombres permanece en el almacén.

Conrado ajusta su chaleco antibalas mientras Montoya comprueba su arma.

—¿Seguimos al camión o vamos a por estos? —pregunta Conrado.

Marcos duda un instante. La operación contemplaba ambas posibilidades, pero necesita tomar una decisión rápida.

—Tenemos a Gutiérrez y Resines en la carretera para seguir el camión —responde finalmente—. Nosotros nos quedamos con ese rumano calvo. Si le pillamos con las manos en la masa, tendremos algo sólido contra Salazar.

El camión frigorífico avanza por la carretera secundaria. El conductor mantiene una velocidad constante, confiado en que nadie interceptará su ruta a estas horas de la madrugada.

En dirección contraria, el Seat León policial de Héctor Gutiérrez y Paco Resines serpentea por la estrecha carretera.

—Tiene que aparecer en cualquier momento, ¿no crees? —murmura Paco, sin apartar la vista de la carretera—. Según Garrido, tomó esta salida hace cinco minutos.

—Carallo, como si no tuviera suficiente con la jubilación a la vuelta de la esquina —refunfuña Héctor acelerando ligeramente—. Teníamos que haber pedido refuerzos.

Gutiérrez debería haberse prejubilado hace dos años, pero todo lo ocurrido con el inspector Alonso y lo que pasó en ese castillo le hizo replanteárselo.

Y durante esos dos años se lo ha vuelto a plantear y replantear unas diez veces.

En la curva siguiente, los faros del camión aparecen de frente, cegándolos momentáneamente. Héctor reacciona por instinto,

girando el volante con brusquedad para atravesar el camión en mitad de la calzada.

—¡Es él! ¡El camión portugués! —exclama Paco, desenfundando su arma.

El vehículo policial derrapa sobre el asfalto hasta quedar perpendicular a la carretera, bloqueando completamente el paso. El camión frena con un chirrido ensordecedor, quedando a escasos metros del coche patrulla.

—¡Policía Nacional! ¡Apaguen el motor y salgan con las manos en alto, carallo! —grita Héctor a través de la ventanilla mientras desenfunda su arma.

Paco Resines sale rápidamente del vehículo, parapetándose tras la puerta abierta con la pistola apuntando al camión.

—Bond, cúbreme —ordena Héctor usando el apodo que tanto detesta su compañero—. Voy a acercarme.

—A sus órdenes, Bourne —responde Paco con una sonrisa tensa, siguiéndole el juego en un momento tan crítico.

El motor del camión sigue en marcha. A través del parabrisas, pueden distinguir las siluetas del conductor y su acompañante, inmóviles, evaluando sus opciones.

—Inspector Garrido, tenemos el camión.

—Detenedlo y asegurad el cargamento. Nosotros vamos a por el resto —ordena mientras hace un gesto a Conrado y Montoya—. Que no se os escape ese camión.

—Entendido, inspector —responde Héctor, cubriendo el micrófono con la mano para que no se escuche el chirrido de los frenos del camión.

En el almacén, Bogdan enciende su tercer cigarrillo mientras supervisa la limpieza del lugar.

Marcos y su equipo abandonan la furgoneta y avanzan en formación hacia el almacén. El inspector Garrido siente cómo su corazón bombea con fuerza. A pesar de los años, nunca se acostumbra a ese momento.

—Cuando yo os diga —susurra por el comunicador mientras desenfunda su arma.

Conrado asiente, empuñando su pistola reglamentaria. Montoya se coloca en posición, cubriendo el flanco izquierdo. Los tres agentes se acercan al perímetro del almacén cuando Bogdan sale por la puerta lateral, seguido por Ramírez y dos hombres más.

Marcos no lo duda. Se incorpora de golpe, apuntando con firmeza su Glock hacia el grupo.

—¡Policía! ¡Las manos en alto! ¡Al suelo, ahora! —grita con voz potente que resuena en todo el polígono.

Conrado y Montoya emergen de sus posiciones, apuntando también a los sospechosos.

—¡Al suelo! ¡Manos donde pueda verlas! —vocifera Montoya.

El grandullón llega corriendo, con el chaleco antibalas mal ajustado y el arma temblando ligeramente en sus manos. Se coloca frente a Bogdan, quien permanece impasible mientras Ramírez y los otros hombres se tumban en el suelo siguiendo las órdenes de Montoya.

—¡Al suelo, he dicho! —grita Bellido con voz entrecortada por el esfuerzo.

Bogdan levanta lentamente las manos, pero no se arrodilla. Sus ojos, fríos como el hielo, escrutan el rostro del subinspector. Una chispa de reconocimiento cruza su mirada y Bellido traga saliva. El sudor le empapa la frente y resbala por sus sienes. Mantiene el arma en alto, pero sus dedos tiemblan visiblemente.

—¡He dicho que al suelo! —repite con más fuerza, intentando ocultar su nerviosismo.

Marcos Garrido se acerca rápidamente, notando la tensión entre ambos.

—¿Algún problema, grandullón?

—No, inspector. Todo bajo control —responde sin apartar la mirada de Bogdan.

El rumano esboza una sonrisa apenas perceptible mientras se arrodilla lentamente, sin dejar de mirar a Bellido.

Al mismo tiempo, Gutiérrez y Resines rodean el camión frigorífico con las armas en alto. El conductor y su acompañante ya están de rodillas en el asfalto, con las manos entrelazadas tras la nuca.

—Cúbreme, Paco —ordena Gutiérrez mientras enfunda su arma y saca las llaves del camión del bolsillo del conductor.

Resines mantiene la pistola firme, apuntando alternativamente a los dos detenidos.

—Como se os ocurra moveros, os lleno de agujeros —amenaza con más confianza de la que realmente siente.

Gutiérrez le echa una mirada de, "la madre que te pario, carallo", se dirige a la parte trasera del camión y manipula el cierre. La puerta se abre con un chirrido metálico, liberando una bocanada de aire frío. El agente enciende su linterna y la dirige hacia el interior.

—¡Me cago en la hostia! —exclama mientras el haz de luz ilumina decenas de fardos apilados meticulosamente—. Chaval, la tenemos.

57

22 de Octubre de 2025
06:42h
Montana
Cabaña de los Morgan

—No me importa —responde con dureza—. Tenemos que irnos ya. Nada más importa ahora.

—Pero la gente del pueblo… —comienza a decir Mia.

—No me importan, Mia —la corta Tom—. A mí solo me importas tú.

Tom se acerca a Mia y se agacha frente a ella, colocando sus grandes manos sobre los hombros pequeños de la niña.

—Escúchame bien. Lo que le pase a Riverdale no es nuestro problema. Si James y sus hombres quieren este sitio, que se lo queden. Y si quieren quemar ese maldito pueblo, es todo suyo. Nosotros tenemos que desaparecer antes de que vengan aquí.

Mia sacude la cabeza con vehemencia y se zafa del agarre de Tom.

—No podemos irnos así como así —dice con una voz que suena demasiado adulta para su pequeño cuerpo—. Hay niños en ese pueblo, tío.

Tom suspira y se incorpora, pasándose una mano por su espesa y rojiza barba.

—No es nuestro problema —repite.

—¿Y si fuera yo? —pregunta Mia—. Si yo estuviera allí y tú aquí, ¿te irías sin más?

El silencio que sigue pesa como plomo. Tom camina hasta la ventana y observa el horizonte donde se alza Riverdale.

—Ese hombre no dejará a nadie vivo —insiste Mia—. Lo vi en los ojos del lobo. Mataron a su hijo y ahora él quiere venganza.

Tom golpea el marco de la ventana con el puño, pero Mia no retrocede.

—No podemos permitir que mueran todos —dice la niña con voz quebrada pero decidida.

Tom se vuelve hacia ella.

—Podríamos avisar al sheriff —sugiere Mia—. O ayudar a la gente a escapar. Algo, tío Tom. Cualquier cosa.

La mano de Tom se desliza inconscientemente hacia la Beretta en su cintura. Cierra los ojos un momento, como si estuviera calculando todas las variables.

—No voy a mover un dedo por nadie, Mia —dice sin inmutarse—. Me has preguntado qué haría si fueras tú, pero la respuesta ya la sabes. Si fueras tú los mataría a todos uno detrás de otro. Por ti maté a Landa cuando creía en todo lo que él decía y quería su futuro. Te he puesto por delante de mí desde que tu madre murió, pero no voy a salvar a nadie más porque yo no soy esa persona.

Tom mira por la ventana y se ve a sí mismo frente a Landa, recibiendo órdenes. Se ve cazando Numen a través de los cinco continentes. Recuerda el sabor metálico de la sangre ajena y el peso exacto de un cuerpo sin vida. Rostros sin nombre que dejó atrás en habitaciones de hotel, callejones oscuros y en bosques como este.

—Yo no salvo gente, Mia —murmura, sin apartar la mirada del horizonte—. Soy quien los caza.

Aprieta el puño contra el marco de madera. Si las cosas fueran diferentes, él estaría con James y sus hombres. Estaría planeando el ataque e identificando puntos débiles.

—Mi lugar natural está entre ellos —dice con voz áspera—. Siempre he sido el cazador, no el protector. Solo he sido diferente contigo.

Recuerda la frialdad con que ejecutaba cada misión y la precisión mecánica de sus movimientos. La ausencia total de duda o remordimiento. Personas convertidas en objetivos y vidas reducidas a problemas que solucionar.

Echa de menos esa vida. Cada día bajo las órdenes de Landa tenía un propósito definido: localizar, rastrear y eliminar. Sin preguntas, sin dudas, sin ese constante ruido en su cabeza que ahora le acompaña día y noche.

Echa de menos la certeza que le proporcionaba tener un objetivo. Un mundo ordenado donde los Numen gobiernan a los humanos. Un mundo donde los fuertes están por encima de los débiles y donde el caos es sustituido por orden. Donde alguien como él, con sus habilidades, tendría un lugar privilegiado.

Tom aprieta la mandíbula. En ese mundo, Mia estaría protegida y no tendría que huir constantemente ni esconderse en cabañas aisladas o temer que alguien descubra su don. Tendría un lugar.

La voz de Landa resuena en su memoria: "Los humanos necesitan ser guiados, viejo amigo. Como niños. Sin nosotros, mire lo que hacen. Se matan entre ellos por territorio, por venganza, por poder. Los Numen podemos darles orden."

Y ahora, mirando hacia Riverdale, Tom ve exactamente lo que Landa predijo. Humanos comunes dispuestos a masacrarse unos a otros por venganza. Como siempre han hecho.

La mano de Tom se cierra alrededor de la culata de su Beretta. Echa de menos la simpleza de recibir órdenes.

En el fondo, sabe que Landa tenía razón. Los humanos son como ovejas, incapaces de gobernarse a sí mismos sin caer en la barbarie. Necesitan a alguien por encima de ellos. Alguien con el poder y la voluntad para imponer orden.

¿Por qué tuviste que llevarte a Mia, viejo desgraciado?

Si no lo hubieras hecho te habría seguido hasta el fin del mundo.

Pero entonces se lo replantea. Si no lo hubiera hecho, no habría desconfiado de Luna y esta se habría convertido en una diosa a costa de sus poderes.

Estás mejor muerta.

—¿Así que no te importa? —pregunta con voz temblorosa—. ¿No te importa que mueran niños? ¿Mujeres? ¿Gente que nunca te ha hecho nada?

Tom mantiene su expresión impasible.

—No, no me importa —responde con voz áspera.

—Mamá estaría avergonzada de ti —susurra, antes de darse la vuelta y alejarse hacia su habitación.

—Yo me convertí en lo que soy por salvar a tu ma…

No…

No es justo culparla. Tom es como es porque es así desde siempre. ¿Pero Mía lo esta cambiando?

Eso es imposible.

A él no le importa ese maldito pueblo ni ninguna de las personas que viven allí.

Pero me importa lo que piense Mía de mí y eso es una debilidad.

Se queda inmóvil frente a la ventana mientras escucha los pasos furiosos de Mia alejándose por el pasillo. El portazo retumba por toda la cabaña, haciendo vibrar las paredes de madera como si compartieran la rabia de la niña.

Se pasa una mano por la barba rojiza y deja escapar un suspiro.

Maldita sea.

Entonces apoya ambas manos en el alféizar y deja caer la cabeza entre los hombros. La tensión se acumula en su cuello como un nudo imposible de deshacer. Por la ventana, el horizonte muestra un cielo que empieza a teñirse de naranja. El tiempo se acaba.

La voz de Mia resuena en su cabeza. “Mamá estaría avergonzada de ti”. Las palabras se clavan como esquirlas bajo su piel, imposibles de extraer.

Camina hasta la mesa y se deja caer pesadamente en una silla. Sobre la madera gastada descansan sus armas: la Beretta, la Smith & Wesson y los cuchillos. Instrumentos de muerte que ha usado durante años. Sus dedos acarician la culata de la pistola, encontrando un extraño consuelo en su tacto familiar.

¿Cuándo empezó a importarme lo que piense una niña?

58

1 de Noviembre de 2025
09:30h
Residencia de Sazalzar
Madrid

Tres, dos, uno… —cuenta David en voz baja.

El silencio envuelve el pasillo y sus dedos acarician la culata de la Glock mientras respira hondo, preparándose para el asalto. Justo cuando avanza el primer paso hacia el salón, una mano firme le sujeta el antebrazo.

—No entres ahí —susurra Clara con urgencia.

David se vuelve, irritado por la interrupción y sus ojos se encuentran con los de Clara, que brillan con una intensidad que conoce demasiado bien.

—¿Qué coño haces? Vamos a perder el efecto sorpresa.

—Lo sé, pero no puedes entrar —insiste ella, sin soltar su brazo—. He visto algo.

David estudia su rostro.

—No sé cómo lo ha hecho, pero lo sabe.

—Inspector Alonso, ¿qué pasa? ¿ha entrado? —dice la voz del Lobuno.

David apaga el intercomunicador y mira a Clara.

—Pero eso no es posible.

Entonces el rostro de Clara se oscurece todavía más.

—Nos está esperando.

David y Clara avanzan por el pasillo, cada paso retumba contra las paredes de mármol del ático. Ya no hay prisa ni sigilo; Salazar los espera. El inspector mantiene su Glock en posición baja pero lista, mientras Clara camina a su lado con la mirada fija en el umbral de la puerta que se abre ante ellos.

El salón es amplio, con ventanales que muestran el inmenso jardín. Mario Salazar está sentado en un sillón de cuero blanco, con una copa de whisky en la mano y una sonrisa plácida en su rostro. No hay guardias visibles, solo él.

—Bienvenidos —dice con acento colombiano suave—. Inspector Alonso, señorita Losada. Los estaba esperando.

Clara siente que el aire se espesa a su alrededor. Imposible. Ha estado monitoreando cada posible futuro durante horas y no ha visto nada, ni una sola visión donde Salazar los detectara.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunta ella, adelantándose a David—. He estado viéndote todo el tiempo. No has reaccionado, no has usado tu don.

Salazar deja la copa sobre la mesa de cristal y se levanta con movimientos elegantes. Sus ojos oscuros se clavan en los de Clara.

—Ahí está su error, querida. Sí lo usé —dice acercándose unos pasos—. Pero de la misma forma que usted, no reaccioné a mi visión.

Clara parpadea, confundida.

—No entiendo.

—Es simple —continúa Salazar—. Vi que vendrías. Vi que me vigilabas. Pero en lugar de cambiar mis planes, decidí seguir exactamente como si no supiera nada. —Sonríe, mostrando dientes perfectos—. Cuando dos personas pueden ver el futuro, gana quien mejor finge que no lo ha visto.

David aprieta la mandíbula.

—Da igual lo que sepas o no, tenemos tu cargamento y te tenemos a ti.

—¿Está usted seguro, inspector?

El interior está oscuro y repleto de cajas apiladas hasta el techo. Huele a pescado congelado, un disfraz perfecto para la mercancía que realmente transporta.

—¡Me cago en la hostia! —exclama Gutiérrez mientras el haz de luz ilumina decenas de fardos apilados meticulosamente—. Chaval, la tenemos.

De repente, un pitido agudo corta el aire. Es sutil, casi imperceptible, pero inconfundible.

Ambos se detienen en seco y sus miradas se cruzan bajo la luz pálida de la linterna. El rostro de Gutiérrez se contrae en una mueca de comprensión instantánea.

—Carallo —murmura.

Es lo último que dice antes de que todo estalle en una bola de fuego que consume el camión por completo. La explosión sacude el asfalto, lanzando metralla y restos en todas direcciones. Una onda expansiva derriba a los conductores mientras las llamas se elevan hacia el cielo nocturno.

Donde antes estaban Gutiérrez y Resines, ahora solo queda fuego y destrucción.

Marcos Garrido siente la onda expansiva incluso a distancia, un temblor que sacude el suelo bajo sus pies y envía un escalofrío por su columna. La luz anaranjada del fuego tiñe el horizonte sobre los techos del polígono industrial.

—¡La madre de Dios! —exclama, reconociendo al instante lo que significa.

No tiene tiempo de procesar el horror. Las puertas del almacén se abren de golpe y seis hombres emergen con armas automáticas en alto.

Los detenidos permanecen inmóviles en el suelo, con las manos esposadas a la espalda. Ramírez ni siquiera levanta la vista, como si supiera exactamente lo que está a punto de ocurrir. Los dos sicarios mantienen la misma postura sumisa, aparentemente resignados.

Pero Bogdan no.

El rumano se mueve con una velocidad imposible para un hombre de su tamaño. Las esposas se rompen como si fueran de papel, y antes de que Marcos pueda gritar una advertencia, Bogdan ya está de pie.

El grandullón, distraído por la explosión, apenas tiene tiempo de volverse hacia el peligro. El puño de Bogdan conecta con su pecho como un martillo neumático y el impacto lanza al subinspector por los aires como si no pesara nada. Su cuerpo cruza cinco metros de asfalto antes de estrellarse contra el lateral de una furgoneta policial. El metal se hunde con un crujido enfermizo bajo el impacto.

—¡Grandullón! —grita Marcos, desenfundando su arma mientras Conrado y Montoya hacen lo mismo.

El cuerpo del agente Bellido se desliza por la carrocería abollada hasta caer como un muñeco de trapo sobre el asfalto.

No se mueve.

Ni lo hará.

—Marcos, ¿estás ahí? —pregunta David Alonso desde le interior del salón de Salazar—. Bellido, contesta joder.

Clara observa el rostro de Salazar, buscando cualquier indicio que delate su conocimiento sobre lo que está ocurriendo. El narcotraficante permanece imperturbable, con una sonrisa apenas dibujada en las comisuras de sus labios.

—¿Qué has hecho? —pregunta David, desviando su atención del intercomunicador hacia Salazar.

—Nada que no debiera hacerse, inspector. Es el negocio —responde con tranquilidad—. Quizá deberían preocuparse más por sus compañeros que por mí.

Clara siente un escalofrío recorrerle la espalda. Intenta activar su don y visualizar lo que está ocurriendo en el puerto, pero las imágenes no llegan porque no está presente.

—No puedo ver nada —murmura a David.

—Veo que su don tiene limitaciones, señorita Losada —interrumpe Salazar—. No se culpe. Hay distancias que ni siquiera nosotros podemos salvar.

David vuelve a intentarlo.

—Gutiérrez, Resines, ¿alguien me escucha? —El silencio es absoluto—. Mierda.

Salazar se levanta con un traje impecable que no muestra ni una arruga mientras camina hacia ellos. Su presencia llena la habitación como si fuera mucho más grande de lo que realmente es.

—Verán, cuando uno lleva tanto tiempo en este negocio como yo, aprende que la mejor defensa es tener varias líneas preparadas —dice con voz melodiosa—. Nunca pongo todos mis huevos en la misma canasta, como dicen ustedes los españoles.

—Cesta —dice David con la mira puesta sobre el colombiano.

—¿Cómo dice?

—Se dice cesta.

—Ah, siempre se aprende algo nuevo, mire. Pero bueno, fue muy lista a la hora de tratar de cercarme señorita Losada, debo decir que si no llega a ser porque el otro día casi me matan, no habría probado los futuros dos veces y me habrían tenido cogido. Suerte para mí que no fuera el caso.

Juan Pablo Quezada avanza por los alrededores del jardín con esos tatuajes tribales que se extienden por su rostro y brazos como un mapa de su violento pasado. Cada línea negra cuenta una historia y cada símbolo representa una vida arrebatada.

Son muchas líneas.

Y más que van a ser.

El sol de la mañana proyecta sombras alargadas entre los setos perfectamente recortados de la mansión de Salazar. Quezada respira profundamente, sintiendo el poder latente bajo su piel. Desde que obtuvo su don en aquella cárcel salvadoreña, el fuego ha sido su fiel compañero y su arma más letal.

A cincuenta metros divisa el vehículo. Un Seat León gris aparcado estratégicamente con visibilidad hacia la entrada principal. Dentro, un hombre con auriculares mantiene la mirada fija en la mansión mientras habla en voz baja. El agente ni siquiera percibe su

presencia cuando Quezada se aproxima por el punto ciego del retrovisor.

—Buenos días —murmura Quezada con una sonrisa.

El policía se sobresalta e intenta alcanzar su arma, pero es demasiado tarde. Los tatuajes en los brazos de Quezada comienzan a brillar con un fulgor rojizo y el calor emana de sus palmas como ondas visibles en el aire mientras las acerca al capó del vehículo.

El metal sisea al contacto. La pintura se ampolla instantáneamente y el acero comienza a fundirse bajo sus dedos. El agente grita e intenta abrir la puerta, pero Quezada presiona más fuerte, canalizando su poder hacia el motor.

En segundos, las llamas brotan desde el interior del vehículo, envolviendo el compartimento del motor en una explosión y el fuego se propaga con voracidad antinatural, devorando plásticos y tapicería mientras el agente lucha desesperadamente contra las puertas bloqueadas por el calor.

Quezada contempla su obra con expresión impasible. El fuego siempre ha sido hermoso para él, purificador. Los gritos dentro del vehículo cesan gradualmente mientras las llamas consumen todo a su paso.

El otro agente al que tiene que eliminar aparece corriendo desde la otra esquina del jarrón, con la respiración entrecortada y el rostro enrojecido por el esfuerzo. Sus pasos pesados resuenan contra el césped mientras avanza hacia la escena del desastre, ajeno al verdadero peligro que lo acecha.

Juan Pablo Quezada observa al recién llegado. No esperaba que fuera tan fácil. Este policía gordito y sudoroso le está sirviendo su muerte en bandeja.

El agente se detiene, horrorizado ante los restos calcinados del vehículo y sus ojos recorren el perímetro buscando a su compañero mientras su mano se mueve instintivamente hacia la funda de su pistola.

Demasiado lento.

Quezada da dos pasos hacia su nuevo acompañante. Los tatuajes en sus brazos comienzan a brillar con un resplandor rojizo que

parece emanar desde dentro de su piel. El calor se intensifica a su alrededor, distorsionando el aire como un espejismo en el desierto.

El agente apenas tiene tiempo de volverse cuando Quezada extiende ambas manos hacia él. No hay disparo, ni hay un arma visible. Solo un rugido como el de un soplete industrial y una llamarada que brota directamente de las palmas del sicario.

El fuego envuelve al policía en un abrazo mortal y sus gritos se ahogan en el crepitar de las llamas que consumen su uniforme. Cae de rodillas mientras Quezada mantiene el torrente ardiente, observando con fascinación cómo el cuerpo se convierte en una antorcha humana.

En segundos, lo que antes era un hombre se transforma en una pila humeante sobre el cesped. Quezada baja las manos y los tatuajes vuelven a su estado normal, aunque siguen emitiendo un leve resplandor rojizo.

El trabajo está hecho.

Al menos, la primera parte.

59

1 de Noviembre de 2025
09:50h
Residencia de Sazalzar
Madrid

El fuego se eleva en el exterior de la residencia de Salazar y sus llamas naranjas recortan las siluetas de los árboles. David observa el espectáculo desde la ventana del despacho mientras el aire acondicionado convierte el sudor frío de su nuca en un escalofrío que le recorre la columna.

Salazar contempla el incendio con la misma calma con que observaría un atardecer en la playa. Ni un músculo de su rostro se contrae. Sus ojos, vacíos de emoción, reflejan las llamaradas que consumen a los agentes caídos mientras da un sorbo a su copa.

—Qué desperdicio de vidas —murmura Salazar, y el tono de su voz parece más apropiado para comentar el resultado de un partido de fútbol que la muerte de dos personas—. Quezada tiene un don fascinante, ¿no creen?

David desliza lentamente la mano hacia su pistola, calculando la distancia entre sus dedos y la culata. El tiempo parece estirarse como un chicle mientras evalúa sus opciones. Clara permanece a su lado, paralizada por el horror de lo que acaba de presenciar.

Un destello metálico capta la atención de David. Salazar gira hacia él con movimientos pausados, casi perezosos, y el cañón de una Glock 19 apunta directamente a su frente. La mano de David se detiene a medio camino de su arma.

—No lo haga, inspector. Ya he visto cómo termina esa historia, y créame, no es un final feliz para usted.

La mirada de Salazar atraviesa a David como un escalpelo, fría y precisa. No hay duda en sus ojos, solo la certeza absoluta de quien ya conoce el desenlace de cada posible movimiento.

A cientos de kilómetros de su compañero, Marcos siente el tiempo ralentizarse mientras contempla el cuerpo inmóvil de Bellido aplastado contra el asfalto. La sangre del subinspector forma un charco oscuro que se expande lentamente bajo su cabeza, como una corona macabra. Bellido, siempre tan meticuloso con sus informes, tan torpe en sus movimientos pero tan noble en sus intenciones, ahora yace como un muñeco roto.

—¡Grandullón! —grita Marcos, pero su voz queda ahogada por el estruendo que sigue.

El primer disparo corta el aire a centímetros de su oreja. Marcos se gira bruscamente y ve a Bogdan de pie, flanqueado por seis hombres armados que acaban de aparecer desde las sombras del almacén.

Conrado reacciona primero, desenfundando su arma, pero no llega a disparar cuando tres impactos le atraviesan el pecho, haciéndolo trastabillar hacia atrás antes de desplomarse sobre unas cajas. Sus ojos permanecen abiertos, fijos en un punto del techo que ya no pueden ver.

—¡Cubríos! —brama Marcos mientras se lanza tras una columna.

Montoya intenta alcanzar la cobertura de un contenedor, pero una ráfaga de disparos lo alcanza a medio camino y su cuerpo se sacude violentamente antes de caer como un saco de arena.

El aire se llena de pólvora y gritos. Marcos siente un dolor ardiente que le atraviesa el brazo izquierdo. La bala ha entrado limpiamente, dejando un rastro de fuego que le recorre desde el hombro hasta la

punta de los dedos. Aprieta los dientes mientras se presiona la herida con la mano derecha.

—¡Hijo de puta! —masculla, con la espalda pegada a la columna y la respiración entrecortada.

Desde el exterior de la casa de Salazar, Heredia observa con incredulidad la escena que se desarrolla ante sus ojos. Las llamas envuelven los cuerpos del Nico y de Fran, consumiéndolos con voracidad mientras sus gritos se apagan en el aire. El olor a carne quemada invade sus fosas nasales y le provoca arcadas.

—No puede ser —murmura mientras ajusta el visor de su rifle.

A través de la mira telescópica, enfoca al hombre que acaba de reducir a sus compañeros a cenizas. Los tatuajes que cubren los brazos y el rostro del sicario parecen cobrar vida propia, brillando con un resplandor rojizo que no proviene únicamente del fuego a su alrededor.

Heredia coloca el dedo en el gatillo y exhala lentamente mientras fija el punto rojo sobre la cabeza de Quezada.

El sicario se detiene abruptamente y gira su cabeza hacia la posición de Heredia con una precisión escalofriante, como si pudiera sentir la mira láser sobre su piel. Sus ojos se encuentran a través de la distancia y una sonrisa macabra se dibuja en su rostro tatuado.

Heredia siente un escalofrío recorrerle la espalda.

¿Cómo demonios sabe dónde estoy?

Un crujido a su espalda rompe su concentración. Luego otro a su izquierda. Y un tercero a su derecha.

Pasos.

Está rodeado.

La comprensión golpea a Heredia con la misma fuerza que la bala que un instante después atraviesa su cráneo, esparciendo fragmentos de hueso y materia cerebral sobre el tejado. Su cuerpo se desploma junto al rifle, que cae haciendo un ruido metálico contra el suelo.

La sangre forma un charco oscuro mientras Quezada, desde abajo, levanta la mirada hacia el francotirador caído y sonríe.

El dedo de David se tensa sobre el gatillo y toda la rabia acumulada durante meses de persecución se concentra en ese único movimiento. No piensa ni calcula, simplemente actúa por instinto.

El disparo retumba en las paredes del despacho y la bala corta el aire hacia el punto exacto donde estaba la cabeza de Salazar hace apenas un parpadeo.

Pero Salazar ya no está allí.

Con un movimiento brusco, pero efectivo, el narcotraficante inclina el cuerpo hacia la izquierda y la bala pasa rozando su oreja derecha y se incrusta en la pared de mármol detrás de él, desprendiendo esquirlas blancas que caen como copos de nieve sobre la alfombra persa.

—Siempre dispara primero a la cabeza, inspector —dice Salazar con una sonrisa serena mientras se incorpora—. Lo hace cuando está furioso. Un patrón predecible, ¿cierto?

David aprieta la mandíbula mientras Clara permanece inmóvil, con los ojos desorbitados ante la imposible reacción del narcotraficante.

—Vi esa bala antes de que usted la pensara —continúa Salazar, pasando un dedo por el orificio que ha dejado el proyectil en la pared—. La vi atravesar mi cráneo y dolió.

David dispara de nuevo y esta vez apunta al pecho.

Salazar gira el torso y la bala rasga la tela de su camisa de seda, pero no toca su piel.

—Puedo hacer esto toda la noche, inspector.

David dispara nuevamente y el cuarto disparo pasa rozando la mejilla de Salazar, quien gira la cabeza en el último segundo. Una gota de sudor resbala por su frente mientras mantiene esa expresión de control absoluto.

El quinto disparo va directo al abdomen. Salazar da un paso lateral y la bala destruye una figurilla de cristal en la estantería detrás de él.

David apunta una vez más, su sexto disparo, y esta vez Salazar reacciona con menos fluidez. El movimiento es más brusco, casi desesperado, pero aún así la bala pasa sin tocarlo.

El séptimo disparo es diferente. Salazar intenta esquivarlo con un giro, pero su reacción llega una fracción de segundo tarde. La bala le

roza el hombro derecho, rasgando la tela de su camisa y dejando una línea roja que comienza a expandirse lentamente.

Salazar sonríe, pero hay algo nuevo en su expresión. Un tic nervioso aparece en la comisura de su boca mientras se lleva la mano al hombro herido.

—Está agotándose —susurra Clara al oído de David—. Para esquivar esas balas necesita muchos intentos. Cada vez que evita un disparo está viendo futuros alternativos y eligiendo el correcto. Eso consume su energía. No puede mantenerlo indefinidamente.

Los ojos de Salazar se clavan en Clara con una mezcla de sorpresa y reconocimiento. Por primera vez, el narcotraficante parece genuinamente preocupado.

Salazar levanta el arma pero, en lugar de apuntar a David, gira la muñeca y dirige el cañón hacia Clara.

Clara cierra los ojos. El mundo exterior desaparece y ante ella se despliega un abanico de posibilidades, como fotogramas de una película que aún no se ha filmado. Ve la bala salir del cañón, cortando el aire en línea recta hacia su pecho. El impacto la golpea con fuerza brutal, arrojándola contra la pared. Siente el dolor agudo y el calor de la sangre empapando su blusa. Ve a David gritando mientras se desploma.

No.

Ese futuro no.

Clara retrocede mentalmente y vuelve a intentarlo. Esta vez se mueve hacia la derecha, pero la bala cambia ligeramente su trayectoria, alcanzándola en el hombro. El dolor es menos intenso, pero igualmente devastador.

Tampoco.

Un nuevo intento. Se agacha, pero sus reflejos son demasiado lentos. La bala le atraviesa la parte superior del cráneo.

Otra vez.

Da un paso hacia la izquierda y se inclina hacia atrás. La bala pasa rozando su mejilla, tan cerca que puede sentir el aire desplazado por su paso.

Casi.

Un último intento. Ve cada microsegundo del recorrido de la bala. Observa cómo el proyectil sale del cañón, cómo el aire se curva a su alrededor y cómo la gravedad ejerce su mínima influencia en su trayectoria. Esta vez, Clara arquea el cuerpo hacia la izquierda mientras gira el torso, creando un espacio imposiblemente estrecho entre su cuerpo y la muerte.

La bala pasa limpiamente, sin tocarla.

Clara abre los ojos y permite que el presente se materialice exactamente como lo ha previsto. Su cuerpo se mueve ejecutando la compleja secuencia de movimientos que ha ensayado en su mente.

La bala pasa junto a ella y se incrusta en la pared, dejando un pequeño orificio del que se desprende polvo de yeso.

60

1 de Noviembre de 2025
10:21h
Polígono industrial
Vigo

Marcos Garrido se arrastra por el suelo del almacén, dejando un rastro de sangre tras de sí. El dolor en su brazo es insoportable, pero lo que ve frente a él duele más. Los cuerpos de Conrado y Montoya yacen inmóviles en charcos de sangre que se expanden lentamente sobre el hormigón.

El grandullón permanece boca abajo, con la nuca destrozada por el impacto brutal del golpe de Bogdan. El enorme rumano avanza ahora hacia él, limpiándose la sangre de los nudillos en la chaqueta. Sus ojos no muestran emoción alguna mientras levanta la pistola.

—Nada personal es —dice Bogdan con su marcado acento—. Solo negocios son.

Marcos cierra los ojos y piensa en Laura y en sus hijas. En cómo debería haber pasado más tiempo con ellas en lugar de perseguir criminales. Imagina la cara de Lydia cuando le dijo que quería ser policía como él.

El disparo nunca llega y un estruendo de neumáticos chirriando contra el asfalto inunda el almacén. Bogdan gira la cabeza, momentáneamente distraído. Tres furgonetas negras derrapan frente

a la entrada. Las puertas se abren de golpe y los refuerzos saltan al exterior con las armas en alto.

—¡Policía! ¡Al suelo! —grita uno de los agentes gallegos, un hombre enjuto de pelo cano.

Bogdan no duda y se lanza tras una columna mientras desenfunda una segunda arma. Los hombres de Salazar emergen de las sombras del almacén, disparando indiscriminadamente.

El aire se llena de destellos y estruendos. Casquillos calientes rebotan contra el suelo mientras ambos bandos intercambian fuego. Hugo cae, sujetándose el hombro mientras Lucía responde con una ráfaga que alcanza a uno de los sicarios en el pecho.

Casi por casualidad.

Marcos aprovecha la confusión para arrastrarse tras un contenedor. Saca su teléfono. Necesita advertir a David.

Clara esquiva la bala con un movimiento imposible. Su cuerpo se inclina hacia la izquierda en el instante exacto en que el proyectil pasa rozando su mejilla. David parpadea, incrédulo ante lo que acaba de presenciar.

—¿Cómo…? —murmura David, sin poder creer lo que acaba de ver, acaba de hacerlo lo mismo que Salazar. Pero no debe pensarlo en este momento.

Levanta el arma nuevamente y dispara sin titubear. El estruendo rebota contra las paredes de mármol. Salazar vuelve a moverse y la bala se incrusta en la pared detrás de él.

—¡David, tenemos que irnos! —grita Clara, con la respiración agitada—. ¡Ahora!

—No hasta que acabe con él —responde David, sin apartar la mirada de Salazar.

—¡No lo entiendes! —Clara lo agarra del brazo con fuerza—. He visto lo que va a pasar. Viene hacia aquí.

El aire se calienta de repente y una ola de calor sofocante invade la habitación antes de que las puertas del despacho se abran de par en par. Juan Pablo Quezada entra con los brazos extendidos. Sus tatuajes brillan como hierro al rojo vivo, pulsando con un resplandor naranja que se extiende por toda su piel.

Sin mediar palabra, Quezada lanza una llamarada directa hacia David. El fuego se expande como una serpiente furiosa, devorando el oxígeno a su paso. Clara empuja a David hacia un lado mientras las llamas chamuscan el escritorio de caoba, convirtiéndolo en cenizas en cuestión de segundos.

Entonces salen corriendo hacia la salida mientras el fuego devora todo a su paso. El calor les persigue como una bestia hambrienta, lamiendo sus talones. David dispara por encima de su hombro sin detenerse para ganar tiempo.

—¡Por aquí! —grita Clara, tirando de la manga de David hacia un pasillo lateral.

Quezada extiende los brazos y una nueva oleada de fuego brota de sus palmas, convirtiendo el aire en un infierno. Las llamas lamen el techo y devoran los cuadros de las paredes como si fueran papel. La pintura se ampolla y estalla en pequeñas explosiones.

—¡Cuidado! —David empuja a Clara contra la pared mientras una viga ardiente se desploma justo donde estaban segundos antes.

Detrás de todo el caos, Salazar camina con tranquilidad, como si estuviera dando un paseo por el parque. Sus zapatos italianos resuenan contra el mármol con un ritmo constante y pausado. No hay prisa en sus movimientos, solo la certeza absoluta de quien ya conoce el desenlace.

—No pueden escapar —dice Salazar con voz serena, casi paternal —. Ya he visto todos los finales posibles.

David vacía el cargador disparando hacia atrás, pero el humo y las llamas hacen imposible apuntar con precisión. Quezada avanza implacable con sus tatuajes brillando como magma bajo la piel, mientras convierte el lujoso pasillo en un túnel de fuego.

—¡La ventana! —señala Clara, tosiendo por el humo que comienza a inundar sus pulmones.

Salazar sonríe mientras observa su mansión arder. No parece preocuparle en absoluto. Sus ojos reflejan las llamas danzantes mientras sigue caminando con las manos en los bolsillos.

El cristal estalla en mil pedazos cuando David lo golpea con la culata de su pistola. Los fragmentos caen como lluvia de diamantes

mientras el aire fresco de la noche inunda el pasillo, ofreciendo un breve respiro entre el infierno que devora la mansión.

Clara salta primero, aterrizando sobre el césped David la sigue un segundo después, rodando para amortiguar el impacto. El dolor punzante en su pierna se intensifica, pero la adrenalina lo mantiene en movimiento.

Apenas logran incorporarse cuando la puerta principal de la mansión se abre. Salazar emerge con paso tranquilo, como si estuviera saliendo a recibir invitados para una cena. A su lado, Quezada avanza con los tatuajes brillando como brasas vivas bajo su piel.

Quezada no espera órdenes y extiende ambos brazos y una columna de fuego surge de sus palmas tatuadas. Las llamas rugen como bestias hambrientas, iluminando el jardín con un resplandor infernal.

David empuja a Clara hacia un lado y rueda en dirección contraria. El calor abrasador chamusca la hierba donde estaban parados hace apenas un segundo. Sin dudarlo, David levanta su arma y dispara tres veces seguidas.

La primera bala roza el hombro de Quezada. La segunda se pierde en la noche y la tercera encuentra su objetivo e impacta directamente en el centro de su pecho.

Este grita con furia animal y lanza una oleada masiva de fuego hacia David. Las llamas lo envuelven por completo antes de que pueda apartarse. Clara grita su nombre mientras observa cómo el fuego consume a David, que con un último esfuerzo, logra apretar el gatillo una vez más.

La bala atraviesa la garganta de Quezada y el sicario se desploma de rodillas mientras los tatuajes en su piel pierden su brillo, tornándose grises como ceniza. El fuego que emanaba de sus manos se extingue por completo en un segundo.

Clara se arrastra sobre el césped hacia el cuerpo inmóvil de David. Las llamas aún lamen su ropa, devorando la tela con un hambre voraz. Sin dudarlo, Clara se arranca la camiseta y golpea las llamas una y otra vez hasta sofocarlas.

—No, no, no… —Sus manos tiemblan mientras toca el rostro ennegrecido de David. La piel está caliente bajo sus dedos.

Las lágrimas caen sobre las mejillas quemadas de David mientras Clara busca un pulso que sabe que no encontrará. El dolor se expande en su pecho como veneno, robándole el aire. Lo ha visto venir. Ha visto este momento y aun así no ha podido evitarlo.

—Por favor, David… —Sus dedos se enredan en el cabello chamuscado mientras presiona su frente contra la de él—. No me dejes, por favor…

Clara presiona sus labios contra los de David en un beso desesperado que sabe a ceniza y sal. El cuerpo bajo ella permanece inmóvil, sin respuesta. Ya no hay calor en su piel más allá del residuo de las llamas que lo han consumido.

La furia comienza a crecer en su interior, reemplazando el dolor con algo más oscuro y primitivo. Sus manos se cierran en puños mientras los sollozos sacuden su cuerpo. Esta vez no puede retroceder en el tiempo. No hay segundas oportunidades. David está muerto y ella ha sido incapaz de salvarlo.

Un grito desgarrador brota de su garganta, resonando en la noche mientras abraza el cuerpo sin vida de David. Las lágrimas empapan su rostro mientras la rabia crece, alimentándose de su impotencia.

No, no, no, por favor, no puedes irte, yo… te quiero.

61

20 de Octubre de 2025
15:21h
México DC
Hospital San Juan de Dios

Mientras Nick y el falso Martínez continúan su conversación en la cafetería del hospital, Will se dirige directamente a la habitación 307.

Al llegar a la puerta, verifica que no haya personal médico cerca, entra silenciosamente y cierra la puerta tras de sí. La mujer yace inmóvil, conectada a varios monitores que emiten pitidos constantes y regulares.

Su respiración es asistida por una máquina, y varios tubos y cables la mantienen con vida. Will saca su teléfono y marca un número.

—La encontré —informa en voz baja—. Sigue inconsciente, tal como informaron.

La voz de Ryan Cranston suena fría al otro lado de la línea.

—¿Hay posibilidades de que despierte?

Will observa los monitores y las anotaciones médicas junto a la cama.

—Según los informes, su actividad cerebral es estable. Podría despertar en cualquier momento.

—No podemos permitir que lo haga sin estar nosotros presentes, pero llevárnosla tal y como está no es una opción —sentencia Cranston—. Altera su medicación y asegúrate de que la enfermera administre una dosis letal, pero ten cuidado de no ser tú quien la mate directamente. No podemos arriesgarnos a que pierdas tu don.

Will asiente, aunque Cranston no puede verlo.

—Entendido, señor.

—Y Tatum… —añade Cranston—. Asegúrate de que parezca natural. No necesitamos más atención sobre este asunto.

—Sí, señor.

Will termina la llamada y se acerca al historial médico colgado a los pies de la cama. Examina los medicamentos que le administran y calcula mentalmente qué combinación resultaría letal sin levantar sospechas. Entonces altera las anotaciones en la tabla de medicación, aumentando la dosis de uno de los sedantes y añadiendo una interacción peligrosa con otro fármaco.

A miles de kilómetros de distancia, Cranston camina por su oficina hasta llegar a un pasillo que acaba en una enorme cristalera. Tras ella, decenas de Numen entrenan como soldados, la mejor arma que nunca ha tenido Estados Unidos. Hombres y mujeres con habilidades extraordinarias ejecutan maniobras en un espacio subterráneo de dimensiones industriales.

Cranston apoya la mano en el cristal mientras observa con satisfacción. En la zona este, un Numen practica tiro al blanco sin armas, proyectando energía desde sus manos. En el centro, otro sujeto se teletransporta entre obstáculos mientras esquiva ataques de otros compañeros. Al fondo, una mujer levita objetos metálicos como si fueran plumas.

El arma que nos pondrá de nuevo donde no deberíamos haber dejado de estar.

Con ellos, ganaremos guerras incluso antes de empezarlas.

Los Numen son armas que están por todo el mundo, y el ejército que tenga más tendrá una ventaja inigualable contra el resto.

Cranston sonríe mientras contempla su ejército de dioses. Luego regresa a su despacho mientras acaricia el informe sobre la paciente

en coma. Tras cerrar la puerta, introduce un código en la pared que revela una segunda sala oculta. Allí, en monitores de alta tecnología, observa los perfiles de decenas de Numen identificados en todo el mundo.

Hay demasiados sueltos.

Desde el incidente del castillo de Alexander Landa, el número de Numen ha crecido exponencialmente. Lo que antes era una rareza, ahora representa una amenaza global. Cranston lo descubrió cuando sus equipos rescataron a varios sujetos cautivos en aquel castillo español. Los interrogatorios revelaron que el ritual realizado allí había multiplicado los dones por todo el planeta.

El mayor secreto de la historia debe seguir siéndolo.

Sus agentes, como Will y Samantha, rastrean y capturan Numen por todo el mundo antes de que gobiernos extranjeros o la propia población descubra su existencia. Algunos, como la mujer del hospital, son demasiado peligrosos para dejarlos libres.

Otros, como Lucía, la niña telequinética, representan el futuro del programa.

Cranston activa una videoconferencia encriptada con el Pentágono. En la pantalla aparecen cinco siluetas oscurecidas, los únicos miembros del gobierno que conocen la verdad.

—La operación continúa según lo previsto —informa—. Hemos neutralizado tres objetivos esta semana y tenemos dos más en proceso de adquisición.

—¿Alguna filtración? —pregunta una de las siluetas.

—Negativo. El periodista Johnson será neutralizado en las próximas 48 horas y todos sus archivos serán confiscados.

Cranston sabe que el mundo no está preparado para conocer la existencia de los Numen. El pánico sería inevitable, seguido por una carrera armamentística sobrehumana que ninguna nación podría controlar.

Nosotros seremos los únicos que los controlemos y con ello seremos los dueños del mundo.

Como siempre debió haber sido.

62

22 de Octubre de 2025
07:12h
Montana
Cabaña de los Morgan

Mia cierra la puerta de su habitación con un golpe seco que hace temblar los cristales. Se deja caer sobre la cama y abraza su peluche de Simba contra su pecho mientras las lágrimas comienzan a brotar de sus ojos.

El tío Tom nunca cambiará.

Sus dedos se hunden en la tela de la almohada mientras recuerda aquella noche en el castillo. Las paredes de piedra y los gritos. Tom avanzando entre los cuerpos caídos con esa mirada vacía que tanto miedo le daba entonces y que ahora reconoce como su verdadera naturaleza.

Seca sus lágrimas con el dorso de la mano y observa los dibujos que adornan las paredes de su habitación. Lobos, ciervos, montañas y bosques. Y uno, oculto bajo su almohada, que Tom nunca ha visto. Un dibujo de Luna, con su pelo rubio y sus ojos que parecían contener todas las respuestas.

Recuerda aquel día en el bosque, cuando Tom y Luna se enfrentaron.

"Algún día entenderás por qué lo hice," le dijo después. *"Era ella o nosotros."*

Pero Mia entiende más de lo que Tom cree. Y entiende que su tío es un asesino. Que ha cazado a personas como ella, a personas con dones que no estaban de acuerdo con sus principios y valores. Y que si algún día su propio don se vuelve inconveniente, tal vez ella también se convierta en un problema que resolver.

Se levanta y camina hasta la ventana. No pueve verlo, pero sabe que Riverdale está ahí a lo lejos y que gente inocente morirá porque su tío prefiere seguir huyendo.

Apoya la frente contra el cristal frío. Los lobos la escucharían si los llamara ahora. Vendrían a ella y la protegerían.

Me ayudarían a hacer lo que tengo que hacer.

El cazador se acerca a la ventana y suspira con pesadez mientras piensa en lo sencilla que era antes su vida. Sin responsabilidad alguna más que el próximo objetivo.

Un lugar donde podía dejar a la vista su verdadera naturaleza.

¿Podría permitir que Mia avisara a los federales?

No…

Eso pondría un foco sobre ellos que no se pueden permitir.

Entonces posa la mano sobre la madera y cierra los ojos para activar su don. La sensación es inmediata, como una corriente eléctrica que viaja desde sus dedos hasta su cerebro. Las imágenes llegan de pronto.

Cincuenta hombres armados avanzan hacia Riverdale mientras su hermano James lidera la vanguardia junto a tres operativos.

Ve a James señalar la subestación eléctrica a las afueras del pueblo. Dos de sus hombres se desprenden del grupo principal y corren agachados hacia ella. Llevan herramientas para cortar cables y dispositivos que Tom reconoce como inhibidores de frecuencia.

El plan es claro: primero la electricidad y después las comunicaciones. Aislar completamente Riverdale antes de entrar. Una táctica que él mismo habría empleado en sus días como cazador.

Abre los ojos y se aparta de la pared. El sudor le cubre la frente a pesar del frío de la mañana.

Mia seca sus lágrimas con el dorso de la mano, pero nuevas gotas reemplazan a las anteriores. El llanto sacude sus hombros mientras contempla la inmensidad del bosque a través de la ventana. Su corazón se debate entre la lealtad hacia el tío y lo que sabe que es lo correcto.

Entonces un águila majestuosa planea en círculos sobre la cabaña y desciende gradualmente hasta posarse en el alféizar de su ventana. El ave la observa con ojos ambarinos que parecen querer decirle algo.

Mia contiene la respiración. Nunca ha visto un águila tan cerca. Sus plumas brillan bajo la luz del sol con reflejos cobrizos y dorados. El animal inclina la cabeza, estudiándola con curiosidad.

¿Has venido a ayudarme?

Una idea cruza su mente. Toma un trozo de papel de su mesita de noche y un lápiz. Sus dedos tiemblan mientras escribe con letras apresuradas pero claras:

"RIVERDALE SERÁ ATACADO HOY. 50 HOMBRES ARMADOS. NECESITAN AYUDA URGENTE."

El águila permanece inmóvil, como si entendiera lo que está sucediendo mientras Mia dobla el papel con cuidado, formando un pequeño rectángulo. Abre la ventana y el aire frío de la mañana inunda la habitación, pero el águila no se inmuta.

—Necesito que lleves esto a Billings —le dice Mia en voz baja, temiendo que Tom pueda escucharla—. Es la ciudad más cercana y alguien tiene que ver esto.

Entonces saca un trozo de cordel de su cajón y ata el mensaje a la pata del águila. El ave se deja hacer, como si lo hubiera hecho cientos de veces.

—Ve —susurra Mia—. Por favor.

Entonces el águila extiende sus imponentes alas y se lanza al vacío. En segundos, se convierte en un punto dorado que se aleja

hacia el horizonte, en dirección a Billings, llevando consigo la única esperanza para los habitantes de Riverdale.

Mia se aleja de la ventana y deja caer la cortina. Sus dedos aún sienten el contacto con las plumas del águila, como si la conexión persistiera en el aire. El mensaje ya vuela hacia Billings, pero podría tardar demasiado en llegar y Riverdale necesita ayuda ahora.

Se asoma de nuevo y ve a Tom de pie junto a la furgoneta, mirando hacia el horizonte con la expresión del cazador evaluando su próxima jugada.

Siente un nudo en el estómago. Si el tío Tom ha decidido no actuar, nada lo hará cambiar de opinión.

Si él tío no quiere hacer nada, que no lo haga, pero yo no voy a quedarme mirando.

Toma su chaqueta del perchero y desliza en el bolsillo su navaja de caza, el regalo del tío Tom en su octavo cumpleaños. Luego se acerca a la cama y saca de debajo su arco y el carcaj con las flechas. Habría preferido su rifle, pero está demasiado cerca de el tío y no quiere arriesgarse.

Tendrá que bastar.

Respira hondo.

Si el tío Tom la descubre, se volverá loco. Pero ya no es la niña asustada que llegó a estas montañas después de huir de ese castillo.

Se desliza por el pasillo en silencio, evitando las tablas que crujen. La puerta trasera se abre sin hacer ruido, y el aire frío de la mañana la recibe como un viejo amigo.

Mia mira una última vez hacia Tom, que sigue inmóvil junto a la furgoneta. Luego se dirige al establo, monta a su preciosa Kiara y juntas se internan en el bosque, donde les espera el sendero que conduce a Riverdale.

Voy a salvar el pueblo, con o sin la ayuda del tío Tom.

63

1 de Noviembre de 2025
10:35h
Residencia de Sazalzar
Madrid

El teléfono resuena en el vacío. Marcos marca el número de David por tercera vez mientras la sangre empapa su camisa a la altura del hombro. Seis tonos y nada. El silencio al otro lado de la línea resulta más doloroso que la bala que le ha atravesado el músculo.

O, al menos, igual de doloroso…

Porque duele como mil demonios.

A cinco metros, el cuerpo de Hugo yace con los ojos abiertos mirando al cielo. La sangre ya no brota de su pecho; se ha detenido como un reloj sin cuerda. Más allá, Lucía permanece tumbada sobre su costado, con media cara irreconocible tras el impacto que la ha dejado sin vida.

Y el grandullón…

Dios mío, el grandullón…

Marcos intenta incorporarse, pero el dolor le paraliza. Aprieta los dientes mientras observa los cadáveres de Conrado y Montoya tirados sobre el asfalto. El polígono industrial es un cementerio improvisado bajo la luz amarillenta de los focos.

—David… coge el teléfono… —murmura mientras el aparato resbala entre sus dedos ensangrentados.

Las pisadas de Bogdan resuenan sobre el hormigón. La Glock 19 cuelga relajada en su mano derecha mientras se acerca a Marcos. Sus ojos, no muestran emoción alguna. No parece disfrutar, aunque tampoco va a dudar.

Marcos cuelga la llamada y marca al instante otro número de teléfono. Necesita hacer una llamada sea como sea.

Bogdan se detiene a dos metros, observando con curiosidad. No tiene prisa.

—Laura… —susurra Marcos cuando escucha la voz de su mujer al otro lado.

—¿Marcos? ¿Suenas raro?, ¿estás bien? Te oigo muy mal.

—Mi amor, te quiero —dice con voz quebrada mientras mira directamente a los ojos del rumano—. Me has hecho todo lo feliz que un hombre puede ser. Me gusta hasta ir de compras contigo, incluso tu brócoli y tu tofu con sabor a nada. Voy a echar de menos absolutamente todo de ti, mi amor.

Bueno, menos a tu madre…

Entonces el disparo resuena como un trueno en el silencio del polígono industrial y la cabeza de Marcos se sacude hacia atrás mientras el teléfono cae de su mano, con la voz desesperada de Laura gritando su nombre.

Bogdan observa el cuerpo sin vida del inspector Garrido, guarda su arma y se aleja caminando sin prisa entre los cadáveres de los policías caídos y sus propios hombres.

No puede evitar que su mente se dirija a su amada Nadia.

No le gusta matar a un hombre enamorado.

No le gusta nada.

Clara alza la cabeza y ve ahí parado a Salazar, que la mira con una sonrisa. El narcotraficante permanece inmóvil bajo el marco de la puerta, con la camisa blanca salpicada de sangre y un rasguño en la mejilla. Sus ojos brillan con la satisfacción de la victoria mientras contempla el cuerpo de David.

—Sacrificar a Quezada fue una verdadera pena, pero necesario. No había futuro correcto sin su pérdida.

Clara se levanta despacio y, sus dedos, manchados con la sangre de David, se cierran alrededor de la Glock que él sostenía momentos antes. El arma pesa en su mano como si fuera de plomo.

—Sabía que esto pasaría —continúa Salazar, dando un paso hacia ella—. Lo vi de muchas maneras diferentes, pero siempre terminaba igual: él muerto y used… bueno, usted y yo aquí.

Clara levanta la pistola con ambas manos mientras las lágrimas trazan surcos brillantes por sus mejillas. El dolor y la rabia se funden en su mirada, transformando a la metódica estudiante de economía en algo más peligroso.

—Viste muchos futuros, pero no los viste todos.

Salazar sonríe, confiado. Sus ojos se entrecierran un instante, activando su don para ver el futuro inmediato. Clara percibe ese sutil cambio, esa fracción de segundo en que Salazar se desconecta del presente para navegar entre posibilidades.

—Adelante, dispare si quiere —dice él con tono paternal—. Ya sé exactamente cómo se moverá.

Clara aprieta los dientes y su don se activa también, pero de manera diferente. No ve un futuro lineal, sino docenas de ellos superpuestos como capas transparentes. En cada uno, Salazar esquiva la bala con un movimiento preciso: se agacha, se mueve a la derecha, gira el torso…

Pero entre esa maraña de posibilidades, Clara distingue una pequeña ventana, un único camino donde Salazar no logra evitar el impacto.

Sin pensarlo más, aprieta el gatillo.

El disparo retumba en la habitación y Salazar se mueve exactamente como ha previsto, con la confianza de quien conoce el futuro. Pero su expresión cambia abruptamente cuando la bala, en lugar de pasar de largo, le atraviesa el hombro izquierdo.

La sangre brota de inmediato, manchando su impecable camisa blanca. Sus ojos se abren con incredulidad mientras se lleva la mano a la herida.

—Imposible —murmura, tambaleándose hacia atrás—. Lo vi… lo vi todo…

—No —responde Clara sin bajar el arma—. No lo viste todo.

El segundo disparo surge como un acto reflejo. Clara aprieta el gatillo mientras Salazar intenta comprender lo que acaba de suceder. La detonación retumba contra las paredes del despacho y la bala atraviesa el aire en línea recta, impactando en la base del cráneo del narcotraficante.

Salazar no tiene tiempo de activar su don. No hay futuro que ver cuando la muerte llega tan repentina y sus ojos se abren por última vez, reflejando una mezcla de sorpresa e indignación antes de que su cuerpo se desplome sobre el césped. La sangre comienza a expandirse en un charco oscuro bajo su cabeza, tiñendo el verde en rojo.

Clara deja caer la pistola y el metal golpea el suelo con un ruido sordo que apenas registra. Sus piernas se mueven por instinto, alejándola del cuerpo de Salazar y llevándola de vuelta junto a David.

Se arrodilla a su lado y contempla el rostro inmóvil del inspector. Las quemaduras han desfigurado parte de su piel, pero su expresión parece casi tranquila, como si finalmente hubiera encontrado el descanso que tanto buscaba.

—David… —murmura Clara mientras se tumba junto a él, sin importarle la sangre ni las cenizas que manchan el suelo.

Las lágrimas brotan sin control, empapando su rostro mientras apoya la cabeza sobre el pecho inmóvil del inspector.

Clara cierra los ojos y se aferra al cuerpo de David como si pudiera retenerlo en este mundo. Sus sollozos resuenan en la habitación vacía mientras la realidad de lo sucedido se asienta en su conciencia con un peso aplastante.

—Lo siento —susurra entre lágrimas—. Lo siento tanto…

La sangre se enfría bajo sus dedos mientras el silencio devora la habitación. De pronto, su respiración se detiene, sus pupilas se dilatan y el mundo a su alrededor se desvanece.

El futuro la golpea como una bofetada helada.

Está en un cementerio y el cielo gris parece a punto de desplomarse sobre las lápidas recién colocadas. Ataúdes que descienden simultáneamente a la tierra, cada uno cubierto por la bandera española y el escudo de la Interpol.

Las familias lloran en primera fila mientras la esposa de Marcos sostiene a sus tres hijas que no comprenden por qué papá ya no volverá. La madre de David observa el ataúd de su hijo con la mirada perdida mientras Maribel se derrumba a su lado.

Y Clara está allí, pero nadie la ve. Es un fantasma entre los vivos, una extraña en un funeral donde todos los caídos tenían a alguien que los llorara.

El comisario Silva pronuncia palabras vacías sobre el deber y el sacrificio y los periodistas toman fotografías desde la distancia mientras la lluvia comienza a caer, mezclándose con las lágrimas de los presentes.

Clara camina entre las tumbas y ve su propio futuro. La soledad absoluta que siempre temió y que ahora la envuelve como una mortaja.

La visión se rompe y Clara regresa al presente con un grito ahogado. El cuerpo de David sigue ahí, inmóvil, cubierto de sus lágrimas.

El corazón de Clara comienza a acelerarse con violencia.

Ya no lleva el pulsímetro con ella, pero si lo llevara estaría a punto de estallar.

Pum, pum, pum, pum, pum, pum.

Los latidos retumban en sus oídos como tambores de guerra, cada vez más rápidos e intensos.

Percibe cómo su sien se inunda de sangre y que cada pálpito de su corazón retumba alrededor de su cuerpo. Tras un único pestañeo, siente que todo a su alrededor la engulle y la atrae a un lugar muy lejano y perturbador, pero que a la vez la llena de tranquilidad.

Ya viene.

Su visión se nubla y el aire escapa de sus pulmones. Es la misma sensación que experimentó cuando todo comenzó.

Clara siente que la cuerda invisible que tira del tiempo se tensa hasta el límite y, de pronto, se rompe con un chasquido que solo ella

puede oír. El poder fluye a través de su cuerpo como un río desbocado. Ya no es solo su don lo que habita en ella; el poder de Salazar la invade, fusionándose con el suyo propio. Dos controladores del tiempo en un solo cuerpo.

—David… —susurra mientras las lágrimas se congelan en sus mejillas.

El mundo a su alrededor comienza a distorsionarse. Los colores se invierten, los sonidos se alargan y el tiempo empieza a retroceder. Clara observa, paralizada, cómo el cuerpo de David se eleva del suelo, las llamas vuelven a él y luego se repliegan hacia Quezada. Las balas regresan a las armas, la sangre vuelve a las venas.

Los días pasan hacia atrás frente a sus ojos como una película rebobinada a toda velocidad. Ve a David y a ella misma entrando en la mansión, la reunión con el equipo, la vigilancia en el puerto. Las conversaciones se desvanecen en el aire como si nunca hubieran existido.

El tiempo sigue retrocediendo sin control. Clara se ve a sí misma en el apartamento de David, luego en la taberna con María, después en la comisaría. Todo fluye hacia atrás mientras ella permanece consciente, observando su propia vida deshacerse ante sus ojos.

Entonces, tras un único pestañeo, se ve a sí misma en el interior de una furgoneta.

—¿Me recibís? —escucha que murmura David a través del intercomunicador.

—Alto y claro, machote —responde el inspector Marcos Garrido —. Nuestros amigos están en posición.

Clara despierta entre Lucia y Hugo sin saber dónde está o qué es lo que ha pasado.

No puede respirar, siente que se ahoga y que las miradas de sus dos compañeros están puestas en ella.

—¿Cómo están nuestra novata? —pregunta David, refiriéndose a ella.

Marcos Garrido desvía la mirada hacia Clara.

A ojos del inspector Garrido está como una regadera. Aunque cuando recuerda lo que es capaz de hacer esa chiquilla se le pasa.

Pero entonces la ve roja y ahogada en medio de la furgoneta y se dice a sí mismo que…

Sí, está como una regadera.

Clara lucha por respirar, como si alguien le hubiera robado todo el aire de los pulmones. Su cuerpo se sacude con espasmos mientras intenta articular palabras que se atoran en su garganta. Los recuerdos de un futuro que ya ha vivido golpean su mente como fragmentos de cristal roto.

—David… no… —jadea, aferrándose al borde de la mesa de monitores—. No puede entrar… no puede…

Marcos se gira hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Qué dices, chica? —pregunta Marcos, acercándose a ella—. ¿Qué te pasa?

Clara logra incorporarse, con los ojos desorbitados y el rostro pálido como la cera. El sudor perla su frente mientras agarra la manga de Marcos con una fuerza que sorprende al inspector.

—¡Que no entre! —grita finalmente—. ¡Que no entre, por favor!

El subinspector Bellido se acerca torpemente, tropezando con una silla. Su rostro refleja la misma confusión que el de Marcos Garrido.

—Clara, tranquilízate, por favor —dice el subinspector, extendiendo las manos como quien intenta calmar a un animal asustado.

Pero Clara ya no escucha, suelta a Marcos Garrido y se lanza hacia la puerta de la furgoneta. La abre de un tirón y salta al exterior antes de que nadie pueda detenerla.

—¡Clara, vuelve aquí! —grita Marcos, pero ella ya corre a través del polígono industrial.

Sus piernas se mueven por instinto. Cada paso resuena sobre el asfalto mientras esquiva contenedores y palés abandonados. Solo existe una idea en su mente: llegar hasta David antes de que sea demasiado tarde.

Todo empieza entrando en esa nave. Si Salazar lo ve, si él sabe que vamos tras él, todo se desencadenará…

Lo ve a unos metros de distancia. David avanza sigilosamente hacia la entrada del almacén, con su Glock firmemente sujeta entre ambas manos.

—¡David! —grita Clara con todas sus fuerzas.

El inspector se gira de golpe, sorprendido. Su rostro refleja confusión e irritación al ver a Clara corriendo hacia él. Baja el arma y se aparta de la pared donde estaba apostado.

—¿Qué coño haces aquí? —sisea cuando Clara llega hasta él—. Te dije que te quedaras en la furgoneta.

Clara se detiene frente a David, jadeando. Las palabras se agolpan en su garganta. Podría contarle todo: que ha vivido este momento antes, que sabe que Salazar posee el mismo don que ella, que si entra en ese edificio le espera una muerte horrible. Podría explicarle cómo ha retrocedido en el tiempo para salvarlo y cómo ha visto su cuerpo quemado y su funeral.

Pero las palabras no le salen.

En lugar de hablar, Clara agarra el cuello de la chaqueta de David con ambas manos y lo atrae hacia ella. Sin pensarlo dos veces, presiona sus labios contra los de él en un beso desesperado, cargado de todo el miedo y la angustia acumulados en un futuro que está decidida a cambiar.

David se queda paralizado, con los brazos abiertos y los ojos desorbitados por la sorpresa. Por un instante, el tiempo parece detenerse alrededor de ellos.

Cuando Clara finalmente se separa, sus ojos están húmedos y brillantes bajo la tenue luz del polígono.

—No puedes entrar ahí —susurra con voz quebrada, todavía aferrada a su chaqueta—. Por favor.

No puedo volver a verte morir.

TU OPINIÓN ES MUY IMPORTANTE PARA MÍ

Y para finalizar y, ahora que ya has llegado al final de **"El sueño de Mia"** me gustaría hacerte una pregunta.

¿Te ha gustado?

Tanto si la respuesta es un sí como si es que no como una casa, dímelo.

Conocer tu opinión me ayudará tanto a mejorar en el futuro como a que nuevos lectores conozcan mis novelas.

Puedes dejar una review escaneando el código QR.

¿QUIERES SABER MÁS SOBRE EL MUNDO DE LOS NUMEN?

Escanea el QR para estar al tanto de todo.

Habrá avances, tráiler, fotografías, descripciones de personajes, preguntas sobre nuevos libros, cosas curiosas y, por supuesto, contacto directo conmigo.

También tendrás la posibilidad de darme tu opinión sobre todo lo que quieras, en un principio relacionado con los libros, no me cuentes si te gusta más el azul glauco que el imperial.

Básicamente porque no tendré ni idea de la diferencia.

Y cuando digo que puedes darme tu opinión lo digo totalmente en serio.

Pues es que me ha parecido una pu… mier…

Pues me lo cuentas.

Que te ha gustado…

Pues también.

Igual que si me quieres contar cómo me has conocido, desde donde me lees, o si te gusta la tortilla de patata con cebolla o no tienes ni puñetera idea de la vida. Vamos, que menos lo del azul lo que te rote.

Así que lo dicho, escanea el QR y nos vemos al otro lado.



Y AHORA QUE YA TE HAS LEÍDO “EL SUEÑO DE MIA”

¿QUE?

¿Todavía estás procesando lo que ocurrió en *El sueño de Mia*?

¿Sobrevivirá David en este nuevo presente?
¿Conseguirán vencen a Salazar sin morir todos en el intento?
¿Podrá Mia salvar al pueblo de Riverdale?
Demasiadas preguntas.
Y la historia *acaba de comenzar*.

Después del brutal ataque en Madrid y del oscuro encuentro en los bosques de Montana, todos los protagonistas han cambiado.
Clara ha visto lo que no debía. Tom ha sentido algo que no comprende.
Y Mia… Mia ha dejado de ser una niña.

Con Salazar ganando terreno, y los Numen más divididos que nunca, cada decisión cuenta.
Porque ahora ya no se trata de evitar una guerra.
Se trata de *ganarla*.

Prepárate para la nueva entrega de la saga Numen.
Un libro donde el pasado regresa con más fuerza que nunca.
Donde los dioses no solo miran… también deciden.

Escanea el QR y hazte con "El juicio de los dioses".



N U M E N IV

EL JUICIO DE LOS DIOSES

NUMEN IV

EL JUICIO DE LOS DIOSES



ENRIQUE ANDÚJAR

1

19 de Octubre de 2025
08:57h
Barrio a las afueras
Madrid

David se queda inmóvil, con los ojos abiertos como platos y los brazos extendidos a los lados. El beso de Clara le ha pillado completamente desprevenido, como un golpe que no ha visto venir. Su cerebro, acostumbrado a procesar información a toda velocidad durante operaciones, parece haberse detenido por completo.

—No puedes entrar ahí —susurra Clara sin soltarle la chaqueta, con la voz quebrada por la emoción—. He vuelto del futuro, David. He visto lo que pasa si lo haces.

David parpadea varias veces, intentando asimilar lo que acaba de escuchar. Sus labios se entreabren pero no emite sonido alguno. Por el auricular, la voz de Marcos pregunta insistentemente qué está pasando.

—Cancela la operación —suplica Clara, aferrándose a él como si temiera que fuera a desvanecerse—. Todos morirán si entras en ese almacén. Tú morirás, David.

La mente del inspector trabaja a toda velocidad intentando encontrar sentido a lo que está ocurriendo. Clara, esa chica

introvertida y racional, acaba de besarle y ahora le habla de viajes en el tiempo. No es la primera vez que lo hace, y la última vez…

—Marcos —dice finalmente, sin apartar los ojos de Clara—. Abortamos.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué coño está pasando ahí, chaval? —la voz de Garrido suena alarmada en su oído.

—He dicho que abortamos —repite David con firmeza—. Ahora.

Clara suelta un suspiro de alivio tan profundo que parece liberar el peso de varias vidas. Sus hombros se relajan y sus manos aflojan el agarre sobre la chaqueta de David.

—Gracias —murmura con los ojos húmedos—. Gracias.

David la mira fijamente, todavía sin comprender del todo lo que acaba de suceder. Hay demasiadas preguntas acumulándose en su mente.

Marcos Garrido golpea el volante de la furgoneta con tanta fuerza que Lucía y Hugo dan un respingo. Su rostro es ahora un mapa de arrugas tensas y venas palpitantes.

—¿Alguien me puede explicar qué cojones acaba de pasar? —gruñe sin dirigirse a nadie en particular.

El silencio dentro del vehículo se vuelve espeso. Lucía mira a Hugo, quien levanta las cejas y niega con la cabeza, tan confundido como ella.

—¿Qué le ha dicho Clara? —pregunta finalmente Lucía, inclinándose hacia delante para ver mejor las pantallas de vigilancia —. ¿Por qué ha salido corriendo así?

Hugo se ajusta las gafas.

—No lo sé, pero parecía… desesperada.

Marcos intenta comunicarse nuevamente con David, pero solo recibe estática como respuesta. Murmura una retahíla de maldiciones mientras se pasa la mano por la cabeza sudorosa.

—Semanas, llevamos semanas preparando esta operación —dice con voz contenida—. El juez Romero, las autorizaciones, los equipos… todo para que una novata salga corriendo y lo mande todo a la mierda.

Lucía frunce el ceño, molesta por el comentario.

—Clara no es así. Si ha hecho algo tan drástico, tendrá sus motivos.

—¿Motivos? —Marcos suelta una risa amarga—. El único con motivos para estar cabreado soy yo. ¿Sabes cuánto papeleo vamos a tener que rellenar para justificar esto?

Hugo observa las pantallas donde se ve a Clara y David hablando intensamente a varios metros del almacén.

—Vosotros dos, quedaos aquí —ordena a Lucía y Hugo sin mirarles —. Y no toquéis nada.

Sale del vehículo y el aire frío de la mañana le golpea la cara. El grandullón le sigue con pasos torpes, casi tropezando con el bordillo. Sus ciento diez kilos se mueven con la gracia de un elefante en una cristalería, pero Marcos agradece su presencia. Al menos él entiende lo que está pasando.

Caminan unos metros, lo suficiente para alejarse del alcance auditivo de los novatos. El polígono industrial permanece en silencio, ajeno al caos que acaba de evitarse en esa operación.

—Esto ha sido muy raro, inspector Garrido —murmura Bellido, ajustándose la chaqueta que le queda pequeña—. Muy, muy raro.

Marcos mira hacia donde David y Clara siguen hablando, demasiado lejos para escucharlos. La postura tensa de David y los gestos nerviosos de Clara son suficientes para confirmar sus sospechas.

—Creo que… —Bellido baja tanto la voz que Marcos tiene que inclinarse para oírle— puede que haya visto algo. Ya sabe de lo que le estoy hablando.

El inspector Garrido asiente lentamente. Sus ojos no abandonan a la pareja mientras procesa la información.

—Lo sé —responde con voz grave—. Pero tenía que disimular delante de esos dos. —Señala con la cabeza hacia la furgoneta donde Lucía y Hugo observan curiosos—. Esto va a requerir una buena explicación.

Bellido se frota las manos, nervioso.

—¿Cree que es…? ¿Lo de los… ya sabe?

Marcos suspira profundamente. El recuerdo del castillo de Landa, los Numen, todo lo que han intentado mantener en secreto durante

dos años, amenaza con salir a la superficie.

—Pues más le vale que sí, grandullón, más le vale que sí.

Porque si no me voy a cagar en todo lo cagable.

David y Clara permanecen inmóviles frente al almacén, separados apenas por unos centímetros. El tiempo parece haberse detenido a su alrededor mientras los agentes en la distancia observan confundidos. David abre y cierra la boca varias veces, indeciso sobre qué preguntar primero.

—Clara, ¿qué acaba de…? —comienza, pero ella levanta una mano para interrumpirlo.

—No es momento para hablar del beso —dice con firmeza, aunque sus mejillas se tiñen de rojo—. Necesito que me escuches.

David asiente, todavía aturdido. Su mano toca instintivamente el auricular que lo conecta con Marcos, pero decide no activarlo.

—Si entras a ese almacén, Salazar lo verá —explica Clara, hablando rápidamente—. Tiene el mismo don que yo, puede ver el futuro. Si atacamos hoy, estará alerta constantemente.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta David, mirándola con intensidad.

—Porque ya lo he vivido —responde ella, y su voz tiembla ligeramente—. Dentro de dos días, si seguimos con esta operación, irá a por vosotros. Os matará a todos, David. Al inspector Garrido, al subinspector Bellido, a ti…

David frunce el ceño, procesando la información.

—¿Y cómo has podido volver? Dijiste que era imposible retroceder en el tiempo ahora que hay otros controladores.

Clara respira hondo antes de contestar.

—Porque maté a Salazar —confiesa, y sus ojos reflejan una determinación feroz que David nunca había visto en ella—. Pero en lugar de perder mi poder y obtener el suyo, me quedé con ambos. Al tener más poder que el resto de controladores, pude regresar en el tiempo, como antes de que se liberara el poder del resto de los dioses.

David la observa en silencio, evaluando cada palabra. Hay algo en la mirada de Clara, una mezcla de dolor y determinación, que le dice

que está diciendo la verdad.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta finalmente.

—Necesitamos replantear toda la operación —responde Clara—. Tenemos que encontrar un momento en que Salazar sea vulnerable, cuando no esté usando su don. Solo así tendremos una oportunidad.

David asiente lentamente. En la distancia, ve a Marcos y Bellido acercándose con expresiones confusas y preocupadas.

—Tendremos que explicarles todo esto —murmura, señalando con la cabeza hacia sus compañeros.

—Lo sé —dice Clara—. Pero al menos están vivos para escucharlo.

2

22 de Octubre de 2025
07:36h
Montana
Pueblo de Riverdale

El sheriff Carson se asoma por la ventana de la comisaría con el ceño fruncido y escanea la calle principal de Riverdale, vacía a estas horas de la mañana excepto por un hombre que avanza hacia el edificio.

Carson entrecierra los ojos, incapaz de creer lo que ve. El extraño podría ser el gemelo de Tom Morgan, aunque algo mayor. La misma constitución robusta, la misma barba pelirroja y la misma mirada asesina. Pero hay algo distinto en él, una seguridad arrogante que Tom nunca ha mostrado, al menos en su presencia.

—¿Quién demonios…? —murmura Carson.

El hombre lleva ropa táctica negra, botas militares y una pistolera visible bajo su chaqueta abierta. Su barba, aunque más canosa que la de Tom, muestra el mismo tono rojizo.

—¡Wilson! —grita Carson sin apartar la vista del visitante—. Quédate aquí y mantén los ojos abiertos.

Carson desenfunda su arma y sale al porche de la comisaría. El sol de la mañana proyecta sombras alargadas sobre los escalones de

madera mientras el sheriff baja lentamente, colocándose estratégicamente entre el desconocido y la entrada del edificio.

—Alto ahí —ordena Carson con voz firme—. Identifíquese.

El hombre se detiene a unos metros de distancia y sonríe.

—Sheriff Carson, supongo —dice con una voz sorprendentemente similar a la de Tom—. Soy James Morgan.

Carson mantiene su postura, con la mano derecha cerca de su arma.

—¿Y qué asunto tiene en Riverdale, señor Morgan?

James amplía su sonrisa, mostrando dientes perfectamente alineados, pero ligeramente amarillentos debido al tabaco.

—Vengo a hablar sobre el malentendido de anoche. Algunos de mis hombres tuvieron un desafortunado encuentro con sus granjeros locales.

—¿Malentendido? —Carson escupe las palabras—. Cuatro de sus hombres intentaron robar ganado y mataron a un chico. Eso no es un malentendido, es un crimen.

James suspira teatralmente y da un paso más, ignorando la tensión en la postura del sheriff.

—Bueno, pero murieron los cuatro. Tal y como yo lo veo, ellos recibieron su castigo y hay alguien que todavía no lo ha hecho. Bien, vengo a hacerle una oferta.

—Usted dirá.

—Denme a los hombres que mataron a mis chicos y nos iremos sin más.

—Eso no es una oferta, hijo, es una amenaza —contesta Carson de inmediato con voz cansada.

—Bueno, eso depende de como se lo tome, sheriff. Tal y como yo lo veo es el mal menor.

Mientras James y el sheriff Carson mantienen su tensa conversación frente a la comisaría, Wilson hace una seña a O'Briant y otros granjeros que esperan dentro y suben por la estrecha escalera de madera que conduce al segundo piso del edificio.

La habitación superior, normalmente usada para almacenar archivos antiguos, tiene una pequeña ventana en su pared oeste. O'Briant, con el rostro aún marcado por el dolor de la pérdida de su hijo, se acerca primero y entrecierra los ojos ante la luz matutina.

—Dios santo —murmura con la voz apenas audible.

Wilson se coloca junto a él, seguido por Peterson, Pearson y Donovan. Lo que ven les hiela la sangre. A unos dos kilómetros de distancia, una línea de vehículos avanza lentamente por la carretera principal. Incluso a esa distancia, pueden distinguir las siluetas de hombres armados.

—¿Cuántos crees que son? —pregunta Peterson, un hombre de sesenta años que nunca ha visto nada parecido en su vida.

—Cincuenta, tal vez más —responde Wilson, tragando saliva.

Mientras tanto, en la pequeña clínica del pueblo, que también es su misma residencia, el doctor Harmon trabaja frenéticamente sobre el cuerpo de Jason Wood. El quirófano improvisado está iluminado por lámparas de emergencia conectadas a un generador, ya que la electricidad ha sido cortada.

—Necesito más presión aquí —ordena Harmon a Jenny, la única enfermera del pueblo y que además es su propia hija—. Está perdiendo demasiada sangre.

Las manos del doctor, cubiertas de sangre hasta los codos, trabajan lo mejor que pueden dadas las circunstancias y su poca práctica. La bala ha perforado el hígado y dañado varios vasos importantes. Wood respira débilmente bajo la mascarilla de oxígeno y su pulso irregular parpadea en el monitor.

—¿Va a sobrevivir? —pregunta Jenny, sosteniendo otra bolsa de sangre, la última que les queda.

Harmon no contesta inmediatamente. Después de treinta años como médico rural, sabe cuándo un paciente está al borde. Aunque en todo ese tiempo, jamás había extraído una bala.

—Si conseguimos estabilizarlo en la próxima hora, tendrá una oportunidad —dice finalmente—. Pero necesitamos trasladarlo a Billings cuanto antes.

Justo al otro lado de una puerta que separa la casa de la clínica, Martha Wood espera noticias junto a una vecina y sus hijos.

James cruza los brazos y mira al sheriff con una tranquilidad inquietante. El sol de la mañana proyecta su sombra alargada sobre los escalones de la comisaría, convirtiendo su silueta en algo más grande y amenazante de lo que ya es.

—Tienen diez minutos, sheriff —dice con voz pausada—. Entrégueme a los hombres que mataron a mis muchachos y nos iremos sin causar más problemas. Es una oferta generosa, considerando las circunstancias.

Carson mantiene su posición, con la mano cerca de su arma. La tensión entre ambos hombres podría cortarse con un cuchillo.

—¿Y si me niego?

James sonríe de nuevo, esta vez mostrando todos sus dientes.

—Entonces no le gustará lo que pasará después.

—¿Es una amenaza directa a un oficial de la ley? —pregunta Carson, enderezándose.

—Es una promesa —responde James sin alterar su tono calmado —. Tengo cincuenta hombres bien armados esperando mis órdenes. Ustedes son, ¿cuántos? ¿Quince, veinte contando a los granjeros? Y eso suponiendo que todos sepan disparar.

Carson aprieta la mandíbula pero no responde. Sabe que James tiene razón en los números.

—Diez minutos, sheriff —repite James, consultando su reloj—. El tiempo corre.

James da media vuelta y comienza a alejarse con pasos tranquilos, como si estuviera dando un paseo matutino. Carson lo observa hasta que llega a la esquina de la calle principal, donde se detiene junto a un vehículo negro. Desde allí, James levanta la mano mostrando diez dedos, recordándole el ultimátum.

Entonces sube rápidamente los escalones de la comisaría. Al entrar, encuentra a Wilson bajando apresuradamente de la planta superior.

—Sheriff, hay al menos cincuenta hombres armados acercándose al pueblo —informa Wilson con voz tensa—. Vienen por la carretera principal.

O'Briant observa desde la ventana del segundo piso cómo James Morgan se aleja con paso tranquilo. Su respiración se acelera mientras la imagen del hombre pelirrojo queda grabada en su memoria. Las piezas encajan en su mente como un rompecabezas rojizo.

—¡Es él! —exclama O'Briant con voz quebrada—. ¡Ese es el hombre que mató a mi Robert!

Los otros granjeros se vuelven hacia él con expresiones confusas. O'Briant golpea el alféizar de la ventana con el puño cerrado.

—No fue Morgan —susurra.

Sin esperar respuesta, O'Briant se precipita hacia la escalera y baja los peldaños de dos en dos. Su cuerpo entero tiembla mientras el dolor se transforma en una furia incontenible.

El sheriff Carson apenas ha tenido tiempo de cerrar la puerta cuando O'Briant irrumpe en la planta baja de la comisaría.

—¡Ese hombre mató a mi hijo! —grita, señalando hacia la puerta —. ¡No fue Morgan, fue ese hombre! ¡Y voy a matarlo con mis propias manos!

Carson levanta las manos en un gesto conciliador mientras O'Briant busca frenéticamente su escopeta, que había dejado apoyada junto a la entrada.

—Michael, escúchame —dice Carson con voz firme pero tranquila —. Sé que estás sufriendo, pero si sales ahora, solo conseguirás que te maten.

—¡Me da igual! —responde O'Briant, con lágrimas de rabia deslizándose por sus mejillas—. ¡Ese hombre le disparó a mi Robert a sangre fría! ¡Lo vi con mis propios ojos!

Carson se interpone entre O'Briant y la puerta. Los otros granjeros bajan las escaleras y observan la escena en tenso silencio.

—Si mueres, ¿quién cuidará de Sarah y tus otros hijos? —pregunta Carson, manteniendo la calma—. Piensa en ellos, Michael. Ya han perdido a Robert. No pueden perderte a ti también.

Las palabras del sheriff parecen penetrar la nube de furia que envuelve a O'Briant. Sus hombros se hunden ligeramente mientras el peso de la realidad cae sobre él.

—Voy a matarlo, Wyatt —murmura, con determinación en su mirada.

—Puede que tengas tu oportunidad porque me ha pedido algo imposible. Wilson, reúne a todos los presentes, tenemos que hablar.

CONTINÚA CON LA LECTURA DE "EL JUICIO DE LOS DIOSES"